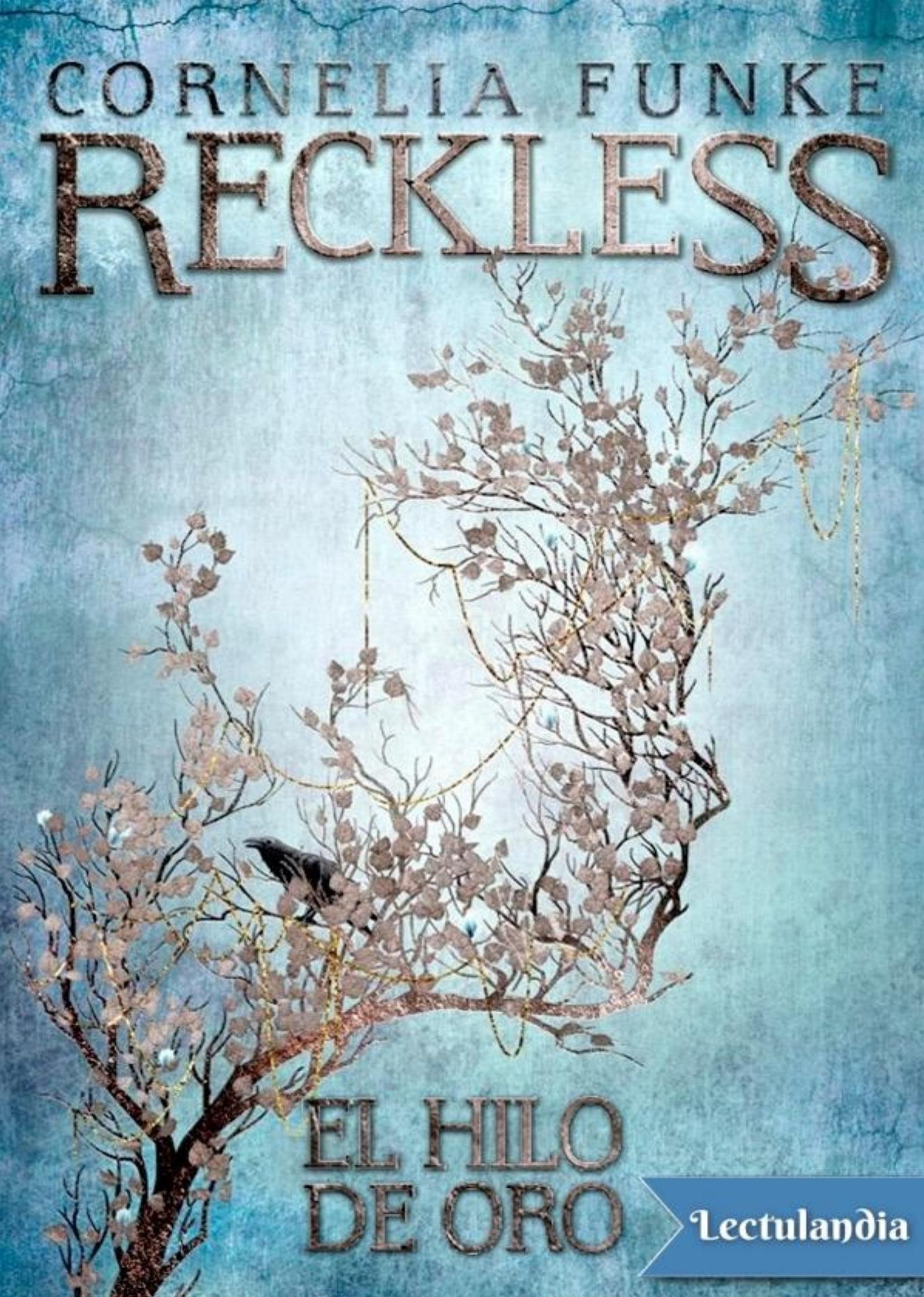


CORNELIA FUNKE  
RECKLESS



EL HILO  
DE ORO

Lectulandia

Cosacos, espías y un zar que concede audiencia acompañado de un oso; alfombras voladoras, palacios y bosques sombríos...

En esta ocasión, el espejo conduce a Jacob y a Will Reckless al Este. Jacob tendrá que afrontar las consecuencias del trato mágico que cerró la última vez que cruzó al otro lado, mientras Will sigue el rastro del Hada Oscura. Sin embargo, el propósito del viaje no lo deciden ellos, sino el elfo de aliso, que instruirá a Jacob y a Zorro en los misterios del mundo que los rodea.

Guiados por el inquebrantable hilo de oro, ante el que las mismísimas hadas parecen desvalidas, los hermanos Reckless tendrán que demostrar una vez más que están a la altura de las circunstancias.

**Lectulandia**

Cornelia Funke

# **El hilo de oro**

**Reckless-3**

ePub r1.0

Titivillus 25.08.17

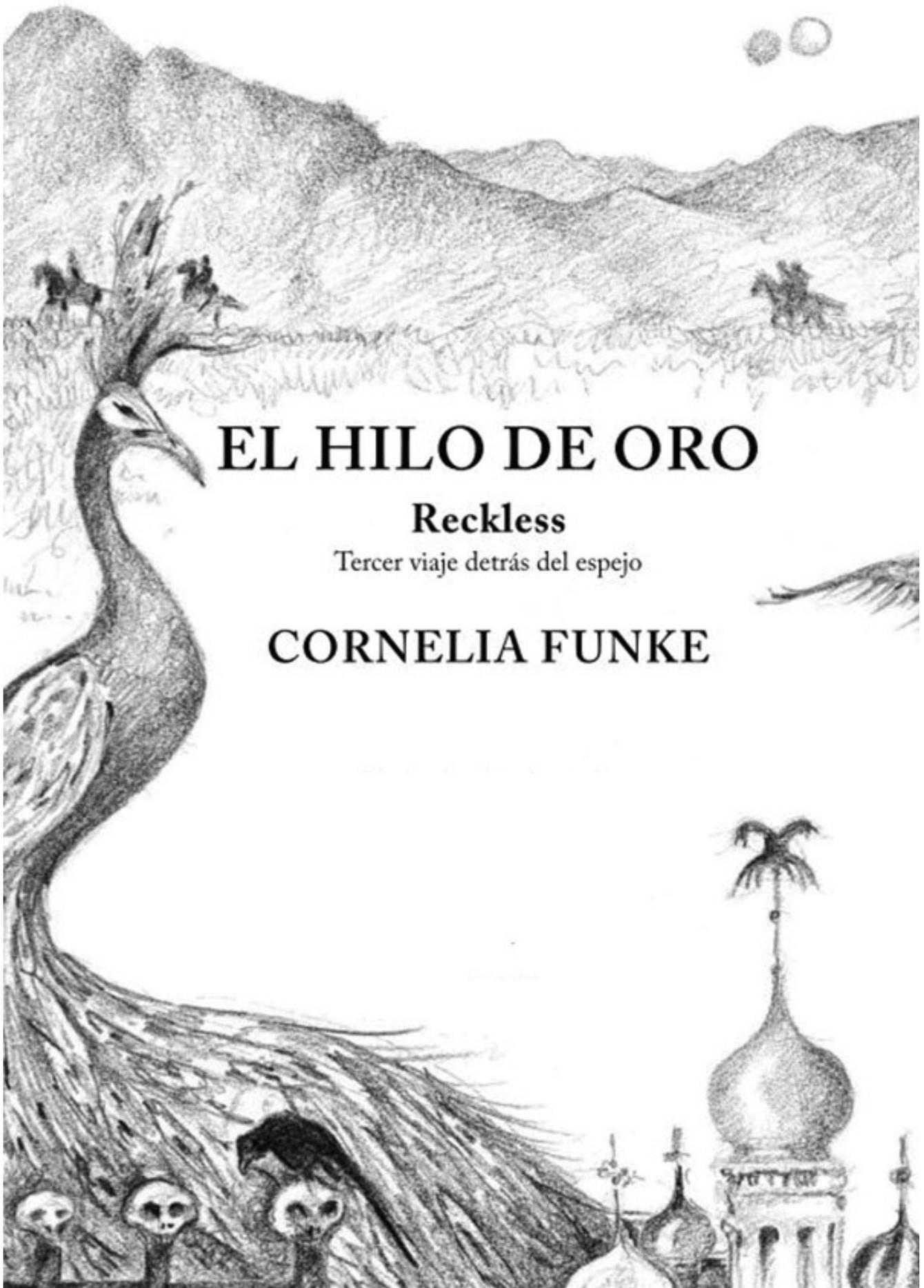
Título original: *Das goldene Garn*  
Cornelia Funke, 2015  
Traducción: María Falcón Quintana  
Ilustraciones: Cornelia Funke

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# EL HILO DE ORO

**Reckless**

Tercer viaje detrás del espejo

**CORNELIA FUNKE**



Para  
El fénix, Mathew Cullen  
y sus magos en orden alfabético:  
El mágico bookmaker, Mark Brinn  
Wizard Eyes, Andy Cochrane  
El canadiense, David Fowler  
El hada de Marina del Rey, Andrin Mele-Shedwig  
El domador de criaturas fabulosas, Andy Merkin



Y para  
Thomas Gäthgens  
Isotta Poggi  
y, en último lugar merced únicamente al alfabeto,  
Frances Terpac,  
que nos abrieron a mí y a Jacob las salas de los tesoros  
del Getty Research Institute.



## *1*

### *El príncipe de Piedra de Luna*

La princesa con cara de muñeca no estaba teniendo un parto fácil. Ni siquiera el jardín del palacio ofrecía refugio a sus gritos, y el Hada Oscura estaba allí de pie escuchando y odiando lo que sentía con todos esos gemidos y lloriqueos. Confiaba en que Amalie muriera. Naturalmente. Lo deseaba desde el día en que Kami'en le había dado el sí a la otra, ataviada con su vestido de novia ensangrentado. Pero había algo más: un incomprensible anhelo por el hijo que provocaba los gritos en la hermosa y estúpida boca de Amalie.

Solo su magia lo había mantenido con vida todos esos meses. El hijo que no debía ser. «Lo salvarás. ¡Prométemelo!». El mismo susurro suplicante cada vez después de haberla amado. Kami'en iba a su cama al anochecer solo por eso. El deseo de fundir su carne de piedra con la humana lo volvía vulnerable.

Oh, cómo gritaba la muñeca. Como si alguien estuviera arrancándole del cuerpo el hijo con un cuchillo, un cuerpo que solo un lirio de hada había convertido en deseo. «Mátala de una vez, príncipe sin piel. ¿Qué le da derecho a llamarse tu madre?». En el interior de Amalie se hubiera podrido como un fruto prohibido sin la magia con la que ella lo había envuelto. Sí, era un varón. El Hada Oscura lo había visto en sus sueños.

Kami'en no acudía en persona a pedir su ayuda. No esa noche. Enviaba a su perro cazador a buscarla, su sombra de jaspe de ojos lechosos. Como siempre, Hentzau evitó mirarla cuando se detuvo frente a ella.

—La matrona dice que pierde el hijo.

¿Por qué decidió prestar su ayuda?

Por el niño.

Al hada le llenaba de sigilosa satisfacción que el hijo de Kami'en hubiera elegido la noche para venir al mundo. Su madre temía tanto la oscuridad que en su cuarto ardían siempre una docena de lámparas de gas, aun cuando la pálida luz causara dolor a los ojos de su esposo.

Kami'en estaba de pie junto a la cama de Amalie. Se volvió cuando los sirvientes abrieron la puerta a su amante. Por un momento el hada creyó apreciar en su mirada una sombra del amor que había encontrado en ella en otro tiempo. Amor, esperanza, miedo: sentimientos peligrosos para un rey, pero la piel de piedra ayudaba a Kami'en a ocultarlos con facilidad. Cada vez se parecía más a una de las estatuas que sus enemigos humanos erigían a sus reyes.

Asustada, la matrona volcó un recipiente con agua ensangrentada cuando el hada se acercó a la cama de Amalie. Los propios médicos retrocedieron ante ella. Médicos goyl, humanos y enanos. Con sus negras levitas parecían un enjambre de cornejas a las que el olor a muerte, y no la perspectiva de nueva vida, había atraído hasta allí.

La cara de muñeca de Amalie estaba hinchada de dolor y miedo. Las pestañas que rodeaban sus ojos de color violeta estaban pegadas por las lágrimas. Ojos de lirios de hada... La Oscura creía estar mirando el agua del lago que la había alumbrado.

—¡Largo de aquí! —La voz de Amalie había enronquecido de tanto gritar—. ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Te ha mandado llamar él?

La Oscura imaginó esos ojos de color violeta apagándose y la piel que a Kami'en tanto le gustaba acariciar, volviéndose fría y flácida. La tentación de dejarla morir tenía un sabor tan dulce... Era una auténtica lástima no poder ceder a ella porque la otra se llevaría consigo al hijo de Kami'en.

—Sé por qué no dejas salir a ese hijo —le susurró la Oscura—. Tienes miedo de mirarlo. Pero no permitiré que lo asfixies con tu carne moribunda. Tráelo al mundo o haré que te lo arranquen del vientre con un cuchillo.

Cómo la miraba fijamente la muñeca. El hada no estaba segura si el odio en su mirada reflejaba más el miedo que sentía por ella o los celos. Quizá el amor daba frutos aún más venenosos que el temor.

Amalie expulsó el hijo y el rostro de la matrona se desfiguró de asco y horror. En las calles ya le llamaban el príncipe sin piel, pero tenía piel. La magia del hada se la había dado, firme y suave como una piedra de luna, e igual de transparente. Su piel dejaba ver todo lo que recubría: cada tendón, cada vena, el pequeño cráneo, los globos oculares. El hijo de Kami'en se parecía a la muerte... o a su hijo menor.

Amalie se tapó los ojos con las manos entre gemidos. El único que miraba sin miedo al niño era Kami'en. El hada rodeó el vientre resbaladizo con las manos de seis dedos y acarició la piel transparente hasta que se volvió de un color rojo tan apagado como la de su padre. Dotaba al pequeño rostro de una belleza tal que todos

los ojos, que hasta ese momento habían rehuido mirarlo, quedaron hechizados por los rasgos del nuevo príncipe, y Amalie extendió las manos hacia su hijo. Pero el Hada Oscura lo depositó en los brazos de Kami'en. No lo miró al hacerlo, y cuando volvió a salir al pasillo en penumbra él no la detuvo.

A medio camino tuvo que salir a un balcón a recobrar el aliento. Las manos le temblaban cuando se limpió los dedos en el vestido, una y otra vez, hasta dejar de sentir el cálido cuerpo que había tocado.

No existía una palabra para «hijo» en su lengua. Hacía tiempo que no.



## 2

### *Una alianza de viejos enemigos*

John Reckless ya había estado una vez en la Sala de Audiencias del Encorvado. Con otro rostro y otro nombre. ¿Había sido cinco años antes? Le costaba creer que no hubieran sido más, pero los últimos años le habían enseñado mucho sobre el tiempo..., sobre días que transcurrían tan despacio como años, y años tan deprisa como días.

—¿Serán mejores? —El Encorvado frunció la frente irritado cuando su hijo volvió a ocultar un bostezo con la mano. Era un secreto a voces que Louis padecía el sopor de Blancanieves. La Casa Real guardaba silencio sobre dónde y cuándo había pillado el príncipe heredero de Lorena la enfermedad (los efectos de la magia negra gustaban de ser calificados de «enfermedad» en nombre del progreso). Pero en el Parlamento de Albión ya se discutía sobre los peligros (y las ventajas) que entrañaba tener un rey en el trono de Lutis que en cualquier momento podía caer durante días en un sueño profundo. El servicio secreto de Albión afirmaba incluso que el Encorvado había recurrido a los servicios de una devoraniños para sanar al príncipe heredero..., a juzgar por los bostezos que Louis ocultaba cada diez minutos tras la manga color rojo vino, con poco éxito.

—Tenéis mi palabra y la de Wilfredo de Albión, Vuestra Majestad. Las máquinas que os construiré no solo volarán más alto y más rápido que los aviones de los goyl, también estarán mucho mejor armadas.

John no mencionó que podía estar tan seguro de ello porque los aviones de los

goyl también habían sido contruidos según sus diseños. Ni siquiera Wilfredo de Albión conocía el pasado de su célebre ingeniero. El nombre robado y el nuevo rostro habían protegido a John con la misma eficacia tanto de ese tipo de revelaciones como de los goyl, que por lo visto seguían buscándolo. Una nariz y una barbilla distintas eran un precio insignificante a cambio de días sin preocupaciones. Sus noches seguían siendo interrumpidas por las pesadillas ocasionadas por los años en los que estuvo prisionero de los goyl, pero había aprendido a contentarse con pocas horas de sueño. Los últimos años le habían enseñado mucho. No le habían hecho mejor — seguía siendo un cobarde egoísta dominado por la ambición (algunas verdades había que afrontarlas)—, pero el cautiverio no solo había aclarado su mente, sino que le había instruido también de forma inestimable sobre ese mundo y sus habitantes.

—Si Vuestro Estado Mayor duda de que los aviones sean la solución correcta a la superioridad militar de los goyl, os puedo asegurar que el Parlamento de Albión comparte esa preocupación. En respuesta a la misma, me ha dado permiso para presentar a Lorena dos de mis más recientes inventos.

El permiso en realidad había venido del rey, pero era mejor guardar las apariencias. Albión se sentía orgullosa de sus tradiciones democráticas, aun cuando el poder continuara en manos del rey y la nobleza. La situación en Lorena no era diferente, pero allí el pueblo tenía una idea menos romántica de los nobles y los príncipes herederos..., uno de los motivos de las sublevaciones armadas que atormentaban a la capital en ese tiempo.

Louis volvía a bostezar. El príncipe heredero tenía fama de ser tan tonto como aparentaba. Tonto, caprichoso y con una inclinación a la crueldad que preocupaba incluso a su padre... y Charles de Lorena envejecía, aun cuando se tiñera el cabello de negro y siguiera siendo un hombre guapo.

John hizo señas a un soldado de la guardia que le había acompañado desde Albión para que se acercara. La Morsa (el sobrenombre de Wilfredo I era tan acertado que John temía llamar así algún día a su monarca) lo vigilaba bien. El rey de Albión había insistido en que su mejor ingeniero en persona hiciera apetecible al Encorvado la idea de una alianza, a pesar de la conocida aversión de John a viajar en barco. Los planos de construcción que el soldado tendió a su ayudante los había realizado expresamente para esa audiencia... omitiendo algunos detalles que entregaría tan pronto la alianza estuviera sellada. Sin duda, los ingenieros del Encorvado no lo notarían. Después de todo, John los confrontaba con la tecnología de otro mundo.

—Los he bautizado «tanques». —John tuvo que reprimir una sonrisa cuando los ingenieros loreneses se inclinaron con una mezcla de envidia e incrédulo asombro sobre los dibujos—. Ni si quiera la caballería de los goyl puede contra estas máquinas.

El segundo plano mostraba cohetes con cabezas. Había momentos en los que la conciencia de John lo sentaba en el banquillo de los acusados. A fin de cuentas,

también habría podido regalar a ese mundo inventos que lo hicieran más justo para sus habitantes. Por lo general tranquilizaba su conciencia con una generosa donación a un orfanato o a las feministas de Albión, aunque aquello evocaba con demasiada facilidad recuerdos de Rosamund y de los hijos que tuvo con ella.

—¿Quién construirá estas válvulas?

John regresó a su vida actual, donde era un hombre sin hijos y la mujer de su vida, quince años más joven, era la hija de un diplomático de Leonia.

—Si pueden construir estas válvulas en Albión... también podemos construirlas aquí —alegó el Encorvado al ingeniero que había formulado la escéptica pregunta—. ¿O voy a tener que enviar en el futuro a mis ingenieros a las universidades de Pendragón y Londra?

El rostro del ingeniero cambió de color y los asesores del Encorvado agradecieron a John con miradas frías. Todos en la sala sabían lo que significaba la respuesta de su rey. Su decisión estaba tomada: Albión y Lorena formarían una alianza contra los goyl. Una decisión histórica para ese mundo. Dos naciones, que desde hacía siglos aprovechaban cualquier pretexto para declararse la guerra, convertidas en aliadas contra el enemigo común. El viejo juego.

John fue a escribir el telegrama que informaba al rey y al Parlamento de Albión de su éxito diplomático al jardín del palacio del Encorvado, aun cuando no resultara fácil encontrar un banco junto al que no hubiera estatuas. La fobia a las figuras de piedra era otro engorroso efecto secundario de su cautiverio.

Mientras redactaba el mensaje que sacudiría las relaciones de poder de ese mundo, sus guardias uniformados mataban el tiempo contemplando a las damas de la corte que paseaban entre los setos esmeradamente podados. Confirmaban los rumores de que el Encorvado ambicionaba reunir en su corte a las mujeres más hermosas del país. A John le tranquilizaba que Charles de Lorena fuera un esposo aún peor de lo que él mismo era. Después de todo, no había engañado a Rosamund hasta encontrar el espejo, y en cuanto a sus amoríos en Schwanstein, Vena y Blenheim, era discutible si los devaneos mantenidos en el otro mundo se consideraban adulterio. *Sí se consideran, John.*

Cuando firmó al pie del telegrama (con una pluma estilográfica que había modernizado sin que se notara, harto de tener los dedos siempre manchados de tinta), vio a un hombre que se dirigía precipitadamente hacia él por el camino de grava blanca al que había visto en la Sala del Trono junto al príncipe heredero. El visitante inesperado vestía una levita anticuada y apenas era más alto que un enano. Las gafas que enderezaba mientras se detenía delante de John tenían unos cristales tan gruesos que, tras ellos, los ojos parecían grandes como los de un insecto. Las pupilas eran de un apropiado color negro, y brillantes como las de un escarabajo.

—¿*Monsieur* Brunel? —Una inclinación, una sonrisa diligente—. Con su permiso. Arsene Lelou, tutor de Su Majestad, el príncipe heredero. ¿Me permite... ejem... importunarle con un ruego? —preguntó carraspeando como si su petición

fuera una astilla que tuviera clavada en la garganta.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

¿Acaso *monsieur* Lelou necesitaba ayuda con la explicación de alguna innovación técnica? No debía de resultar fácil ser el maestro de un futuro rey en un mundo que había alcanzado la madurez a una velocidad de vértigo. Pero la petición de Arsene Lelou no guardaba relación con la Nueva Magia, como eran denominadas la técnica y la ciencia detrás del espejo.

—Mi... ejem... discípulo real ha ordenado realizar pesquisas hace algunos meses sobre el paradero de un hombre que ha trabajado para la Casa Real de Albión, entre otras. Como vos entráis y salís de allí, quería aprovechar la oportunidad, en nombre de Su Majestad, para pedir os ayuda en la búsqueda de esa persona.

John había oído historias terribles sobre cómo Louis de Lorena trataba a sus enemigos. El hombre por el que Arsene Lelou preguntaba inspiraba su más profunda compasión.

—Claro. ¿Puedo preguntar de quién se trata? —Una actitud complaciente jamás podía perjudicar.

—Su nombre es Reckless. Jacob Reckless. Es un conocido, por no decir mal afamado, cazador de tesoros que trabajó para la derrocada emperatriz de Austrien, entre otras.

John constató irritado que le temblaba la mano cuando tendió el telegrama firmado a uno de los soldados de la guardia. Con qué facilidad se erigía el cuerpo en traidor.

Arsene Lelou reparó en el temblor.

—Una picadura de fuego fatuo —explicó John—. Han pasado años pero el temblor en las manos ha permanecido. —Nunca había agradecido tanto su nuevo rostro. Al fin y al cabo, su hijo mayor se parecía mucho a él—. Por favor, decidle al príncipe heredero que puede suspender sus pesquisas. Jacob Reckless, que yo sepa, ha muerto en el ataque de los goyl a la flota de Albión.

Se sentía muy orgulloso de la serenidad en su voz. Sin duda Arsene Lelou no se percató de que a causa de la noticia, que ahora repetía impasible, no había podido trabajar durante días. Su propia reacción le había sorprendido tanto a John que al principio había creído seriamente que las lágrimas, que habían humedecido el periódico, habían pertenecido a otro.

Su hijo mayor... Naturalmente John sabía desde hacía años que Jacob lo había seguido a través del espejo. Todos los periódicos contaban sus éxitos como cazador de tesoros. El inesperado encuentro en Goldsmouth, sin embargo, le causó un profundo impacto, pero su nuevo rostro también le había protegido entonces. Había ocultado todo lo que había sentido en ese instante: el susto lo mismo que el amor..., y la sorpresa que le produjo saber que seguía sintiendo ese amor.

A John no le extrañó que Jacob le hubiera seguido a través del espejo. Después de todo, había guardado las palabras que indicaban el camino en uno de sus libros de

una forma no del todo impremeditada. (Él mismo las había hallado en un libro de química que uno de los ilustres antepasados de Rosamund le había dejado a ella). John encontraba fascinante que su hijo mayor hubiera emprendido la misión de buscar el pasado perdido de ese mundo mientras su padre le llevaba el futuro. En lo referente al carácter, Jacob se parecía mucho más a su madre. Rosamund también había preferido siempre conservar las cosas en vez de cambiarlas. ¿Podía un padre sentirse orgulloso de un hijo al que había abandonado? Sí. John había coleccionado cada artículo sobre los éxitos de Jacob, cada ilustración de periódico que dibujaba su rostro o sus hazañas. Naturalmente sin que nadie lo supiera, incluida su amante. También había ocultado las lágrimas por su hijo delante de ella.

—¿El ataque de los goyl? Oh, sí, sí. Impresionante. —Arsene Lelou espantó a una mosca de su pálida frente—. Esos aviones han ayudado a ganar a los goyl demasiadas veces en todo este tiempo. Aguardo con ardiente impaciencia el día en que Vuestras máquinas defiendan nuestro sagrado suelo. Gracias a Vuestro genio, Lorena por fin le dará al rey de piedra la respuesta merecida.

La sonrisa con la que Lelou le obsequió hizo recordar a John el azúcar glaseado con el que las devoraniños recubrían los umbrales de bizcocho de especias. Arsene Lelou era un hombre peligroso.

—¡Me permito, no obstante, corregirle! —continuó con visible satisfacción—. El servicio secreto de Albión no parece ser tan omnisciente como su reputación. Jacob Reckless ha sobrevivido al hundimiento de la flota. Tuve el dudoso placer de encontrármelo dos semanas después. Reckless presume de que Albión es su hogar. Además, mis pesquisas apuntan a que para sus cacerías de tesoros le gusta conocer el dictamen de Robert Dunbar, un profesor de historia de la Universidad de Pendragón. Todo eso hace más que probable que en algún momento se deje ver también por la corte albionesa. Después de todo, necesita de sus clientes reales. Créame, *monsieur Brunel*, ¡no os habría molestado si no estuviera convencido de que podéis ser de gran utilidad al príncipe heredero en este asunto!

John no habría podido dar nombre a sus sentimientos. Estos volvían a ser sorprendentemente intensos. ¡Lelou tenía que estar equivocado! ¡Apenas había habido supervivientes y había repasado las listas de los nombres una docena de veces! ¿Y qué, *John*? ¿Qué cambiaba que su hijo mayor estuviera muerto o vivo? Renunciar a la única persona que podía haber querido de forma desinteresada, ese había sido el precio de una nueva vida. Pero, en el oscuro túnel de los goyl, el deseo de ser absuelto por su hijo mayor había crecido como una de las descoloridas plantas que cultivaban en sus cuevas... y con este deseo, la esperanza de que el amor, que había desdeñado de una forma tan frívola, no se hubiera perdido para siempre. Debía admitir que la mayor parte de las veces le habían perdonado con complacencia: su madre, su esposa, sus amantes..., pero dudaba de que un hijo perdonara de una forma tan fácil, sobre todo si era tan orgulloso como este.

Oh, sí, John recordaba el orgullo de Jacob. Y su audacia. Por suerte había sido

demasiado joven para percibir lo cobarde que era su padre. Temor... Toda la vida de John había estado marcada por él: temor a la opinión de los demás, a la falta de éxito y de medios, a la propia debilidad, a la propia vanidad. Durante el cautiverio con los goyl, al principio casi había sido un alivio tener un buen motivo para sentir temor. La cobardía resultaba mucho más ridícula cuando se vivía una vida en la que la mayor amenaza física era el tráfico de las calles...

—¿*Monsieur* Brunel?

Arsene Lelou seguía frente a él.

John se obligó a esbozar una sonrisa.

—Tenéis mi palabra, *monsieur* Lelou. Me informaré. Si me entero de algo sobre Jacob Reckless, os lo haré saber de inmediato.

Los ojos de escarabajo relucieron de curiosidad. Arsene Lelou no se había creído la historia del fuego fatuo. Isambard Brunel guardaba un secreto. John estaba convencido de que *monsieur* Lelou era un coleccionista de esos secretos y de que sabría cómo transformarlos en oro e influencia en el momento oportuno. Sin embargo, él también poseía cierta experiencia en ocultar sus secretos.

John se levantó del banco. No podía perjudicar recordarle al pequeño escarabajo que él era más grande.

—¿Está interesado Vuestro discípulo real en la enseñanza de la Nueva Magia, *monsieur* Lelou?

Jacob había escuchado atentamente durante horas cuando él le había explicado la función de un interruptor eléctrico o el secreto de una batería. El mismo hijo que se había entregado con tanta pasión al redescubrimiento de la Vieja Magia. ¿Se trataba acaso de un acto inconsciente contra el padre? Después de todo, John no había ocultado nunca que solo sentía interés por los milagros realizados por los humanos.

—Oh, sí... por supuesto. El príncipe heredero apoya con gran energía el progreso. —Arsene Lelou se esforzaba por sonar convincente, pero su mirada dolorosamente afectada confirmaba lo que se decía en la corte albionesa sobre Louis: aparte de los dados y las chicas de cualquier rango, nada lograba captar el interés del futuro rey de Lorena más de unos minutos. En cualquier caso, según los espías, Louis había desarrollado en el último tiempo una pasión por todo tipo de armas... preocupante dada su inclinación a la crueldad, aunque sin duda una ventaja para los planes de Albión de proveer de armas modernas a ambos ejércitos.

*Y tú les enseñarás cómo construir tanques y cohetes, John.* No, en realidad no era que no tuviera conciencia. Todo el mundo tenía una. Pero había otras voces en su cabeza que se hacían escuchar con la misma facilidad: su ambición, su deseo de gloria y de éxito... y de venganza por los cuatro años robados. Lo admitía, los goyl no trataban a sus prisioneros tan mal como el rey de Albión, por no hablar de las prácticas del Encorvado. Pero a pesar de todo deseaba venganza, lo admitía.



### 3

## *Su hogar*

El edificio en el que Jacob había crecido se elevaba aún más alto en el cielo que las torres del palacio que habían amedrentado a Zorro de niña. Él parecía diferente en ese mundo. Zorro no tenía palabras para esa diferencia, pero la sentía tan claramente como la que había entre pelaje y piel. Las últimas semanas habían arrojado mucha luz sobre él, cosas que no había comprendido en todos esos años.

Encima de ella, los rostros pétreos de la fachada color gris miraban fijamente como los fósiles de las ciudades de los goyl, pero entre todo ese acero amontonado y las paredes de cristal, los velos de los gases residuales y el ruido incesante de los coches, a Zorro el otro mundo le parecía una prenda de vestir que ella y Jacob llevaran consigo en secreto. Personas, casas, calles... en su mundo había de todo eso en exceso. Y muy poco bosque para encontrar refugio de ese exceso. No había sido fácil llegar hasta la ciudad en la que Jacob había crecido. Las fronteras de su mundo estaban mejor vigiladas que las islas de las hadas. Papeles falsificados, una foto en la que su rostro delataba el extravío que no podía sacudirse, estaciones, aeropuertos, tantas palabras nuevas. Zorro había visto nubes desde arriba, calles que en la noche parecían fogosas serpientes. No olvidaría nada de todo aquello. Pero estaba contenta de que el espejo, a través del cual había llegado, no fuera el único, y de que pronto volvería a estar en casa.

Por eso habían venido. Para regresar, y naturalmente para ver a Will y a Clara. Jacob había hablado por teléfono varias veces con Will desde que estaban en su

mundo. Había hecho que el jade desapareciera de la piel de su hermano, sin embargo Jacob era consciente de que todo lo que había vivido detrás del espejo no podía deshacerlo. ¿Cuánto había cambiado a su hermano? Jacob nunca formulaba la pregunta, aunque Zorro sabía que le preocupaba. Tenía que admitir que le inquietaba más lo que Jacob sentía al volver a ver a Clara. Aunque, después de todo lo que habían vivido juntos en los últimos meses, él se hubiera acercado tanto a ella que casi parecía dar igual que besara a otras. Casi.

La puerta que Jacob le sostenía era tan pesada que seguro que de pequeño le habría costado abrirla solo. Zorro sintió su calor como un hogar al pasar junto a él. Un hogar que ella misma no se perdería en ese mundo. Jacob estaba feliz de que estuviera allí, lo veía en su rostro. Sus dos vidas reunidas. Desde hacía años le preguntaba si quería irse con él. Sentía haber dicho que no todas esas veces.

Mientras Jacob intercambiaba gentilezas con el portero asmático, Zorro observó el amplio vestíbulo a su alrededor. ¡En comparación con la mísera casa en la que ella había pasado su infancia, Jacob había crecido en un palacio! El ascensor hacia el que le hacía señas recordaba, con su puerta de rejas, demasiado a una jaula, pero Zorro se esforzó por no mostrarle a Jacob su malestar, el mismo que sintió en el avión en el que habían llegado. Solo el espectáculo de las nubes había compensado la estrechez metálica.

—Tan solo una noche más. —Jacob le leía la mente sin esfuerzo también en ese mundo—. Tan pronto logre zafarme de este maldito chisme, regresamos.

La ballesta. Jacob llevaba debajo de la camisa la bolsa engañosa que la ocultaba. La magia de la bolsa seguía surtiendo efecto. Jacob no tenía una explicación para ello. Hasta ese momento, todos los objetos mágicos que había llevado a través del espejo habían perdido su magia. Él lo atribuía a la magia de los elfos que poseía la ballesta, pero Zorro sabía que también podía contar con su pelaje. Y había sentido un gran alivio cuando lo hubo constatado. La zorra la había ayudado a no perderse por completo en ese mundo extraño, y eso que no había resultado fácil encontrar lugares donde poder transformarse sin ser descubierta.

El vértigo con el que se bajó del ascensor trajo a la memoria a Zorro los días en los que había subido a elevados árboles de niña. Una ventana enmarcaba la ciudad de Jacob: árboles de cristal. Cañaverales de chimenea. Pétalos de aljibes oxidados.

Zorro no había visto a Will desde hacía casi un año. En su recuerdo seguía teniendo la piel de piedra, pero la alegría en su rostro cuando les abrió la puerta hizo que los recuerdos se disolvieran, aunque Zorro notó que Will parecía cansado. El espejo había dotado a ambos hermanos de muy diferentes dones, pero ¿acaso no hacían eso todos los objetos mágicos? A una de las hermanas, el oro; a la otra, el ardiente pez...

Will no parecía percatarse de lo mucho que había cambiado, pero Clara examinaba a Zorro con incredulidad, como si no creyera que tenía delante a la misma chica que conocía del otro mundo. «Siempre fui mayor que tú, es lo que conlleva el

pelaje», quiso decirle Zorro. La zorra era siempre joven y vieja al mismo tiempo. Recordaba la intimidad que había compartido con Clara... y lo traicionada que se sintió cuando la sorprendió con Jacob. Clara también lo recordaba. Zorro lo veía en su mirada.

Jacob le había pedido que no le contara ni a Clara ni a su hermano que había pagado casi con su vida la piel humana de Will. Así que Zorro guardó silencio sobre la carrera contra la muerte y se limitó a responder a lo que le preguntaban, por ejemplo si le gustaba ese mundo. Las cosas sobre las que no hablamos...

En algún momento preguntó a Clara por el cuarto de baño. A la vuelta se detuvo delante de la habitación de Jacob. Un armario con libros manoseados, fotos de Will y de su madre sobre el escritorio en el que había grabado sus iniciales. Había tallado otra cosa en la madera. La silueta de un zorro. Zorro pasó el dedo sobre las hendiduras coloreadas con tinta roja.

—¿Todo bien? —Jacob estaba en la puerta.

Zorro volvió a constatar lo distinto que parecía con la ropa de ese mundo. ¿Qué aspecto pensaba que tendría? Jacob le había contado que al principio Alma había tenido que darle durante días su medicina de hierbas, cuando había atravesado el espejo. Pero en su mundo no había brujas que pudieran habituar el cuerpo al mundo equivocado.

—¿Por qué no regresas ya? Yo iré mañana por la noche.

En la pared de la cama había fotos colgadas, no las fotos color sepia de su mundo, sino fotos de colores chillones con rostros que a Zorro no le decían nada. Había estado tan convencida de conocer cada rincón de su corazón, pero Jacob era como una tierra que solo había recorrido a medias. Deseaba visitar los lugares que él amaba en ese mundo, comprender de dónde venía... pero por esa vez era más que suficiente. Su cuerpo anhelaba su mundo como si hubiera respirado demasiado tiempo el aire equivocado.

—Sí —contestó—. Quizá tengas razón. Will y Clara lo entenderán, ¿verdad?

—Por supuesto. —Él le acarició la frente. Dolía, como si el ruido de su mundo anidara detrás como un enjambre de avispas.

Zorro se había imaginado la habitación en la que estaba el espejo casi de la misma forma. El escritorio polvoriento del padre de Jacob, sobre él las maquetas que guardaban una gran similitud con el avión con el que habían escapado de la fortaleza de los goyl, las pistolas que parecían proceder del mundo de Zorro... quizá fuera así.

—No te vas por ella, ¿verdad? —Jacob intentaba que la pregunta sonara despreocupada, pero Zorro oía en su voz que llevaba horas rumiándola en su cabeza.

—¿Ella? —Los dos sabían de quién hablaba, pero Zorro no pudo reprimir la tentación—. ¿La vendedora de la tienda de chocolates? ¿O la chica que te ha vendido las flores para Clara?

Jacob esbozó una sonrisa, aliviado por la burla en su voz.

—Envíale a Dunbar un telegrama cuando estés en Schwanstein. —La mirada que

Jacob lanzó al espejo desveló a Zorro lo mucho que le habría gustado irse con ella—. Pregúntale lo que sabe sobre los elfos de aliso. Me interesa saber cuántos había y cómo se les podía reconocer, sus enemigos, sus aliados, su magia, sus debilidades... todo lo que pueda encontrar.

Robert Dunbar era uno de los historiadores más respetados de Albión. Sus conocimientos habían ayudado a Jacob en muchas cacerías de tesoros. Por otra parte, era medio FirDarrig, por lo que ocultaba un rabo de rata debajo de la levita... y le debía la vida a Jacob.

—¿Elfos de aliso? ¿Le has cogido el gusto y quieres encontrar más armas mágicas?

—No. Creo que con la que tengo me basta. —La seriedad en la voz de Jacob revelaba a Zorro que tenía en mente algo de lo que aún no quería hablar.

—Algunos objetos es mejor no encontrarlos, Jacob. —Zorro no podía explicar lo que la había empujado a repetir la advertencia que Dunbar les había hecho tan solo unas semanas antes cuando habían compartido el camino.

—No te preocupes. —Jacob le tendió la ropa que iba a necesitar para el otro mundo—. No es mi deseo encontrar elfos perdidos. Al contrario, quiero asegurarme de que aún no los he encontrado.

Tendría que haberse quedado, pero no sospechaba de qué mundo estaba hablando él. Lo creería a salvo mientras él estuviera en el suyo.

Jacob estaba apoyado en el escritorio de su padre cuando ella se acercó al espejo. Zorro ya lo echaba de menos cuando tocó el cristal.



## 4

### *Un escondite seguro*

El Museo Metropolitano de Arte se alzaba sobre el incesante tráfico de la ciudad como un templo, aun cuando Jacob no estaba seguro de a qué Dios rendía homenaje: al del arte, al del pasado o al deseo humano de crear algo inútil y de envolver algo útil en belleza. En las anchas escaleras de la entrada se agolpaban los grupos de escolares, y el vigilante gruñón que preguntó a Jacob adónde iba cuando no se incorporó a la cola para comprar las entradas se volvió locuaz tan pronto Jacob mencionó el nombre de Fran. Era la única sanadora que traía a los empleados pan hecho por ella misma (según una receta medieval francesa) y pastel ruso de nueces. Frances Tyrpak se habría sentido muy a gusto detrás del espejo, y no solo porque allí sus conocimientos sobre armas antiguas hubieran sido útiles.

Jacob había pedido prestada la mochila a Will para transportar la ballesta. La suya estaba tan gastada que le pegaba más a un buscador de tesoros que a un visitante de museo, y la propia Fran se habría quedado perpleja cuando hubiera sacado la pesada arma de la bolsa engañosa, apenas del tamaño de una mano.

Espadas, sables, lanzas, luceros del alba..., la colección de armas del MMA habría podido equipar a un ejército medieval, y las vitrinas, delante de las que Jacob pasaba guiado por el vigilante, solo contenían una pequeña parte de la colección. Cualquier museo moderno de ese mundo disponía de salas de tesoros que ocupaban plantas enteras. Sin embargo, eran menos románticas que las de detrás del espejo, aun cuando protegieran sus tesoros de forma más efectiva de la decadencia: espacios

climatizados y sin ventanas, preciosidades ocultas en cajones de color blanco, en cajas y detrás de puertas de metal. El escondite perfecto para un arma que era preferible que no volviera a ver la luz nunca más.

Fran supervisaba a dos hombres que vestían con una armadura de oro y plata la figura de un caballero. Una misión nada fácil en un hombre vivo... La rígida figura, montada en un caballo igualmente rígido, se lo hacía aún más difícil a los dos, que no parecían ser especialmente mañosos, lo que provocaba profundos surcos en la frente de Fran.

—Una armadura de desfile de <sup>1737</sup>, Florencia. —Recibió a Jacob con una voz tan seca que parecía que se lo encontrara a diario en sus salas de exposición—. Solo se usó en una ocasión, en una boda principesca. Bastante ridícula y de un mal gusto abrumador, pero una imagen espléndida, ¿no te parece? Se dice que le quedaba demasiado grande a su dueño, por lo que ordenó rellenarla y casi muere de un golpe de calor. —Fran señaló una de las vitrinas—. La lanza que me vendiste queda bien. Aún sigo sin creer que proceda de Libia. Alguna vez descubriré la verdad. Pero es una joya.

Jacob no pudo evitar esbozar una sonrisa. Era una auténtica pena que no pudiera invitar a Fran Tyrpak a un viaje a través del espejo.

—Admito que la lanza guarda un secreto —dijo, mientras dejaba la mochila sobre uno de los bancos almohadados en los que uno podía tomar asiento y admirar la destreza con la que los humanos fabricaban herramientas cuyo propósito era matarse unos a otros—. Pero te prometo que no te he mentado sobre el país de origen.

Detrás del espejo se llamaba Lubim, pero las fronteras eran prácticamente idénticas. Sin embargo, el país del otro lado estaba gobernado por un emir loco que ahogaba a sus enemigos en barriles llenos de agua de rosas, y la lanza hacía brotar escorpiones de oro del suelo dondequiera que uno la clavase. Naturalmente Jacob había supuesto que perdería esa capacidad allí, pero desde que la bolsa engañosa y el pelaje de Zorro habían conservado su magia, ya no estaba tan seguro de ello... lo que convertía a la vitrina de cristal en una imagen tranquilizadora. Un par de noches antes Jacob había pasado algunas horas en vela enumerando todo lo que había traído a ese mundo.

Los ojos de Fran se abrieron con avidez tras las gafas con montura de carey cuando él sacó la ballesta de la mochila.

—¿Del siglo doce?

—Podría ser —respondió Jacob mientras le tendía el arma, aun cuando no tenía la menor idea de cuándo ni dónde la habían construido los elfos de aliso. Si Fran mandaba investigar la edad de la madera del mango, encontraría resultados muy enigmáticos.

Uno de los hombres que vestían al caballero perdió el equilibrio en la escalera, y un brazal sorteó la cabeza de Fran y aterrizó con gran estruendo a sus pies. Fran lanzó una mirada penetrante al hombre, pero su preocupación no era su propia cabeza ni el

brazal, sino la ballesta, que presionaba contra el pecho con un desvelo casi maternal.

Jacob recogió la ballesta y examinó las joyas incrustadas en el metal.

—Cristal.

—Seguro. Los descendientes han malvendido las joyas. Es muy habitual en esas familias. La nobleza italiana estaba en constante bancarrota.

Fran señaló la plata que revestía el mango de la ballesta.

—Esta ornamentación no se asemeja a ninguna otra que conozca.

—Deberías evitar sujetar los herrajes de plata durante mucho rato.

Fran levantó las cejas, divertida.

—¿Por qué?

—Existen... historias sobre esa ballesta. Es posible que la plata esté mezclada con un veneno. Y sobre ella ha caído una maldición, una de esas que produce efecto incluso en nuestra época atea. Sea como sea, su último propietario perdió la razón. —«Y yo me encontré con su cadáver vivo», añadió Jacob mentalmente. Era difícil explicarle a Fran que la mayoría de las armas mágicas le atribuían a uno la maldad y la astucia que las caracterizaba... y la determinación de matar.

—Fíjate. ¿Jacob Reckless es supersticioso? —Fran sonrió de forma tan incrédula que Jacob lo consideró un cumplido. Pero ella dejó la ballesta sobre la vitrina que había a su lado—. La has adquirido de forma legal, ¿verdad?

—¡Fran Tyrpak! —Jacob hizo ademán de sincera indignación—. ¿Acaso los papeles de mis artículos no son siempre intachables?

Había aprendido a falsificar y a lacrar documentos detrás del espejo con uno de los falsificadores más talentosos. Una formación ineludible cuando se comercializaba con artículos de otro mundo.

—Sí. —Fran examinaba la ballesta con desconfianza y avidez—. Tus documentos son siempre intachables. Quizá demasiado intachables.

Un asunto peligroso.

Jacob tendió el brazal a los trabajadores.

Fran se había olvidado de él mientras observaba la ballesta.

—No he visto nunca una cuerda como esta —murmuró—. Juraría que es de cristal.

«¡Venga, vamos, dime la verdad!», exigía su mirada. «¿De qué arma se trata?». Sus ojos tras los cristales de las gafas eran tan inteligentes que por un momento Jacob dudó de si había ido al lugar correcto. Quizá había malgastado en exceso su suerte con la lanza.

—En efecto, la cuerda es de cristal —dijo—. Una técnica muy poco frecuente.

—¿Tan poco frecuente que no he oído hablar nunca de ella? —Fran se subió las gafas antes de examinar de nuevo los herrajes de plata—. Muy poco común. Creo que he visto un dibujo parecido hace unos años en el mango de un puñal. Pero procedía de Inglaterra.

¿Otra arma de elfo de aliso en ese mundo? ¿Qué podía significar? Nada bueno. La

sensación de peligro que despertó en Jacob la conocía hasta ahora solo del otro mundo.

—¿Ese puñal también está en vuestra colección?

—No. Pertenece a un coleccionista privado, si no recuerdo mal. Puedo intentar encontrarlo. ¿Cuánto pides por la ballesta?

—Aún no estoy seguro de querer venderla. ¿Puedes guardármela un tiempo? El comerciante al que persuadí para que me la diera trata tan mal su mercancía que estaría más segura en la tumba de una momia de pantano.

El rostro de Fran se ensombreció como si Jacob hubiera acusado al comerciante de canibalismo. Seguramente lo hubiera encontrado un crimen poco reprochable.

—¡Confíesalo, te la ha dado uno de esos gánsteres que han causado más daño que todos los gases contaminantes de este mundo! ¿De cuál? ¿Thistleman? ¿Dechoubrant? Si de mí dependiera, los mandaría fusilar a todos. Pero ¿por qué no quieres vender? No sueles ser tan sentimental. ¿A qué viene tanto interés por esta ballesta?

Oh, le habría encantado la historia. La fortaleza del rey muerto, el hombre de las aguas, el reloj de la bruja, el disparo del goyl...

Jacob cerró la mochila vacía.

—Digamos que estoy en deuda con ella.

Fran le lanzó una mirada penetrante como queriendo arrancar la verdad de su mente, pero sus dedos se habían aferrado ya al mango de la ballesta. Era una cazadora de tesoros como él, la guardiana de un pasado perdido que había dejado huellas de plata y oro. Una auténtica lástima que no pudiera contarle nada sobre la flecha que le había atravesado el pecho y le había salvado la vida con ello. O sobre los dos ejércitos que la ballesta había destruido completamente sola. Fran habría sabido apreciar ese tipo de historias.

—Bien —dijo ella—. Haré archivar la ballesta. Si me autorizas a que nuestros conservadores la analicen más detenidamente.

—Por supuesto. Me encantaría saber más sobre su historia... —«Y sobre el orfebre que consiguió fabricar cuerdas de cristal». Pero en un laboratorio de ese mundo apenas se conseguiría averiguar algo sobre los elfos de aliso, aun tratándose del laboratorio del MMA.

—¿Cuánto tiempo debo guardártela?

—¿Un año?

Para entonces esperaba saber cómo se podía destruir la ballesta. Naturalmente no le reveló a Fran su propósito. Lo habían intentado con fuego, pólvora y una sierra. La ballesta no había sufrido un solo rasguño. El fuego solo había oscurecido un poco el mango.

• • •

En el interior de un museo uno podía olvidar en qué mundo estaba, pero cuando volvió a la escalera de la entrada, el ruido del tráfico recordó a Jacob dónde se encontraba de una forma tan brusca que apenas supo qué hacer con su nostalgia. No es que en las calles de Vena o Lutis hubiera menos ruido, era sorprendente cuánto ruido producían los carruajes y los coches de plaza. A sus pies, las personas se agolpaban en las anchas aceras de camino a la estación de metro y a los puestos de café, pero en espíritu ya veía la ruina delante de él y los tejados de Schwanstein en la lejanía. Cuando divisó a Clara al pie de la escalera, de la sorpresa embistió a un turista que le salió al encuentro en los escalones.

¿Will? El latido del corazón de Jacob se aceleró con toda la preocupación que refrenaba desde que había mandado de vuelta a su hermano a través del espejo. Era excesivamente ridículo cómo cada gesto extraño, cada expresión que no le resultaba familiar, le recordaba al momento en el palacio de Vena en el que Will casi le hubiera matado. Pero Clara lo tranquilizó con una sonrisa, y él ralentizó su paso para no dar un traspié. ¿Qué hacía ella allí si no se trataba de Will?

*Sí, qué, Jacob.* Oh, qué imbécil podía ser. Andaba a tientas como un cachorro en una trampa, pero el rostro al pie de la escalera le resultaba tan familiar... Seguía recordándole todo lo que habían soportado juntos. La misma agua de alondras había convertido el tiempo en un recuerdo agradable. Le llamaba la atención que, a pesar de la cálida mañana de verano, llevara puestos guantes de piel, pero no le dio importancia.

—¿Qué haces tan temprano en un museo?

Ni siquiera la pregunta hizo desconfiar a Jacob. Y entonces lo besó en los labios.

—Haz lo mismo que con los unicornios —le susurró.

Después lo empujó entre los coches que circulaban.

Frenos chirriantes. Bocinas. Gritos. Quizá el suyo propio.

Cerró los ojos demasiado tarde.

Sintió cómo el capó de un coche le rompía el brazo.

Metal y cristal.



## 5

### *El precio*

El silencio era tal que por un momento Jacob creyó estar muerto. Pero entonces sintió su cuerpo. El dolor en el brazo.

Abrió los ojos.

No estaba arrodillado en el asfalto como había esperado ni nadando en su propia sangre, sino sobre una alfombra de lana de color azul marino entremezclada con plata, anudada de una forma tan suave y compacta como solo lo estaban las alfombras más preciadas.

—Te pido disculpas por la broma pesada. La mujer de tu hermano como cebo... era sencillamente irresistible. Tiene la misma gracia que vuestra madre, sin embargo le falta el misterio, ¿no te parece? A tu hermano quizá le guste justo eso de ella. Él tiene en exceso.

Jacob alzó la mirada para encontrar el rostro de la voz. El cuello le dolía como si alguien hubiera intentado partírselo. A unos pasos de él, un hombre estaba sentado en un sillón de piel color negro. Ese mismo sillón estaba en el museo delante del cual Clara lo había empujado entre los coches, en la sección de diseño moderno. *Levántate, Jacob*. No estaba seguro de por qué sentía tantas náuseas... si por el choque contra el taxi o por el impasible rostro de Clara cuando lo empujó.

El extraño rondaba los cuarenta y era de una belleza que parecía anticuada. Su rostro habría podido estar en un retrato de Holbein o de Durero. El traje que llevaba procedía, al igual que su camisa, de un sastre moderno. Sonrió divertido cuando la

mirada de Jacob se detuvo en el diminuto rubí que llevaba en la oreja.

—Ah, lo recuerdas.

En su encuentro en Chicago tenía otra voz. Johann Norebo Earlking.

—Rubíes —dijo agarrándose la oreja—. Siempre he sentido debilidad por ellos.

Jacob logró incorporarse, aunque tuvo que buscar apoyo en una mesa.

—¿Es esta tu auténtica figura?

—¿Auténtica? Una gran palabra. Digamos que es más parecida a la que te mostré en Chicago. A las hadas les gusta guardar sus nombres en secreto, nosotros hacemos lo mismo con nuestras figuras.

—¿El nombre es entonces auténtico?

—¿Suena auténtico? No. Puedes llamarme Jugador. Guerrero, Herrero, Escribiente... Nos gusta llevar nombres que describan nuestros oficios.

Siguió la mirada de Jacob hacia el exterior.

—Fantástico, ¿no te parece? A un tiro de piedra de Manhattan. Es sorprendente lo fácil que es ocultarse al abrigo de lo aparentemente deshabitado.

La propiedad abandonada que se veía a través de la ventana contrastaba de forma extraña con los valiosos muebles. Los edificios en ruinas se perdían en la hiedra y la espesura de un bosque que ganaba el combate a la urbanización humana.

—¡Vosotros los mortales os tomáis tan en serio el aspecto externo! —Jugador se levantó y se dirigió despacio hacia la ventana—. Los animales no se dejan engañar tan fácilmente. Hace unos siglos casi os dais cuenta de nuestra presencia porque una garza no quería compartir esta isla con nosotros.

Jugador dio una calada al cigarrillo que sostenía entre los delgados dedos —seis dedos en cada mano, la señal de los inmortales— y echó el humo en dirección a Jacob. La habitación se agrandó como la sala de un palacio, con paredes de plata y arañas de cristal de elfo. Lo único que siguió igual fue una escultura de mármol de una belleza desconcertante. Disipó a Jacob sus últimas dudas sobre con quién estaba tratando. La escultura mostraba un árbol en cuya corteza había un rostro petrificado gritando.

—El destierro. Al principio uno intenta soportarlo imitando lo familiar. —Jugador dio otra calada al cigarrillo—. Pero pronto se vuelve monótono y uno recuerda con demasiada frecuencia lo que ha perdido.

La vista desde la ventana se disipó en el humo. Los árboles desaparecieron y la silueta de la ciudad, ajena y familiar al mismo tiempo, se reflejó en el agua de un río. Nueva York hacía... ¿cien años? Ni rastro del Empire State.

—El tiempo. Otra cosa que os tomáis demasiado en serio. —Jugador apagó el cigarrillo en un cenicero de plata y el salón volvió a convertirse en la habitación en la que Jacob había recobrado el conocimiento, con la misma apariencia de abandono—. No es ninguna estupidez hacer desaparecer la ballesta en los archivos de un museo. Después de todo, no podías saber que Frances Tyrpak es una buena amiga mía. Aunque me conoce con otro rostro. El MMA debe mucho de lo que expone a nuestros

donativos. Pero imagino que tienes claro que no estás aquí por la ballesta. ¿O has olvidado tu deuda conmigo?

La deuda...

Jacob creía oler pétalos de olvidatedetí. La flor de los barbazules. Sí, la preocupación por la ballesta había hecho que olvidara la deuda. Junto a la desesperación, que había hecho que cometiera la imprudencia de cerrar un contrato mágico. ¿Imprudencia? No había tenido otra elección. Se había perdido en el laberinto de un barbazul.

—Hay en este mundo una historia conmovedora sobre un enano zancudo, que enseña a una campesina inútil a hilar paja en oro —dijo Jugador—. Naturalmente, ella le mintió. Aunque él solo reclamaba lo que le pertenecía de forma legítima.

*Hoy amaso, mañana hago cerveza,  
y pasado le quito el pequeñín  
a la reina.*

La amenaza del Enano Saltarín no había impresionado a Jacob. El primogénito... Su madre había tenido que explicarle lo que eso significaba. E incluso ahora... ¿quién pensaba en primogénitos? No estaba seguro de querer tener hijos algún día.

Jugador se percató de su alivio y sonrió.

—No parece tener problemas con mi precio. Déjame que te lo explique de un modo más preciso: tan pronto la zorra deje en tus brazos vuestro primer hijo, este me pertenecerá. Puedes tomarte tiempo para realizar el pago. Pero pagarás.

«No».

*¿No qué, Jacob?*

—¿Por qué debería ser mi hijo? Somos amigos, nada más.

Jugador lo observaba de lo más divertido, como si estuviera intentando hacerle creer que el mundo era un disco.

—Oh, por favor. ¡Estás hablando con un elfo! Conozco tus deseos más ocultos. Mi trabajo es cumplirlos.

—Dime otro precio. Cualquiera otro. —Jacob apenas reconocía su propia voz.

—¿Por qué habría de hacerlo? Ese es mi precio y lo pagarás. Zorro tendrá unos hijos hermosísimos. Confío en que no esperéis demasiado.

Todo el amor sabía de repente a culpa, todos los deseos a traición. Qué claros eran los propios deseos cuando se volvían irrealizables de golpe. Cuántos disparates había fingido... que no la amaba de ese modo, que el deseo no significaba realmente nada... Mentiras. Quería tenerla a su lado para siempre, ser el único en su vida, el que contara, el único que le diera algún día hijos, verla envejecer...

*Nunca, Jacob.* Prohibido. Había vendido su futuro. No lo consolaba el hecho de que lo hubiera hecho para salvarla.

—El pago solo será efectivo en el mundo en el que se cerró el trato —dijo Jacob

en un intento lastimoso.

—¿Al que yo no puedo regresar sin convertirme en árbol? Ah, sí. No he olvidado ese detalle. Pero no me queda otra que decepcionarte. Pronto regresaremos. Al menos algunos de nosotros.

El elfo se acercó de nuevo a la ventana.

*Sal de aquí, Jacob.*

Había dos puertas... pero ¿y luego qué? Si creía al elfo, se encontraban en una isla. Había algunas en East River, y atravesarlas a nado no era una perspectiva tentadora, menos aún con un brazo roto.

Jugador seguía dándole la espalda a Jacob. Hablaba de las hadas, de su sed de venganza, de la ingratitud humana... Parecía gustarle escucharse hablar. ¿Quién más lo escuchaba? Había hablado de otros. ¿Cuántos habían escapado? La mirada de Jacob se detuvo en el espejo que estaba apoyado en la pared junto a la escultura del elfo petrificado en el árbol. Era más grande que el que había en el despacho de su padre. El marco tenía grabadas las mismas rosas de plata, pero entre los zarcillos espinosos había urracas plateadas.

Jugador seguía dándole la espalda a Jacob, y el espejo estaba a unos pocos pasos.

Jacob se detuvo frente a él antes de que el elfo se volviera. El cristal estaba caliente como el costado de un animal, pero por mucho que presionaba la mano sobre el reflejo de su rostro, el espejo continuaba mostrando la misma habitación.

Jugador se volvió.

—Incluso tus iguales fabrican una infinidad de espejos diferentes. ¿De verdad crees que nosotros somos menos imaginativos? —Se acercó al escritorio que había debajo de la ventana y ojeó unos papeles—. Hada y elfo de aliso... formaban una pareja como el día y la noche, ¿lo sabías? Nuestros hijos eran mortales, pero siempre excepcionales. Se les coronó, se les declaró genios y se les adoró como dioses. En este mundo podemos tener hijos con mujeres mortales, pero la mayoría son de una mediocridad desconcertante.

Jacob seguía delante del espejo. Por mucho que lo intentaba, no era capaz de apartarse. Era como si el cristal lo estuviera despojando de una capa de alma.

—Te está robando el rostro —dijo Jugador—. Irónicamente, la idea de crear ayudantes más fiables que vosotros con nuestros espejos surgió de un mortal. Mostraos.

El aire se volvió caliente y la luz que entraba por la ventana dibujó dos siluetas de cristal. Toda la habitación se reflejaba en ellas: la pared blanca, la mesa, los marcos de la ventana. Los cuerpos se volvieron visibles cuando los rostros se tornaron del color de la piel humana y los muebles reflejados se convirtieron en ropa. El camuflaje era perfecto a excepción de las manos. La chica no las ocultaba esta vez bajo los guantes: uñas de plata en dedos de cristal y el rostro de Clara. El chico que estaba a su lado tenía un aspecto más joven que Will, pero quién sabía los años que tenían.

—Solo unas semanas —dijo Jugador.

Jacob se preguntó si podía oír todos sus pensamientos.

—Ya conoces a Dieciséis. Diecisiete tiene más rostros que ella, pero creo que podría ser de utilidad darle también el tuyo.

Jacob apartó de un empujón a la chica cuando extendió su mano hacia él. A su hermano, si se le podía llamar así, no le gustó, pero el elfo le lanzó una mirada de advertencia y la figura de Diecisiete se convirtió de nuevo en espejo hasta volverse tan invisible como el cristal pulido. Dieciséis hizo lo mismo, no sin antes regalarle a Jacob una sonrisa con los labios de Clara.

—El hospital en el que he robado el rostro de la prometida de tu hermano es un lugar interesante. Allí se puede presenciar la muerte a la vez que se trabaja. La mortalidad es tal misterio. —El elfo sacó un medallón del bolsillo. Estaba formado por dos espejos no más grandes que la esfera de un reloj, uno de cristal claro, el otro de cristal oscuro—. No tuve más que dejar el medallón en la mesa de las enfermeras. Os resulta imposible resistiros a un espejo... Como si tuvierais que aseguraros constantemente de que seguís teniendo el mismo rostro. Os produce miedo que cambie.

Jugador se transformó en el hombre que Jacob había conocido como Johann Norebo Earlking en Chicago.

—La pequeña estatura, los ojos verdes... Oberón, el elfo que debe su altura de enano a la maldición de un hada. Debo admitir que había esperado que no se te escapara la alusión. El nombre era tan evidente. El rostro se lo robé a un actor que encarnaba a Oberón en una obra de teatro. Siempre he encontrado divertido jugar con las imágenes que os hacéis de los míos. Y de vosotros mismos.

Los rostros iban y venían. Algunos le resultaban conocidos a Jacob, otros no. Hasta que de pronto vio uno que desde hacía tiempo ya solo recordaba por las fotos.

Jugador se apartó de la frente el cabello encanecido de John Reckless.

—Tu madre nunca notó la diferencia. Me sentía muy unido a ella. Demasiado, he de admitir. Pero me temo que la hice tan poco feliz como tu padre.



## 6

### *Visita para Clara*

La chica llamó la atención de Clara cuando la vio en el pasillo hablando con uno de los médicos sobre un niño que había sido ingresado con apendicitis. Su rostro le resultaba familiar a Clara, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza para perder el tiempo con una extraña.

Will había vuelto a pasarse la noche sin dormir y no quería hablar de por qué se había desvelado. Encontraba pretextos, para ella y para sí mismo. La luna, algo que había comido, un libro que quería terminar de leer... Le gustaba ocultar las preocupaciones, los deseos o los sentimientos de los que se avergonzaba. Clara había necesitado mucho tiempo para darse cuenta. El Will invisible... Resultaba difícil seguirle la pista. A veces imaginaba que Will tenía un espacio cerrado en su corazón al que ni siquiera él entraba. Excepto cuando dormía.

Pero no se trataba solo de Will. Ella misma se sentía extraña desde hacía semanas. Era como si alguien hubiera estado en su cabeza y se hubiese llevado algo consigo. Lo sentía con mayor intensidad cuando se miraba al espejo por las mañanas. A veces su propio rostro le resultaba ajeno, o creía ver su rostro de niña o el de su madre en el cristal empañado. Se acordaba de cosas en las que no había pensado desde hacía años. Toda su vida hasta ese momento parecía haber regresado, como si alguien hubiera removido en los posos de sus recuerdos. Naturalmente no le dijo nada a Will ni a nadie. «Alguien ha estado en mi cabeza y ha robado algo de ella...», un diagnóstico ridículo para una futura médica.

Había estado tentada de hablar con Jacob sobre ello. Era absurdo lo mucho que se alegraba de verlo cada vez. No servía de nada que se dijera que no era a Jacob a quien echaba de menos, sino la vida que él vivía... y el mundo en que lo hacía. Se avergonzaba de que las historias que él y Zorro contaban le supieran a poco. ¿No evitaba todo lo que podía recordarle a Will al otro mundo? ¿No había mandado ya al diablo cien veces el espejo...? Y, sin embargo, cuando Will no estaba se sorprendía con demasiada frecuencia entrando a hurtadillas en la habitación polvorienta y mirando en el cristal, como si este pudiera mostrarle el mundo que aguardaba al otro lado como una fruta prohibida. ¿Le pasaba lo mismo a Will? De ser así, no lo demostraba.

Estaba sentada en el cuarto de las enfermeras para escribir un informe que uno de los médicos necesitaba a la mañana siguiente, cuando la chica que le había llamado la atención apareció de pronto en la puerta. Clara ni siquiera la había oído entrar.

—¿Clara Faerber? —preguntó obsequiándola con una sonrisa. A Clara le llamó la atención que, a pesar del caluroso día, llevara guantes. Eran de piel color amarillo pálido—. Me han pedido que le haga entrega de esto. De un admirador.

La chica sacó una caja del bolso de mano. La abrió antes de tendérsela a Clara. Sobre una tela plateada yacía un broche en forma de polilla con alas esmaltadas en color negro. Clara nunca había visto algo tan hermoso. Antes de saber lo que hacía, sostenía el broche en la mano. Apenas pudo resistir la tentación de prendérselo en la bata.

—¿Qué admirador? —preguntó.

Will no le compraría algo tan caro. Apenas tenían dinero suficiente para los gastos mensuales que generaba el apartamento. La madre de Will se lo había legado a Jacob y a él con una deuda considerable.

Al dejar de nuevo el broche en la caja se pinchó con el alfiler.

—No puedo aceptarlo.

—Clara... —La chica pronunciaba su nombre como si saborease el sonido en la lengua. ¿Cómo sabía su nombre? Naturalmente. La acreditación de su bata.

Sacó el broche de la caja y se lo prendió de la bata a pesar de sus protestas.

—Desearía tener un nombre —dijo—. Dieciséis. Eso solo recuerda a todos los que han venido antes que uno.

¿De qué hablaba? Clara observó una gota de sangre en su dedo. El pinchazo era sorprendentemente profundo. Cielo santo, de pronto se sentía tan cansada. Demasiados turnos de noche.

Alzó la vista. La chica tenía su rostro.

—Es casi tan hermoso como tu nombre —dijo—. Tengo muchos rostros. —Volvió a convertirse en la chica del pasillo.

Sí, Clara conocía ese rostro. Le recordaba una foto que Will tenía de su madre. Intentó incorporarse y se golpeó la rodilla contra la mesa.

Sus piernas cedieron. Dormir. Solo quería dormir.

—Husos, espinas de rosas... —dijo la chica de forma despectiva—. El broche es mucho mejor.



## 7

### *La cuna ensangrentada*

La mujer estaba histérica. Donnersmarck no entendía una palabra de lo que balbucía en su dialecto campesino mientras le tendía las manos ensangrentadas. Los dos soldados goyl que habían encontrado al ama de cría gritando en el pasillo estaban visiblemente afectados por tanta vehemencia humana, pero incluso en sus rostros pétreos se apreciaba algo del espanto que empujaba a la mujer a vociferar por todo el palacio.

—¿Dónde está la emperatriz?

—En su guardarropa. Nadie se atreve a decírselo. —El soldado que respondió tenía la misma piel de cornalina que su rey. Amalie solo admitía como vigilantes del palacio a los que tuvieran el mismo color de piel que su esposo.

«Nadie se atreve a decírselo». Así que acudieron a su ayudante. Sabe Dios que Donnersmarck habría deseado darle otra noticia a la hija de su vieja ama después de que Amalie, a pesar de su desaparición durante semanas, lo hubiera readmitido en su guardia casi sin hacerle preguntas. Él le había contado lo del barbazul, pero todo lo demás se lo había ocultado: las espantosas heridas que el criado ciervo le había causado, las semanas en casa de la devoraniños... Leo von Donnersmarck, el ayudante de la emperatriz... Ni siquiera la hija del comerciante, a la que tenía intención de desposar en otoño, sabía nada de las cicatrices en su pecho. No quería explicarle por qué tenía marcadas, junto a ellas, las huellas dactilares de una bruja. Su pecho parecía el lodo pisoteado de un campo de batalla, pero eso no era lo peor. En sus sueños se convertía casi cada noche en el ciervo que le había herido, y no podía

más que implorar al tenebroso Dios que protegía a los guerreros que conservara la figura de la que su prometida se había enamorado.

Los aposentos del príncipe de piedra de luna estaban muy alejados de los de su madre. Después de todo, el hijo no debía perturbar el sueño de Amalie. Por ello, las sombrías noticias de esa mañana no habían llegado aún hasta ella.

El espejo delante del cual estaba sentada la joven emperatriz provenía, según decían, del mismo cristalero que había hecho el espejo mágico, de mala fama, de su bisabuela. «Espejito, espejito, dime una cosa: ¿quién de estos contornos es la más hermosa?». De contestar el espejo de Amalie a ese tipo de preguntas, sin duda le daría cada mañana la respuesta que ella deseaba oír. Los cabellos dorados, la piel perfecta, los ojos de color violeta... Solo había una mujer cuya belleza podía medirse con la de Amalie von Austrien, y no era humana. El día y la noche... Desde su enlace, el rey de los goyl prefería el día, y su amante llevaba su oscuridad como un velo que reclamaba la muerte al amor. Debía saber amargo que un lirio de hada hubiera regalado a su competidora la belleza que seducía a Kami'en.

La doncella que todas las mañanas adornaba el cabello de Amalie con lágrimas de ondina lanzó a Donnersmarck una mirada irritada cuando entró. Era demasiado pronto. Su señora aún no estaba preparada para mostrarse al mundo.

—¿Vuestra Majestad?

Amalie no se volvió, pero su mirada se encontró con la de él en el cristal del espejo. Había celebrado su vigesimoprimer cumpleaños hacía escasamente un mes, pero a Donnersmarck siempre le parecía que lo miraba una niña que se había extraviado en el bosque. ¿De qué le servían la corona y la ropa dorada? El propio rostro se lo había comprado su madre porque aquel con el que su hija había visto la luz del mundo, no había sido lo bastante hermoso.

—Se trata de Vuestro hijo, Majestad...

Las tinieblas del mundo entraban a hurtadillas en palacios y en cabañas.

Amalie seguía sin darse la vuelta. Solo lo miraba en el cristal del espejo. Había algo más que el extravío habitual en su mirada, pero Donnersmarck no sabía interpretarlo.

—El ama de cría debía haberlo traído hace tiempo. No tenía que haber entrado a mi servicio. ¡Es una inútil! —Amalie se pasó la mano sobre los cabellos dorados como si acariciara los de una extraña—. Mi madre tenía razón: los campesinos son más estúpidos que el ganado de sus establos, y los sirvientes no son más listos que las sartenes de la cocina.

Donnersmarck evitó mirar a las doncellas, aunque supiera que estaban acostumbradas a las injurias de su señora. «¿Y qué hay de los soldados?», estuvo tentado de preguntar. «¿Son tan estúpidos como sus uniformes? ¿Y los trabajadores de las fábricas? ¿Son tan estúpidos como el carbón que remueven en los insaciables hornos?». Amalie no se habría percatado siquiera de la ironía. Hacía poco que había hecho suspender una huelga enviando a los soldados de su esposo contra los

huelguistas. Sin el consentimiento de Kami'en. Una niña en el bosque... con un ejército detrás.

—No creo que fuera un error del ama de cría. Vuestro hijo no estaba esta mañana en su cuna.

Los ojos de color violeta se agrandaron. Amalie apartó los dedos de la doncella, que se habían quedado inmóviles en su cabello. Pero seguía mirando en el espejo como si tuviera que leer en su rostro lo que sentía.

—¿Qué significa? ¿Dónde está?

Donnersmarck bajó la cabeza. La verdad, nada más que la verdad. Aun cuando fuera oscura.

—Mis hombres lo están buscando. Pero la cuna y la almohada estaban ensangrentadas, Vuestra Majestad.

Una de las doncellas comenzó a sollozar. Las otras solo lo miraban con la boca abierta. Y Amalie seguía allí sentada observando su imagen en el espejo hasta que el silencio se hizo más fuerte que los gritos del ama de cría.

—Está muerto, pues. —Fue la primera en verbalizar lo que todos pensaban.

—Eso aún no lo sabemos. Quizá...

—¡Está muerto! —exclamó interrumpiendo a Donnersmarck—. ¡Y tú sabes quién lo ha matado! Estaba celosa de mi hijo porque ella no puede tener ninguno. ¡Pero no se ha atrevido a hacerle nada hasta que Kami'en ha salido de la ciudad!

Amalie se tapó la boca perfecta con la mano. Las pupilas violetas se deshacían en lágrimas cuando se dio la vuelta.

—¡Traédmela! —ordenó mientras se ponía en pie—. ¡Al Salón del Trono!

Las doncellas miraron a Donnersmarck con una mezcla de horror y compasión. En la cocina, las criadas contaban que el Hada Oscura hacía hervir serpientes para proporcionar a su piel el brillo de sus escamas. Los sirvientes susurraban que cuando el dobladillo de su vestido rozaba los zapatos de alguien al pasar junto a ella, era hombre muerto. Los cocheros juraban que todo aquel sobre el que caía su sombra moría. Los jardineros, que pisar las huellas que sus pies dejaban en sus paseos nocturnos por los jardines de palacio conllevaba la muerte... Pero todos seguían aún con vida.

¿Por qué habría de haberle hecho algo al niño? Había nacido únicamente gracias a ella.

—Vuestro esposo tiene muchos enemigos. Quizá...

—¡Ha sido ella! ¡Traédmela! ¡Ha matado a mi hijo! —Su rabia era tan distinta a la de su madre... No era racional.

Donnersmarck inclinó la cabeza en silencio y se volvió. «Traédmela». Amalie habría podido ordenarle de igual modo que le trajera el mar. Por un momento consideró llevarse a toda la guardia de palacio para conferir fuerza a la invitación. Pero cuantos más hombres llevara, mayor sería la provocación... y la tentación de demostrarle lo ridículo que resultaba cualquier amenaza de violencia frente a su

magia. Los dos soldados que le habían llevado al ama de cría no pudieron ocultar su temor cuando les notificó que solo ellos le acompañarían.

La mala noticia, mientras tanto, se había extendido por todo el palacio, a pesar de que Donnersmarck había ordenado encerrar al ama de cría en su cuarto. En los rostros que se iban encontrando se apreciaba no solo espanto, sino también un alivio apenas disimulado. El príncipe de piedra de luna había tenido un rostro de ángel, pero el niño había provocado inquietud en muchos, tanto goyls como humanos. *¿Había, Leo? ¿Ya hablas de él en pasado?* Sí. Había visto la cuna.

• • •

Desde que Amalie había hecho oficial su embarazo, el Hada Oscura vivía en un pabellón del jardín de palacio que Kami'en había hecho construir para ella. Decían que el hada lo había querido así. Kami'en hacía vigilar el pabellón por sus escoltas personales. Nadie estaba seguro de contra quién debían protegerla: ¿de los hombres ebrios de amor que caían en su magia cuando, al pasar junto a ellos, les lanzaba una mirada fugaz desde su carruaje? ¿De los partidarios de la vieja emperatriz, que manchaban las casas de la ciudad cada día con las palabras «¡Muerte a los goyl!» o «¡Muerte al hada!», o de los anarquistas que escribían «¡Muerte a todos los soberanos!» en los mismos muros? «¡Pamplinas! ¡El Rey Pétreo no protege al hada! ¡Protege a sus súbditos de su amante!», se burlaban las octavillas que se podían encontrar por la mañana sobre los bancos de los parques y los andenes. Después de todo, nadie ponía en duda que el Hada Oscura hubiera podido defenderse sin ningún esfuerzo con su magia de los ejércitos reunidos de Lorena y Albión.

«Traédmela».

Cuando los paneles acristalados del pabellón asomaron detrás de los árboles, Donnersmarck se sorprendió confiando en que el Hada Oscura hubiera realizado una de sus salidas, de las que no regresaba hasta pasados unos días. Los mozos de cuadra susurraban que los caballos que tiraban de su carruaje eran sapos embrujados, y el cochero, una araña a la que le había conferido figura humana. Pero el Hada Oscura estaba en casa... si se podía llamar casa a ese lugar. O a cualquier otro.

Los guardias de Kami'en dejaron pasar a Donnersmarck sin decir nada... un goyl de jaspe y uno de piedra de luna. Al contrario que Amalie, el hada no exigía que sus guardianes tuvieran el color de piel de Kami'en. A los dos soldados que iban con él les negaron el paso. Donnersmarck no protestó. Si el hada tenía intención de matarlo, nadie podía impedirlo. Hasta ese momento la había visto siempre desde lejos, sola o al lado de Kami'en, en bailes, en recepciones de Estado... La última vez en la fiesta del nacimiento del príncipe. No había llevado ningún regalo. Su regalo había sido la piel que mantenía con vida al niño.

Y allí estaba.

Ningún sirviente a su lado. Ninguna doncella. Solo ella.

Su belleza dejaba sin aliento, como un dolor repentino. La Oscura no tenía nada de niña. No lo había sido nunca.

Kami'en, cumpliendo su deseo, había provisto el pabellón de un techo de cristal... luz para los árboles que el hada había hecho plantar entre las baldosas de mármol. Los brotes no tenían sino unas pocas semanas de vida, pero las ramas ya rozaban el techo acristalado y las paredes habían desaparecido bajo floridos zarcillos. La presencia del hada los hacía crecer como si de la misma vida se tratara. Incluso el vestido que llevaba parecía estar hecho de hojas.

—Tenéis un tenebroso dibujo en Vuestro pecho. ¿Ha dado ya señales de vida el ciervo? —Ella veía lo que él era capaz de ocultar a todos los demás.

Donnersmarck deseó ocultarse entre los árboles. A la sombra, el mármol era tan oscuro como el suelo del bosque que había frente a la casa de la devoraniños.

—La emperatriz desea veros.

«No la mires». Pero ella retenía su mirada con sus ojos.

—¿Por qué?

Donnersmarck sentía la ira del hada como un animal que se agitaba debajo de los árboles.

—Sé que el niño aún está vivo, comunicádselo. Decidle que, de lo contrario, ella morirá. Le enviaré mis polillas hasta que las larvas aniden en su piel de muñeca. ¿Puedes acordarte de todo? Quiero que se lo repitas palabra por palabra, pero hazlo despacio. Su cabeza es tan hueca como su odio. ¡Marchaos!

Las sombras de los árboles proyectaban lobos, unicornios tras una *chaise longue* tapizada de seda sobre la que Donnersmarck sabía que ella nunca se sentaba, serpientes sobre las alfombras que Kami'en había hecho anudar para ella. No era propio de la Oscura vivir entre muros que habían construido unas manos mortales. Detrás de su ira, Donnersmarck percibió un dolor que le afectaba aún más que su belleza. Y allí estaba de pie, mirándola, sin entender cómo el rey de los goyl podía dormir en los aposentos de muñeca de Amalie mientras ella lo aguardaba.

—¿A qué esperas? —preguntó ella, pero esta vez su voz sonó afable.

De las baldosas que Donnersmarck pisaba crecían flores. Se dio la vuelta.

—Ven a mí cuando el ciervo dé señales de vida —dijo ella—. Puedo enseñarte a domarlo.

Los guardias abrieron las puertas, pero Donnersmarck apenas los miró. Salió tropezando al ancho patio, con la mano sobre el pecho pisoteado. Los dos soldados lo miraron con ademán interrogante. Vio lo aliviados que se sentían al ver que estaba solo.



## 8

### *Insomne*

Las cuatro. Zorro escuchaba desde hacía horas las campanadas que la iglesia del mercado de Schwanstein tocaba en la noche. Como siempre que Jacob no estaba, dormía en su cuarto. La cama olía a él, aunque quizá no eran sino imaginaciones suyas. Jacob no había estado en Schwanstein hacía meses. Debajo de la ventana, en la plaza del mercado, un huésped rezagado iba dando tumbos. El tintineo de los cristales indicaba que abajo, en la taberna, Wenzel recogía los vasos sucios de las mesas, y en el cuarto de al lado Chanute tosía sin poder dormir. Wenzel le había contado que el viejo se sentía mal desde hacía semanas, pero por lo visto Chanute había amenazado con ahogar en un barril de su vino más ácido a todo aquel que se lo hiciera saber a Jacob. En su lugar, Jacob hubiera hecho lo mismo. Los dos se parecían tanto... y estaban siempre tan empeñados en no demostrar cuánto significaban el uno para el otro.

Zorro no se había percatado de lo mal que se encontraba Chanute hasta que este le pidió ir en busca de Alma Spitzweg. El viejo cazador de tesoros no podía soportar a las brujas, ni a las claras ni a las oscuras. Le daban miedo, aunque se habría cortado el brazo que le quedaba antes que reconocerlo. Pero cuando el médico que había viajado desde Vena años antes no pudo ayudarlo (lo que había confirmado a Chanute su mala opinión sobre las ciudades), no quedaba sino la vieja bruja, a la que soportaba tan poco como ella a él, y que le seguía guardando rencor por haber instruido a Jacob en la caza de tesoros.

Alma había ido esa misma noche. Zorro olía el tomillo, la menta de hadas, la pulmonaria, y la tos de Chanute comenzó a sonar menos tormentosa. En sus brebajes, Alma añadía la mayoría de las veces también unos pelos de su gato, pero eso era mejor no decírselo a Albert Chanute. Afuera ladraba un perro y Zorro creía oír el delicado grito de un pulgarcito. Metió la mano debajo de la almohada hasta que sus dedos encontraron el pelaje. Desde su regreso no se lo había puesto sino dos veces, pero la tentación de hacer caso omiso a los años que le robaba seguía siendo grande. En cada biblioteca en la que Jacob investigaba para la búsqueda de un tesoro, ella buscaba referencias de alguna magia que ralentizara la edad de los cambiadores de forma, pero todo lo que había encontrado eran historias sobre aquellos que habían muerto jóvenes o que habían quemado su otra piel en algún momento. Así que se ejercitaba en ser humana.

Había salido con Ludovik Rensman y con Gregor Fenton, quien le había pedido una docena de veces que posara como modelo para una de las fotografías que los ciudadanos de Schwanstein admiraban en su escaparate. Ninguno de los dos sabía nada de su pelaje. Nadie en Schwanstein lo sabía, salvo Wenzel y Chanute. Cuando Ludovik intentó besarla, ella le apartó de un empujón y balbució alguna disculpa apresurada. Si Ludovik Rensman no se atrevía siquiera a estar al alcance de la vista del Bosque Negro, cómo habría podido explicarle los recuerdos que sus tímidos besos evocaban: los besos de otro, en un carruaje oscuro, el Cuarto Rojo, el suero del miedo que había bebido... Un espantoso regalo del barbazul que hacía que asociara el deseo con el miedo y la ansiedad de esas noches.

No eran los pensamientos adecuados para conciliar el sueño.

Zorro apartó la manta bajo la cual Jacob había dormido tan a menudo y cogió su ropa. El olor del otro mundo se había pegado a ella. Clara había puesto excusas para lavarla. Detrás de la puerta de Chanute reinaba por fin el silencio, pero dos duendes se estaban peleando delante de ella por un pedazo de pan. Zorro los estaba espantando para que no despertaran a Chanute cuando Alma salió de su cuarto. De noche su rostro parecía aún más arrugado que de día. Alma, al igual que todas las brujas, podía parecer tan joven como quisiera, pero casi siempre llevaba el rostro que su larga vida de bruja no podía ocultar. «Me gusta parecer tan vieja como lo soy por dentro», decía cuando alguien era tan estúpido de preguntar el motivo.

La sonrisa con la que obsequió a Zorro dejó traslucir su cansancio, aun cuando la bruja estuviera acostumbrada a las noches largas. Se la hacía llamar cuando el ganado o los niños enfermaban, por dolores del alma y del cuerpo o cuando existía la sospecha de que alguien había sido embrujado. Las mujeres confiaban más en Alma que en el médico de la ciudad, y ella era la única bruja en un perímetro de casi cien millas, aparte de la devoraniños del Bosque Negro que ahora pasaba sus días como un sapo dentro de un pozo.

—¿Cómo está?

—¿Cómo va a estar? Ha dejado el aguardiente demasiado tarde para morir

anciano en su lecho. Puedo aliviar la tos, nada más. Si quiere una medicina más fuerte, tendrá que ir a una devoraniños. Pero todavía no se está muriendo, aunque él lo crea. ¡Hombres! ¡Dos noches con tos y ya están viendo la muerte en la puerta! ¿Qué te pasa? ¿Por qué no estás durmiendo?

—No es nada.

—Al principio Jacob no podía dormir cuando atravesaba el espejo. ¿Ha sido tu primera vez? —Alma se recogió el cabello gris en un moño. Era espeso como el de una joven—. Sí, sé lo del espejo, pero no le digas nada a Jacob. Siempre está preocupado por si alguien se entera. ¿Está en casa de su hermano?

Zorro no sabía por qué se sorprendía. Alma ya existía cuando la ruina había sido un palacio.

—En realidad quería estar de vuelta hace días...

—... lo que, en Jacob, no significa mucho —finalizó la frase Alma.

Se intercambiaron una sonrisa que a Jacob no le hubiera gustado.

—Si no vuelve pronto, quizá deberíamos avisarle sobre lo de Chanute —dijo Alma—. El viejo borrachín me daría como forraje a su caballo si supiera lo que estoy diciendo, pero Jacob le haría bien. Es la persona a la que el corazón aguardentoso de Albert Chanute se siente más apegado. Puede que la única competencia de Jacob sea la actriz, cuyo rostro le ha tatuado en el pecho el chapucero de Braunstein. ¡El viejo idiota sentía tanta vergüenza que se negó a desabrocharse la camisa!

Chanute comenzó de nuevo a toser y Alma suspiró.

—¿Por qué siempre me dan pena? ¡He echado pestes de araña contra Albert Chanute cada vez que molía a palos a Jacob, y ahora me desvelo por él! Las devoraniños se quitan la pena comiéndose el corazón de un niño. Desearía que existiera un método más apetitoso. ¿Me haces compañía mientras le preparo un té? Aunque seguro que me lo escupirá en el vestido porque no sabe a aguardiente.

Zorro estaba convencida de que Alma no necesitaba compañía. La bruja veía en su rostro que necesitaba distraerse de los pensamientos que la mantenían insomne. La taberna estaba vacía cuando bajaron, y Wenzel se había ido a dormir. Pocas veces se acostaba antes del amanecer. El Ogro solo cerraba, siguiendo órdenes de Chanute, cuando el último huésped se marchaba a casa. La oscura cocina olía a la sopa que Wenzel había preparado para el día siguiente. Tobias Wenzel siempre decía que no había sido un buen soldado, pero que era un cocinero muy bueno. Zorro se calentó la sopa mientras Alma preparaba el té de Chanute.

—Hace mucho que sé lo del espejo. Mucho más tiempo que Jacob. Él no fue el primero que vi salir de la torre.

La confianza llegaba de forma tan inesperada que Zorro dejó enfriar de nuevo la sopa. Nunca formulaba preguntas sobre el espejo a Jacob. No le gustaba hablar de ello, quizá porque durante demasiado tiempo había sido su secreto.

—No hablo del padre de Jacob —continuó Alma—. Él vivió mucho tiempo en Schwanstein, pero no me gustaba, por eso nunca le hablé a Jacob de él. No. El

primero llegó casi medio siglo antes que él. En Vena reinaba un tal Ludwig, o Maximilian, que había entregado a su hija más joven para que se la comiera un dragón, la ruina era el pabellón de caza más hermoso de Austrien, y medio Schwanstein perseguía a un gigante que había secuestrado a un panadero. Probablemente el gigante quería regalárselo a sus hijos para que jugaran con él, pues les gustaba capturar personas con ese fin.

En el colador con el que Alma filtraba el té había también algunos pelos de gato negro.

—Erich Semmelweis... No he olvidado el apellido porque me recordaba al panadero secuestrado. Como más tarde supe, también es el apellido de soltera de la madre de Jacob. El Semmelweis con el que me topé era, pues, uno de los antepasados de Jacob. Era pálido como la larva de un abejorro y olía como los alquimistas que al otro lado, en Himmerpfortgrund, intentaban transformar sus corazones en oro. Semmelweis cosechó un gran éxito en Vena. Durante un tiempo dio clases incluso al hijo del emperador.

Alma se volvió hacia Zorro.

—Seguro que te estarás preguntando por qué te cuento todo esto en mitad de la noche. Erich Semmelweis regresó de Vena y trajo consigo a su prometida. Hizo correr la voz de que navegaría con ella hacia el Nuevo Mundo. La gente creía a Semmelweis lo mismo que creen las historias de Albión de Jacob, pero yo vi que los dos regresaban de la torre un año más tarde, y poco después Semmelweis me mandó llamar porque su esposa no podía dormir. Jacob disimula muy bien lo fatigoso que es cambiar de mundo, pero incluso él al principio enfermaba con frecuencia, así que ten cuidado.

—¿Qué fue de la esposa de Semmelweis?

Alma llenó de té caliente un vaso que Chanute afirmaba haber robado al rey de Albión.

—Alguien robó a su primogénito. Siempre sospeché del hombrecillo que vivía en la ruina. Tuvo otros dos hijos. Visitó un par de veces a sus padres con ellos, pero en algún momento Semmelweis salió solo de la torre.

Una prometida de Vena. La mente cansada de Zorro necesitaba un rato para entender lo que aquello significaba.

—¡Tienes que contarle todo eso a Jacob!

Alma negó con la cabeza.

—No. Puedes decirle que sé lo del espejo, pero todo lo demás es mejor que lo averigüe por sí mismo. Para Jacob todo gira siempre alrededor de su padre. Quién sabe. Quizá la nostalgia de este mundo también esté muy relacionada con su madre.



## 9

### *Se acabó*

Los guardias de Amalie no impidieron nunca al populacho escalar los muros que separaban los jardines palaciegos de la calle. Desde allí, incluso las piedras de los niños volaban hasta el pabellón del hada. El hecho de que ella no necesitara sino alzar la mano para recomponer los cristales rotos enojaba aún más a los atacantes, pero la Oscura disfrutaba demostrándoles lo ridículo que encontraba su odio. Si hubiera podido callar su griterío con la misma facilidad... Y ni una palabra de Kami'en.

Sus súbditos interpretaban por su silencio que creía la versión de Amalie. Era sencillo encontrar el motivo: no había recibido sus cartas. Los insurrectos las habían interceptado. Su respuesta se había extraviado en el largo camino de Prusien a Vena. Pero el hada había dejado de engañarse. Los soldados de Kami'en seguían custodiándola, aunque no permanecían mucho tiempo delante de su puerta para protegerla. No espantaban a los lanzadores de piedras ni hacían nada contra los súbditos de Amalie que la insultaban día y noche a través de los muros. Era su prisionera... aun cuando no se hubieran atrevido a cerrarle el paso.

«Bruja de las aguas», «diablo de las hadas»... Los nombres que gritaban no eran nuevos. Solo habían añadido uno: infanticida.

¿Era realmente posible que Kami'en creyera que había matado a su hijo después

de todo lo que había hecho para mantener al niño con vida? Le había costado tanto esfuerzo que aún se sentía débil. Y ahora el dolor por su silencio...

Sus hermanas lo habían profetizado el día que había abandonado su isla: se convertiría en su propia sombra. Habría pagado ese precio por el amor de Kami'en aunque le daba vergüenza reconocerlo, pero quizá eso era siempre el principio del fin.

Sus polillas revoloteaban como humo a su alrededor, sombras aladas de un amor pasado, las únicas ayudantes que habían permanecido a su lado. No, había alguien más. Los cristales rotos se astillaron bajo las botas de Donnersmarck cuando se dirigía hacia ella... el soldado cojo que una vez había servido a la madre de Amalie. Era un paria... Distinto por siempre a aquellos que gritaban fuera, incluso cuando lograra ocultarlo un tiempo más.

—Los levantamientos en el norte se extienden. Nadie sabe cuándo regresará Kami'en a Vena.

El hada se quitó un pedazo de cristal de su cabello castaño. Volvía a llevarlo suelto, como sus hermanas. Se había vestido para Kami'en como las humanas, se había recogido el cabello como ellas, había dormido en sus casas y le había dado, con los goyl humanos, miles de hijos. ¿Cómo podía traicionarla de esa manera? Kami'en... Su propio nombre sabía ahora a veneno.

Donnersmarck prestó atención a lo que se oía al otro lado de los muros. El griterío sonaba aún más fuerte que el día anterior. Sobre ellos reventó otro cristal. El hada alzó la mano. Por un momento se imaginó que el cristal se convertía en agua y arrastraba consigo a todos los alborotadores, a los soldados de Kami'en y a su esposa con cara de muñeca... Resultaba cada vez más difícil refrenar su ira.

—Ya no puedo garantizar Vuestra seguridad. —Donnersmarck no bajó la mirada mientras hablaba con ella. No tenía miedo de mirarla.

—Yo misma puedo ocuparme de mi seguridad.

—Hay disturbios en toda la ciudad. Amalie ha hecho quemar Vuestro carruaje. Ha hecho difundir que todo lo que tocáis está maldito.

La muñeca demostraba un considerable talento para las intrigas. Y qué oportunidad para ganarse la compasión de sus súbditos, después de haber perdido su cariño el día de su boda con el goyl. El populacho había olvidado ya lo mucho que habían detestado a su príncipe de piedra de luna. Ahora no era más que la madre afligida.

—¿Qué pasa con el niño?

Donnersmarck sacudió la cabeza.

—Ni rastro. Tres de mis soldados lo están buscando, los únicos en quienes aún confío.

Ella misma había enviado docenas de sus polillas en busca del hijo de Kami'en, pero hasta ahora ninguna había vuelto. El hada observaba los fragmentos bajo sus pies. Su jaula destrozada. Y el que la había encerrado en ella estaba lejos, muy lejos. No. Ella misma se había encerrado en la jaula.

Donnersmarck seguía allí. Su caballero, después de que el rey la hubiera traicionado.

—¿Qué deseáis hacer?

Sí, ¿qué? Resultaba difícil liberarse del amor. El lazo apenas se podía romper cuando se había hilado una vez, y ella lo había hilado con fuerza.

El Hada Oscura se colocó bajo los árboles que había hecho plantar. No crecían en ningún otro lugar salvo a orillas del lago que la había alumbrado a ella y a sus hermanas. Cogió dos de las vainas que colgaban de las frondosas ramas. Cuando abrió la primera, le saltaron, del mismo color verde que la vaina, dos diminutos caballos en la mano. Comenzaron a crecer tan pronto los dejó sobre las baldosas. De la segunda vaina salió rodando un carruaje. Arrastraba consigo hojas y florescencias de color verde pálido mientras aumentaba de tamaño. Las ruedas y los ejes eran de color negro, y el pescante y los bancos tapizados de piel, negros como su dolor, como su ira.

Donnersmarck estaba allí de pie y su expresión era igual que la de cualquiera que fuera testigo de la magia: incredulidad, nostalgia, envidia en la mirada... Hubiera deseado tanto poder hacerlo también.

Un carruaje. Caballos. El Hada Oscura levantó la mano. Ahora solo necesitaba un cochero. La polilla que se posó en sus dedos extendió unas alas que parecían haber sido empolvadas de color negro y oro. La cabeza y el cuerpo relucían de un color verde esmeralda.

—Chithira, Chithira —susurró la Oscura a la polilla—. Tú me has ayudado a encontrarlo. Ahora de mí debes apartarlo.

La polilla extendió las alas hasta que rozaron la mano del hada con la suavidad de un beso. Después descendió a sus pies y se convirtió en un joven. La ropa de color negro que vestía parecía, como las alas de la polilla, empolvada en oro. Su turbante y el chaleco relucían de verde esmeralda, y su pálido rostro revelaba que ese mundo hacía tiempo que ya no era su hogar. Chithira... Su nombre era uno de los pocos que el Hada Oscura recordaba. Había sido un príncipe que se había enamorado de ella hacía más de cien años y le había seguido siendo fiel tras su muerte, no importaba cuántos hubieran caído rendidos a sus pies y a los de sus hermanas. Ellas estaban acostumbradas a que el amor de los mortales perdurara eternamente. ¿Cómo iba a saber que el de Kami'en sería tan efímero?

Chithira subió en silencio al pescante. Donnersmarck seguía observando los caballos y el carruaje tan incrédulo como si se hubiera extraviado en un sueño, pero el sueño era el amor de Kami'en. Era hora de despertar.

El hada se recogió el vestido y miró por última vez a su alrededor. Esquirlas. Era todo lo que quedaba, inertes como agua congelada. ¿Qué otra cosa sino la muerte podía recogerse cuando se mantenía una relación con un mortal?

Donnersmarck le abrió la puerta del coche. La Oscura sabía desde hacía tiempo que se marcharía con ella, incluso antes de que lo supiera él. Él había venido para

protegerla, pero también con la esperanza de que ella le protegiera de aquello que se movía en su pecho.

Los guardias de Kami'en cerraron el paso a los caballos verdes, pero Chithira ya había conducido a los unicornios de sus hermanas. Los guardias de la corte palaciega se dispersaron precipitadamente al ver un rostro pálido como la muerte. Mientras Donnersmarck abría el portón, el Hada Oscura alzó la mirada hacia el balcón sobre el que Therese von Austrien había anunciado el enlace de su hija. No se veía a Amalie. Quizá tendría que haberla dejado vivir.

Quizá.



## 10

### *Demasiados perros*

Tres atentados en los últimos días; dos en estaciones fronterizas, el tercero iba dirigido a Kami'en. Sus escoltas se habían dispuesto de forma tan estúpida que Hentzau tuvo que encargarse de matar al autor del atentado. Había hecho ejecutar a los escoltas... y amenazado con cortarles personalmente la lengua a todo aquel que aprovechara los sucesos para quejarse de la desaparición del goyl de jade. El cuchicheo continuaría de todos modos: «Primero lo abandonó el goyl de jade y ahora el hada. El rey de los goyl está tan muerto como su hijo de piedra de luna».

El autor del atentado que había logrado llegar hasta la tienda de Kami'en no era ninguno de los rebeldes humanos que se alzaban contra sus amos (Hentzau comprendía muy bien su motivación). No. Había sido un goyl de ónix. Hacía solo dos semanas que habían proclamado a uno de los suyos rey legítimo de los goyl. Un simulacro de rey, en cooperación con Lorena y Albión, traidores del propio pueblo. No le sorprendía. Los ónix habían sido siempre parásitos que vivían de la sangre y el sudor de sus súbditos, y bajo su dominación solo prosperaba quien hubiera nacido ónix. Hentzau había llenado de gusanos de piedra la cabeza del autor del atentado y la había hecho enviar a Nias'ny, el más poderoso de sus lores. Este residía en Lorena, aunque sus espías estaban por todas partes.

Demasiados perros... Hentzau se puso debajo de la lengua una de las píldoras que

el médico de cámara de Kami'en le había recetado para el dolor en el pecho. Ayudaban tan poco como las que el doctor humano de Amalie le había prescrito en Vena, así que había enviado a uno de sus soldados al bosque subterráneo al norte de la fortaleza real, en el que moraban las mujeres metálicas. Los zumos que preparaban corroían incluso las lenguas de los goyl, pero Hentzau había sobrevivido a las heridas que había sufrido en la Boda Sangrienta gracias a sus brebajes.

¡Debía regresar bajo tierra! Allí no necesitaba píldoras ni zumos, pero el idiota del contramaestre le había asignado una torre como oficina, con una ventana a través de la cual entraba tanta luz que pronto se quedaría ciego de ambos ojos. Hentzau había solicitado tapiarla, pero parecía que los únicos soldados que entendían de levantar muros habían perdido la vida en una escaramuza con los rebeldes.

A Kami'en le gustaba alojar a la tropa en palacios humanos, a pesar de las ventanas y las torres. De este habían expulsado a un noble holsaciano de provincias, que se había vengado abandonando ratas infestadas en las bodegas antes de su fuga. Treinta hombres de Hentzau se habían puesto enfermos porque estaban tan hartos de la luz del día que, a pesar de todo, habían dormido en la bodega. Cuanto más tiempo vivían sobre la tierra, más propensos se volvían a las enfermedades humanas..., un hecho que a los ónix les gustaba mencionar cuando afirmaban que los goyl no tenían nada que buscar en la superficie. Sin embargo, Hentzau, al igual que Kami'en, no había olvidado lo que sucedía cuando se contentaban con una vida bajo tierra. Había allí demasiadas cosas que los humanos codiciaban, no solo plata, oro y piedras preciosas. Mineral y carbón, gas, petróleo... Lo que se sacaba de la tierra era ahora mucho más valioso que todo lo que crecía en los campos.

—¿Leutenant Hentzau? —Nesser asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué? —preguntó haciendo desaparecer precipitadamente el frasco de píldoras en el cajón del escritorio. Nesser no se había merecido la aspereza en su voz, pero había ya demasiados que murmuraban que el perro sanguinario del rey estaba viejo y enfermo..., aunque el Hada Oscura había sido la única que se había atrevido a decirlo delante de Kami'en. Por todos los dioses del seno de la tierra, Hentzau estaba tan contento de que se hubiera marchado...

—Los telegramas más recientes están aquí.

Nesser se colocó detrás de él antes de hacerle señas al mensajero. Kami'en la había nombrado escolta personal de Hentzau tras un atentado en el que había sido herido de forma leve. Por supuesto contra su deseo. El perro sanguinario del rey vigilado por un soldado que podría haber sido su hija. Peor no podía ser, pero debía admitir que Nesser era mucho mejor que los inútiles que vigilaban al rey.

El mensajero era uno de los goyl humanos que habían permanecido al servicio de los goyl, aunque su piel, como en su nacimiento, en muchos puntos volvía a ser tan blanda como la de un caracol. Hentzau los habría hecho fusilar a todos, pero estos se evidenciaban como emisarios y espías muy útiles, aunque con frecuencia apenas recordaban su vida humana. Este era un goyl rubí. La piedra seguía mostrándose en la

frente y en las mejillas, y los ojos castaños tenían un brillo dorado. Había ahora ejércitos enteros de ellos que, cual hordas de mercenarios, iban de un lugar a otro saqueando por debajo y por encima de la tierra.

La herencia del hada. Sí, Hentzau estaba feliz de que se hubiera marchado, aunque no se atrevía a imaginar cuánto daño podía infligirles como enemiga. Sus espías aseguraban que viajaba hacia el este. ¿Al Imperio Suleimán? Improbable. Su sultán opinaba que la magia solo debía permitirse a los hombres. Pero había otros príncipes a los que el hada podía ofrecer su magia: los cosacos en Ucrania, los zares varegos, los príncipes lobo en Kamchatka y Yukaghiria... Los goyl mantenían intensas relaciones comerciales con la mayoría de los soberanos orientales desde hacía siglos (algunas de sus ciudades más antiguas estaban situadas en el este), pero Hentzau estaba convencido de que muchos de sus viejos aliados se volverían contra ellos si el hada les prometía su magia a cambio. Su mayor preocupación había sido el príncipe lobo, que estaba casado con Isolde von Austrien, pero la más joven de las hermanas de la emperatriz destronada había muerto hacía unas semanas. Envenenada por su esposo, según se rumoreaba en Vena.

Los telegramas que el goyl humano traía no mejoraron el estado de ánimo de Hentzau: un incendio en una de sus fábricas de aviones, un mensajero goyl asesinado en Bavaria, un atentado suicida en una de sus ciudades cueva sobre tierra. Cuatrocientos muertos. El último telegrama procedía de Thierry Auger, uno de sus espías humanos en Lorena. Notificaba que el Encorvado había tenido un huésped interesante: Isambard Brunel. El hombre que construía barcos y aviones pero que odiaba viajar. Era la primera vez que Brunel abandonaba Albión. Que lo hiciera para ofrecer sus respetos al rey de Lorena era la noticia más inquietante de todas.

Nesser hizo señas al goyl humano para que saliera de la habitación. Presionó el puño sobre el corazón como uno de ellos al saludar. Hentzau, sin embargo, nunca podría acostumbrarse a ella. Nesser aguardó en la puerta. Hentzau no tenía hijos, pero lo que sentía por Nesser se parecía mucho a los sentimientos paternos. Apreciaba incluso sus debilidades... la falta de dominio de sí misma, la impaciencia juvenil, la necesidad de ver el mundo en blanco y negro, todo lo bueno de su lado, todo lo malo del lado de sus enemigos. Envidiable. La vida era tan sencilla cuando se era joven..., aunque a uno no se lo pareciera.

Brunel en casa del Encorvado... A lo mejor la mala noticia se convertía en una buena. No, mejor. En un regalo.

—Dile al agregado de Kami'en que he de hablar con el rey. De inmediato.

Hentzau se agarró el pecho tan pronto Nesser cerró la puerta tras de sí. El dolor era atroz, pero como soldado estaba acostumbrado a vivir con él.

• • •

Kami'en hacía tiempo que no ordenaba tapiar las ventanas de sus aposentos. Se había

hecho conjurar los ojos por una bruja y se burlaba de que Hentzau tuviera más miedo de cualquier magia que del color blanco lechoso que le empañaba la vista. El rey de los goyl estaba junto a la ventana cuando Hentzau entró y sí, probablemente estaba pensando en el hada.

Hentzau estaba seguro de que seguía amándola. ¿Creía Kami'en que ella había matado a su hijo? Había cosas que ni siquiera Hentzau sabía sobre él. Como siempre, su rostro no reveló nada cuando se dio la vuelta. Cornalina. Piel de fuego, como los goyl la denominaban.

—Brunel en Lutis. Imagino que estamos pensando lo mismo —dijo después de haber echado una ojeada al telegrama de Thierry Auger—. La Morsa no es tan estúpida como pensaba. Haz que refuercen las tropas a lo largo de la frontera lorenesa y asegúrate de que al príncipe heredero no se le acaba el polvo de elfo.

—Eso no bastará —dijo Hentzau frotándose la piel. La luz matinal que entraba a través de las altas ventanas era gris como el granito, y sin embargo dolía—. Necesitamos alboroto en sus colonias para que no puedan reunir a sus tropas, anarquistas en sus ciudades... y debemos asegurarnos de que el este esté de nuestro lado. Propongo hacerle un regalo al zar. Un regalo que le brinde la confianza militar para desafiar a Albión y Lorena.

—¿Y qué regalo podría tener un efecto tan singular? —«¿Y ser más tentador que lo que mi amada podría ofrecer al zar?». Ninguno de los dos la mencionaba desde que se había marchado, aunque todo el mundo hablaba de ella.

—El regalo nos ha caído del cielo, Vuestra Majestad.

Ambos adoraban jugar a leer los pensamientos en el rostro del otro. Tantas guerras en las que habían combatido juntos. Tantas cosas compartidas: derrotas, victorias, miedo, ira, desesperación, alivio, triunfo... y la ebriedad que producía la proximidad de la muerte.

—Interesante. —Kami'en miraba hacia la ventana que daba al este—. ¿Cuántos hombres necesitas?

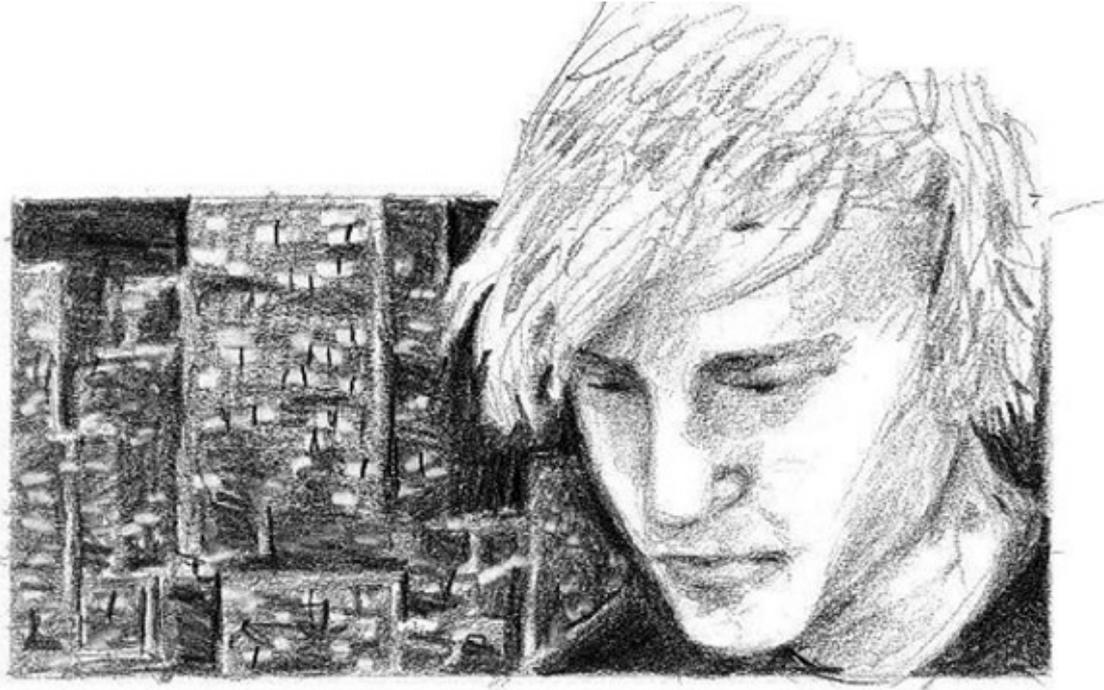
—Diez. Más llamarían demasiado la atención. Me gustaría también llevarme algunos goyl humanos.

—¿En serio? ¿No querías que los hiciera fusilar a todos?

—Un buen soldado cambia de estrategia antes de que el contrario lo espere.

Kami'en sonrió.

Tantas cosas compartidas... El perro de jaspe defendería a su rey hasta que la jauría lo despedazara, pero antes le colocaría un oso a su lado.



## *II*

### *Érase una vez*

Will estaba aún despierto cuando el teléfono sonó. Las dos de la madrugada. Clara le había dejado el viejo despertador de su madre sobre el escritorio. Había conservado muchos de sus objetos en el piso y le preguntaba con frecuencia por ellos, quizá porque no había conocido nunca a su propia madre.

Cogió el teléfono sin inquietarse por lo tarde que era. Clara trabajaba desde hacía semanas en el turno de noche, y Jacob solía permanecer fuera hasta el amanecer, además ambos sabían que tampoco él tenía costumbre de acostarse temprano. Ya de niño, Will había tenido miedo de sus sueños, pero desde la época en que estuvo detrás del espejo eran tierra del enemigo.

—¿Will? Soy el doctor Klinger. Clara trabaja en mi sección.

El tono de la voz al otro lado trajo a la memoria de Will otra llamada, la misma mezcla de templanza y simpatía. «Su madre está peor. Quizá debería usted pasarse». En aquel entonces la llamada no le había pillado por sorpresa, pero esta vez las palabras no tenían sentido. ¡Solo había ido a trabajar!

—Lo siento, no le puedo decir más de momento.

Se puso de inmediato en camino. En el taxi intentó contactar con Jacob en vano.

• • •

Su madre no había muerto en el hospital en el que Clara trabajaba. El ascensor, sin embargo, le recordó a Will las semanas en las que la había visitado. El ascensor, el olor en los pasillos...

El médico lo estaba esperando. Will lo reconoció de una fiesta que los compañeros de Clara habían organizado para ella. «Un coma repentino», «inconsciente», «una de las enfermeras la encontró...». Jirones de palabras que no delataban más que su desamparo. Will lo siguió a una de las habitaciones y allí estaba. Dormida.

Will había visto ya un sueño parecido, pero ¿cómo iba a hablarle a alguien de ese mundo acerca de la princesa que había encontrado entre las rosas mustias? En la bata de Clara, que reposaba sobre la silla junto a la cama, vio un broche que no le había visto antes: tenía la forma de una polilla, con alas de color negro y antenas plateadas.

El mundo equivocado.

El médico seguía sembrando más desconcierto. «Una infección rara», «una herida en su dedo», «análisis de sangre...». Will no dijo nada. ¿Qué iba a decir? ¿Que había recibido la visita de un hada?

Rogó al doctor Klinger que lo dejara a solas y se acercó a la cama. No había setos vivos de zarzas que lo mantuvieran alejado, ninguna torre palaciega. «Es muy sencillo, Will. Bésala». Pero parecía tan extraña... como su madre entonces. Intentó olvidar dónde estaba, recordar la primera vez que la vio, pero le llegaban otras imágenes: la casita de galleta, las cuevas, el horror cuando ella le había acariciado la piel de jade.

«Solo un beso».

Pero lo único que hizo fue quedarse allí. Quizá su corazón siguiera siendo de piedra. ¿Cómo si no era posible que el amor lo extraviara con tanta facilidad y que incluso en ese momento la traicionara? Simplemente tenía que besarla como entonces, recordar la primera vez que la vio en el pasillo del hospital delante de la habitación de su madre. ¿Por qué la muerte y el amor eran a menudo vecinos?

La besó. Sus labios eran tan cálidos y familiares... Pero ella no despertó y todo lo que Will veía era a la muerta en la torre de rosas, con la piel de pergamino y el cabello descolorido como la paja.

«¡Despierta, Clara! ¡Por favor! Te amo».

La besó otra vez, pero al hacerlo solo sintió su propia desesperación. «Te amo». Ella lo amaba más. Desde siempre.

El médico regresó y habló de que le iban a hacer más pruebas. Will firmó los papeles e intentó de nuevo llamar a Jacob. Lo intentó una y otra vez. Sin respuesta.

El médico prometió llamarlo si había alguna novedad y lo mandó a casa.

No sabía si bajar en el ascensor o por la escalera. En algún momento volvió a encontrarse abajo en la calle, aguardó las lágrimas, que no llegaron, y miró fijamente

las luces de los coches como si pudieran explicarle lo que había sucedido. Jacob. Tenía que hablar con Jacob. Su hermano sabría de algún camino, algún tipo de magia. ¿Que hiciera qué? ¿Reemplazar el amor verdadero? Lo que quiera que fuera...

Will volvió la vista hacia el hospital. No podía dejarla allí, tenía que llevársela consigo. Jacob encontraría la forma, ella despertaría, y él la amaría como se merecía.

—Enseguida te culpas de todo, Will. ¿Quizá porque tu hermano se toma demasiado a la ligera sus culpas?

Will se volvió. El extraño que estaba sentado en uno de los bancos delante del hospital había pronunciado su nombre como el de un viejo conocido, pero Will no recordaba haberlo visto antes. Clara decía que los bancos eran bancos de lágrimas, porque, con frecuencia, eran la primera parada de todos los que salían con malas noticias del hospital.

—Perdón, ¿nos conocemos?

Era el tipo de pregunta que se hacía cuando uno deseaba que lo dejaran tranquilo y se era tan irremediabilmente cortés como Will.

El extraño sonrió.

—Sí, pero quizá eras demasiado joven como para que te acuerdes. Yo era un amigo íntimo de tu madre.

Una ambulancia pasó de largo. Alguien insultó a Will al pasar. Tantas personas, incluso a esa hora. Pero algo del extraño no encajaba allí. O lo que les rodeaba no encajaba con él. Tal vez solo estuviera soñando con él. Desde su vuelta, Will tenía a menudo ese pensamiento. ¿Cómo podía Jacob cambiar de mundo una y otra vez? Al hacerlo uno perdía el tino...

¿Por qué no se había despertado? Si la hubiera cuidado mejor... Si no hubiera dejado de amarla...

El extraño lo miraba divertido, como si estuviera leyendo sus pensamientos. Aún no se había presentado. Y de pronto Will empezó a escuchar palabras en su cabeza: si hubiera, si fuera, si pudiera... siempre el buen hijo, hermano, amigo, novio... Will Reckless, el lienzo en el que otros pintan. *¿Qué te pasa? ¿Quién quieres ser, Will?*

—Siéntate un momento conmigo.

El extraño le hizo señas para que sentara a su lado en el banco. Will vaciló. Tenía que regresar. Con Clara.

—Siéntate, Will. —La voz del extraño era lisonjera como un viento cálido, pero la invitación no sonaba a ruego—. Tengo una oferta que hacerte.

Un borracho pasó de largo dando tumbos. Una pareja de enamorados se besaba en la parada del autobús. Amor de verdad...

—Lo siento —respondió Will—. Debo regresar —dijo señalando el hospital—. Mi novia...

—Ah, sí. Mi oferta está relacionada con ella.

El extraño volvió a hacerle señas para que se sentara en el banco. Un asomo de impaciencia se percibía en el gesto. La acera sucia, los rostros cansados, la cafetería

de la esquina... El extraño hacía que todo aquello pareciera tan irreal. Will se sentó vacilante junto a él. Tenía una pequeña piedra roja en la oreja, ¿a qué le recordaba aquello?

—Supongo que lo has intentado con un beso. Por desgracia eso solo funciona pocas veces —dijo sacando una pitillera plateada del bolsillo—. El sueño del huso es una de las magias de hada más antiguas, sumamente eficaz y muy fácil de poner en práctica. Suponía que tu hermano os habría advertido a ti y a tu novia. Has rechazado su regalo, la piel de piedra sagrada. Los inmortales se toman esas cosas muy mal... y dado que no te puede hacer nada...

El cigarrillo que se encendió era tan blanco y fino como sus dedos. Tenía seis en cada mano. El mundo equivocado. Toda esa noche pertenecía al mundo equivocado.

—A las hadas les encanta jugar con el destino, Will, y eso no se reduce a su temida magia amorosa. Los dos sabemos de lo que hablo: una piel diferente, un sueño mortal, una cárcel de madera. —El mechero que sacó del bolsillo de la chaqueta también era de plata—. Pero esta vez tu hermano no podrá conseguir que todo vuelva a ser como era. Esta vez tienes que hacerlo tú mismo. Ese es tu mayor deseo, ¿no es cierto? Que todo vuelva a ser como antes. Antes de cometer el error de seguir a tu hermano —dijo echando el humo a la noche e ignorando las miradas de desaprobación que los paseantes le lanzaban—. «Érase una vez»... Los cuentos no comienzan así en vano, Will. Pero el «y fueron felices hasta el fin de sus días» hay que ganárselo.

En el velo de humo que reposaba sobre las luces de la ciudad, Will creyó ver la figura de una mujer envuelta en un enjambre de polillas negras.

—Es increíble, ¿no es cierto? —El extraño sacó un saquito del bolsillo—. Ella te ha hecho inmune a su magia solo para proteger a su amante. El amor se burla incluso de los inmortales —dijo, y dejó el saquito en el regazo de Will. Jacob tenía uno muy parecido—. Todo comenzó con ella, Will. Solo puede acabar con ella.

El saquito parecía vacío, pero, cuando Will metió la mano, sus dedos chocaron con un mango de madera.

El extraño se levantó.

—Ve en busca de ella. Usa mi regalo y tienes mi palabra: todo volverá a ser como tendría que haber sido —dijo inclinándose hacia él—. Te enseñaré quién eres, Will Reckless. Tu verdadera figura... es lo que todos buscáis, ¿no es cierto?

No aguardó la respuesta de Will. Se volvió y se dirigió a un coche que estaba aparcado junto al bordillo. El conductor se bajó y le abrió la puerta trasera. Will se quedó allí, con el saquito en la mano, hasta que el coche desapareció en el tráfico.

Jacob seguía sin responder al teléfono, y el rostro de Clara estaba pálido como el de una muerta cuando regresó al hospital. Will no tuvo el valor de volver a besarla, y la enfermera sacudió la cabeza con resignación profesional cuando preguntó si no podía llevarse a Clara a casa.

El piso estaba tan silencioso cuando abrió la puerta, las habitaciones tan vacías.

Érase una vez... Will se sentó a la mesa de la cocina y sacó del bolsillo el saquito que el extraño le había dado. Metió la mano dentro con cierta vacilación... y observó perplejo el arma que se deslizó de ella, tan hermosa y terrible al mismo tiempo. Los herrajes estaban calientes, como si la plata se estuviera derritiendo en sus dedos, y en el dibujo que había grabado en el metal anidaba un murmullo. Will envolvió el mango con los dedos, tensó la cuerda de cristal, apuntó la flecha plateada y tuvo miedo de lo que sintió: el deseo de hacer volar la flecha en el corazón de la oscuridad, allí, de donde provenía toda la magia. Pero esta no tenía corazón.



## 12

### *En el lugar equivocado*

Zorro había esperado a Jacob durante meses en tantas ocasiones, que parecía absurdo preocuparse después de tres días, pero cuando Chanute volvió a pasarse en vela la cuarta noche debido a la tos, resultó fácil convencerse de que tenía que encontrar a Jacob por consideración a él. La idea de atravesar sola el espejo no le seducía lo más mínimo, pero para Zorro el miedo era una razón más para hacerlo. El miedo era un animal que crecía cuando se cedía a él.

Cogió el caballo de Chanute. Mordía como un perro vagabundo, pero había llevado a Jacob a lo alto de la ruina con relativa frecuencia como para encontrar solo el camino de vuelta al establo. Chanute afirmaba que ni una manada de lobos inspiraba miedo a su capón. Cuando Zorro lo soltó delante de la torre, sin embargo, tenía mucha prisa por marcharse de allí. A ningún caballo le gustaba la ruina. Alma creía que era a causa de un trago que ya en vida había molestado a los caballos del dueño del castillo. De él no había ni rastro esa mañana, pero Zorro encontró delante de la torre huellas de botas sobre la tierra húmeda por el rocío. También a su regreso había encontrado huellas... en la escalera reventada que conducía a los establos. Wenzel le había contado que el alcalde de Schwanstein intentaba vender la ruina para poner fin a los rumores de que estaba maldita. Quizá había llegado el momento de buscar otro escondite para el espejo, aun cuando los muros quemados hubieran espantado a todos los vendedores hasta ese momento.

El húmedo silencio que reinaba en la torre trajo a la memoria de Zorro todos esos

días que había aguardado a Jacob delante de su puerta. Siempre con temor a que no regresara.

Esa mañana el espejo estaba tan claro que parecía que alguien lo hubiera pulido. Zorro ya se había colocado sola delante de él unas cuantas veces, pero siempre se había dado la vuelta y había aguardado a Jacob en su mundo. No le seguía, esa era la norma —él tenía su camino y ella, el suyo—, pero ¿de quién era esa norma? Más de ella que de él, si era sincera. Jacob había querido siempre que fuese con él.

Alargó la mano y la presionó contra el espejo.

Oscureció, aquello era extraño. La luz matinal había iluminado la torre y la hora era prácticamente la misma en ambos mundos. Zorro buscó el dibujo del escritorio, la ventana desde la cual se podía ver la ciudad de Jacob —sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, el pelaje agudizaba los sentidos humanos aun cuando no lo llevase puesto—, pero no se veía la ventana ni tampoco el escritorio. La habitación donde estaba olía como los graneros de piedra en los que se había escondido de niña para no tener que zurcir durante horas las redes de los pescadores. Vio ventanas tapiadas, hileras de cajas a lo largo de las extensas paredes, algunas tan grandes como hombres, otras las podría haber cargado ella misma.

¿Por qué estaba el espejo allí?

Entre las cajas había apoyados otros espejos, la mayoría más pequeños que aquel por el que había llegado, pero los había de todos los tamaños y formas. Lo único que tenían en común era el marco de plata. Zorro tenía la sensación de haberse extraviado en una sala con cien puertas de cristal y tenía que descubrir por cuál había desaparecido Jacob.

Apoyó la oreja contra el portón, la única salida al exterior. Voces de hombres, motores de coches... Pruebas de que estaba en el mundo de Jacob.

«Se encuentra bien».

El pelaje había enseñado a Zorro a ignorar el miedo, pero resultaba más complicado si temía por Jacob. Abrió el portón lo bastante para poder mirar hacia fuera.

Parecía como si estuviera viendo dos lugares al mismo tiempo.

Uno parecía abandonado: un patio ancho cubierto de cardos y ortigas, y un montón de casas vacías rodeadas de un espeso bosque. Pero sobre todo aquello veía una segunda imagen, tan borrosa como si la realidad que mostraba estuviera intentando ocultarse. Zorro conocía ese tipo de magia de su mundo, lugares que se ocultaban para conservar un secreto: puentes, palacios, cuevas del tesoro... A veces permanecían ocultos hasta que se tocaban o se pronunciaba una palabra mágica, pero a los cambiadores de formas no se les podía engañar. Solo estaba sorprendida de encontrar aquel tipo de magia en el mundo de Jacob.

Los edificios que se ocultaban entre las casas vacías tenían torres y frontones como los que Zorro conocía de los castillos de su tierra, pero las elevadas fachadas de cristal con los puntales de metal solo las conocía por el mundo de Jacob. Detrás

divisaba enormes calderas y chimeneas plateadas entre los árboles. Sobre dos piletas que lindaban a su derecha con el patio abandonado colgaban velos de humo brillante.

¿Dónde estaba? Y ¿quién se ocultaba por medio de la magia en el mundo de Jacob?

«No, Zorro. No es el momento de averiguarlo».

¿Dónde estaba Jacob?

Una camioneta se dirigía al patio. Los hombres que descendieron de ella y la descargaron procedían tan claramente de ese mundo que hacían los edificios de cristal aún más irreales. Uno llevaba consigo un perro grande como un ternero, y Zorro se alegró de no haberse transformado aún. Ninguno de los hombres miró en su dirección cuando se separó del portón, pero el perro la percibió. «¡Una zorra!», advertía su ladrido. El hombre que lo llevaba atado lo hizo callar con un grito agudo, pero miró alrededor en busca de algo, y Zorro se escondió detrás de unos barriles antes de que la divisara. Olfateaba agua... quizá un río.

Cambió de forma tan pronto el perro y su dueño desaparecieron en una de las casas abandonadas. Como zorra podía ver el lugar que se ocultaba por medio de la magia con más claridad aún: plantas que no habían sido sino sombras plateadas para sus ojos humanos y enjambres de elfos de hierba en los arbustos, de cuyo polen se obtenía polvo de elfo. Nada de aquello pertenecía a ese lugar. ¿Quién lo había traído? Se revolcó en la maleza para camuflar su olor. La zorra olfateaba más de un perro.

Cajas podridas y barriles enmohecidos, depósitos de cristal entre muros recubiertos de ladrillos. El olor que envolvía los edificios ocultos erizaba el pelo de la zorra. No lo conocía de su mundo ni tampoco de ese. Lo evitó lo mismo que las piletas sobre las que colgaba el humo brillante.

«Se encuentra bien».

Otro edificio emergió de entre los árboles. Provenía de ese mundo y a primera vista parecía abandonado, pero en los huecos de las ventanas crecían rejas de los ladrillos como sarmientos de plata. Jacob estaba en algún lugar detrás de ellas. La zorra lo sabía. Para ese saber raras veces había una explicación, pero Zorro nunca se había arrepentido de confiar en él.

«Se encuentra bien». No. La zorra decía algo diferente, aunque el olor a enfermedad y muerte que envolvía a ese edificio fuera tan rancio que sin duda refería una desgracia de hacía mucho tiempo. Detrás olía a vida, débil como la de un animal herido... o la de una persona.

La zorra no alcanzaba a la ventana, así que Zorro volvió a cambiar de forma, pero eso traía consigo también el miedo humano, todas las preguntas inútiles: ¿qué había pasado? ¿Cómo había llegado el espejo a ese lugar encantado? No tenía tiempo de buscar respuestas o pronto solo habría una pregunta: ¿por qué no lo has rescatado, Zorro?

Se abrió paso a través de ortigas y desbrozos en dirección a una de las ventanas cuando oyó pasos a su espalda. Intentó llamar al pelaje, pero ya era tarde, y maldijo

los cuerpos humanos por ser tan grandes mientras buscaba cobijo detrás de un árbol. Por suerte el hombre que se dirigía al edificio con un plato de comida era menos despierto que los perros, que seguían ladrando. Casi pisa la mano de Zorro al pasar a su lado. Su cara resultaba extraña..., como si alguien lo hubiera moldeado con barro y no hubiera prestado demasiada atención al hacerlo. Al verlo, los latidos de Zorro subieron hasta la garganta, aunque no de miedo sino de alivio. Solo se les llevaba comida a los vivos. Ahora solo cabía esperar que se tratara de la vida de Jacob.

El hombre desapareció en la parte trasera del edificio y Zorro oyó cómo abría una puerta. Resultaba difícil resistirse a la tentación de seguirlo sin demora. Con seguridad lo habría podido reducir fácilmente. Pero lo mismo había pensado de un vampiro catalán y, antes de poder tocarlo, se había convertido en un murciélago y había dado la voz de alarma con un silbido estruendoso a su señor sediento de sangre. Parecieron transcurrir días hasta que la cara de barro volvió a aparecer. Hablaba con alguien, pero, al doblar la esquina, Zorro vio el teléfono en su mano, recuerdo del mundo en que se encontraba.

La cerradura de la puerta le resultaba tan extraña como ese mundo, aunque sus dedos ya habían abierto tumbas de reyes y el cofrecillo viviente de un trol. Mientras cruzaba la puerta se preguntaba si la magia de la invisibilidad iba destinada a los hombres que descargaban las camionetas. El rostro de barro tenía que haber visto a través de él o, nada más cruzar la puerta, habría saltado la alarma. Entre las tablas sucias del suelo se ocultaban hilos de plata que con seguridad anunciaban a cualquier visitante sin permiso que fuera tan imprudente de pisarlos.

Zorro tampoco se fiaba de las flores que crecían por todas partes en el revoque reventado. Se parecían demasiado a las flores que enmarcaban el espejo que la había llevado hasta allí, y su aroma llenaba el aire podrido como una canción de cuna. Pertenecían tan poco a ese mundo como el espejo, los elfos de hierba o los edificios que podían hacerse invisibles.

Todo lo que rodeaba a Zorro parecía tan peligrosamente hermoso como una trampa de Venus que se abría entre el moho de los muros y los excrementos de rata para conseguir un botín, y a cada paso crecía su miedo de que Jacob hubiera quedado atrapado en ella. Pero los primeros cuartos en los que miró estaban vacíos. Siguió las huellas del polvoriento entarimado del suelo hacia una escalera que conducía al sótano. Zorro creyó oír ruido de zapatos al aguzar el oído, una maldición reprimida. No era la voz de Jacob, pero él estaba allí, lo notaba como el roce de una mano familiar. Oía un motor en la lejanía, el chapoteo del agua golpeando la madera o la piedra, voces y pasos inquietantemente fuertes. Pero no se acercaban.

Las flores crecían también en los peldaños de la escalera. Zorro evitó tocarlas poniendo gran atención. La escalera acababa en un sótano ancho que se ramificaba en un pasillo con cuartos sin ventana. Las rejas en los marcos de la puerta eran, incluso para ella, casi imperceptibles. Rejas de plata. Las celdas que había detrás estaban vacías. A excepción de la última.

Zorro reconoció el cuerpo inmóvil tras la reja aunque Jacob le daba la espalda. Ella agarró los barrotes. Sentía como si le faltara el aliento. La magia era tan fuerte que ni siquiera se hacía ver mediante el roce. Zorro, sin embargo, retiró las manos. Su piel se estiró como si se estuviera convirtiendo en plata.

—Ah, *bonjour*. ¿O es *bon soir* ahí fuera? —El hombre que estaba en cuclillas detrás de Jacob llevaba puesta la ropa de ese mundo. Tenía apoyada la espalda en la pared del sótano como si llevara sentado mucho tiempo allí. Su cabello oscuro estaba encrespado como la lana de cabra—. Tu rostro es nuevo. A quién se lo habréis robado... *Simonac!*

Se puso en pie, con las manos cerradas como un boxeador que se estuviera preparando para el siguiente *round*.

—Vienes para invitarme a lanzar otra mirada a vuestro espejo, ¿verdad? *Sacrament*, mi rostro parece gustaros de verdad. Pero Sylvain Fowler no irá de forma voluntaria, *ma puce*.

Alzó los puños y boxeó en el aire como queriendo demostrarle así lo difícil que se lo iba a poner.

Zorro casi se echa a reír. Si únicamente Jacob hubiera dado señales de vida.

—No hay motivo para pelearse —respondió—. No soy de ellos. Estoy aquí por él —dijo señalando a Jacob—. ¿Qué le han hecho?

Los guantes que sacó del bolsillo ya la habían protegido de muchas trampas mágicas, pero no estaba segura de si la ayudarían en esta.

—*Ostie de moron!* —exclamó Sylvain bajando los puños—. ¿Ya no reconoces a los tuyos, Sylvain? ¡Es una persona! —dijo inclinándose sobre Jacob—. Creo que está bien. Solo ha recibido demasiado de su polvo. ¿Cómo lo has encontrado? ¿El amor y tal? —Su suspiro sonaba envidioso y compasivo al mismo tiempo—. ¡No entres! ¡Hay algo en la puerta! —gritó subiéndose las mangas. Junto al tatuaje de una hoja de arce ardiendo, una tira de piel relucía como si se tratara de metal—. Esto es lo que pasa si lo intentas.

—Es una reja. La han hecho invisible por medio de la magia del camuflaje.

Zorro cerró la mano enguantada sobre uno de los barrotes a modo de prueba. Seguía siendo una sensación desagradable.

—¿Por medio de qué? —Sylvain la observaba fijamente como si no estuviera en sus cabales.

La cerradura de la puerta era fácil de abrir si se la podía ver. Los guantes tenían un brillo plateado cuando Zorro se los quitó. La piel de Jacob estaba caliente, y respiraba de forma regular, como si estuviera durmiendo. Zorro no podía encontrar herida alguna, pero finalmente sus dedos localizaron la diminuta cabeza de un alfiler bajo su cabello oscuro. Estaba clavado en su sien izquierda. En Lorena existía un cuento de hadas —su madre se lo había contado muchas veces— en el que el diablo había mantenido al príncipe cien años prisionero clavándole un alfiler de plata en la cabeza. El príncipe despertó en cuanto su hermana se lo quitó. En su mundo era a

menudo conveniente seguir esos ejemplos, pero aquel era el mundo de Jacob.

—Puedo cargarlo si no consigue ponerse en pie —murmuró Sylvain—. ¡Debemos cruzar el río, controlan toda la isla! No resultará fácil, pero quizá encontremos un bote.

Zorro le echaba cuarenta y tantos, pero con esos ojos llenos de vida y la boca abierta parecía un chico guapo algo entrado en años. Incluso cuando seguramente se hubiera roto la nariz más de una vez.

—No necesitamos ningún bote. Cogeremos otro camino.

«¿Cogeremos? ¡Zorro!». No podía llevarse consigo a ningún extraño a través del espejo. Pero Sylvain tenía razón, a lo mejor iba a necesitar su ayuda. En cualquier caso, quizá fuera conveniente averiguar algo más de él.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó esforzándose por que sonara a simple curiosidad.

—He trabajado para ellos.

—¿Ellos?

Jacob se estremeció tan pronto Zorro rozó la cabeza del alfiler.

—Immortal Glass & Silver. Les distribuía sus espejos.

Espejos. *Tira ya, Zorro*. Jacob volvió a suspirar, pero el alfiler salió sin resistencia de su sien.

—*Tabarnak*, mi hija, tiene el mismo cabello rojo que tú —murmuró Sylvain—. Pienso continuamente en ella desde que miré en el maldito espejo. *Maudite marde*. El cristal del diablo no solo roba el rostro, sino que hace aflorar los recuerdos como si alguien hubiera estado escarbando en ellos. Toda la basura que uno ha olvidado... ¡Pero lo peor son las cosas buenas!

Aquello no sonaba al espejo que la había llevado hasta allí. En el mundo del que Zorro provenía había espejos que cumplían deseos, brindaban ayuda, descubrían verdades... podían ser una promesa y la trampa perfecta. Las brujas escupían sobre el cristal del espejo antes de mirarse en él para asegurarse de que no estaba encantado.

Jacob comenzó a moverse. Zorro tuvo que susurrar su nombre media docena de veces hasta que por fin abrió los ojos. Miraban a través de un velo de plata.

—¿Zorro? —preguntó palpando su rostro—. No puedo ver nada.

Ella estaba tan feliz de oír su voz, pero para la alegría había tan poco tiempo como para el miedo. Jacob suspiró cuando, para levantarse, se apoyó en la mano derecha.

—¿Qué le pasa a tu brazo?

—Es una larga historia.

Zorro le ayudó a ponerse en pie. Estaba tan débil que tuvo que apoyarse en el muro.

—Debemos aguardar a que oscurezca —dijo Sylvain.

—¿Quién es este? —Jacob entornó los ojos. Por suerte parecía que empezaba a reconocer siluetas.

Sylvain hizo una reverencia.

—Sylvain Caleb Fowler. Parece que tenemos los mismos enemigos. Es un comienzo, ¿no es cierto?

Llevaba razón en que era mejor esperar a la oscuridad, pero Zorro quería partir. Ese lugar la ponía enferma.

—Puedes intentarlo con el bote —le dijo a Sylvain tirando de Jacob a través de la puerta abierta—. Mucha suerte.

Sylvain blasfemó... y les siguió. Zorro solo pudo evitar por los pelos que pisara las flores al pie de la escalera.

—¡Sylvain! ¡Este lugar está encantado! —susurró—. Tus ojos te servirán tan poco como los de Jacob. Quédate donde estás y pisa únicamente por donde yo piso.

Ordenó a los dos aguardar mientras ella arrancaba con cuidado las flores que crecían a lo largo de los peldaños. Solo confiaba en que sus dedos no disparasen la alarma al igual que el peso de su cuerpo, pero el silencio continuó. Mientras se detenía una y otra vez para aguzar el oído, se preguntaba cómo iban a cruzar el patio sin ser vistos y llegar hasta el espejo. Incluso aunque Jacob hubiera podido ver... apenas podía tenerse en pie. Se le ocurría solo una manera, y para ello necesitaba a Sylvain.

Hizo falta una paciencia infinita para cruzar el cuarto que había delante de la puerta. Zorro colocó su abrigo sobre el entarimado para no pisar los hilos de plata.

—¿Conoces el terreno? —le preguntó a Sylvain cuando por fin llegaron a la puerta. Nada se movía fuera, y las voces que oían sonaban tranquilizadamente lejanas.

—Claro. He dicho que he distribuido sus cajas durante meses. —Sylvain señaló en la dirección por la que Zorro había llegado—. Allí detrás almacenan los espejos, y allí fabrican el cristal —dijo señalando hacia el norte, donde Zorro veía las chimeneas plateadas—. *Câllisse*. Las islas malditas de East River. Dicen que ni siquiera los pájaros se quedan aquí. Mi mujer me advirtió. Mi exmujer. «Sylvain, ¿por qué crees que pagan tan bien? Las islas están embrujadas. Búscate un trabajo decente», me dijo. Pero ¿qué se cobra con un trabajo decente?

Zorro le tapó la boca con la mano.

—¡Ni una palabra más! —susurró—. ¡O puedes intentarlo tú solo por el río!

Aquello ayudó. Sylvain permaneció callado como un muerto mientras los seguía a ella y a Jacob. La camioneta había desaparecido cuando alcanzaron el patio, pero por lo visto había llegado visita. Jacob y Sylvain probablemente veían los tres carruajes y el edificio delante del que aguardaban. Quizá a Sylvain le pareciesen coches normales. Pero la magia del camuflaje no solo volvía las cosas invisibles. A veces le daban otro aspecto. Zorro recordaba una cáscara de avellana que había encontrado en una cueva. Jacob solo había visto la cáscara, pero ella había sostenido en la mano una diminuta cuna plateada.

Los vigilantes que esperaban junto a los carruajes tenían los mismos rostros de

barro que el hombre que había llevado la comida, pero sus armas parecían de ese mundo. Con lo ciego y lo débil que estaba Jacob, jamás podría pasar de forma desapercibida delante de ellos, y, por si aquello no era suficiente, el perro emergió con su dueño detrás de uno de los carruajes. Era la única persona que veía Zorro. Si realmente era una persona. Era demasiado joven para tratarse de un vigilante.

—Tenéis que conseguir llegar hasta aquel edificio —le susurró a Sylvain—. El que está delante de la caldera de cristal. Acércate a hurtadillas desde el otro lado.

Sylvain la miró sin comprender. «La caldera la ve tan poco como los carruajes, Zorro». Únicamente confiaba en que los floridos arbustos que crecían entre los árboles solo alimentaran a los elfos de hierba y no dispararan ninguna alarma.

—El edificio junto al tanque de gas oxidado —se corrigió.

Sylvain asintió aliviado, pero Jacob cerró con más fuerza los dedos alrededor de su brazo.

—¿Qué tramas? —Como si él no lo supiera. Pero no le gustaba. Habían salido juntos ya de situaciones desesperadas. Era el momento de ver si en su mundo tenían la misma suerte.

El perro alzó la cabeza. Olía el sudor humano a millas de distancia, pero Zorro tramaba ofrecerle un olor aún más tentador. Aguardó a que Sylvain hubiera desaparecido con Jacob entre los árboles antes de salir al patio. Uno de los vigilantes gritó algo al otro. Empuñaron sus armas cuando ella cambió de forma delante de sus ojos.

Y la zorra salió corriendo. En dirección opuesta al edificio donde el espejo aguardaba.



## 13

### *Deudas fraternales*

Schwanstein. De niño, Will se había dormido a menudo con el nombre en los labios. Había sido un lugar mágico. Todas las tinieblas con las que se había topado en ese mundo no habían cambiado nada de eso. Desde la ruina podían verse los campanarios. Se evidenciaban como guías fiables, y mientras Will preguntaba por el camino hasta el Ogro (a pesar de las miradas extrañas con las que observaban su ropa), el nombre de cada calle le recordaba alguna historia que su hermano le había contado.

Jacob se había tomado tan a mal que lo hubiera seguido a través del espejo sin preguntarle, que nunca había llevado consigo a Will cuando cabalgaba hacia Schwanstein, y más tarde el jade lo hizo imposible. Jacob había sido siempre muy bueno guardando secretos, incluso cuando se trataba de la existencia de un hermano menor. En cambio Will ni siquiera había sido capaz de ocultarle las malas notas a su madre. Lo único que había podido ocultar a su hermano mayor era el hecho de que recordaba muy bien algunas cosas que le habían sucedido detrás del espejo, aun cuando le parecieran los recuerdos de otro.

El olor rancio a humo de pipa y vino derramado, la puerta del horno de la devoraniños en la pared, el brazo del ogro sobre la barra... Jacob había descrito la taberna de Albert Chanute tan a menudo que era como si Will hubiera estado en el oscuro mostrador cien veces. De niño siempre había soñado con mirar embobado los trofeos de Chanute y planear cazas de tesoros con su hermano en una de las mesas.

—¡Está cerrado! —Cabello rubio aplastado y gafas de cristales redondos...

Tobias Wenzel. Jacob solo había hablado de él en una de sus últimas visitas. El cocinero de Chanute había perdido la pierna en la guerra contra los goyl. Will se alegraba de que su piel ya no delatara que había sido el escolta de su rey.

—¿Está aquí Zorro? —Will no lograba recordar nunca su nombre humano—. Soy el hermano de Jacob. Will.

La muleta con la que Wenzel se acercó cojeando al mostrador estaba guarnecida con las piedras semipreciosas que los oficiales goyl llevaban en el cuello para identificar su rango. Piedra de luna, jaspe, rubí. Recuerdos...

—No, no está aquí. —Wenzel se sirvió un vaso de aguardiente. Las mesas sucias evocaban una noche larga—. No sabía que Jacob tuviera un hermano.

La mirada que lanzó a Will era desconfiada y curiosa al mismo tiempo.

Zorro no estaba allí. ¿Y ahora qué? Will no solo quería decirle que llevaba días sin saber nada de Jacob. Había confiado en que Zorro supiera dónde podía encontrar al hada. Por un momento estuvo tentado de preguntar por Chanute, pero de ser cierto solo la mitad de lo que su hermano contaba de él, a esas horas de la mañana seguro que estaba de peor humor que su cocinero.

—¿Puedo dejarle un recado?

Wenzel se bebió el aguardiente de un trago.

—Claro.

El único trozo de papel que Will encontró en su bolsillo era el folleto de una obra de teatro que Clara y él habían visto hacía unas semanas. «Todo volverá a ser como tendría que haber sido».

Se sentó a una de las mesas. ¿Qué debía escribir? A pesar de todo lo que habían vivido juntos, siempre había encontrado a Zorro recelosa. Wenzel miró hacia él y Will ocultó el bolígrafo como pudo detrás de la mano. Quizá podía encontrar en el cuarto de Jacob alguna ropa que llamara menos la atención que la que llevaba.

De una puerta junto a la barra salió una niña con un cubo de agua, delgada como un pajarillo y a lo sumo de nueve años, aunque se veía que estaba acostumbrada al trabajo duro. Se detuvo vacilante cuando Will la miró, pero finalmente dejó el cubo junto a una de las mesas sucias e hizo que tres duendes que llevaba en el bolsillo de su delantal se encaramaran hacia la barra. La primera vez que Will había oído hablar de duendes fue cuando Jacob le regaló una chaqueta diminuta por su sexto cumpleaños. Nunca se había olvidado de sus cumpleaños y los dedos de Will temblaban cada vez que abría los envoltorios. La única persona a la que le había enseñado los regalos de Jacob era Clara. «Supongo que lo has intentado con un beso».

Los duendes comenzaron a fregar los vasos sucios y Will volvió a colocar el bolígrafo sobre el papel. «Escribe». ¿Qué? ¿Que Clara había caído en un sueño mortal y que un extraño le había asegurado que podía repararlo todo? Dobló el papel y se lo volvió a meter en el bolsillo.

Los duendes hacían asombrosamente mucho ruido, a pesar de que apenas eran

más altos que los vasos que fregaban. Debido a todo el chapoteo, el clamoreo al cielo y el tintineo, el propio Wenzel solo reparó en el goyl cuando ya estaba en la barra. Los duendes solo echaron un rápido vistazo al cliente, pero la chica tropezó del susto con el cubo de agua y el rostro de Wenzel se entumeció de odio.

—Está cerrado, lo sé —le anticipó el goyl—. Solo quiero una información.

Will había olvidado lo roncacas que sonaban sus voces. Los ojos áureos lo acariciaron. Un rostro de jaspe y un rey con la piel de color rojo mate... imágenes perdidas... que le llenaban la cabeza.

El goyl era un ónix, la piel más distinguida que podían tener, pero el color negro mate veteaba una piedra verde. El inoportuno visitante no llevaba puesto ningún uniforme como los goyl que Will se había encontrado en las calles de Schwanstein. Will había visto los lagartos, con cuya piel hacían la ropa, en la orilla del lago subterráneo.

—Estoy obligado a servir a tus semejantes, pero nadie dice que esté obligado a hablar con vosotros. —Wenzel golpeó la muleta con tal fuerza contra el mostrador que los duendes se ocultaron detrás de unas botellas.

El goyl le brindó una sonrisa de lobo. No había crecido tanto como la mayoría de ellos.

—¿Has olvidado quién gobierna entretanto este nido? Tu actitud puede costarte fácilmente otra pierna.

La niña lo miraba con horror y fascinación, pero se agachó precipitadamente para recoger el agua vertida cuando Wenzel miró en dirección al goyl.

El goyl alzó la vista hacia el brazo del ogro que colgaba sobre la barra.

—Busco a un hombre que se hospeda aquí con regularidad. En cualquier caso —dijo mirando a su alrededor con menosprecio—, pensaba que podría permitirse un cuarto mejor. ¿Jacob Reckless?

Wenzel hizo como si se hubiera olvidado de Will, e instó a los duendes a regresar al trabajo.

—Hace meses que no pasa por aquí, y aunque supiera dónde se esconde, ¿por qué iba a contárselo a un rostro de piedra?

—Sí, ¿por qué? —El goyl examinó sus garras—. Incluso si fueras tan estúpido como pareces, seguro que encuentras varios motivos. Dile que el bastardo ha estado aquí, y que lo encontraré. Encuentro todo lo que busco; él lo sabe mejor que nadie.

—Solo le diré una cosa a Jacob —respondió Wenzel de forma brusca—: que un maldito goyl preguntó por él y que es mejor que tenga cuidado.

Will se levantó. El goyl lo miró con rostro impasible cuando se apoyó en la barra junto a él. Will recordaba el asco que él mismo sintió en algún momento al ver la piel humana.

—¿Qué queréis de Jacob Reckless?

—¿Sabes dónde está, rostro de caracol? —El goyl metió la mano en el bolsillo y dejó una piedra de luna sobre la barra—. Me ha robado algo. Esto es tuyo si me lo

dices. Ese —dijo señalando con la cabeza en dirección a Wenzel— no se ha ganado ninguna recompensa.

Will no podía apartar los ojos de la piedra. Piedra de luna roja. Los escoltas de Kami'en la llevaban en el cuello.

—Solo he oído hablar de él —dijo—. ¿No es un célebre cazador de tesoros? En cualquier caso, no sabía que también fuese un ladrón.

Will mantuvo la cabeza agachada mientras hablaba. Recordaba lo fácil que resultaba para un goyl leer los rostros humanos.

—He cambiado de idea respecto al recado —le dijo a Wenzel—. He de entregarle algo al Hada Oscura. ¿Me podéis decir dónde se hospeda actualmente?

Wenzel lanzó al goyl una mirada maliciosa.

—Nadie conoce su paradero. El hada ha abandonado a Kami'en. Así que pronto veremos si los rostros de piedra son capaces de ganar sus guerras también sin magia.

—El Hada Oscura... —dijo el goyl. Will sentía su mirada como dedos sobre la piel—. ¿No te ha contado tu madre lo que las hadas hacen con los estúpidos enfermos de amor como tú? Te transformará en una de sus polillas antes de que tu mirada de cachorro se haya posado sobre ella.

Volvió a meter la piedra de luna en el bolsillo para que ninguno de los duendes pudiera cogerla.

—¿Sabes tú dónde está?

Los duendes comenzaron a pelearse. Sonaba como un canto de grillos furioso.

—Aunque lo supiera, ¿por qué habría de contárselo a un rostro de caracol como tú? Lee vuestros periódicos. No escriben de otra cosa desde que la Oscura ha abandonado Vena.

—¡Junto con sus maldiciones! —Wenzel hizo ademán de brindar con el vaso de aguardiente vacío—. Los goyl humanos vuelven a recuperar su figura. Tu rey se quedará pronto sin soldados.

El bastardo tiró con las garras del borde de uno de los vasos.

—Quedarán suficientes. ¿Y quién dice que los goyl humanos lucharán por vosotros solo porque vuelvan a tener una piel blanda? Quizá prefieran morir por un rey que no haga encerrar a sus soldados como si fueran ganado o que los venda por las joyas de una amante de alguna colonia lejana.

Morir por un rey. Will no podía apartar la vista de las garras negras. Afiladas como esquilas de cristal. Igual de afiladas que cuando le habían abierto el pescuezo. El tiempo se abría como un pozo. Volvía a estar en la catedral protegiendo con su cuerpo a Kami'en.

El goyl lo observaba.

—Mucha suerte entonces. —Pasó la mano sobre el mostrador y agarró una de las botellas de aguardiente antes de que Wenzel pudiera evitarlo—. Tendrás bastante competencia. Amalie ha ofrecido el rubí que llevaba puesto en su boda como recompensa por la captura del hada. —El bastardo metió la botella en la mochila y

lanzó unas monedas sobre la barra—. Las piedras son más valiosas que todo Austrien. Su madre hizo que se las robaran a uno de los lores ónix.

Dos hombres entraron en la taberna. Observaron al goyl con la habitual mezcla de asco y miedo cuando pasó de largo junto a ellos. El bastardo les hizo una mueca. Cuando llegó a la puerta se volvió y, mirando a Will, se puso el puño sobre el corazón.

Will metió a toda prisa la mano en el bolsillo cuando sintió cómo sus dedos se retorcían en respuesta. A su espalda oía a Wenzel maldecir con los nuevos clientes a los rostros de piedra. Describían un futuro glorioso, en el que los harían regresar a todos bajo tierra y donde los asfixiarían como a ratas. Uno de los hombres, de piel tan pálida que parecía realmente un caracol, soltó lo práctico que era que los goyl se petrificaran después de morir, porque de ese modo los cadáveres podían transformarse en piedras preciosas.

«Encuentro todo lo que busco».

Will salió fuera. Era día de mercado y los campesinos estaban montando sus puestos: fruta y verdura, pollos y gansos comunes, pero también se vendían duendes y burros que presuntamente hablaban. Will miró alrededor buscando algo. Iba a necesitar un caballo y provisiones.

El goyl estaba apoyado al otro lado de la plaza en el arco de un portón, desde el que la cabeza de un unicornio contemplaba a los vecinos de Schwanstein. Estos evitaban pasar junto al bastardo pero él parecía disfrutar mucho con ello.

—¿Qué? Sigo sin poder revelarte dónde está el hada —dijo cuando Will se detuvo frente a él.

Malaquita. Sí, esa era la piedra que veteaba la oscura piel de ónix. Will no estaba seguro de por qué lo sabía.

—Soy el hermano de Jacob Reckless.

—¿Debo hacerme el sorprendido? —El bastardo le guiñó un ojo—. Lleva consigo una foto tuya. Conmovedor. Yo le estaré eternamente agradecido a mi madre por haberme ahorrado la competencia de un hermano.

—Mi hermano no es ningún ladrón. ¿Por qué cuentas que te ha robado?

El goyl lo miró con tanto sarcasmo que Will creyó sentir su mirada bajo la piel. ¿Hasta que encontrara allí qué? ¿Jade?

—No quiero arrebatarte las ilusiones. Estoy convencido de que tienes muchas. Pero Jacob Reckless es un ladrón y un mentiroso, aunque seguramente no se lo haya revelado a su hermano pequeño.

Will, sin decir nada, le volvió la espalda al goyl. Prefería ocultar la ira. Lo aterraba como un escorpión que salía del rincón más oscuro de su corazón. Nada de la piedra le había infundido más temor que la sensación de no poder controlar la ira y el odio por mucho tiempo. Los goyl experimentaban ambos como una borrachera.

—Por mi corazón de piedra... —Will oía al bastardo reírse a su espalda—. Eres mucho más sensible que tu hermano. ¿Quieres que te ayude a encontrar al Hada

Oscura?

Will se volvió.

—No tengo dinero.

—No quiero tu dinero. Solo los reyes pueden pagar al bastardo —dijo separándose de la pared—. Quiero recuperar lo que me ha robado tu hermano. ¿Crees que puedes conseguírmelo?

—¿De qué se trata?

El bastardo siguió con la vista a una chica. Esta volvió con premura la cabeza cuando notó la mirada áurea.

—Una bolsa engañosa. Parece vacía, pero el contenido me pertenece.

Will tuvo que controlarse para no palpar la bolsa que llevaba debajo de la camisa.

—¿Y qué es lo que contiene?

Dos mujeres pasaron de largo. Miraron a Will con reprobación como si estuviera hablando con el diablo... y corrieron cuando el bastardo les chascó la lengua.

—Una ballesta. Nada especial, una herencia familiar —dijo el goyl. No mentía bien, aunque quizá tampoco se esforzaba en disimularlo—. Creo que sé lo que quieres del Hada Oscura —murmuró—. Cuentan algunas historias interesantes sobre el hermano de Jacob Reckless. Por lo visto le ha crecido la piel más sagrada que un goyl pueda tener, pero su hermano se la quitó.

El corazón de Will comenzó ridículamente a latir deprisa.

El goyl sacó un amuleto de debajo de la camisa de lagarto. Era de jade.

—Si fuera tú, también desearía que regresara. ¿Quién podría ser tan estúpido de cambiar la piedra sagrada por la piel de caracol?

—Sí, así es —profirió Will—. Has acertado. El hada es la única que puede devolvérmela.

Mentiras... Alzó la vista de forma involuntaria hacia la cabeza de unicornio. Jacob le había contado muchas mentiras sobre las cicatrices de su espalda, hasta que Will se enteró por fin de que eran de unicornio. ¿Habría creído Jacob que deseaba volver a tener la piel de jade?

—Creo que tenemos un trato. —El goyl hizo desaparecer el amuleto bajo la camisa de lagarto—. Y como regalo me enseñarás el espejo a través del cual has llegado. —Sonrió—. Déjame adivinarlo. Está muy cerca, ¿no es cierto? Mira tu ropa. Nadie se viste así en Schwanstein.

Will hizo un esfuerzo por no mirar hacia la colina donde yacía la ruina. Un goyl en el otro mundo... ¿Y qué sería lo siguiente? ¿Una bruja devoraniños? ¿El zancudo que le había atacado la primera vez que había atravesado el espejo? Por un momento estuvo tentado de preguntarle al bastardo si conocía al extraño que le había dado la bolsa con la ballesta. Pero tenía miedo de la respuesta.

—¿Qué espejo? —preguntó—. No sé de qué estás hablando. ¿Tenemos un trato entonces?

El goyl miró hacia el Ogro.

—Claro —respondió—. ¿Por qué no?



14

## *En sus calles*

Humanos. Estaban por todas partes. Como larvas de mosquito en un estanque. La mortalidad era fecunda. Campos, calles, ciudades... el mundo recreado según su gusto mortal, limpio, alineado, podado y domesticado. ¿Los había detestado igual antes de que Kami'en hubiera preferido una esposa humana? La Oscura no quería recordarlo. Quería ceder a la ira, al asco, al odio, si todo eso se hubiera llevado consigo también el amor.

No se esforzaba por evitar sus colonias. Debían ver que no los temía, aun cuando le lanzaran piedras y quemaran reproducciones de ella hechas de paja. Los veía de pie tras las cortinas cuando Chithira conducía los caballos junto a sus casas. «¡Ahí está, la bruja de las hadas!», los oía cuchichear. «Ha asesinado al hijo de su amante infiel. No tiene corazón».

Tantos pueblos. Tantas ciudades. Como un fungo que arrastraba cuerpos mortales. Y todos tenían el rostro de Amalie.

A veces hacía que las polillas extendieran la tela, debajo de la cual dormía por el día, en una de sus iglesias, junto a uno de sus monumentos o delante del ayuntamiento. Pero cuando alguien disparó a Donnersmarck porque vigilaba su sueño, comenzó a descansar en los bosques. Aún no habían quemado todos en sus hornos y fábricas.

A veces Donnersmarck cabalgaba al lugar más cercano para enterarse de cómo andaban las cosas por Vena. Relató que el rubí que Amalie había ofrecido como

recompensa por su captura había costado ya la vida de seis mujeres humanas porque se las había confundido por error con la Oscura. El Encorvado y la Morsa proclamaban que Albión y Lorena le concedían asilo. Asilo... ¿La tomaban por estúpida? ¿Creían que vendería su magia al mejor postor o que se buscaría otro amante coronado? ¿Quién de ellos podía medirse con el rey de los goyl? Había amado al mejor de ellos, y él la había traicionado...

Donnersmarck también le informaba sobre Kami'en. Se esforzaba por decir su nombre de pasada como si tan solo fuera uno de tantos. A la Oscura le conmovía que quisiera protegerla... del dolor por la traición de su amante, de la humillación que suponía que Kami'en no la hubiera defendido y que siguiera guardando silencio. Había firmado la paz con los insurrectos en el norte y estaba negociando con los goyl humanos desertores... A los soldados no les gustaba morir por el oro de los bolsillos de sus oficiales. Pero la venganza era un motivo que los hacía combatir con pasión. Kami'en estaba en guerra solo por venganza. Era el zorro que atacaba a sus cazadores.

Sí. Ella seguía estando de su parte.

Chithira conducía su carruaje en la noche por las calles que los soldados de Kami'en habían construido, y, en su desalmado pecho, la tristeza y la ira se alternaban como la marea. Los recuerdos la perseguían tan pronto su cochero muerto hacía trotar los caballos, llenos de vida, como si fueran presente, más reales que todo lo que desfilaba fuera.

¿Volvería a ser alguna vez lo que había sido antes de Kami'en? ¿Quería volver a serlo?

Viajaba de noche, pero, a pesar de todo, en su camino se cruzaban una y otra vez grupos de hombres que se habían emborrachado de suficiente coraje en alguna taberna para ganar la recompensa de Amalie. La mayoría de las veces Donnersmarck los ahuyentaba completamente solo, pese a que aguardaran con hoces y hachas o se escondieran detrás de barriles ardiendo. A veces bastaba con que Chithira se transformara ante sus ojos. Pero cuando entre los cabecillas apareció una mujer, el hada soltó las polillas e imaginó que era Amalie la que gritaba acurrucada en la calle.

Por supuesto ya se había preguntado si Kami'en también la estaba buscando. Habían transcurrido cuatro días desde su huida de Vena cuando, en un bosque, seis soldados goyl le cerraron el paso a su carruaje. Guardaron silencio cuando Donnersmarck preguntó si los enviaba su rey, y bajaron la mirada a toda prisa cuando la Oscura se bajó del carruaje. «No miréis a la bruja de las hadas». Así se lo inculcaba Hentzau. Pero el Hada Oscura se esforzaba por mirarlos y envenenarlos con su belleza.

Siguieron durante mucho tiempo al carruaje. Chithira no les prestaba atención. Pero Donnersmarck se volvía una y otra vez hacia ellos y, cuando en algún momento desaparecieron en la noche, el hada vio por primera vez un rastro de temor en su mirada... y la terca advertencia de no intentar su magia con él.



## 15

### *Ciego*

Los perros ladraban. No había prácticamente otro sonido que Jacob temiera más desde que la vida de una zorra le importaba más que la suya propia. Quería detenerse, dar media vuelta, pero Sylvain —a quien Jacob, con los ojos cegados por la plata, distinguía como una sombra de hombros anchos—, seguía tirando violentamente de él. El mundo ya solo estaba formado por sombras y plata, lo que sus dedos tanteaban... y los ladridos de los perros.

Cuántas veces más pensaba dejarse rescatar por ella... No habría tenido que llevarla nunca a ese mundo... Pensamientos inútiles. Zorro se negaba a admitirlos.

Volvió a detenerse.

Disparos. El único sonido que era peor aún que los ladridos.

Sylvain seguía tirando de él. Maldecía en francés, no, en quebequés. Detrás del espejo, la parte de Canadá seguía perteneciendo a Lorena. Jacob no había estado allí.

Continuaron.

Si Jacob no hubiera sabido que estaba en su mundo, la densa maleza le habría hecho creer que se había extraviado en el Bosque Negro. Los propios muros de ladrillo junto a los que pasaban a hurtadillas parecían desmoronados bajo sus dedos, como los muros de las casas de brujas. Gracias al elfo, sus dos mundos se acercaban demasiado. Todo era mucho más sencillo cuando solo habían tenido en común el espejo.

Sylvain abrió un portón y lo empujó para que lo cruzara deprisa. Detrás reinaba

tal oscuridad que su ayudante forzoso andaba a tientas como él. Jacob tanteaba cajas. Y cristal... Retiró instintivamente la mano.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Donde debía traerte. En uno de sus cobertizos. *Bout de charge!* Tu hermosa amiga está loca. ¡Teníamos que haberlo intentado por el río!

—¿Un cobertizo para qué?

—Para sus espejos, ¿para qué si no? *Maudit Tabarnak'Ostie d'Câlisse! Ciboire!*  
—Las maldiciones fluían inagotables como agua salobre. Sylvain Caleb Fowler habría podido ganar el mal afamado campeonato de maldiciones de los enanos.

Jacob se apoyó en las cajas. Cuando cerraba los ojos, la cabeza le dolía algo menos. Si la ceguera permanecía, la caza de tesoros había acabado. Su brazo, por el contrario, estaba como nuevo. Quizá el alfiler había producido también efectos positivos. El hombre que le había golpeado en la sien parecía que hubiera sido moldeado con barro por el elfo. Quizá la versión barata de un Dieciséis o un Diecisiete. Jacob los seguía viendo: con su rostro, con el de Clara, con el de su padre. «Tu madre nunca lo notó». El hombre que había ido con él y con Will al parque, el hombre que había besado a su madre en la cocina... ¿Cuántos de los recuerdos que tenía de su padre eran en realidad recuerdos de Jugador? «En este mundo también podemos tener hijos con mujeres mortales». A menudo había deseado otro padre, pero no ese. *Déjalo ya, Jacob. No es tu padre. Ni tampoco de Will.* ¿Cómo podía estar tan seguro?

Los perros continuaban ladrando, pero al menos habían dejado de disparar. Quizá porque habían dado en el blanco la última vez.

—¿Cómo te capturaron? —preguntó a Sylvain. Tenía que distraer sus pensamientos. Se iba a volver loco si se limitaba a aguzar el oído.

—Por mi curiosidad. Y no podía apartar mis dedos de su polvo.

—¿Polvo?

—Sí. Distribuyen la sustancia entre los buenos clientes. Una bolsita aquí, otra allí. Cien veces mejor que todo lo que me he metido. Te devuelve las ganas de todo: la vida, el amor. Dura días, pero después te sientes sucio. Como si alguien te hubiera robado el corazón.

Aquello sonaba a polvo de elfo. ¿Cómo lo fabricaban sin elfos de hierba?

*Quizá tiene elfos de hierba, Jacob.* Quizá enviaba a los rostros de barro a través de los espejos para capturarlos. O a Dieciséis, a Diecisiete y al número quince antes que ellos. Pero entonces ¿por qué no había oído hablar nunca de ellos al otro lado? *Porque tienen aspecto humano, Jacob.* Quizá...

—Me gustaba trabajar para ellos. No era un mal trabajo, aun cuando pocas veces veías a alguien —murmuró Sylvain—. Y realmente estaba bien pagado. Quizá incluso hubieran hecho la vista gorda con lo del polvo si no hubiera tropezado con el espejón. *Ciboire.* June me lo dijo mil veces. Mi mujer. Exmujer. «Sylvain, no metas tu nariz en asuntos que no te incumben». *Simonac,* soy muy curioso. Ya de niño me

acarreó bastantes disgustos.

—¿A quién envían sus espejos?

—A hoteles, restaurantes, tiendas, oficinas... Están muy demandados. Nadie imagina nada. ¿Por qué iban a hacerlo? Quería verlos de cerca al menos una vez. Después de todo, estuve cargando durante meses las cajas, y los cobertizos rara vez están cerrados. No resultaba agradable mirarse en ellos. Pensaba que tenía que ver con mi estúpida cara, pero no. No solo te la roban. Lo traen todo de vuelta, lo quieras o no... todo lo que has olvidado, todo lo que quieres olvidar.

Sí. Eso tenía sentido. Jacob se había preguntado por qué de repente pensaba en profesores, vecinos y amigos hacía tiempo olvidados. Y en su madre. «¡Jacob! Ven aquí»... Las imágenes eran tan nítidas que creía sentir sus besos en la cara. Había atrancado los recuerdos de su madre casi con tanto esmero como los de su padre. Lo que había constituido siempre una manera de evitar recordar que ella había preferido a Will.

Uno de los perros aullaba.

—¿Adónde vas? —Sylvain lo agarró del brazo.

—No puedo quedarme aquí sentado mientras ella está ahí fuera. Tengo que ver si está bien.

—*Cocombre*, ¡no puedes ver! —Sylvain lo arrastró entre las cajas.

Afuera volvía a reinar el silencio. Un silencio atroz. ¿Dónde permanecía Zorro tanto rato?

—¿Tú también has visto uno de esos espejímenes? —En la voz de Sylvain se podía percibir que el encuentro no le había gustado.

—Sí —respondió Jacob. «Pero no me dan ni la mitad de miedo que su creador», continuó para sus adentros.

—Cuando estaba de pie entre todos esos espejos pensaba: «Llévale uno, Sylvain. Los pequeños le gustarán a June». Había tantos, estaba convencido de que nunca lo notarían. Estaba hasta arriba de polvo. «¡El mundo es mío!», pensaba. Y entonces lo vi allí tendido. Un humano, solo que de plata. Y de repente me entraron sofocos, y estaba detrás de mí, como si hubiese estado allí todo el tiempo, todo se le reflejaba en la piel, y de pronto tenía un rostro. Y luego otro. «¡*Simonac*, Sylvain!», pienso. «¡Siempre habías tenido razón! ¡Los extraterrestres ya están aquí!». Golpeé, después de todo siempre fui un boxeador bastante bueno —copa nacional canadiense en peso pesado—, era lo único que June quería conservar de todos mis regalos. Pero golpear no es una buena idea cuando...

Jacob le tapó la boca con la mano.

Alguien abrió la puerta. La intensidad del sonido ahogaba todas las esperanzas de que fuera Zorro. Los hombres que entraron sonaban tan humanos como Sylvain, y por suerte no cogieron las cajas detrás de las que estaban escondidos. La puerta se abrió dos veces más y dos veces lograron no ser descubiertos. Pero Zorro no llegaba, y a Jacob ya le daba igual la deuda que tenía con el elfo y lo que eso significaba. Le

daba igual si sus ojos verían a través de la plata el resto de su vida y que Jugador correteara por ahí con el rostro de su padre. Todo le daba igual.

Solo quería que regresara...

Horas. Y horas. Y horas... mientras Sylvain relataba sobre parientes canadienses y la chica por la que se había mudado a Nueva York, y Jacob recordaba por primera vez en años el único profesor que no le había tomado por imbécil. Y la noche en que Albert Chanute casi lo mata de un disparo en una de sus borracheras.

Después, por fin, casi imperceptible, un ruido.

La apertura de una cerradura. Pasos lentos, y Jacob los reconocía.

—¿Jacob? —La voz que le resultaba más familiar que la suya propia.

Su silueta era inequívoca a pesar de la niebla en sus ojos. Y esta vez lo hubiera dicho, ¿no es cierto? Te amo. Tanto. Demasiado. Pero estaba prohibido. Por siempre. El elfo recibiría su corazón en recompensa.

—¿Y ahora qué? —murmuró Sylvain—. ¿Para qué querías que lo trajera aquí? ¡*Maudite merde*, hemos caído en la trampa!

Zorro no le prestaba atención.

—El espejo del cuarto de tu padre —susurró a Jacob—. Está aquí.

¿Aquí? En su dolorida cabeza se agolpaban los pensamientos. ¿Qué pasaba con Will? ¿Y con Clara?

Zorro sacudió la cabeza.

—Vosotros erais los únicos prisioneros —dijo agarrando su mano—. Regresaremos. Cuando puedas volver a ver.

Sylvain se opuso como un niño cuando ella le explicó que debía colocarse de nuevo frente a un espejo. Finalmente Zorro agarró su mano y la presionó contra el cristal. Sylvain Caleb Fowler desapareció y el espejo dejó de ser su secreto.

Nunca lo había sido. Probablemente Jugador siempre había sabido dónde estaba.



## 16

### *Como una puerta abierta*

—*Ayoye! Ta-bar-nak!*

Un grito agudo, los ruidos de un combate. Jacob creía reconocer los contornos de la ventana de la torre y delante la silueta de su compañero de celda que luchaba contra algo. Sea lo que fuere, Sylvain ganaba el combate.

—*St. Ciboire!* —exclamó inclinándose jadeante sobre algo que yacía inmóvil ante sus pies—. ¡Juro que me embistió! *Ah ben Tabarnak!* —Su voz sonaba al mismo tiempo hastiada y fascinada.

—Es un zancudo, Sylvain —explicó Zorro.

—¿Un qué? *Maudite marde*, creo que le he partido el pescuezo.

La idea no parecía gustarle. Era tranquilizador saber que no habían llevado a ningún homicida entusiasta a través del espejo. ¡Y había matado al zancudo! Jacob llevaba años intentando capturar al chupasangre que había robado niños de sus cunas. Y a él mismo le había dado la bienvenida a ese mundo con una mordedura.

—¿Y ahora qué? —Zorro se acercó a su lado.

Para Jacob, cuyos ojos seguían cegados por la plata, el espejo no era sino una mancha brillante. Costaba imaginar que al otro lado aguardara la habitación de su padre.

—¿Debo volver y ver cómo está Will? —preguntó Zorro cogiéndole la mano.

—No. Iré yo. Tan pronto recupere la vista. —Jacob la apartó del espejo. Por un

momento sintió miedo de que el elfo pudiera observarla a través del cristal. «Zorro tendrá unos hijos hermosísimos. Confío en que no esperéis demasiado». Le soltó la mano como si el propio roce pudiera venderla al elfo. Al mismo tiempo la deseaba aún más. Naturalmente. Ese era el juego, ¿verdad? Deseos prohibidos, deseos cumplidos... y siempre un precio.

Quería destrozar el espejo, pero ¿entonces qué? Todo apuntaba a que había muchos, pero hasta que encontrara los otros ese era el único que podía llevarlo de vuelta.

—¿Dónde estamos? —Sylvain estaba de pie junto a una de las ventanas de la torre—. *Simonac*. Todo parece bastante antiguo. ¡Muy antiguo!

Jacob miraba el espejo... o a lo que identificaba como tal.

—¡Deja que vengan! —le susurró Zorro—. Se lo pondremos difícil para que nos encuentren.

¿Qué iba a hacer sin ella? No podía renunciar a ella. «No debes renunciar a ella, Jacob. Lo único que no puedes es quererla. Nunca». Odiaba esa palabra.

Ella escaló primero. Él casi se parte el pescuezo cuando la seguía a través de la trampilla, y se alegró de bajar la cuerda y de pisar tierra sano y salvo. Zorro hizo una barricada en la puerta de la torre con varias piedras para poder ver más tarde si alguien había salido de allí.

—*Tabarnak!* ¡Acaba de pasar un hombre diminuto! —Sylvain había visto su primer duende—. Sé que la magia hace cosas salvajes con los espejos, pero esto de aquí...

Ahora un extraño sabía lo del espejo y podía contárselo a todo el mundo, en ese y en el otro mundo. No era un pensamiento agradable. ¡Jacob no le había hablado una sola vez a Chanute del espejo!

—*Bout de charge!* ¿Y esto qué es?

Jacob notaba que Zorro se esforzaba por mantenerse serio.

—Es un pulgarcito, Sylvain. Son unos ladrones muy hábiles, así que espántalos si intentan meter la mano en tus bolsillos.

—*Ta-bar-nak!* —El entusiasmo en la voz de Sylvain no pasaba inadvertido.

No parecía que Sylvain Caleb Fowler quisiera regresar pronto a su casa.



17

## *Un viejo conocido*

John estaba impaciente por estar de vuelta en Albión. El viaje no era, sabe Dios, una experiencia que le alegrara, pero desde hacía tiempo la isla era el primer lugar al que llamaba hogar, sin extrañeza. Albión le había ofrecido protección cuando estaba tan destrozado que incluso temió no ser capaz de recomponer los pedazos. Le había brindado el reconocimiento que no obtuvo en el otro mundo y le había regalado una esposa que lo adoraba. A quién le importaba si amaba un rostro falso...

Con tantos motivos para ser feliz, ¿por qué no lo era aún? Nadie es feliz. La respuesta solía acallar su voz interior, que formulaba preguntas parecidas e incómodas. A John, en cualquier caso, siempre se le había dado bien pasarlas por alto.

Su regreso se celebraría con cierta pompa. Después de todo, llevaba la respuesta que Wilfredo de Albión esperaba oír. John se sentía halagado de ser portador de esperanza para un rey, y la protección que eso conllevaba, aunque hasta ese momento le resultara incómoda, ahora era muy tranquilizadora. Uno de los escoltas olía esa mañana de junio tan intensamente a ajo que John estuvo tentado de apartar la cara cuando le comunicó a través de la ventana del carruaje que aún necesitarían tres horas para llegar a Calias. Desde Dunkerk zarpaban con frecuencia ferris a Albión, pero John estaba empeñado en cruzar desde Calias, pues Dunkerk estaba situado en Flandes, que llevaba dos meses ocupada por los goyl. El oficial que tenía el mando de su escolta había intentado con voz condescendiente convencer a John de que incluso

los goyl se atenían a las leyes internacionales y que no atacarían a la comitiva del rey de Albión. Pero ¿qué le importaba a John si un joven oficial lo tenía por cobarde? Él mismo se tenía por uno (aunque cuatro años en prisión fueran una buena disculpa para su prudencia). Flandes había sido una conquista fácil después de que el suministro de armas de Albión hubiera acabado en el fondo del mar. Había sido una extraña sensación haber construido tanto el buque insignia como los aviones que lo hundieron, como si jugara a la guerra consigo mismo.

En la ventana del carruaje desfilaban prados y plantaciones de manzanos, y John decidió olvidar la política por el momento. Lorena era un país fascinante y hermoso, y allí se podía comer y beber mucho mejor que en Albión. Incluso la Morsa había contratado en secreto a un cocinero jefe procedente de Lutis y hacía vigilar su vino lorenés casi tan de cerca como sus salas de tesoros. John abrió la cesta que los sirvientes del Encorvado habían preparado para el viaje: paté de ganso condimentado con grasa de cisne, miel de ruseñor, paté de caracol, ranas de bruja rellenas, milhojas de pan de oro. No era fácil abrir la botella de vino tinto con las sacudidas del carruaje, pero el primer trago mereció el esfuerzo. Los sirvientes le habían envuelto incluso una copa de cristal en lino lorenés. Era una lástima que creyera ver en el vino de color rojo oscuro el rostro de nariz puntiaguda de Arsene Lelou. John acabó el vino como si eso pudiera eliminar el recuerdo. «El servicio secreto de Albión no parece ser tan omnisciente como su reputación. Jacob Reckless ha sobrevivido al hundimiento de la flota».

Seguía teniendo dos hijos. Bueno, tenía que admitir que en Will no pensaba con frecuencia. Jacob había sido siempre su hijo predilecto y Will, el de Rosamund. Se había casado con ella por su familia, por sus ilustres antepasados y, cuando finalmente acabó enamorándose, ya era demasiado tarde. No es que ella ya no lo quisiera, pero ¿cómo soportar el amor que decepciona sin cesar? Y él la había decepcionado a ella y a sí mismo una y otra vez. No había sido nunca el hombre que ella vio en él.

Más vino. Al diablo con los recuerdos. Al diablo con su rostro... aún recordaba hasta el último detalle. Tenía sueños en los que se reconciliaba con ella, y en ellos parecía tan joven como el día en que la vio por vez primera.

Cielo santo, la botella ya estaba medio vacía. ¿Y? Lo iba a echar todo por la borda durante la travesía. John se ahuyentó una mosca de la nariz. Sus dedos se acordaban aún de la otra, algo más carnosa, más recta... ¿Quién hubiera dicho que su falso rostro engañaría un día incluso a su hijo?

El carruaje se detuvo de forma tan brusca que se derramó el vino en la camisa hecha a medida. Otra de las cosas sobre las que había hablado con el Encorvado... el progreso necesitaba buenas calles. John apartó el paté de caracol de su regazo... y sintió cómo las manos se le entumecían del miedo.

Disparos.

John se acurrucó debajo de la ventana y miró por ella. El soldado que olía a ajo

yacía con la cara atravesada por un balazo junto a su caballo. Del otro no había ni rastro. John tiró violentamente del revólver que llevaba en la funda del hombro. Había mejorado el arma sin que su aspecto exterior lo revelara, pero aun así no tenía más que seis disparos.

El joven que se acercaba cabalgando al carruaje no parecía, por su levita de buen corte, un salteador de caminos, pero quizá fuera uno de esos que se vestían como príncipes y se jactaban de ser protectores de las armas. Viajar no era más seguro en Albión que en Lorena, y John había caído ya dos veces en manos del gremio. Intentaba desde hacía años convencer a la Morsa de que cobrara un impuesto que financiara las patrullas armadas.

—*Monsieur Brunel*. —El extraño lo saludó con una inclinación significativa mientras apuntaba con la pistola a su cabeza—. *Thierry Auger*. Para servirle.

*Monsieur Brunel*... Sabían quién era. Eso no era bueno. «Esconde la pistola, John». Era un tirador pasable, pero no rápido.

Una recompensa. Naturalmente, eso era lo que querían. El famoso ingeniero que había convertido a Albión en la punta de lanza de los tiempos modernos. Su boca estaba seca como un pergamino. Siempre había tenido una reacción física ante el miedo. John se disponía a abrir la puerta del carruaje, aunque apenas sentía sus propias piernas, pero el joven ladrón negó con la cabeza.

—Quedaos donde estáis, *monsieur*. Lo único que ha cambiado es el destino del viaje. El coche sigue siendo el mismo.

Un salteador que hablaba fluidamente albionés, aunque con un fuerte acento lorenés. *Monsieur Auger* era tan joven que sin duda hacía poco que le había salido la barba, pero su autoestima hablaba de cierta experiencia en el negocio.

El hombre que apareció junto a Auger era considerablemente mayor y estaba menos aseado, pero iba igual de bien vestido. El robo a mano armada parecía a ojos vistas un negocio lucrativo.

—¡Sube al carruaje con él! —ordenó al más joven—. Pero cuida de que no intente saltar.

*Thierry Auger* obedeció. Recogió del suelo del carruaje la pistola de John antes de sentarse frente a él. Llegaron otras voces, pero John no era capaz de calcular cuántos eran. Habían elegido muy bien el lugar y el momento del asalto. Ni siquiera en los campos se veía un alma. Detrás de la verja, delante de la cual la sangre del soldado muerto teñía la hierba, pastaba una vaca completamente indiferente, y en la lejanía resonaba la campana de una iglesia como queriendo presentar el engañoso idilio como perfecto.

El coche viró y John vio por la ventana cómo dos hombres tiraban violentamente de su otro escolta uniformado apartándolo del camino. Parecía tan muerto como el primero.

—¿Adónde me lleváis? —El cuerpo de John no solo se entumecía cuando sentía miedo, también producía unas cantidades embarazosas de sudor, pero su mente

permanecía la mayor parte del tiempo sorprendentemente clara... como si se desdoblara y dejara solo al cobarde, que sudando y temblando miraba el cañón del revólver de un joven.

Thierry Auger se encendió un cigarrillo. El Encorvado lo había puesto de moda en Lorena, pero ese olía algo distinto a los que fumaba el rey. Hojas de helecho de bruja, si su nariz no lo engañaba. Podía encontrarse en cualquier parte del bosque. El efecto era parecido al de la marihuana.

—Vamos a Flandes —dijo su guardián—. Veo que tenéis provisiones. Las necesitaréis. Es un viaje largo.

No reveló nada más a pesar de las muchas preguntas de John. Las voces que se oían desde el interior del carruaje no hablaban todas con acento lorenés. John creyó oír un chasquido de lengua lombardo. El del jefe recordaba a Leonia.

Cruzaron la frontera flamenca de noche. Cuando John vio a los soldados goyl detrás de la barrera, a punto estuvo de asomarse por la ventana e implorar ayuda a los soldados fronterizos loreneses. El goyl tenía una piel de color granate, a sus portadores se les atribuía un temperamento muy malhumorado. Uno de sus carceleros había sido un goyl granate.

*Déjalo ya, John. Tus secuestradores son humanos.*

Pero ¿por qué lo llevaban a Flandes?

El centinela que había en el lado lorenés lanzó una mirada aburrida al coche e hizo señas a sus secuestradores para que continuaran. Quizá habría tenido que gritar, pero su joven vigilante le lanzó una mirada de advertencia. Thierry Auger se había colocado la chaqueta en el brazo que sostenía el revólver, pero a John no le resultaba difícil intuir que el arma que había debajo apuntaba a su estómago. Había visto morir una vez a un hombre de un disparo en el estómago... uno de los prisioneros de guerra que trabajaban en las fábricas subterráneas de los goyl. No. No gritó pidiendo ayuda. De hecho logró mirar al goyl granate a los ojos dorados. *Está viendo el rostro de Isambard Brunel, John.*

Cuando el goyl desapareció detrás de ellos en la oscuridad, respiró tan aliviado que Thierry Auger le ofreció una calada de su cigarrillo con una sonrisa burlona. Y la noche seguía avanzando. En dirección al nordeste, si las constelaciones sobre los oscuros campos no lo engañaban. Eran las mismas que en su mundo. Algunas recibían incluso el mismo nombre. Un reflejo, nada más... Cuántas veces se había repetido aquello sobre ese mundo, a pesar de las dos lunas, a pesar de las hadas y las brujas. Se había preguntado incluso si los goyl existían también al otro lado y solo se atrevían a salir a la superficie. Pensamientos inútiles, pero una oportuna distracción del miedo que a cada milla se volvía aún más insoportable...

John no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaban viajando. Auger le había quitado el reloj de pulsera cuando lo cacheó en busca de armas; también el portamonedas y los gemelos de oro en los que su amante había hecho grabar las iniciales que él había robado a otro ingeniero. ¿Quiénes eran sus clientes? ¿Qué le

aguardaba? ¿Torturas? ¿Una ejecución? ¿Un nuevo cautiverio? Todas las rutinas creadas con esfuerzo, la preciada ilusión de estabilidad y de seguridad... ¿Por qué uno confiaba una y otra vez en todo eso si incluso el mayor imbécil era capaz de comprender que no existía constancia en la vida?

Tuvo una oportunidad cuando su guardián dio una cabezada, y John ya tenía la mano en la puerta, aunque el carruaje iba tan deprisa que probablemente se hubiera partido el cuello. Pero en ese preciso momento el jefe se acercó cabalgando a la ventana y bramó el nombre de Auger. Suerte o desgracia... John no estaba seguro.

Era de día cuando se detuvieron delante de una casa. Las ventanas destrozadas y los orificios de bala en los muros blanqueados revelaban que llevaba tiempo abandonada. En la lejanía se veía uno de los molinos de viento que también eran el símbolo de Flandes en el mundo de John, pero en ese lado las aspas de madera estaban pintadas de colores: azul como el cielo (pese a que en Flandes fuera bastante raro), verde como los extensos y húmedos prados, rojo como los campos de tulipanes que rodeaban a menudo los molinos. No había muchas cosas en Flandes que el pequeño país hubiera podido proteger de los goyl.

El jefe, con ademán impaciente, hizo señas a John para que saliera del carruaje. Su barba oscura y las cejas pobladas también habrían encajado con un anarquista. La mayoría de las veces eran retratados así en los carteles. Auger arrimó la pistola a la espalda de John mientras lo seguía.

No se dirigían a la casa sino a un pozo.

De qué manera comenzó a acelerársele el corazón a John. Oh, sí. Siempre se podía sentir aún más miedo. Todas esas historias sobre personas que habían muerto de eso... ¡Disparates! Hubiera muerto hace mucho.

En el pozo, como era de esperar, no había agua. En su lugar, unos peldaños de acero conducían a las profundidades, tal y como los goyl los construían en pozos y simas con el fin de llegar allí de donde procedían: bajo tierra.

No. No regresaría. Era un corredor rápido. En los túneles subterráneos eso le había salvado una docena de veces. No solo de los goyl, también de murciélagos gigantes, de lagartos del tamaño de terneros, de las arañas cuyos nidos se adherían por todas partes a centenares a las grietas...

John se dio la vuelta. El chico le dispararía. ¿Y? No podía seguir pensando. Derribó a uno de sus guardianes, pero, antes de que hubiera dado un paso, Thierry Auger le golpeó con el revólver en el estómago tan fuerte que John dio un grito y cayó de rodillas.

—Yo lo dejaría —le susurró Auger—. Diego te arrancará los dedos de un disparo sin pestañear si pones dificultades. Y al pozo tendrás que ir de todos modos.

Diego. Había tenido razón con lo del acento leoniés. ¿Cómo había podido tranquilizarse cuando vio que eran humanos? Cualquiera sabía que los goyl tenían colaboradores humanos. Les pagaban con diamantes. Algunos ofrecían sus servicios incluso de forma gratuita porque veían en los rostros de piedra a los liberadores de un

régimen o un rey odiosos.

El soldado que tiraba violentamente de John también parecía un humano a primera vista, pero las vetas de piedra de luna en la frente lo delataban... y las garras negras. Los goyl humanos. Una nueva raza. Desde que el hada había abandonado a Kami'en, nadie sabía por quién tomarían partido.

Diego subió el primero al pozo. Iluminaba el camino con una lámpara de minero. El goyl humano que sustituía a Thierry Auger en la vigilancia de John no necesitaba ninguna luz. Sus ojos de oro rara vez se eclipsaban.

El pozo desembocaba en uno de los túneles que los goyl construían bajo la superficie de la tierra. Este era tan solo un sendero, pero John los había visto con espacio suficiente para que pasaran jinetes y pesados coches de carga, y últimamente incluso trenes. Durante su cautiverio John había tenido ocasión de ver planos de esas redes de túneles de siglos de antigüedad. No había casi ningún lugar en la superficie que no se alcanzara a través de las galerías subterráneas. John sabía incluso de proyectos para un túnel que unía Albión con tierra firme. Planes parecidos existían para Sveriga, pero ni siquiera él había podido decir a los goyl cómo podían resolver el problema de la ventilación debajo del agua. Se había alegrado de su desconocimiento. Sin duda hubieran encontrado formas de inducirlo a cooperar.

El camino que seguían parecía haber sido construido hacía muy poco. Estaba cubierto con baldosas de ónix, otra forma de burlarse de la vieja nobleza que había gobernado antes de Kami'en. El amplio pabellón en el que desembocaba el túnel era similar a las estaciones de ferrocarril que estaban en construcción por todas partes en la superficie, solo que este no necesitaba un techo de cristal contra el viento y la lluvia. Dos trenes de carga aguardaban en las vías. Probablemente procedían de las ciudades portuarias de Flandes para proveer a las ciudades subterráneas de los goyl de todo lo que las colonias del país producían: azúcar, café, algodón, gusanos de seda. Los goyl no sentían el menor interés por el comercio de esclavos, no importaba lo lucrativo que fuera para Albión y Lorena. Simpatizaban con los pueblos que, como ellos, eran considerados inferiores y preferían prisioneros de guerra a trabajadores forzados. Esa actitud les aseguraba también aliados fieles en los países que no visitaban por su temor al mar.

Un tercer tren, detrás de los otros en una de las vías vigiladas por soldados, estaba blindado y la locomotora lucía el escudo de Kami'en, que tras su enlace con Amalie mostraba, en vez de la polilla del hada, el águila de Austrien sobre un fondo de color rojo cornalina.

El goyl que aguardaba a John en el último vagón no parecía sentirse a gusto entre las paredes garabateadas. Hentzau odiaba todo lo que los tiempos modernos engendraban, John estaba convencido de que eso no había cambiado. El ojo izquierdo del goyl estaba tan empañado que probablemente estuviera ciego de ese ojo. Miedo, odio, desamparo... Ver a Hentzau evocaba recuerdos en los que la razón de John se ahogaba como si de agua salobre se tratara. Desde que sus secuestradores le habían

hecho saber que viajaba a Flandes había temido que el goyl de jaspe fuera su cliente... y el pensamiento se había convertido en manía persecutoria. Pero la realidad volvía a competir con sus peores pesadillas.

La piel de Hentzau estaba cubierta de finas grietas. Pagaba un alto precio por su lealtad. Casi ningún goyl permanecía más de uno o dos meses en la superficie, pero Hentzau viajaba incansablemente para su rey. Su rostro de jaspe le resultaba a John tan familiar como el suyo propio... o el de Kami'en. ¿Habría envejecido el rey de Hentzau tanto como su perro sanguinario? Los retratos del rey y de su esposa humana que salían en los periódicos lo mostraban inalterable. El rey de los goyl era un hombre guapo, bastante más atractivo y más joven que los monarcas humanos a los que había declarado la guerra. «Ellos nos declararon la guerra a nosotros hace ya mucho tiempo», habría objetado Hentzau.

John sentía el nuevo rostro como una máscara. ¿Aguantaría? Había adquirido un acento albionés y había aprendido a boxear para conseguir un nuevo lenguaje corporal. Nada podía ser más traicionero que los viejos gestos familiares. El temblor nervioso que le habían producido los años bajo tierra se presentaba aún con demasiada facilidad. Seguro que Hentzau se acordaba de eso. Y de muchas más cosas.

—¿Puedo preguntar cuál es el motivo de este secuestro?

Sí, John. Muy bien. Isambard Brunel no tiene miedo y no sabe nada de los goyl, salvo que son enemigos de Albión y que temen las aguas abiertas.

—¿Secuestro? No era mi intención que la invitación se entendiera de ese modo. El puente Clifton, el trayecto en ferrocarril entre Goldsmouth y Pendragón, el túnel bajo Londra, el cable telegráfico hacia Nueva Ámsterdam... —dijo Hentzau frotándose la piel resquebrajada—. Nuestro rey es un gran admirador de vuestro arte como ingeniero, señor Brunel.

Efectivamente, la máscara aguantaba, también bajo la lechosa mirada del hombre que durante años no le había brindado oportunidad alguna de forjarse ilusiones sobre sí mismo. ¿Por qué se sorprendía? Había soportado la mirada de su propio hijo.

—Demasiado honor. Sé que los goyl tienen un ingeniero al menos igual de talentoso a su servicio. Después de todo, sus aviones han hundido el mejor buque que he construido hasta el momento.

¡Oh, el falso rostro obraba a la ligera! *¿Qué significa eso, John? ¿Sigues sin sentirte suficientemente admirado por tu genio?*

Hentzau esbozó una sonrisa. Si se podía denominar así a lo que sus labios, casi inexistentes, dibujaban.

—Ah, sí, los aviones... —dijo. En ese momento la soldado que estaba detrás de él le tendió un estuche de piel plano. El goyl sacó un espejo que tenía un mango de plata tan trabajado que se perdía en la mano de jaspe de Hentzau—. Cuando oí hablar por primera vez del ingeniero al que Wilfredo de Albión debe sus muy admirados carruajes sin caballos, hice que nuestros espías me dieran una descripción de ese

Isambard Brunel. Sonaba como si me hubiera equivocado. Pero entonces oí hablar del ferrobuzo. Habíamos planeado hace años construir ferrobuzos. Se frustró únicamente porque el ingeniero desapareció.

Hentzau se acercó a John y sostuvo el espejo de tal modo que ambos pudieran verse en él. John miraba la imagen que el espejo mostraba. No había visto su rostro desde hacía más de ocho años.

—Fabuloso, ¿no es cierto? —Hentzau bajó el espejo—. El hombre al que le quité este prodigio aseguraba haberlo encontrado en uno de los palacios de plata abandonados. Desconozco si habéis oído hablar de ellos. Es muy nocivo para la salud entrar allí.

John miraba alrededor. El goyl humano estaba detrás de él. El barbanegra vigilaba la puerta. *Despídete del sol, John*. De los paseos en el frío aire matutino, de las visitas al restaurante y al teatro, «Ah, mister Brunel, qué honor. George, por favor, acompaña al caballero a nuestra mejor mesa», de la piel de su amada, casi tan suave como las pieles que le gustaba ponerse... Todo en vano. Las interminables semanas huyendo, las noches en vela en los oscuros túneles, la piel abrasada por los lagartos de fuego, infectada por mordeduras de rata y de arañas venenosas. Seguía bañándose a menudo por obligación, como si pudiera refregar los recuerdos del cuerpo. ¿De dónde sacó el valor para huir? No lo recordaba. Fue la primera vez que demostró verdadero valor y no había podido contárselo a nadie, pues John Reckless había tenido que morir en los túneles.

—¿Por qué Albión? —Hentzau guardó el espejo en el estuche y se lo tendió a la soldado. Las mujeres goyl eran a menudo muy hermosas, y esa no era una excepción.

—Albión fue la segunda parada. Primero tuve que atravesar Sveriga.

John había querido poner aguas abiertas entre él y los goyl, lo único que realmente temían, pero su destino había sido desde el principio Albión, con las materias primas casi ilimitadas que sus colonias suministraban y la mano de obra que el comercio de esclavos proporcionaba..., condiciones irrenunciables para los inventos que John tenía para vender. Transcurrieron meses antes de que consiguiera subir clandestinamente en un buque de carga que zarpara de Birka a Goldsmouth.

—¿Y el nuevo rostro?

—Tummetotts. Son muy generosos con su magia cuando uno está desesperado.

Había sido en noviembre, en pleno invierno en Sveriga, y esos duendes eran tan tímidos que, en su búsqueda, casi acaba congelado. Se había enterado de su existencia por los archivos de los goyl. Era cuestionable si los tummetotts eran parientes lejanos de los gnomos, de los hobs o de los follets o un tipo de duendes nórdicos. En Sveriga se les llamaba también Hjälpäre i Nöden, ayudantes en apuros. Tenían que creer en la desesperación de uno, de lo contrario no se aparecían.

—Entonces, ¿es verdad que no esperan recompensa por su ayuda?

—No, ninguna.

Era una sensación singular mantener una conversación sobre tummetotts con el

goyl de jaspe, pero John encontraba desde hacía tiempo que ningún adjetivo describía mejor la vida. Singular. Intentó contar los pasos que necesitaría hasta la puerta del vagón. Pero y después, ¿qué? ¿Lograría llegar al pozo? No. El goyl humano quizá no fuera un buen tirador, pero Hentzau vaciaba de un tiro los ojos de un cuervo dorado en pleno vuelo, aunque prefería su sable a la pistola porque las armas de fuego no casaban bien con su concepto de honor militar.

Por un momento, John sintió una nostalgia tan fuerte por Albión que le dolía físicamente.

—No era necesario huir hasta Sveriga para encontrar ayudantes desinteresados —dijo Hentzau—. Los nuestros cuentan con salamandras sin ojos que cumplen los deseos de los que buscan ayuda sin exigir recompensa a cambio. Wagi Anioty, ángeles escamudos. Por lo visto habitan en cuevas de estalactitas, que son ricas en fosfatos. Nunca me he encontrado con ninguno, quizá porque nunca he estado lo bastante desesperado... o porque no me gusta nada pedir ayuda.

—¿Puedo tomar el aire fresco por última vez? ¿Un último vistazo al cielo?

Hentzau miró a John lleno de burla.

—Siempre el sentido del drama. Estate tranquilo. Pronto volverás a ver el cielo. Tres, cuatro días y volverás a estar con tus semejantes.

Sus semejantes. Eso no constituía necesariamente una diferencia, como habían demostrado sus secuestradores.

Hentzau sonrió como si hubiera oído sus pensamientos. Se rumoreaba que los que mejor leían la mente eran los que nos profesaban cariño. Pero eran los capaces de infundirnos miedo.

—Deberías estarme agradecido, John —dijo—. Te gusta representar el papel del profeta de la Nueva Magia. Te llevaré a un país en el que esta tiene aún muchos enemigos. Albión hace tiempo que se convirtió.

El traqueteo de una locomotora hizo temblar el suelo de metal bajo los pies de John. Él mismo les había enseñado cómo manejar trenes bajo tierra.

—Ah, sí, antes de que lo olvide... —dijo Hentzau mientras John se preguntaba a qué país de los goyl podía referirse—: He visto a tu hijo.

Lo que faltaba.

—Oh, sí. He oído que ha robado uno de mis aviones. —John se esforzaba por sonar tan impasible como Hentzau—. Ha heredado la audacia de su madre. —El avión robado, el papel de Jacob en la Boda Sangrienta... En el *Londra Illustrated News* no se había podido leer mucho sobre ello, pero por supuesto el rey de Albión sabía más de lo que decía el diario, y lo que Wilfredo de Albión sabía también solía saberlo su ingeniero más estimado.

La soldado que estaba junto a Hentzau hizo señas a un mensajero para que entrara. Este le tendió al goyl de jaspe un telegrama lacrado. No contenía buenas noticias. El cautiverio había enseñado a John a leer el rostro de piedra como si del suyo se tratara.

—¿Malas noticias?

La mirada que el goyl lanzó a John era una advertencia. Nada de confianzas. Al perro de jaspe de Kami'en no le gustaba que alguien olvidara que estaba en su poder. Hentzau doblaba la hoja de papel con esmero, como se hace cuando los pensamientos de uno estaban muy lejos, y guardó el telegrama en la chaqueta del uniforme.

—Malas noticias en las que tu participación no fue insignificante —respondió—. Estás aquí para arreglarlo.



## 18

### *La advertencia*

Compresas y una amarga cocción que utilizaba contra los envenenamientos. Alma desterraba la plata de los ojos de Jacob. Cuando se enteró de que Alma sabía lo del espejo desde hacía tiempo, se sintió avergonzado. Pero la vieja bruja se limitó a encogerse de hombros cuando le pidió disculpas por las mentiras que le había contado todos esos años. Lo escuchaba en silencio cuando hablaba de Jugador, pero a su pregunta de si recordaba al elfo de aliso se limitó a negar con la cabeza, divertida.

—¿Ochocientos años? Sobreestimas mi edad. Algunas devoraniños se comen las setas que hay debajo de los alisos de plata para hablar con ellos, pero eso les provoca lenguas de madera, así que mejor no lo intentes.

Alisos de plata. El más cercano estaba a apenas un día a caballo. Jacob había considerado la costumbre de pagar a los árboles con monedas, cucharas y anillos para cumplir oscuros deseos como una superstición. Reflexionaba en ese momento si, a pesar de la advertencia de Alma, debía hacerle una visita al elfo, pues Wenzel le había contado a Zorro que su hermano había estado en el Ogro.

¿Will había cruzado el espejo?

¿Por qué?

¿Había huido? Pero entonces, ¿dónde estaba Clara? Jacob apenas podía pensar en su nombre sin ver a Dieciséis al pie de la escalera del museo.

Zorro prometió descubrir dónde había desaparecido Will tras su visita al Ogro, y Jacob decidió hablar con Chanute, con la esperanza de que entre su inagotable tesoro

de anécdotas encontrara algo sobre los elfos de aliso o sobre las devoraniños que hablaban con ellos.

La chica que ayudaba a Wenzel en la taberna le había lavado la ropa. Al ir a cogerla, Jacob dejó caer la camisa planchada cuando una tarjeta se deslizó de las mangas dobladas. La letra le resultaba harto conocida. Por un momento pensó en lanzar la tarjeta por la ventana, pero al final acabó leyendo las palabras escritas con tinta de color verde.

*Siento que no quisieras disfrutar de mi hospitalidad más tiempo. No te esfuerces en buscar a tu hermano. Le está haciendo entrega al hada oscura de un regalo de mi parte. Llámalo una oferta de paz. El hada ha cuidado de que ella misma no pueda hacerle nada, así que no existe motivo para que vuelvas a representar el papel de protector. Todo lo contrario, recompensaré con creces a tu hermano, pero me tomaré a mal que alguien intente impedirle su misión.*

*Por si te invadiera el aburrimiento entretanto (un sentimiento que me es harto conocido): el reloj de arena, que llevas años buscando, se encuentra en la quinta de un príncipe veneciano, a tan solo dos pasos de Calvino.*

Era inquietante tener un enemigo que leía los deseos más ocultos de tu corazón mientras que tú no sabías nada de él. A Jacob de nuevo le entraron ganas de lanzar la tarjeta por la ventana, pero finalmente se la guardó en el bolsillo. Aunque estaba convencido de que Jugador también lo había previsto así.

Chanute se había pasado toda la noche tosiendo. La tos no sonaba bien, pero cuando Jacob se detuvo delante de su puerta escuchó carcajadas roncadas. No estaba solo. Sylvain enmudeció ante Jacob tan de repente como un escolar que le ha contado un chiste verde a su mejor amigo. El sillón en el que estaba sentado se lo había vendido un tapizador a Chanute con el cuento de que solo se podía sentar en él para desprenderse de la borrachera. Entre Sylvain y Chanute había media botella de aguardiente de cebada en el suelo. No resultaba difícil adivinar dónde estaba la otra mitad.

—¡Genial! —le dijo Jacob a Sylvain mientras le quitaba a Chanute la botella de aguardiente de la mano—. Hace años que no bebe. ¿Te ha contado cómo perdió el brazo?

—¿Te refieres a tu versión o a la mía? —Chanute arrancó a Jacob la botella de la mano y se sirvió hasta arriba—. Sé amable con Sylvain. Ha sufrido mucho. Le estaba contando que cuando encontré esta lámpara mágica me llené de pulgas perforadoras. Fue antes de tu época. ¡Mi piel parecía que tuviera carcoma! —La risa de Chanute devino en tos.

El aguardiente se lo bebió, de todos modos.

—La bruja viene cada día —balbució—. Cada maldito día. ¿Crees que no sé lo

que eso significa? Y ¿cuándo pensabas hablarme del espejo? ¿Cuando esté en el ataúd como Blancanieves?

Sylvain se esforzaba por poner cara de inocente, pero su rostro no se lo permitía.

—¡Tendríamos que haberte dejado con el elfo hasta que decorara a todos sus gólem con tu rostro! —alegó—. ¿A quién más le has hablado del espejo?

Chanute no dejaba hablar a su nuevo amigo.

—Soy de Albión... ¿No he dicho siempre que tienes un acento extraño? Pero sabes mentir mejor que yo y eso debe significar algo. ¡Astuto como un zancudo verde! ¡Te he enseñado todo lo que sé y me lo agradeces ocultándome un mundo entero! Pero ¿qué te has creído?

Sylvain lanzó a Jacob una mirada llena de reproches, como si le debiera una explicación incluso a él, pero ¿qué iba a decir? ¿Que olvidaba el otro mundo cuando estaba en este? ¿Que allí solo tomarían a Chanute por un manco chiflado que fantaseaba con ogros y brujas, y que no quería presenciario? ¿O le había preocupado más que nada que Chanute le hablara sobre el espejo a cualquier transeúnte de la Quinta Avenida? La verdad era una mezcla fatal.

—¿Qué? —insistió Chanute—. Estoy esperando.

—La vida allí no te gustaría. —Incluso a los oídos de Jacob aquello sonaba a una excusa floja.

Chanute lo miraba como a un traidor.

—Eso debería decidirlo yo mismo, ¿no te parece?

Se sentía tan ofendido que cuando Jacob le preguntó si sabía algo de elfos de aliso solo dio la respuesta, muy parca en palabras debido a su estado, de que los cuentos de hadas formaban parte de los tiempos remotos y que solo creían en ellos las ancianitas supersticiosas que sobornaban a los árboles con cucharas de plata. Sylvain tampoco reveló nada aparte de lo que había contado de los cobertizos de Jugador. Así pues, Jacob decidió darse por vencido y regresar cuando los dos estuvieran sobrios. Chanute no le perdonaría durante mucho tiempo su silencio sobre el espejo.

—Haré que Sylvain me lo enseñe —gruñó cuando Jacob ya estaba en la puerta. Tenía derecho a sentirse ofendido.

—Te lo enseñaría yo mismo, pero el espejo ya no es seguro —dijo Jacob—. Dile a tu nuevo amigo que te lo cuente. Avisadme si se os ocurre algo más sobre los elfos.

Después fue en busca de Wenzel.

• • •

El cocinero de Chanute estaba en la cocina y cortaba apio para la sopa que serviría a mediodía en el Ogro.

—Zorro aún no ha regresado —dijo cuando Jacob asomó la cabeza por la puerta. La borrachera de la noche anterior empañaba sus ojos de color castaño claro. A Wenzel también había que ocultarle las botellas de aguardiente—. ¿Te ha hablado del

goyl que preguntó por ti? ¿Piel de ónix con vetas de color verde?

Lo que faltaba. Jacob solo conocía a un goyl que encajara con esa descripción, y en su último encuentro le había disparado una flecha en el pecho. Después le había robado uno de los botines más valiosos que un cazador de tesoros podía encontrar en ese mundo. Era de suponer que el bastardo no lo aceptara sin más y siguiera su rastro hasta Schwanstein. Ahora solo cabía esperar que nadie le hubiera contado que Jacob Reckless cabalgaba a menudo hacia la vieja ruina.

—Estos días estás muy solicitado, ¿sabes? —Wenzel echó el apio en la sopa. Olía considerablemente más apetitoso que las comidas que Chanute removía—. Un enano ha preguntado varias veces por ti... Deletreó su nombre para que no se me olvidara. Me pidió que te dijera que te va a cortar la nariz. Y otras partes más.

Valiant. Naturalmente. El elfo de aliso, el goyl, el enano, dos hadas, la antigua emperatriz de Austrien y, además, el príncipe heredero de Lorena. *A más enemigos, más ganancia, Jacob.*

Cuando Jacob le preguntó si Will había dicho algo aparte de que le estaba buscando, Wenzel se encogió de hombros.

—Estaba demasiado distraído con el goyl. No, espera. Quería saber dónde podía encontrar al Hada Oscura.

El estómago de Jacob se contrajo.

*Llámalo una oferta de paz.*

¿Qué bien podía hacer la paz si la enemistad era tan irreconciliable como la maldición hacía suponer? Respecto a por qué le habían castigado las hadas, Jugador había guardado silencio. Pero sí le había desvelado por qué Will era el mensajero ideal. «El Hada ha cuidado de que ella misma no pueda hacerle nada». Quien sobrevivía a la maldición de un hada era inmune contra su magia para siempre. ¿Por qué iba a ser distinto en el caso de las hadas? Y no, no quería reflexionar si había otro motivo por el que el elfo había elegido a su hermano: Jugador no era el padre de Will, tampoco el suyo, ambos eran humanos. Si se lo repetía a sí mismo las suficientes veces, con suerte desterraría esa idea para siempre.

—Ludovic Rensman ha vuelto a traerle flores a Zorro —dijo Wenzel—. Tan pronto escucha que está aquí, aparece con cualquier regalo o se planta en la plaza del mercado y alza la vista hacia su ventana.

Ludovic Rensman... Su padre era uno de los hombres más ricos de Schwanstein. *¡Jacob! ¿Qué debe entregarle Will al Hada?*

—Dile a Ludovic que la ventana a la que mira es la mía.

La respuesta no le gustó a Wenzel.

—No es cierto que ella duerma en tu cuarto —dijo sin alzar la vista de su tabla para picar carne—. Toda la ciudad murmura. Sé que a ella le da igual lo que diga la gente, pero deberías protegerla de todo ese chismorreo.

¿Cómo? ¡Era una cambiadora de forma! En algún momento también se murmuraría sobre ello en Schwanstein, como muy tarde cuando Ludovic Rensman le colocara un anillo en el dedo y viera el pelaje que llevaba debajo de su ropa humana. *Quizá lo haya visto hace tiempo, Jacob*. No era el mejor pensamiento para su dolorida cabeza. Por un momento se imaginó a Zorro paseando por la plaza del mercado con dos niños de la mano. No, no era la vida que ella deseaba. ¿O sí? Quizá no, pero sin duda lo que no deseaba era que los elfos se llevaran a su primogénito.

Wenzel removía en silencio la sopa. Probablemente estaba tan enamorado de ella como Rensman. ¿Cómo se podía no estar enamorado de ella?

—Tu hermano cogió la carretera a Hintersberg.

Zorro apareció tan de repente en la puerta de la cocina que Jacob se sintió como si hubiera sido sorprendido haciendo algo malo.

—¿Estaba Clara con él?

—No —respondió secándose la lluvia de su cabello rojo.

Su cabello era tan hermoso... «Déjala libre». ¡Era libre! No, no lo era, aunque ambos fueran expertos en engañarse.

—Pero tu hermano no estaba solo. Ha alquilado un caballo al herrador. Los mozos dicen que un goyl iba con él. La descripción apunta al bastardo. Los dos partieron a caballo.

¿El bastardo con su hermano? La situación era cada vez mejor.

Al menos la noticia disipó las últimas dudas sobre si debía seguir a Will a pesar de las amenazas de Jugador. Esperaba que el bastardo no lo hubiera secuestrado en alguna fortaleza goyl o lo hubiera vendido a un ogro para vengarse por la derrota en la Ciudad Muerta.

—He conseguido provisiones y caballos. —Zorro sumergió una cuchara en la sopa de Wenzel. Este se puso colorado cuando ella se inclinó junto a él sobre el caldero—. Ah, sí. Y aquí tengo la respuesta de Dunbar —dijo sacándose algo debajo de su chaqueta.

La lectura seguía fatigando sus ojos, así que Zorro le leyó en voz alta el telegrama:

*¿Elfos de aliso, Zorro? stop ¿qué mosca le ha picado ahora a Jacob? stop acabo de llegar a Tasmania, una larga historia stop imagino que, como siempre, es algo a vida o muerte y que no puede esperar a mi vuelta stop mis más firmes respetos, Dunbar stop ¿te trata bien?*

Zorro sonrió al leer las últimas palabras.

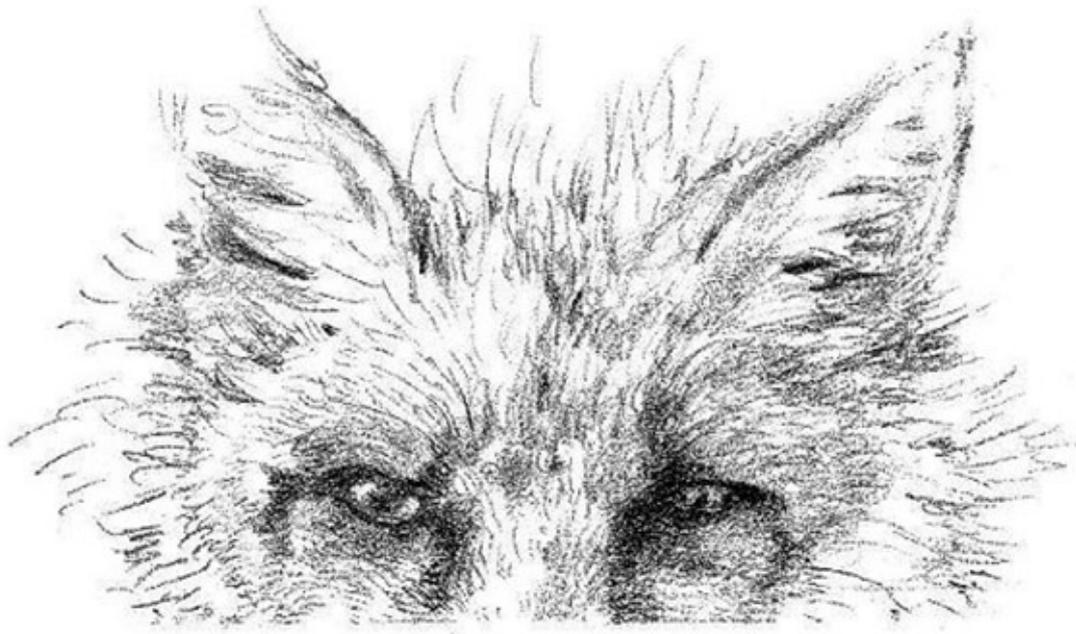
—Contéstale que no puede esperar.

¿Qué hacía el mejor historiador de Albión en Tasmania? Seguro que la colonia, a la que el país natal de Dunbar exportaba no solo ladrones y asesinos sino también cabecillas de huelgas y pacifistas, no disponía de bibliotecas que pudieran medirse

con las de Pendragón. No solía suceder que Jacob deseara algo del mundo en el que había nacido, pero Robert Dunbar habría sabido valorar el conocimiento portátil de un ordenador. Incluso si los secretos que buscaban estuvieran tan olvidados que no se encontraran siquiera en hojas de pergamino.

El bastardo estaba con Will. ¿No encontraba vil vengarse en el hermano menor de los pecados del mayor?

No.



## 19

### *A pesar de todo*

Chanute seguía ofendido cuando Jacob fue a verle por la noche para despedirse. Que, a pesar de todo, se emocionara con tanta facilidad evidenciaba que, en efecto, se sentía miserable, pero Sylvain prometió ocuparse de él. Jacob seguía sin dirigirle la palabra después de que le hubiera contado a Chanute lo del espejo, pero era bueno saber que el viejo no estaría solo. Sylvain había ofrecido su ayuda a Wenzel para pagarse la comida y el alojamiento. Chanute había rechazado la oferta de Sylvain con mucha prosopopeya argumentando que los amigos se alojaban gratis en su casa (algo nuevo para Jacob), pero después de que Sylvain pusiera fin a una riña salvaje en la taberna lanzando con sus propias manos a los ocho participantes por la puerta, Chanute venció a Wenzel por mayoría. Parecía que Sylvain Caleb Fowler se estuviera preparando para quedarse una temporada en Schwanstein... y que encajaba tan bien allí como una galleta de jengibre en los muros de una casa de brujas.

Jacob no había vuelto a mirar la tarjeta de Jugador desde que la había encontrado en su ropa, pero cuando Zorro fue en busca de los caballos al establo no pudo resistir la tentación.

Las palabras ya estaban aguardando.

*¿Me declaras la guerra?*

Jacob le había contado a Zorro lo que decía el último mensaje. La preocupación por volver a ponerla en peligro ignorando la advertencia de Jugador era más fácil de asimilar si ella estaba al tanto.

—¿No te ha dicho que su apellido delata su oficio? —se limitó a decir cuando Jacob le mostró el último mensaje—. Te distrae de aquello en lo que realmente deberías pensar. ¿Qué se propone? Vayamos en busca de Will para enterarnos.

La tinta de color verde escribía nuevas palabras mientras Zorro sostenía la tarjeta en la mano. Hicieron que Jacob se arrepintiera de habérselas enseñado:

*¿Te ha hablado de mi precio, zorro?*

Zorro guardó la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta de Jacob.

—¿Su precio para qué?

A Jacob se le revolvía el estómago de ira. Que Zorro tuviera que recordar nuevamente al barbazul le sentaba tan mal como el precio que le había puesto. Las cicatrices en sus muñecas hacían que olvidarlo ya fuera bastante difícil.

—No es nada. Me ayudó.

—¿Cuándo? —Nada de mentiras, advertía su mirada.

—En el laberinto. —No pronunciaría el nombre. Ni el nombre ni el lugar. No hacía falta explicarle de qué laberinto hablaba.

—¿Cerraste un trato mágico para encontrar la salida? —Zorro palideció como los pétalos con los que el barbazul hacía que sus víctimas olvidaran—. Claro —susurró—. ¿En qué estaría yo pensando? No pensé en nada.

*¿Y? ¿Quién podía pensar en casa de un barbazul?* Jacob quería abrazarla, pero Zorro lo apartó.

—¿Cuál fue su precio?

—No hay motivo para pensar en ello ahora. Debemos partir.

—¿Cuál fue su precio, Jacob?

—No tiene nada que ver contigo. —Porque se juraba que nunca tendría nada con ella. Nunca. Pero esa era la respuesta equivocada.

—¿Qué significa eso? ¡Todo lo que tiene que ver contigo también tiene que ver conmigo!

*Cuánta razón llevaba. Nada de mentiras, Jacob.*

—El precio habitual...

Las brujas lo reclamaban, los zancudos, las hadas tenebrosas, los íncubos... y en el maldito laberinto ni siquiera se le ocurrió que el elfo pudiera exigir ese pago. Había tenido tanto miedo por ella, un miedo tan aterrador.

—«Hoy amaso, mañana hago cerveza y pasado le quito el pequeñín a la reina».

Zorro repetía los versos como si hablara en sueños. En un mal sueño.

Las mismas palabras, tanto en el mundo de ella como en el de él, pero en ese se hacían realidad. Zorro le dio la espalda a Jacob, pero él había visto el espanto en su

cara. Se habían topado con mujeres que habían cerrado el trato y habían intentado conservar a sus hijos. Zorro se acordaba sin duda de la encajera a la que le habían llevado a su hija de vuelta solo para que presenciara cómo gritaba la niña cuando la apartaban de su madre. O del hijo que se reveló como la criatura suplantada y se derritió en los brazos de su padre como la cera bajo el sol.

Jacob la agarró del brazo hasta que ella se volvió.

—Son mis deudas —dijo—. Solo mías... y nadie más las pagará, mucho menos tú.

Le puso el dedo en los labios cuando ella quiso responder algo.

—Amigos. Eso es todo lo que seremos. Es más que suficiente, ¿no? Hasta ahora lo ha sido.

Ella meneó la cabeza, apartó la cara para que no viera sus lágrimas.

—Quiero que seas feliz —dijo él—. No deseo nada más. Quiero que un día puedas tener a tu hijo en brazos sin miedo a perderlo. ¡Él es inmortal, Zorro! Él puede esperar, tú no. ¡Por favor! Encontrarás a otro.

Le secó las lágrimas de las pestañas, de la cara que le habría gustado tanto besar, más que nunca. Pero no lo hizo, por ella. Haría cualquier cosa por ella, pero no había nada más difícil.

—Me da igual —dijo ella.

—No —respondió él, para ella y para sí mismo.

*No, Jacob.*

Ella guardó silencio al subir al caballo.

Guardó silencio todo el día.



20

## *La pena de una duende*

Alma cabalgaba como siempre poco antes del amanecer hacia la ruina con el fin de recoger hierbas. La niebla matutina ocultaba los tejados de Schwanstein y el mundo parecía engañosamente joven y virgen. Jacob y Zorro llevaban dos días fuera. Chanute le había contado que buscaban al hermano de Jacob.

Alma había visto a Will solo una vez, de pasada, después de que hubiera seguido a su hermano a través del espejo. Jacob había sabido siempre que buscaba algo, pero no quería saber realmente qué. Apenas se fiaba de nadie, pero tenía confianza en el mundo... como un chaval de doce años que miraba debajo de cada piedra con curiosidad y que presumía un tesoro en cada cueva, aunque a menudo se había topado allí con un ogro. A Jacob no le preocupaba que lo que encontrara quizá le sorprendiera. Su hermano menor, por el contrario, había causado la impresión en Alma de que presentía lo que encontraría... y de que le inspiraba miedo. De haber conocido mejor a Will, quizá habría intentado explicarle que la vida no permitía que nadie se escondiera de sí mismo o del mundo. Daba igual que uno fuera una planta, un animal o una persona..., la vida obligaba a todos a aprender y a crecer. Cuanto más se huyera de ella, más difícil se volvía el camino. Y había que recorrerlo a pesar de todo.

El huerto de la ruina seguía cercado por sus muros protectores aunque el fuego

había derrumbado los del castillo. Sobre los senderos cubiertos de maleza yacían rastrillos y palas oxidados, prueba de que el fuego había sorprendido tanto a los jardineros como a sus dueños. Las espalderas estaban podridas y los bancales en estado salvaje, pero Alma sabía por experiencia que todo lo que crecía en el jardín abandonado era sorprendentemente curativo y que allí podía encontrar incluso hierbas que solo se sentían como en casa en lo más profundo del bosque.

Oyó los sollozos cuando recogía las flores de un cardo poco frecuente. Entre las hierbas estaba arrodillada una duende que lloraba. Alrededor de la ruina vivían más de doscientos. Alma les entablillaba a veces un brazo o una pierna, o les curaba mordeduras de rata y picaduras de abeja que en los pequeños cuerpos podían resultar muy peligrosos. Los duendes confiaban más en ella que en su propio médico. Tenían también un párroco propio, un alcalde y dos maestros. Sus casas se ocultaban entre los restos de los muros de la ruina y en el cementerio que había detrás de la vieja capilla. Vivían y se vestían como los habitantes de Schwanstein, pero despreciaban a los duendes que trabajaban allí o que se dejaban vender en los mercados como gallinas y gansos con el fin de vivir bajo la protección de los humanos.

A la duende que ahora lloraba de forma tan desgarrada Alma le había sacado una espina del diminuto pie hacía tan solo dos semanas. Su mirada se llenó de esperanza al ver a la bruja, pero Alma se estremeció cuando vio al chico en sus pequeños brazos. Pareciera que un orfebre lo hubiera hecho de plata fundida. La duende vio el desconcierto en la mirada de Alma y, entre sollozos, volvió a enterrar la cara en las manos. Sobre el muro ya se había posado un cuervo de oro y pronto acudirían los primeros pulgarcitos. No fue fácil convencer a la duende de que el cuerpo rígido de su hijo estaría mejor en la casa de una bruja, pero finalmente acabó cediendo y permitió que Alma se lo llevara consigo.

En la puerta de la torre había una barricada de piedras, pero junto a las huellas de las botas que Zorro, Sylvain y Jacob habían dejado hacía unos días, Alma encontró otras dos huellas tan afiladas como si alguien las hubiera acuñado en el suelo. Alma sintió alivio al ver que las extrañas huellas no iban detrás de las de Jacob y Zorro. Parecían seguir otras huellas más antiguas.

Alma sacó la rígida figura del duende del bolsillo de la blusa. Al apoyar el dedo junto a sus diminutos labios, se notaba que seguía respirando. Plata. La que Jacob tenía en los ojos la había desterrado con una receta que utilizaba en los envenenamientos de metal maldito. Ni siquiera sus más antiguos libros de hierbas decían algo sobre ojos plateados, por no mencionar miembros plateados.

Alma se inclinó sobre las extrañas huellas delante de la torre. Los bordes eran tan planos y redondeados como si hubiera estampado en la tierra húmeda uno de los vasos en los que conservaba sus hierbas. Se incorporó y alzó la vista hacia la torre. Alma había pensado a menudo en destruir el espejo... hasta que llegó Jacob. Se arrepentía de no haberle interrogado más sobre lo que le había argentado los ojos, pero había tantas cosas en ese mundo que podían resultar amenazantes. Zancudos,

íncubos, devoraniños, las maldiciones de las hadas... no había querido pensar también en elfos desaparecidos. Estaba preocupada por un niño enfermo y tenía delante su cara roja de fiebre mientras Jacob le contaba. *Está bien, Alma, no escuchaste con atención. Estás envejeciendo.* Sí, y estaba cansada. Cuatrocientos veinte años eran más que suficientes.

Comenzaba a llover como si el cielo quisiera evocar a los que habían declarado la guerra a los elfos de aliso. El agua y la tierra a las hadas. ¿Qué elemento había obedecido al otro? No era difícil de adivinar: el aire y el fuego. Que nadie se acordara de ellos, según las devoraniños, se debía a que las hadas habían hecho aniquilar todos los conocimientos sobre ellos a través de amantes humanos. Tenían que estar muy furiosas.

Alma recorrió una última vez el borde terroso que cercaba las huellas. Eran de dos, quienes quieran que fuesen. Algo viejísimo deseaba regresar, pero lo que allí había era joven... El duende que tenía en el bolsillo pesaba mucho cuando se levantó. Si nadie se acordaba, ¿quién debía identificarlos a ellos o a sus mensajeros? ¿Cuántos habían enviado ya? ¿Con qué encargo?

Encima de ella, un haya roja balanceaba las ramas en el viento. La luz matutina que atravesaba las hojas de color rojo oxidado manchaba la vieja piel de la bruja y le traía a la memoria otro árbol que estaba a un día de viaje de allí.

Una lengua de madera.

A lo mejor existía un camino menos peligroso. Ochocientos años en un árbol... al menos tendría ganas de una buena conversación, y Alma ya había charlado incluso con las piedras.

No obstante, se llevaría unas cucharas de plata por si acaso.



21

## *Espejito, espejito...*

«Viaja hacia Lorena», «Ha hechizado un pueblo en Flandes», «Está reuniendo un ejército de goyl humanos», «Se ha transformado en humo venenoso, en agua, en un enjambre de polillas...».

El Hada Oscura no necesitaba esforzarse para borrar su rastro. El mundo entero dejaba huellas falsas por ella: aldeanos aburridos, cocheros de diligencias, periodistas de provincia... ¡Cualquier vagabundo que fumaba polvo de elfo la había visto! Pero por suerte Nerron contaba con fuentes más fiables. No solo el servicio secreto de Kami'en, también los espías de los lores de ónix seguían viéndolo, a pesar del contratiempo con la ballesta, como uno de los suyos (prueba de que apreciaban su talento como doble agente y como cazador de tesoros). Un coche de caballos que transportaba cerveza y espía para los goyl desde hacía años vio a un carruaje que había cruzado un río pasando por encima del agua cincuenta millas al este. Un pulgarcito al servicio de los ónix (los pequeños ladrones eran magníficos espías) contaba que, en la estación fronteriza al oeste de Ucrania, dos soldados se habían transformado en arbustos de espino blanco después de que hubieran cerrado el camino a un carruaje con caballos de color verde. Sí. Nerron estaba convencido de que no solo los generales de Kami'en, sino también el Encorvado y la Morsa, pasaban las noches en vela: el Hada Oscura viajaba sin duda al este.

¿Por qué? A Nerron no le importaban los motivos. Se los cedía a los espías de primer oficio. Lo que quería era la ballesta como prueba irrefutable de que nadie ejercía la caza de tesoros con más éxito que el bastardo, y, según parecía, de regalo le

llevaría a Kami' en el goyl de jade. ¿Quién hubiera dicho que una excursión a una pequeña y soñolienta ciudad de Austrien le reportaría un botín tan succulento? Pero en el cáliz de oro había una gota de vermú que el destino le ofrecía... La venganza tendría que esperar. No había pensado casi en otra cosa desde que Jacob Reckless se le había escapado con la ballesta a través de un espejo. Todas las escenas que había imaginado mientras había buscado a ese astuto desgraciado... ¡No había pasado por alto ningún método de tortura! Y entonces... el cachorro le salió al encuentro. ¡Ni en sus más tenebrosas fantasías había imaginado Nerron una venganza tan gloriosa como capturar al hermano menor de Jacob Reckless!

En las primeras horas que había cabalgado junto a Will casi tuvo que atarse las manos. El deseo de golpear el rostro inocente y desprenderse así de al menos parte de la ira que le corroía desde la Ciudad Muerta había sido difícil de resistir. Quería atarlo y dejar que su caballo lo arrastrara, escribir un mensaje a su hermano sobre su piel ensangrentada y entregárselo al cocinero del Ogro al que le faltaba una pierna. Quería llenar botellas con sus gritos, tarros de conserva con su carne blanda.

Ahhh. Era demasiado cruel no hacer nada de aquello y cabalgar como un cordero junto a él, soportar la amabilidad con la que trataba a cada criatura sin tener ni idea de con quién se encontraba en ese mundo. Si el barbilampiño no hubiera asegurado que él mismo una vez tuvo una piel de jade... ¡Nerron habría tomado todos esos rumores, que afirmaban que el hermano menor de Reckless había sido el goyl de jade, por chácharas de dementes!

Realmente aún seguía sin creérselo.

Y seguía tentado de vendérselo al siguiente ogro.

Maldita sea.

Una semana, a lo sumo dos, se decía. Para entonces, con suerte, habrían encontrado al Hada Oscura. El barbilampiño lo conduciría hacia su hermano y él recuperaría la ballesta... y podría matarlos a ambos. O venderlos.

Sí... ¡Paciencia, Nerron!

*Como el gato delante de la ratonera.*

Hasta ese momento no le quedaba más que seguir imaginándose la venganza.

En las primeras noches recorrieron a toda velocidad los bosques, pero cuando, en la tercera noche, despertaron a un drekavac con su aterrador grito, Nerron trasladó su campamento a una cabaña de leñadores abandonada. Al barbilampiño le repugnaba despellejar el conejo que Nerron disparó, pero, así y todo, logró hacer un fuego. Nerron solía sorprender al cachorro siguiéndolo con la mirada cuando no se creía observado, pero en su rostro no había nada de lo que Nerron había visto en el de su hermano: el horror ante la piel de piedra, el «vosotros» y «nosotros», la zanja infranqueable entre goyl y humano. Algo normal, en caso de que hubiese sido uno de ellos.

Era realmente difícil de creer. Los príncipes de ese mundo soñaban con tener un rostro como el de Will Reckless... y las princesas, que entrara por su ventana. El

cabello fino y claro, los ojos de color azul, la boca delicada, casi femenina. ¡Incluso tenía pestañas de chica! Y se habrían podido llenar tarros de miel con su dulzura. Uno podía sentir náuseas ante tanta amabilidad, y cada «Gracias, Nerron», «Buenos días», «¿Te parece que haga guardia?» hacía prácticamente irresistible la tentación de apalearlo de tal modo que la inocencia de su cara oscureciera más que el ónix. Por todas las salamandras que escupían ácido... ¡rescataba a los escarabajos del fuego! Hacía una parada en cuanto creía que los caballos estaban cansados, los desensillaba antes de permitirse siquiera un solo trago de agua, miraba a cada animal que Nerron disparaba como si la bala hubiera atravesado su propio pecho. ¿Ese mismo chico había defendido a Kami'en contra una docena de imperialistas?

—Háblame de la Boda Sangrienta.

Estaban junto al fuego comiéndose la liebre a la que Nerron había disparado. A Will casi se le cayó la carne caliente en las llamas. Había hecho diana.

—Tu hermano se vanagloria de haberte convertido de nuevo en humano, ¿es cierto? Le gusta representar al héroe caballeroso, pero no ha previsto lo mal que el hada se tomaría su intromisión. ¡Tendrías que haberlo oído gritar cuando la polilla le partía el pecho a dentelladas!

Cómo lo miraba.

Ah, su hermano mayor no le había contado nada de aquello. Pero no preguntó. A Will Reckless le gustaba reservar sus pensamientos para sí mismo.

—¿Sabes que los escoltas de Kami'en siguen hablando de ti? Aseguran que el goyl de jade podía ganar a cualquiera de ellos.

Por un momento, Nerron creyó atisbar el inicio de una sonrisa en el rostro inocente.

—Esas historias son un poco exageradas, ¿no? —añadió.

Will observaba sus manos.

—No lo recuerdo.

Mentira. Se podía leer su rostro con tanta facilidad. Había saboreado la lucha. Quizá se parecía más a su hermano de lo que aparentaba. Nerron nunca había comprendido el atractivo de la lucha, aunque sabía defender su piel veteada. ¿Quién deseaba acabar atravesado por la lanza o la bala de algún imbécil? Prefería una emboscada bien planificada, como aquella en la había capturado a Jacob Reckless, aunque había cometido la imprudencia de dejarlo abandonado a los lobos.

—¿La has visto alguna vez? —Will observaba el fuego mientras formulaba la pregunta.

Ella. La Oscura. El hada. La más hermosa de todas. Jacob Reckless sabía de sobra lo peligroso de conocer su nombre.

—Sí, pero siempre desde lejos.

Y cada vez había pensado lo mismo: que era aún más hermosa de lo que decían, y que Kami'en era un chiflado por preferir a la cara de muñeca.

—Dicen que sus polillas son sus amantes muertos.

Santo cielo, ni siquiera sabía eso.

Después Will se limitó a contemplar en silencio las llamas hasta que Nerron lo mandó a dormir. Casi no podía tenerse en pie cuando se dirigía a la cabaña. Era evidente que no estaba acostumbrado a montar durante horas. ¿Dónde lo había escondido su hermano?

*En el otro mundo, Nerron.*

Cuando no soñaba con matar a Jacob Reckless, intentaba imaginar qué aspecto tenía ese otro mundo.

Se aseguró de que el cachorro dormía antes de registrar su mochila. El barbilampiño llevaba consigo una bolsa que manoseaba tan a menudo como solo se hacía con las cosas que uno consideraba valiosas. Nerron suponía que se trataba de algún recuerdo de una novia, flores secas o un mechón de pelo. Al principio, el cachorro llevaba la bolsa debajo de la camisa, pero después de que la lluvia la hubiera calado varias veces, había ocultado a escondidas su tesoro en su mochila.

Las primeras cosas que Nerron sacó no eran nada excitantes: una brújula, un cuchillo, unos táleros de oro, ropa de muda. Pero entonces sus dedos encontraron la bolsa. ¡Era una bolsa engañosa! Eso sí que era una sorpresa. Nerron metió la mano en el interior. Un mango de madera. Herrajes. Una cuerda, lisa como el cristal.

Sintió vergüenza cuando el corazón comenzó a latirle como a un niño.

Era imposible. Pero la bolsa engañosa entregó su contenido y allí estaba. En su regazo. El arma más poderosa de ese mundo.

Nerron cerró por un instante los ojos. Todos esos meses, las noches en vela, las desesperantes fantasías de venganza, los juramentos de que le arrancarían al mentiroso de Jacob Reckless el pellejo de los embusteros huesos... ¿Había robado el cachorro la ballesta a su hermano? *¿A quién le importa, Nerron?* Todo el escarnio que había tenido que escuchar desde que había regresado con las manos vacías de la Ciudad Muerta... ¡Se arrastrarían a sus pies! Los ónix, el Encorvado, la Morsa, todos los ladrones principescos de ese mundo. El propio Hentzau se arrodillaría ante él. Oh, cómo le iba a humillar. Cogería su oro y sus regalos, sus castillos y sus hijas, y después dejaría la ballesta a los pies de Kami'en para que el rey de los goyl no tuviera que volver a preocuparse por Albión o el Encorvado, o por el rey sombra que los ónix habían coronado. Estaban muertos. Todos.

Nerron miró hacia la cabaña.

¡Increíble! ¡Había despojado al barbilampiño de su pose inocente! Se había acabado. Ya no habría más favores para el hermano pequeño de Jacob Reckless. Y en lo referente al goyl de jade..., al infierno con él. Kami'en dejaría pronto de necesitar escoltas.

Nerron guardó la ballesta en la bolsa engañosa. ¿Se había sentido alguna vez tan feliz? No, feliz no era la palabra correcta. Grandioso, sí. Así se sentía. Recompensado. «Olvidad al goyl de jade. El bastardo es el mejor», susurrarían todos los goyl en sueños.

Naturalmente tenía que mejorar un poco la historia de cómo había tomado posesión de la ballesta. ¿Por qué no empezaba ya con la venganza? Podría atraer al drekavac con un rastro de sangre hacia la cabaña y enviarle al cocinero de una sola pierna los huesos roídos del barbilampiño para que se los entregara a su hermano.

Una brisa, demasiado cálida para la refrescante noche, acariciaba el claro. Nerron la sentía en la piel como si su fuego hubiese comenzado a respirar.

Se guardó la bolsa engañosa debajo de la chaqueta y buscó a tientas la pistola.

Allí. Debajo de los árboles. Algo reflejaba el brillo del fuego como si fuera cristal. La luz que las llamas proyectaban dibujaba dos siluetas en la noche. Los cuerpos que formaban parte de ellas apenas podían reconocerse, ni siquiera para los ojos de un goyl. Hojas y árboles se reflejaban en sus miembros, los caballos, el fuego, la oscuridad de la noche. Pero entonces se convirtieron en piel, cabello y ropa.

*¿Qué haces ahí parado, Nerron? Coge la ballesta y corre.* Pero no estaba seguro de si era buena idea darles la espalda.

Lo que quiera que fuesen no conseguían decidirse por el rostro que querían mostrar al mundo. Parecían tener muchos. Cómo lo miraban con sus ojos de espejo. Como si él, y no ellos, no encajara allí. Después la chica se dirigió a él. Era hermosa. Como una avispa o una planta carnívora. Las manos seguían siendo de cristal. Solo las uñas de los dedos eran de plata.

—¿Dónde está? —preguntó con una voz que sonaba inquietantemente humana.

Nerron señaló la cabaña. No importaba a quién buscaran, con suerte el cachorro los distraería y le proporcionaría al bastardo tiempo para huir. Incluso si resultara muy fastidioso volver a quedarse sin su venganza. Nerron retrocedió un paso con cuidado. Los caballos estaban solo a unos metros. Humanos de cristal... ¿eran algún espectro local?

La chica desapareció en la cabaña.

Por desgracia el otro no hizo ademán de seguirla. Al contrario. De golpe parecía tener solo ojos para Nerron. El bastardo ya se había topado con muchas criaturas que infundían un gran temor. Se había deslizado en casas de galletas y les había robado el ámbar sobre el que dormían a las salamandras que devoraban goyl. Pero el joven que se acercaba a él con pasos tan lentos como si tuviera todo el tiempo del mundo le infundía un temor que era nuevo para él. Quizá fueran sus ojos, que seguían recordando en exceso al cristal coloreado. Su ropa era tan extraña como la del cachorro en su primer encuentro en Schwanstein, pero cambió mientras se acercaba a Nerron hasta convertirse en una copia exacta de su propia ropa. Piel de lagarto de cristal.

Cuando Loquequieraquese se detuvo frente a él, sus pupilas le mostraron a Nerron su propio rostro.

—Dame la bolsa.

Maldita sea. ¿Qué sabía de la ballesta? Tendía la mano a Nerron de forma provocadora. El rostro que ahora llevaba tenía aún menos barba que el de Will. Al

diablo, si no hubiera sido por los ojos... Y las manos de cristal y plata.

—Puedes quedarte con la bolsa —respondió Nerron—. Pero el contenido me pertenece.

La sonrisa que le respondió era a la vez una docena de sonrisas.

Loquequieraquese se inclinó hacia delante hasta rozar con su mejilla la cara de Nerron. La piel estaba caliente pero efectivamente era lisa como el cristal.

—Puedo transformar tu corazón en plata —le susurró al oído—, o en cristal. ¿Qué prefieres? Lo he hecho ya con piel humana, pelaje y caparazones de insecto, pero no con piedra vetada. Y estoy deseando hacerlo.

Metió la mano debajo de la chaqueta de Nerron y sacó la bolsa engañosa. La piel de lagarto se cubrió de plata pero desapareció como escarcha tan pronto Loquequieraquese sacó la mano.

—¿Qué sois? —Nerron se sorprendía de que su lengua no fuera de plata. Su corazón seguía latiendo, aunque demasiado deprisa.

—Eso tienes que preguntárselo al que nos ha hecho. Me llama Diecisiete.

—¿Hecho? —Nerron no podía apartar la vista de la bolsa. Un segundo antes era el rey del mundo y ahora tan solo el bastardo. Cerró los puños vacíos. Quería arrancarle a Diecisiete todos sus rostros del cráneo, pero probablemente acabaría con brazos de plata. Dos veces la había encontrado, y dos veces la había perdido.

—Él también ha hecho la ballesta —dijo Diecisiete.

Pamplinas. Era un arma de elfo de aliso. ¿Qué era lo siguiente que le iba a contar, que los dragones y los gigantes volvían?

Para sorpresa de Nerron, Diecisiete volvió a meter la bolsa engañosa en la mochila de Will. Después lo examinó como si, además de su ropa, también quisiera copiar su alma.

—Creo que debería matarte. A él no le gustan los ladrones.

Él... por todos los diablos de lava... Nerron retrocedió dando tumbos cuando las uñas de las manos de plata rozaron su cara.

—¡Espera! —balbució—. El mensaje para el hada. El cachorro es su mensajero, ¿no es cierto? De vuestro creador. ¡Dile que si quiere que su mensaje llegue, necesita al bastardo! ¿O de veras creéis que el barbilampiño encontrará al hada él solo?

Diecisiete observaba la piel pétrea de Nerron como si estuviera deseando averiguar el aspecto que tendría de color plata. Pero finalmente dejó caer la mano.

*Respira, Nerron.* Aún creía sentir las uñas de plata en su cara.

—Está bien. ¿Por qué no? —dijo Diecisiete—. Siempre puedo matarte. Pero es mejor que te ocupes de que encuentre pronto al hada. Este mundo no nos sienta bien.

Nerron no tenía la menor idea de lo que hablaba. Solo sabía que no quería un corazón de plata, por no mencionar uno de cristal.

Diecisiete observaba sus dedos como si buscara en ellos rastros de ónix.

—Entre mis rostros no hay ninguno como el tuyo. ¿Eres también distinto por dentro?

Una pregunta interesante. Diecisiete era divertido. *Divertido como una víbora, Nerron.*

—¿Distinto a qué? ¿Distinto a los pieles de caracol por los que queréis haceros pasar? Oh, sí. Muy distintos.

Diecisiete cambió de rostro. Parecía hacerlo a menudo cuando reflexionaba. Tenía una colección considerable. Ninguno de ellos adoptó un semblante especialmente entusiasmado cuando observó las dos lunas que había sobre él.

—No entiendo por qué quieren regresar.

Ellos. Volver. Sonaba a los elfos perdidos. Lo único que Nerron sabía de ellos era que habían construido los palacios de plata abandonados que yacían tan profundamente bajo tierra que incluso la piel de goyl se derretía allí.

—¿Regresar de dónde? —*Déjalo, Nerron.* Pero Diecisiete no había escuchado. Contemplaba la cabaña podrida en la que Will dormía con abierto desprecio.

—Mira eso. Todo es tan primitivo. Solo hay suciedad y decadencia. El otro mundo es mucho mejor.

—¿El otro mundo?

Nerron olvidó la ballesta. Su venganza. El cachorro.

—Sí. ¿No has estado nunca allí? —Una mosca fue tan imprudente de posarse en la frente de Diecisiete. Su mano la atrapó tan fácilmente como la lengua de un sapo.

—Enséñame cómo ir hasta allí y encontraré al hada para vosotros. —Nerron se avergonzó del ansia en su voz. Su mayor deseo. Desde siempre. Jacob Reckless había sido capaz de robarle por eso. Por esa ridícula ansia.

Diecisiete también la había notado. *Haz un esfuerzo, Nerron.*

—Está detrás de un espejo, ¿no es cierto? —Al menos volvía a controlar su voz otra vez.

—Sí. —Diecisiete abrió los dedos. La mosca que tenía en la mano era ahora de plata—. Dices que por dentro también eres distinto. ¿Qué es el alma? Dieciséis está preocupada porque no tiene. ¿Tú tienes?

La cosa se ponía cada vez mejor.

—Admítelo, no lo sabes. —Diecisiete dejó caer la mosca en la hierba—. Porque las almas no existen. Es lo que le digo siempre, pero no quiere creerme.

Aguzó el oído en la noche como si el viento le susurrara un mensaje. Y se volvió de cristal negro.

—Vuelvo enseguida —dijo—. Ten cuidado con Dieciséis. Se enfurece con facilidad.

Después desapareció. ¿Del todo? Nerron no estaba seguro. Miró fijamente en la noche, pero como sus ojos no encontraban nada, se agachó y recogió la mosca de plata. El rígido insecto era tan perfecto que, al verlo, cualquier orfebre hubiera desistido del oficio. Nerron, sin embargo, lanzó la mosca lejos.

«Ten cuidado con Dieciséis».

Vacilaba. Pero finalmente se dirigió a la cabaña.

• • •

Nerron estaba acostumbrado a que su piel lo volviera imperceptible, pero Dieciséis alzó la vista tan pronto cruzó la puerta.

Estaba arrodillada junto a Will.

—Creía que mi hermano te había matado. Le gusta matar.

«Hermano». Nerron dudaba de que los hubiera alumbrado un seno materno.

Dieciséis acariciaba el rostro de Will. Las uñas de plata de sus manos habían desaparecido bajo unos guantes de piel.

Ojos de cristal.

—He llegado a un acuerdo con él.

Ella solo lo miraba. Nerron tenía la impresión de estar hablando con un cuchillo. Un puñal perfectamente forjado, en una funda de cristal de colores.

Ella se inclinó sobre Will. Lo miraba con tanto deseo como un gato a un cuenco de leche.

—Qué estupidez. Solo necesito mostrarle el rostro de ella. Aunque tengo otros que son mucho más hermosos.

El rostro que llevaba cuando se volvió hacia Nerron era tan hermoso que uno olvidaba sus uñas de plata.

—Vete —dijo—. Quiero estar a solas con él.

Nerron decidió tomarse en serio la advertencia de Diecisiete. Cuando al llegar a la puerta se dio la vuelta, Dieciséis estaba inclinada sobre Will y lo besaba. El cachorro iba a tener agradables sueños.



## 22

### *Guerra*

Tres días. Las montañas en el horizonte pertenecían ya a Ucrania y seguían sin haber alcanzado a Will. Pero poco antes de la frontera el rastro que, entre otros muchos, Zorro encontró en la carretera abierta no tenía ni veinticuatro horas.

Los goyl habían abandonado su incursión en la frontera de Ucrania, pero eso no significaba que detrás de ella reinara la paz. Los príncipes cosacos que gobernaban el país luchaban por el trono, y cuando nada más cruzar la frontera se vieron inmersos en un tiroteo, Jacob se sorprendió pensando que por primera vez le resultaba tranquilizador que Nerron cabalgara al lado de Will... aun cuando seguía sin ocurrírsele un buen motivo para ello.

Pendientes nevadas en junio, desfiladeros sobre cuyos oscuros bosques de coníferas seguía suspendida, incluso a primera hora de la tarde, una niebla espesa... Los montes Karpaty, situados inmediatamente detrás de la frontera, vigilaban la tierra más fértil de Ucrania como el muro de una fortaleza, y eran tan indómitos que Jacob apenas hubiera podido llamar por su nombre a la mitad de sus habitantes mágicos. Y no porque conocer sus nombres los hubiera vuelto más amables. Entre los árboles se ocultaban lidercs, figuras espectrales que aparecían tan de repente como si la niebla los hubiera creado, y los hoyos cubiertos de ramas, que les obligaban a llevar a sus caballos por las bridas, habían enterrado a gnomos del tamaño de un gato, a los que los habitantes humanos de esos montes denominaban manoks. En las copas de los árboles había seres diminutos, parecidos a los duendes, que arrojaban excrementos de cuervo, y los parientes de los elfos de hierba del tamaño de abejorros, de cuyas

ciudades nido estaban repletas las copas que se alzaban sobre ellos, salían volando en enjambres tan compactos que horas después aún seguían encontrándose entre la ropa.

En las infranqueables montañas, la zorra era mejor guía que el bastardo. Cuando el tercer día llegaba a su término, el rastro que seguían era apenas de dos horas.

Zorro seguía muy callada. Se peleaban por nimiedades en vez de hablar de lo que la había vuelto tan parca en palabras. Esa extrañeza repentina no era una sensación agradable, y Jacob se sentía tan desgraciado que apenas prestaba atención al camino, por no hablar del aire cálido impropio que en algún momento le rozó la cara.

Zorro había desmontado porque una piedra había quedado atrapada en el casco de su caballo. Sin sospechar nada, le daba la espalda a la figura apenas perceptible que había de pie entre las rocas. La ropa de Diecisiete era del color gris de los peñascos que lo rodeaban, y su rostro reflejaba hojas y ramas mientras se convertía en aquello que le había mostrado a Jacob en su mundo. Jacob gritó a Zorro para prevenirla pero era demasiado tarde. Diecisiete lo miró mientras la agarraba. Sus labios daban forma en silencio a una palabra: guerra. Apoyó la mano sobre el rostro de Zorro y al soltarla se convirtió en plata.

Jacob dio tumbos hacia él, sacó la pistola y le disparó completamente desesperado. ¿Qué creía? ¿Que Jugador no inmunizaba a sus criaturas con las armas de los humanos? La piel de Diecisiete acogía las balas como cristal líquido.

Zorro no se movía. Jacob sentía que sus miembros estaban tan rígidos como los de ella. Tampoco se movía.

Diecisiete dejó caer el cuerpo rígido de Zorro y se dirigió a Jacob.

—Volvemos a vernos —dijo presionando su mano contra el pecho de Jacob—. Él te lo advirtió, ¿no es cierto?

Jacob sentía su propia respiración volverse de plata. Le entumecía los pulmones y le cargaba la sangre, pero solo pensaba en Zorro y en el hecho de que no había podido protegerla. Le rompía el corazón en miles de astillas de plata.



## 23

### *Pronto*

Guerra. Sí. Jugador frotaba el espejo del medallón al que solía llamar su ojo de cristal. En las imágenes que le mostraba había duendes, pájaros, insectos... unos se tragaban el cristal sin saberlo, lo llevaban como adorno o amuleto; a otros había que sobornarlos con unas canicas de plata. Con el exilio, el sistema se había vuelto inseguro, pero esta vez mostraba lo que quería ver. Los dos cuerpos de plata eran una imagen hermosa. ¡Todos esos intentos para engañarlo! Le había mimado porque era el hijo mayor de ella. Jugador cerró el medallón. Ochocientos años de espera volvían impaciente incluso a un inmortal.

El hijo menor, por el contrario, actuaba como esperaban. Guerrero había propuesto hacía años poner a Jacob al corriente de sus planes para que en algún momento cumpliera el encargo que ahora habían confiado a su hermano. Pero Jugador se había manifestado en contra. El hijo mayor de Rosamund era un rebelde nato, se indignaría al tener que seguir algún consejo o indicación. A Jacob había que utilizarlo sin que se diera cuenta. Así les había llevado la ballesta. Will, en cambio, era fácil de impresionar y de distraer. Quería creer. Confiar. Servir.

Bueno. Al principio no fue sencillo lograr que atravesara el espejo. Aunque Will quería averiguar dónde desaparecía tan a menudo su adorado hermano, nunca habría dejado en la estacada a su madre por ello. Solo tras la muerte de Rosamund se sintió tentado de seguir a Jacob, y entonces naturalmente habían confiado en que los goyl lo infectaran con la maldición del hada y que de este modo lo volvieran inmune a su

magia. El juego de la ruleta, como decían en ese mundo. Jugador admitía que, ni tan siquiera en sus sueños más osados, había visto a Will como la personificación de una leyenda goyl. Por supuesto, Profeta aseguraba que los despojos de algún cuervo le habían mostrado ya hacía años el jade, pero Profeta había leído en el transcurso de los siglos mucho sobre intestinos y cristal sucio. ¿Y los había advertido de la maldición de las hadas? No.

Jugador cerró los ojos y buscó en sus recuerdos el rostro de Rosamund. Will se le parecía tanto. Nunca había comprendido quién y qué era ni de dónde provenía el ansia que había sentido toda su vida. Quizá tendría que haberle pedido a su hijo mayor que le encontrara la respuesta. Demasiado tarde. Lo finito era un destino extraño. Al menos le había robado su rostro antes de que se volviera mustio y cansado. Ya se lo había dado a tres de sus criaturas.

Sus criaturas... Gracias a la ayuda de Fabbro se parecían cada vez más a lo que había esperado. El cristal siempre había obedecido a Jugador, pero comenzaba a cantar para Fabbro. Era el único de ellos al que le gustaba mostrarse deforme. Una joroba, un ojo menos, nunca era lo bastante feo. Fabbro los había convencido no solo para robar rostros hermosos. Hacían falta cientos para dotar a las criaturas de la astucia de los elfos. Tardaron mucho en comprenderlo. Para los gólem eran necesarios a lo sumo tres. Y la astucia no era el problema. Resultaba fácil hacer respirar a la tierra. El cristal y la plata solo despertaban a la vida a través del mayor secreto de cualquier elfo de aliso: uno de ellos tenía que entregar su verdadero rostro. No muchos se declararon dispuestos a ello, sobre todo después de que se evidenciara que las criaturas no eran en absoluto inmunes contra la maldición. Los primeros habían sobrevivido apenas un día detrás del espejo. Ahora lo hacían semanas, y Dieciséis y Diecisiete ocultaban el rostro del elfo que los hacía respirar detrás de doscientos rostros humanos. Después de todo, no habían sido enviados para conseguir elfos de hierba o las flores favoritas de Guerrero. Vigilaban el arma que podía acabar con su exilio... y al que la portaba.

Con anterioridad los ayudantes humanos los habían traicionado y robado todas las veces: Guismundo, Robespierre, Stone, Semmelweis... era una lista larga. Solo Dee había intentado cumplir su encargo. No. En esta ocasión el chico en el que habían depositado todas sus esperanzas tendría vigilantes de cristal.

Jugador pasó delante de la estatua que había encargado hacía más de trescientos años a uno de los escultores más célebres de ese mundo: en memoria de todos los que no habían logrado huir. El artista había plasmado el efecto de la maldición de una forma muy impactante. Para el elfo de aliso que se transformaba, Jugador le había descrito a un viejo amigo. Cada vez que contemplaba la estatua se preguntaba si lo volvería a ver alguna vez. A él y a todos los demás. Existía la propuesta de dividir su viejo mundo solo entre aquellos que no habían sido tan imbéciles de dejarse capturar. Guerrero pretendía incluso talar los alisos de plata en vez de liberar a sus prisioneros. Jugador no sabía qué pensar de ese tipo de ideas. Soportar juntos un exilio de más de

ochocientos años no había hecho que él y los otros veintiuno que habían escapado hubieran entablado una amistad. Quizá alguna vez se sentiría agradecido de tener entre ellos a aliados que habían subestimado la ira de las hadas.

Uno de los gólem anunció una visita. ¿Quién era ahora? ¿Letterman? ¿Guerrero? No le daban tregua desde que sabían que un nuevo portador de esperanza estaba en camino. ¡Llamarían la atención sobre su isla con tantas visitas! Jugador había vivido en muchos lugares de ese mundo pero ninguno le había gustado tanto como la isla North Brother. Sentía debilidad por el Nuevo Mundo, quizá porque procedía de forma tan evidente del otro. De hecho, los demás viajaban aún en coches de caballos. Absurdo. Nunca habían concebido ese mundo como una oportunidad.

A veces se imaginaba siendo el único que había escapado. Era una idea tentadora.



## 24

### *Su juego mortal*

El Hada Oscura había oído ya muchas historias sobre el río que tenía delante y que se desviaba hacia el sur a través de los húmedos prados. Los goyl lo llamaban Gleboki, el Río Profundo, porque algunas de sus corrientes de agua subterráneas lo alimentaban. Lo temían, como a todas las aguas abiertas... Kami'en casi se había ahogado en él cuando era un chaval, algo más al norte.

Iba a tener que viajar mucho más lejos para escapar de su nombre.

El sol matutino se reflejaba pálido como una luna en la corriente ancha, y la Oscura estaba en la orilla escuchando lo que el agua relataba. Recordaba todo lo que se había reflejado en sus ondas... tanta vida, en cada gota, tantas historias olvidadas. El hada llenaba el pecho sin corazón de su murmullo para no sentir la amargura que el amor había sembrado en él.

Se quitó los zapatos que se había acostumbrado a llevar en las calles, y caminó en el agua fría hasta que su vestido se impregnó de luz matutina.

El abrazo era frío, pero el agua la acariciaba sin exigirle que se abandonara en sus brazos. Le recordaba a aquella que había sido antes de Kami'en. «Haz como yo», murmuraba el río. «Tira más y más. Hasta que el lazo se rompa». Sí. Quizá se rompería sin tener que pagar por ello.

Chithira desenjaezaba los caballos. Les susurraba los nombres que les había dado antes de dejarlos marchar. Se desvanecían en los prados de la orilla como si el hada los hubiera hecho de hierba. El mundo seguía siendo tan silencioso en ese país.

Únicamente una alondra trinaba, como si tuviera que cantarle al día ella sola.

Donnersmarck estaba de pie junto al carruaje cuando ella regresaba caminando por la orilla. Seguía sin atreverse a mirarla directamente. Por supuesto que la deseaba, pero no la temía —eso le gustaba al hada—, y no sentía el deseo de poseerla. Esparcía cuerno de ciervo molido en su propia comida y sus antebrazos estaban llenos de cortes. Los ocultaba debajo del abrigo por el que había cambiado el uniforme de Amalie, pero el hada los veía. Sentía dolor cuando el ciervo se agitaba en la carne humana para recordar que estaba ahí. ¿Cómo iba a comprender un soldado que capitular era a veces mejor que defenderse?

—Cada vez es más fuerte. Has prometido ayudarme.

El hada alzó la mano y la sombra de Donnersmarck se convirtió en la de un ciervo.

—Me has entendido mal. Puedo ayudarte a ser ambos, pero tienes que dejar de temerlo.

Lo dejó plantado con la sombra de la que huía. Y resistió la tentación de hacer visible la sombra de la que ella misma escapaba.

Sus polillas habían extendido la tela con la que capturaban la noche entre los únicos árboles que crecían en la orilla húmeda. Eran sauces jóvenes, recuerdo de la noche en la que gracias a su hermana roja ella misma casi acaba convertida en sauce. Desde entonces conocía la crueldad con la que habían sido castigados los ladrones que habían profanado el agua de su lago por sus espejos.

Chithira había esparcido flores formando un dibujo alrededor del campamento que le había preparado, cortesía de un país lejano que ella solo conocía a través de sus ojos. A Donnersmarck le desagradaba su presencia. Él separaba vida y muerte con el mismo cuidado que separaba humano y animal. A veces Chithira se divertía con ello, y lo atravesaba de forma casual y se recreaba con la confusión que reflejaba el rostro de Donnersmarck cuando de pronto encontraba en su mente y en su corazón recuerdos de palacios bengalíes y una infancia principesca. Ella le había prohibido hacerlo con demasiada frecuencia, pero incluso los príncipes muertos no eran inclinados a obedecer.

Chithira hablaba afuera con unas rusalkas. La Oscura las oía reír. Sonaba como agua burbujeante. Las rusalkas eran considerablemente más pacíficas que las ondinas que había en el río donde yacía la fortaleza real de los goyl. No había un lugar que Kami'en amara más. Sin embargo, hacía meses que no había estado allí. Kami'en no vivía para el amor. Había muchas cosas que eran más importantes para él. También de eso se había dado cuenta muy tarde.

La Oscura se arrodilló sobre la alfombra de flores y ahuyentó a la polilla que quería posarse en su pecho. Las alas de color rojo delataban a la remitente. Su hermana le enviaba desde hacía semanas sus mensajeros voladores. Miedo. Sus hermanas tenían siempre miedo. Una hoja marchita, una tarjeta que nadaba en su lago, la ballesta de un rey muerto... como si ella no lo hubiera visto también. «Ven

con nosotras. Solo en la isla estarás segura. ¡Nos pondrás en peligro a todas!». Quizá. Pero no se escondería. Quería ser libre. Kami'en había hecho que casi lo olvidara. No volvería a suceder.

El hada aplastó a la polilla, y los gritos y ruegos de su hermana se quedaron pegados a sus dedos. «Solo en la isla estarás segura». ¿Segura de qué? Sin duda no del dolor por el amor traicionado. ¿Debía sentarse a suspirar con su hermana roja bajo los sauces o enviar la muerte a Kami'en tal y como la Roja lo había intentado con su amante infiel?

Fuera, una rusalka reía. Pero de pronto llegaron ruidos menos pacíficos a través de la tela de la polilla: ruido de cascos de caballos sordos sobre la hierba húmeda, y voces más fuertes que la alondra, que seguía saludando al día.

Por un absurdo momento esperaba salir de debajo de la tela y encontrarse frente a ella a Kami'en rodeado de sus escoltas, aunque sabía lo poco que le gustaba montar a caballo. Uno de sus muchos miedos que ocultaba de forma magistral. El deseo que suponía esa esperanza la avergonzaba y el pudor dejaba, a su pesar, la vieja ansia que se prohibía desde su marcha.

Los jinetes que cabalgaban en los prados de la orilla no eran goyl. Eran unos cincuenta, con las mismas vestimentas de vistosos colores con las que sus antepasados ya habían ido a la guerra. Cosacos. A Hentzau le gustaba mofarse diciendo que serían temibles cuando se dieran cuenta de que en la lucha un uniforme estorbaba menos que sus anchos pantalones. Al contrario que los goyl, los cosacos no sentían ningún interés por los tiempos modernos, aunque eran guerreros como ellos. Elegían a sus jefes, no permitían mujeres en sus filas, se afeitaban la barba para diferenciarse de sus enemigos barbudos de Varangia... y se hacían pagar con caballos en vez de oro por lo que cultivaban en sus fértiles campos. El caballo negro que el jefe cabalgaba era probablemente más valioso que todo el séquito con el que a Kami'en le gustaba viajar. En cualquier caso, era mucho más hermoso. Su jinete lo montaba tan orgulloso como un gallito que declaraba con un fuerte quiquiriquí que esa mañana era suya, la mañana, el río, ese país... y el hada que había cometido la imprudencia de cruzarlo.

¿Imprudencia? No. Él la tomaba por tonta, como a todas las mujeres. Por la amante depuesta de un rey.

El amor la había vuelto tan pequeña.

Sus hombres la miraban con la habitual mezcla de temor y deseo. Les encantaba pavonearse de ello, no importaba lo distintos que fueran, todos eran iguales.

Junto al gallo cabalgaba uno de los cantantes ciegos sin los que ningún cosaco entraba en lucha. Ese oficio solo se les permitía a los ciegos... como si el pasado sobre el que a menudo cantaban se pudiera ver mejor cuando no se veía el presente. Viajaban casi siempre mendigando a través del país, pero algunos tenían la suerte de cabalgar con soldados... si a eso se le podía llamar suerte. A los cosacos les gustaba inmortalizar sus hazañas en forma de canciones, pero a veces sucedía que mataban a

disparos al cantante si citaba los versos equivocados.

El jefe no se dirigió directamente al hada. El hombre que cabalgaba hacia ella era lo bastante astuto para temer su magia aunque se avergonzaba de su temor. Tenía la cabeza rapada a excepción de la chupryna, el largo rizo que solo podían llevar los guerreros cosacos con experiencia... Incluso en la corte de Amalie se conocía la historia de Demian Razin: su huida de las mazmorras del sultán de Turkmara, su coraje bajo las torturas. Apenas un año antes, Razin había intentado comprar armas a los goyl. Kami'en lo había enviado de vuelta a casa con un amable «no». Los goyl apreciaban a los cosacos por su valor, pero no eran ni la mitad de poderosos que sus vecinos orientales, el zar, los príncipes lobo o los jan de los hunos mongoles. Quizá el gallito confiaba en cambiar eso con su visita matinal.

Razin se acarició el bigote antes de desmontar. Los cosacos cuidaban los peludos adornos de sus labios con la misma devoción que la mujer con cara de muñeca de Kami'en su cabello dorado.

No se atrevía a mirarla.

Donnersmarck lo examinaba con franco desdén, pero el hada sentía compasión por el viejo guerrero. Nada producía más miedo a los soldados que lo que no se podía combatir con armas.

—Mi señor, el noble príncipe Yemelyan Timofeyevich, os da la bienvenida al reino de su padre.

Ah, sí, el nombre ya se lo había oído nombrar a los generales de Kami'en. La Oscura había participado a menudo en sus consejos. Para enojo de los generales, Amalie hacía lo mismo.

Razin miraba el césped a sus pies mientras aguardaba su respuesta, la mano en el sable. Los cosacos compartían con los goyl el amor por esa arma, pero sus sables tenían una punta de dos filos. Los llamaban szablas... Kami'en poseía un ejemplar muy bello. Su mente encontraba siempre una disculpa para pensar en él...

—El noble Yemelyan Timofeyevich... —continuó Razin, y se atrevió a mirarla deprisa. El deseo enrojeció su rostro como una erupción. El deseo y la vergüenza de sentirlo... os transmite los saludos de su padre y os da la bienvenida a su reino. —¿Su reino? Su padre, por lo que sabía, peleaba con más príncipes por el trono—. El príncipe Yemelyan os ofrece su protección. Sus guerreros son los Vuestros. Estos bosques y ríos os pertenecen, cada animal, cada flor...

Donnersmarck lanzó al hada una mirada interrogante. Sí, debía hablar con ellos. Todo ese orgullo, esa ambición de poder, ese infatigable afán por combatir unos con otros y su indomable ansia de someter... Mortales. Sentía tanta lástima por ellos.

—¿A cambio de qué? —La voz de Donnersmarck sonaba tan fría que tanto el mensajero como el príncipe arrugaron la frente.

Los cosacos eran mejores jinetes que los goyl, pero su valentía los volvía imprudentes. Donnersmarck había sido soldado el suficiente tiempo como para saberlo. Kami'en vencería fácilmente si alguna vez tenía que luchar contra ellos.

Aunque no se rendirían nunca y lucharían contra él en la oscuridad de sus bosques, en la niebla que colgaba entre sus montes. Todos temían tanto la muerte... y sin embargo la buscaban constantemente, no solo en la guerra.

El príncipe lamentaba que el viejo guerrero hubiera hablado por él. Condujo al caballo negro hacia ella y lo refrenó a tan solo unos pasos.

—Hemos venido para conducirlos hasta el castillo de mi padre. —Le habló en la lengua de los goyl. A los del este siempre les había resultado más fácil vivir en paz con ellos. Kami'en le había hablado con frecuencia de las viejas ciudades de los goyl, fortalezas subterráneas de ámbar, malaquita y jade, situadas más al este, que las epidemias habían despoblado. Él quería enseñárselas.

«Hemos venido para conducirlos hasta el castillo de mi padre».

¿En qué se había convertido para que el hijo de un príncipe de provincias se atreviera a hablar con ella de ese modo? Su mirada era aún más humillante que sus palabras. La examinaba como a una de las concubinas de su padre. «Mirad al Hada Oscura. Hace todo por el hombre al que ama. Y ahora, como este la ha abandonado, está buscando otro». Sí. Eso era lo que pensaban. Se había convertido en un apéndice, había abusado de su magia para cumplir sus deseos mortales. Se había hecho tan pequeña. Y solo ella tenía la culpa.

—Qué oferta tan generosa —respondió al príncipe en la lengua de su país.

El joven imbécil se sintió adulado y sonrió. El sarcasmo de ella se le escapaba lo mismo que su ira. El viejo guerrero estaba menos ciego. Se acercó a su señor, pero no iba a poder protegerlo. El hada leía en la tersa frente del príncipe aquello que la ambición le hacía creer: ¿por qué debía contentarse con el trono de Ucrainia? Con un hada a su lado sería tan poderoso como el rey de los goyl. ¡No, más poderoso que él! Porque él no iba a ser tan estúpido de perderla.

El hada miró alrededor. La magia de ese país era verde y dorada como sus campos de trigo, pero no lo bastante fuerte como para romper el lazo que la unía a Kami'en. Solo existía una magia capaz de eso, y el camino hasta ella todavía quedaba muy lejos.

—¡Cabalga de vuelta a casa! —dijo al joven imbécil—. Mientras aún te lo permita.

Enseguida lamentó sus palabras. Todo ese estrépito. Su mortal estrechez. Moscas que se vestían de terciopelo y balbucían cosas sobre poder y eternidad.

Lo lamentaba tanto.

Naturalmente el gallito respondió empuñando el sable. Tenía miedo de que ella le concediera al zar o a los príncipes lobo lo que a él le negaba. Como si eso pudiera ser más peligroso que cruzarse en su camino. Pero él solo veía a una mujer y a dos hombres que la protegían, de los cuales uno era tan pálido como la muerte y estaba desarmado.

—O nos acompañas o te das la vuelta.

Razin vaciló al sacar el sable, como si supiera que al hacerlo estaba decidiendo su

destino. Los otros hombres lo imitaron.

El hada sentía su ira como si la noche regresara.

Sabía que no iba dirigida a los jinetes que tenía delante. Todo el dolor de los últimos meses, los celos, la soledad, la traición... oscurecían su ira más que cualquier cosa que hubiera sentido.

Invocó una lluvia cuyas gotas se convirtieron en diamantes mientras caían de las nubes. Les perforaron la piel, les pulieron la ambición de los rostros y se tiñeron del color rojo de su sangre al caer en la hierba.

Dejó marchar a los caballos, también al viejo guerrero y al cantante ciego. Debía cantar sobre lo que les sucedía a los que creían que podían darle órdenes a ella. Después hizo que las aguas del río se llevaran consigo a los muertos.

Donnersmarck estaba allí observando cómo las aguas se teñían de rojo. También arrastraban la ira del hada hasta que ella no sintió más que vacío.

¿En qué se había convertido?

—Os perseguirán —dijo Donnersmarck.

—Estoy convencida de que has visto cosas peores —le respondió ella.

—Sí —contestó—. Pero cuando nosotros los mortales nos enamoramos, perdonamos con más facilidad.

Chithira estaba en el agua y seguía con la mirada a los muertos que iban pasando. Era tan extraño que murieran. Envejecer y morir. La Oscura le había prometido a Kami'en que nunca lo abandonaría a la muerte. Se preguntaba si él seguía tomando por válida la promesa. No tenía miedo a la muerte... y si lo tenía, no lo demostraba.

Chithira recogió flores de color negro del agua y vadeó con ellas la orilla.

—Te he dado el nombre equivocado, Devi —dijo él esparciendo las flores a los pies de ella.

—¿Cuál es el correcto?

—Kali.

El hada no sabía nada de sus dioses, tan poco como de Kami'en, pero el otro nombre le había gustado más. Observó las flores negras. ¿Era eso todo lo que sembraba? Flores de la muerte. Oscuridad...

Se pasó la mano por el cabello hasta que docenas de enjambres de polillas salieron volando. A partir de ahora viajaría de forma imperceptible a los ojos humanos y a los de sus hermanas o se ahogaría en su propia oscuridad. Susurró palabras a las polillas para que sembraran el cotorreo en la plaza del mercado, en las bocas de cocheros y soldados. Palabras que se tomarían como verdad porque eran el miedo del oeste y los deseos del este.



## 25

### *Como en los viejos tiempos*

A Jacob se le derretía la carne y le costaba respirar, como si tuviera que aprender a hacerlo primero. Fuego. Ardía. Parecía que las llamas que lo quemaban derritiesen la plata en sus venas y eso le sentaba bien. Si no quemaran tanto.

La plata también volvía a estar en sus ojos. No obstante, era capaz de reconocer el rostro que lo miraba preocupado. Durante muchos años había sido lo primero que había visto por las mañanas.

—¡Genial! —La voz de Chanute sonaba ronca del alivio.

El líquido que administraba a Jacob sabía salado, pero al menos no era el aguardiente que le había obligado a tragar en otro tiempo como remedio universal.

Otro rostro nadaba en la película plateada.

—*Voilà! Salut!* —dijo Sylvain.

Jacob intentó levantarse pero Chanute le puso con fuerza la mano sobre el hombro.

—¡Quédate tumbado! Aún tienes suficiente plata en el cuerpo como para fundir una docena de candeleros con ella.

Diecisiete.

Jacob volvió la cabeza en busca de algo. El cabello de Zorro seguía teniendo un destello rojizo, pero era de plata.

Apartó la mano de Chanute. Le pesaba el cuerpo, como si todos sus miembros fueran de metal, pero consiguió arrodillarse y se arrastró hasta donde estaba Zorro. Al tacto, su rostro parecía plata que hubiera estado al fuego.

—A ella le ha afectado más que a ti —dijo Chanute lanzando unas ramas al fuego. Las llamas subieron tanto que el aire nocturno olió a hojas chamuscadas—. Tienes que agradecerle a la vieja bruja que os siguiéramos. Encontró un duende de plata en la ruina y creyó que por allí había salido algo. La receta que te ha despertado la consiguió espiando a un aliso de plata, pero dice que es mejor que uno no lo intente.

—¿Cuándo nos encontrasteis?

—Hace dos días.

Dos días. Will podía estar ahora en cualquier parte. Diecisiete había hecho su trabajo. Pero eso qué importaba ya. El brillo del fuego se adhería al rígido rostro de Zorro como a un espejo. Jacob apoyó los dedos en sus labios. Seguía respirando aunque apenas se percibía.

—¿Por qué la receta de Alma no le ha hecho efecto a ella?

—¿No lo ves? Tiene los labios recubiertos de plata y no hemos podido administrarle la bebida. —Chanute evitaba mirar a Zorro. Para él era casi como una hija ahora, al igual que Jacob.

—¿Cómo nos encontrasteis? —En la frente de Zorro el cabello se ensortijaba como si un orfebre le hubiera dado forma.

—¿Desde cuándo hay algo que Albert Chanute no encuentre? —La flema que escupió en su sucio pañuelo al toser tenía sangre—. ¡No me mires así! —gruñó Chanute—. Alma quería que os siguiera el joven Bachmann, el que la ayudó a ahuyentar al zancudo en Weißbach, pero ¿qué sabe él de seguir un rastro? ¡Te conozco tan bien que podría encontrarte con los ojos cerrados!

La tos de Chanute se calmó, pero él tenía tan mal aspecto que en lugar de la cama parecía que hubiera salido de su propia tumba.

—Tenías que haber visto lo enfurecida que estaba cuando Bachmann le contó que yo iría con Sylvain. —Soltó una carcajada y volvió a toser—. Creí que intentaría atarme a la cama con un hechizo.

—¡Lástima que no lo hiciera!

—¿Ah, sí? ¿Por qué no aprendes de una vez a cuidar de ti mismo?

Como en los viejos tiempos. Los dos eran muy buenos en ocultar lo que sentían por el otro.

—Chanute está tomando algo que la bruja llama bíter sepulcral —dijo Sylvain—. Por el tono de ella, no creo que esté muy de acuerdo.

—¿Así me agradeces haberte llevado conmigo? —le espetó Chanute.

—¿Bíter sepulcral? ¿Quieres matarte? —Jacob consiguió ponerse en pie. Le costaba mucho hacer cualquier movimiento, como si Diecisiete hubiera convertido en acero sus miembros. *Acero no, Jacob. Plata.* El fuego solo parecía haberlo fundido

para hacer que circulara en sus venas. Pero la película brillante sobre su piel evidenciaba que al menos había exudado una parte.

Chanute escupió.

—¿Qué queda aún por matar? ¡Solo me hubiera gustado haber llegado a tiempo también donde ella!

Sylvain le pasó la mano a Zorro por el cabello.

—*Ciboire*. Lo mataré —murmuró—. Lo juro. Los mataré a todos.

Jacob no preguntó cómo pensaba hacerlo. Él tenía esa misma frase desvalida en la cabeza. «Los mataré. A todos. Incluso a la chica con el rostro de Clara».

—¿Fue uno de los espejámenes con los que se topó Sylvain? —preguntó Chanute mientras lanzaba leña al fuego.

El calor le recordaba a Jacob a Diecisiete.

—Sí. —No quería hablar sobre él. No sobre Diecisiete, tampoco sobre el elfo. Metió la mano en el bolsillo y sacó la tarjeta. Estaba vacía.

Chanute lo miró.

—¿Qué tienes ahí?

Jacob le dio la espalda y clavó la mirada en la tarjeta vacía. «¡Devuélvemela! Devuélvemela y daré media vuelta. Lo juro». Ya no podía pensar con claridad.

—*Ta-bar-nak!* ¡Hace años que no estaba en un bosque así! —dijo Sylvain a su espalda.

Porque allí de donde provenía hacía siglos que no existía un bosque igual. ¿Qué más podía ofrecerle? Cualquier cosa, no importaba qué.

«Te encontraré. Encontraré algo que te destruya con más fuerza que todo lo que las hadas os hacen. ¡Devuélvemela!».

Esta vez llegaron las palabras.

*Todo tiene su precio, Jacob, y la guerra es la guerra.*

Guerra. Jacob alzó la vista hacia los árboles, a todas partes, menos allí donde yacía Zorro. «¡Está bien, recibirás tu precio! ¡Lo juro!».

¡Déjalo ya, Jacob! Pero habría ofrecido al elfo su corazón palpitante en un plato con tal de no verla allí tendida.

—*Câlisse*, había olvidado lo agradable que es. He pasado demasiado tiempo en la ciudad. —Sylvain acariciaba la corteza del abeto bajo el que se encontraba, como si fuera un perro—. Malditas ciudades. Fungos pétreos. ¡*Accouche qu'on baptise*, Albert! ¡Tenemos que ir a Canadá! ¿Qué aspecto tiene aquello desde este lado? El pez arco iris, las hojas de oro...

—¿Canadá? ¿Qué es eso? —preguntó Chanute.

—Se refiere a L'Arcadie. Ontario... Hay muchos países aquí. El oeste es el país de los indios y los esquimales. —*Sí, habla sobre las provincias canadienses, Jacob, así a lo mejor no pierdes la razón.*

—¿En serio? *Tabarnak!*

—Las últimas tropas que el Encorvado ha enviado se han convertido en focas. — Chanute no ocultaba lo mucho que le gustaba ese tipo de estrategia de guerra—. Los salvajes de allí saben más de magia que nuestras brujas.

Los salvajes. Jacob miró la tarjeta. «Di algo. Lo que sea».

La tarjeta se iba llenando con una bella caligrafía, y cada letra era escrita con placer.

*Tráela a Schwanstein. Quizá allí te revele cómo recuperarla.*

«Te distrae de aquello en lo que realmente deberías pensar». Y seguía queriendo que diera media vuelta. Pero Zorro no estaría de acuerdo. Jacob se agachó y recogió la insignificante flor que crecía entre las raíces de una píceca. Una acedera de hojas perennes. Sylvain tenía razón: ese bosque era realmente viejo. ¿Lo bastante viejo como para hospedar a alguien que solo podía hallarse en esa parte del mundo? Quizá. Pero tendría que seguir adentrándose en busca de su casa, allí donde los abetos, las hayas, las encinas y los endrinos cedían sitio. Cuántas brujas preferían los bosques frondosos.

—¿En qué estás pensando? La expresión de tu rostro no me está gustando. — Chanute lo conocía tan bien como Zorro.

—¿Llevas encima tu polvo azul?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Lo llevas encima?

—Primero dime lo que quieres hacer con él.

—Sabes perfectamente lo que quiero hacer con él.

Chanute se desató del cinturón una bolsa de cuero manchada.

—Incluso si consigues encontrar a una... ¡mírate! ¡Casi no puedes tenerte en pie! ¿Desde cuándo es de tu gusto el suicidio? Y no te dará aquello que necesitas, ni siquiera a cambio de tu alma.

—Lo sé. —Jacob le quitó la bolsa de la mano callosa—. ¿Has olvidado quién fue mi maestro?

Diecisiete no había tocado sus caballos. Jacob sintió algo parecido a la traición cuando sacó el pelaje de las alforjas de Zorro, pero Chanute emitió un gruñido elogioso.

—Muy astuto. Pero Zorro te fusilará, si conseguimos que despierte.

Para sus dedos fue complicado atar la mochila... Y tenía intención de medirse con una contraria a la que incluso Alma solo podía hacer frente en los días buenos.

Chanute le cerró el paso.

—Voy contigo.

—No. Tú cuidarás de que el fuego no se apague. Y mantén a las klads alejadas de ella.

Había espíritus del tesoro malignos, pero un cuerpo de plata era demasiado tentador. Jacob no necesitaba explicarle a Chanute lo que un botín como ese podía atraer.

—Está bien —gruñó—. ¡Pero llévate a Sylvain al menos!

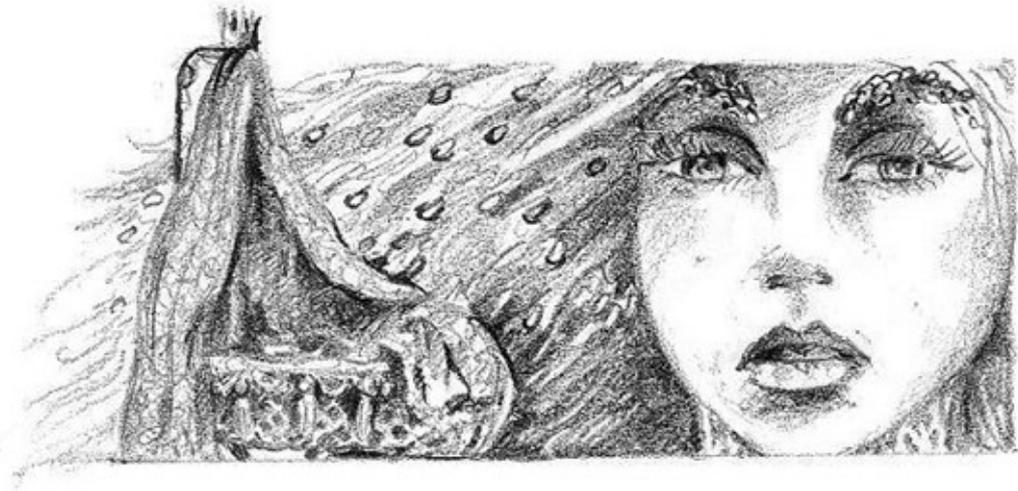
—¿Para que tenga que cuidar de él? No.

Detrás de ellos, Sylvain imitaba en ese momento con apreciable arte el graznido de un cuervo. Chanute aún no le había explicado lo peligroso que podía ser hacer eso en ese mundo.

Jacob lanzó una última mirada a Zorro.

—¿Por qué me empeño en discutir contigo? —le gritó Chanute cuando estaba ya bajo los árboles—. ¡De niño ya eras más terco que una mula de oro! ¿Te he seguido por todo el maldito camino solo para que acabes suicidándote? ¡Avanzas más despacio que Wenzel con su muleta!

La preocupación en su voz era conmovedora. En otro tiempo había enviado a Jacob sin dudarlo a casas de brujas y cuevas de ogros. Quizá los años ablandaban el corazón. Jacob no estaba seguro de si eso era algo bueno para Albert Chanute.



## 26

### *El falso rostro*

Como siempre, Amalie hacía esperar a Kami'en... No a propósito, como él mismo solía hacer con las visitas y los peticionarios. No. Amalie era impuntual porque se cambiaba de vestido en el último momento o porque se hacía empolvar de nuevo el rostro como si se tratara del de una extraña. Jamás perdería el miedo a que la belleza que le regaló el lirio de hada pudiera desaparecer tan de repente como se la concedió.

La sala en la que recibía a Kami'en había sido la habitación favorita de su madre. Amalie había cambiado la decoración, al igual que en la mayoría de las habitaciones del palacio. Compraba muebles, alfombras y cuadros como si estuviera amueblando una casa de muñecas. El resultado, en consecuencia, era demasiado oro y el *kitsch* de un pasado que sus decoradores habían inventado. Habría espantado a su madre. A Kami'en tampoco le agradaba.

Él estaba a punto de ordenar a sus ayudantes que fueran a buscarla cuando su criada favorita la anunció. Amalie amaba los rituales. Como siempre, hizo su entrada algo más erguida de lo necesario —su desesperante intento por imitar al hada—, y, como siempre, estaba sofocada, como si hubiera demasiado que hacer a pesar de todos los sirvientes y doncellas que tenía a su disposición. Su vestido era de color blanco, el color de la inocencia, y no por casualidad. Amalie reflexionaba durante horas cómo vestirse. Podía ser calculadora de un modo infantil. Tenía la inteligencia de su madre pero no su confianza en sí misma. Los niños no adquirirían esa confianza si sus padres les compraban un rostro nuevo porque aquel con el que habían nacido no les parecía lo bastante hermoso.

Por supuesto él sabía todo eso antes de casarse con ella. Sus espías le habían informado sobre algunas cosas de Amalie que ni siquiera su madre sabía. Sin embargo, había subestimado su crueldad, su egoísmo desesperado y su considerable talento para culpar siempre a los demás y hacerse la víctima. Se detestaba y al mismo tiempo no amaba a nada ni a nadie más que a sí misma. Quizá sentía lo mismo por él, pero en cambio él creyó que ella adoraba a su hijo. Kami'en no podía soportar a Amalie, pero la seguía deseando... como una fruta prohibida.

Niomee siempre supo entenderle. Ella le había desvelado su nombre solo después de un año. Si ese era su nombre. Significaba «verde» en su lengua.

—¡Estoy tan contenta de que estés aquí! —Los ojos color violeta de Amalie nadaban en lágrimas. Kami'en tardó bastante tiempo en comprender que todas esas lágrimas no iban dirigidas sino a sí misma.

Ella lo abrazó y le ofreció los labios para que la besara, unos labios perfectos, pero todo lo que él quería era pegarle por el juego que intentaba jugar con él, por el dolor que sus mentiras le habían causado. Niomee entendía la ira que acompañaba a la carne de piedra, lo mismo que su impaciencia y el deseo de romper las reglas, considerar las prohibiciones como retos, anticipar la ofensiva de la defensa.

No se liberó tan fácilmente del abrazo de Amalie como se había propuesto.

Los ojos cubiertos de lágrimas se volvieron vigilantes.

—¿Kami'en? ¡Querido! ¿Qué te pasa?

—¿Lo has escondido en casa de tu padrino? ¿Me tomas por un estúpido?

Amalie se sonrojó a pesar de todos los polvos que cubrían su rostro, como un niño al que han pillado mintiendo. ¿Como un niño? Como un niño humano. Los goyl podían ocultar sus sentimientos desde muy jóvenes. La piel pétrea tenía muchas ventajas.

—¡Solo quería su seguridad! ¡Tenía miedo de que ella le hiciera algo!

Ah, había meditado largamente lo que diría en caso de que él descubriera la verdad.

—¿Y la charada con la cuna ensangrentada?

Kami'en le volvió la espalda. No estaba seguro de si su rostro mostraba algo de la desesperación que había sentido cuando recibió la noticia. Por unas horas se lo había creído. Su hijo... ¿qué le importaba a él si su piel era de piedra de luna? Una humana lo había alumbrado, eso era todo lo que contaba. Su venganza por todos los años en los que le habían perseguido como a una sabandija. Seguían mirándolo cuando creían que no se daba cuenta.

—¡Lo has confiado a un cazador que ni siquiera sabía leer!

A Amalie le llamó la atención que hablara del cazador en pasado. La vigilancia en su mirada se transformó en miedo.

—¡Te lo habría contado!

Kami'en se acercó a la ventana. Detrás de los establos se podía ver el tejado de cristal del pabellón en el que había vivido el hada. Oía a Amalie detrás de él

balbuciendo explicaciones, disculpas, acusaciones contra la otra, como la llamaba.

—El niño ya no está con tu padrino.

Aquello la hizo enmudecer de golpe. El rostro perfecto había dejado de parecer una máscara.

—Ordené que cien hombres registraran el palacio y la finca. Solo tuvieron que mostrarle a tu padrino los instrumentos de tortura para hacerlo entrar en razón. — Kami'en imitaba el difícil acento de Austrien—: «¡Era el plan de Amalie! Mandó buscar al niño tan pronto el hada se marchó».

Amalie palideció aún más que los lirios a los que debía su belleza.

—¡Eso es mentira! —Negaba con la cabeza una y otra vez—. Él había prometido cuidarlo como a su propio hijo hasta que... —Enmudeció como alguien que de pronto se percata de que está sobre arenas movedizas.

*Hasta que arrojes de tu lado a tu amante, hasta que la olvides, hasta que solo me ames a mí...*

—¿Dónde está mi hijo? —dijo él.

¿La había tenido por inteligente? ¡Era imbécil! ¿Cómo podía esperar amor si por su culpa perdía lo que más amaba de todo? ¿Y qué era eso? ¿El hijo o el hada? ¿Qué más daba cuál era la respuesta? Los dos habían desaparecido.

Sentía tantas ganas de pegarle.

—Este palacio será a partir de ahora tu prisión. Tus súbditos no se enterarán, no puedo permitirme más disturbios. Te daré un mes. Si mi hijo no regresa sano y salvo te haré ejecutar. Junto a tu padrino.

Se dirigió a la puerta.

Amalie se quedó allí con su vestido blanco. Kami'en se acordaba aún del otro, el vestido de novia lleno de sangre. Un matrimonio que empezaba con traición no podía acabar bien.

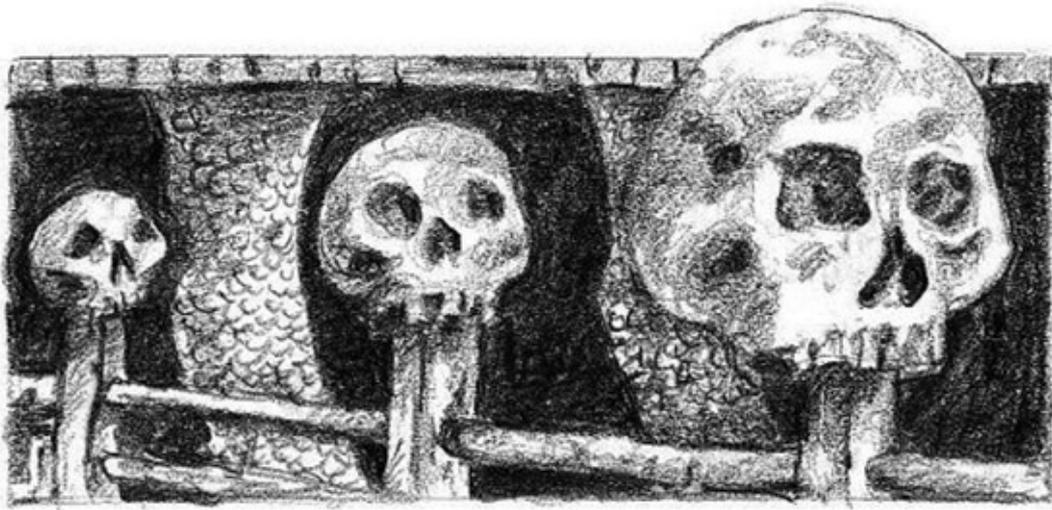
Su ayudante le abrió la puerta. Él volvió a darse la vuelta.

—¿No le cortaron la cabeza a una de tus tías bisabuelas en Lorena? Los goyl no somos tan bárbaros. Yo te haré fusilar.

—¡No sé dónde está! ¡Por favor! ¡Tienes que encontrarlo! También es mi hijo. ¡Nunca quise perderlo! —Kami'en ya había cruzado la puerta cuando ella preguntó —: ¿Vas a traer de vuelta al hada?

—¿Por qué había de hacerlo? Me ha traicionado igual que tú.

Había decidido verlo de ese modo... para olvidar que él la había traicionado primero.



27

## *Mil pasos hacia el este*

Caminar resultaba tan complicado... El cuerpo que sus piernas tenían que sostener parecía pesar el triple. «Los bolsillos llenos de plata, Jacob». No, los huesos llenos de plata. La piel. La carne.

Mil pasos hacia el este. Así es como se la encontraba, por lo visto.

No había dado cien pasos cuando tuvo que apoyarse en un haya y jadeó plata. Al menos se trataba de un haya. El bosque ya empezaba a mezclar hojas entre las pinochas.

¿Se levantaría su casa realmente sobre dos patas de gallina?

A veces los cuentos de hadas de su mundo describían el de detrás del espejo con sorprendente exactitud, pero Jacob había pagado varias veces casi con su vida por fiarse de sus descripciones.

Cada tronco de árbol parecía hacerle muecas, rostros de elfos por todas partes.

*La guerra es la guerra.*

Ciento cincuenta... doscientos... en medio de helechos de metro y medio, con la brújula en la mano, a través de maleza afelpada de musgo y líquen florido. Un lobo joven pasó rápidamente de largo cuando Jacob le apuntó con la pistola. Apenas podía doblar el dedo alrededor del gatillo.

Trescientos. En los siguientes cien pasos se fatigó como si fueran diez mil, y respiraba con tanta dificultad que parecía que llevara el cuerpo de plata de Zorro sobre los hombros. Menudo salvador que estaba hecho... Cuatrocientos. Quinientos. Seiscientos...

Setecientos. Ochocientos.

Jacob se frotó el polvo azul de la piel chamuscada. Eliminaba el olor. Tenían un olfato muy fino, y su vida dependía de que la encontrase desprevenida.

Novecientos cincuenta...

Mil.

Y allí estaban. Hasta ese momento los cuentos de hadas no mentían. Sobre las estacas que emergieron de entre los árboles había cráneos clavados. Las chozas que custodiaban estaban cubiertas hasta arriba de tallas de madera: flores, hojas, animales y rostros humanos... la imagen le recordó a Jacob los grabados que había en los antiguos libros de cuentos de hadas. Pero quizá fuesen más bien los grabados los que recordaran a esa choza.

Se detuvo un momento para que su respiración se calmara y el agotamiento de sus miembros envenenados cediera. En los primeros años en los que había estado con Chanute de acá para allá había soñado a menudo que robaba uno de los famosos cráneos luminosos que custodiaban las chozas de las baba yagas. En aquel entonces buscaba constantemente una oportunidad para demostrar al mundo y a sí mismo su audacia. «Eso no ha cambiado, ¿no es cierto?», le pareció oír a Zorro diciendo con sarcasmo.

Un escribano de oro enmudeció sobre él en el ramaje de una encina. Un enano pútrido reventó bajo sus botas. El aire olía a aspérula y madera húmeda.

Entre las estacas de los cráneos había un sapo sentado mirándole con ojos de oro. Al croar, la choza se elevó de la hierba húmeda que tenía debajo dejando ver dos patas torpes y coráceas. Era cierto. Los cuentos de hadas de su mundo tenían razón. En cualquier caso, Jacob dudaba de que nombraran al animal correcto. ¿Patas de gallina? Las patas carnosas de color rojo se parecían más bien a las de un lagarto.

La choza giró sobre sí misma varias veces a una velocidad considerable. Cuando entre gemidos volvió a hundirse nuevamente en la hierba, lo hizo mostrándole la puerta a Jacob. El sapo saltó pero su dueña no tenía prisa por aparecer. Quizá quería brindarle a sus cráneos suficiente tiempo para examinarlo.

Al final se desprendió de la madera que había junto a la puerta. Un rostro huesudo, flores que se convertían en el dibujo de un vestido, sarmientos tallados que daban forma a brazos y piernas. El vestido comenzó a colorearse mientras se acercaba a Jacob, una docena de intensos colores, bordados que cantaban la magia del mundo y de las baba yagas. El vestido no estaba demasiado limpio —al parecer su portadora se frotaba a menudo y con gusto tierra del bosque en la piel—, pero los colores no tenían nada que envidiar al traje real más suntuoso. En los pueblos ucranianos era tradición copiar los vestidos de las baba yagas y heredar paños

bordados generación tras generación para envolver con ellos tanto a los recién nacidos como a los muertos. Allí y en Varangia había tantas historias sobre brujas como tallas de madera había en sus chozas. Se decía que sus narices crecían a veces hasta el entramado del tejado y que sus dedos acababan en garras de cornejas. Y para ellas, sin duda todo aquello era verdad. Como todas las brujas, las baba yagas podían decidir su aspecto. Esta se le apareció a Jacob esa joven mañana tan vieja como era... más vieja que el bosque en el que vivía, más vieja que la casa que habitaba desde hacía siglos. Su piel estaba tan arrugada como la madera de su choza, su cabello era gris como el humo que salía de la chimenea, y sus ojos eran tan rojos como la amapola silvestre que crecía detrás de su valla de cráneos.

—Vaya, vaya, pero ¿qué traes contigo? —Chasqueó los dedos secos y la plata que Jacob llevaba en la piel se evaporó como si de sudor se tratara—. Creía que los habían atrapado a todos. En mazmorras de corteza, mudos y ciegos, ahogados bajo las hojas, los ágiles pies atados con raíces. —Hizo bailar la plata en el aire hasta que se posó en sus cráneos—. ¿Se les escapó alguno y te enemistaste con él? Eso no está bien. Ni siquiera yo podría competir con ellos.

Jacob se acercó a la verja, pero se detuvo a un paso de ella. Detrás no existía el tiempo ni el recuerdo. Decían que las baba yagas se comían el tiempo como el pan.

—No les diré que me has ayudado. Te he traído algo muy valioso para canjearlo por uno de tus rushnyky.

Todas las brujas apreciaban que se entrara en materia sin rodeos. La sonrisa que el enjuto rostro esbozó confirmaba que las baba yagas no eran la excepción.

—Ah. Un trato. ¿Por qué no pasas?

—Tú sabes por qué.

La sonrisa llenaba cada surco.

—Qué lástima —gruñó—. Tu cara habría quedado fenomenal sobre mi puerta.

Jacob contó más de una docena de rostros entre las flores y los pájaros tallados. De hecho, uno le resultaba familiar. Se parecía al de un cazador de tesoros que conocía, un idiota codicioso que se mofaba de alimentar a su perro lobo con duendes. ¿Qué había intentado robar a la baba? ¿Uno de sus huevos mágicos? ¿La gallina que los ponía o la misma magia hilada por la que Jacob había ido hasta allí?

La baba yaga alzó el brazo, delgado como un huso, y de la pared de la choza se desprendió uno de los pájaros tallados. Era un cuervo. Su plumaje se volvió de color negro al alzar el vuelo. Clavó sus garras en la cabeza de Jacob y comenzó a picarle el cráneo como si quisiera hacer salir sus pensamientos. Una sensación nada agradable. Después voló hacia su dueña, se posó en su hombro y le metió la punta del pico en el oído. Su graznido sonaba como el susurro de un anciano.

—Vaya, ¿no quieres mi rushnyky para ti?

Los árboles que rodeaban la choza susurraron impresionados, como si no estuvieran acostumbrados a ver semejante altruismo.

—No. Lo necesito para una amiga.

La baba yaga entrecerró los ojos como queriendo verlo mejor.

—Enséñame entonces lo que tienes para mí.

Los ojos rojos se dilataron con avidez cuando Jacob sacó el pelaje de la mochila.

—Oh, sí —susurró—. Ese vestido me hace la competencia incluso a mí misma.

—Se apoyó en la verja y le tendió la mano para provocarle—. Hueles de forma extraña, como si vinieras de lejos.

—De muy lejos. —Jacob se apartó de la verja y de la mano tendida—. Sabes lo que sucederá si me quitas el pelaje con violencia.

—Tienes razón, sería una pena. Vuelvo enseguida.

Dio media vuelta y se dirigió a su casa. Susurraba algo cuando desapareció en el interior. Esta vez utilizó la puerta.

Tardó una eternidad. Mientras, el cuervo clavaba su mirada en Jacob desde lo alto del tejado.

Cuando su dueña por fin apareció de nuevo en la puerta, llevaba un paño en las manos con un bordado aún más artístico que su vestido.

—También te oculta de tus enemigos. ¿Lo sabías? —preguntó cuando se encontraba otra vez delante de la verja—. Incluso de los que las hadas han hechizado en los árboles. Mi paño los ciega a todos.

Jacob agarró con la mano derecha el rushnyky mientras le alcanzaba con la otra el pelaje por encima de la verja. Tuvo que recordar el rostro plateado de Zorro para no tirar de él en el último momento. Cuando la baba yaga se colocó el pelaje bajo su flaco brazo y regresó cojeando a su casa, Jacob tuvo la sensación de haber vendido el alma de Zorro. No había otro camino. Se lo repitió una y otra vez mientras seguía su propio rastro para encontrar el claro en el que Chanute y Sylvain aguardaban. Pareció transcurrir una eternidad, hasta que por fin divisó el brillo del fuego entre los árboles.



## 28

### *Los colores de la baba yaga*

Zorro seguía allí tendida como si no se hubiese movido, atrapada en su propia carne rígida. Chanute le había cortado el vestido plateado para que el fuego la calentara mejor, y la había tapado con la vieja manta que en otro tiempo le acompañaba siempre en sus viajes (Jacob sospechaba que se trataba del regalo de un amor pasado).

—¡Venga, vamos, date la vuelta! —ordenó a Sylvain antes de que Jacob envolviera el cuerpo plateado en el paño de la baba yaga.

Sylvain obedeció en silencio. Tenía lágrimas en los ojos. Se le habían acabado incluso las blasfemias.

¡Por favor! Jacob no sabía a quién rogaba. No creía en ninguno de los espíritus y dioses a los que, delante o detrás del espejo, se imploraba ayuda, aunque Zorro lo hacía. Le pasó la mano por el cabello rígido.

¡Por favor!

Y sí, le dispararía si alguna vez se enteraba de con qué había pagado el paño. No, peor aún. No volvería a mirarlo a la cara.

Chanute se arrodilló junto a él.

—Si despierta... —Carraspeó, como si el «si» se le hubiera clavado en el cuello igual que una astilla—. Quiero decir... Da mucha pena veros a los dos, deberíais dejar de mentiros de una vez. Maldita sea. ¡Incluso Ludovik Rensman con su cara barbilampiña tiene más coraje que tú!

—¿Qué tiene que ver eso con el coraje? —respondió Jacob irritado—. Tengo mis motivos. Somos amigos, ¿no es suficiente? Y ocúpate de tus propios asuntos. ¿Te digo yo acaso que deberías pedirle la mano a esa actriz en vez de tatuarte su rostro en el pecho?

Chanute se pasó la mano por su feo rostro.

—Oh, le pedí la mano varias veces. Pero no me quería.

Sin embargo, aún tenía su foto en su cuarto. Eleonora Dunsteadt... No era una actriz especialmente buena —Jacob la había visto en un escenario de Albión—, pero tenía un ejército de pretendientes.

En la frente de Zorro, los dibujos de la baba yaga se iban bordando en la plata.

Ella encontraría a otro. En caso de apuro, él lo encontraría para ella. *Otro... como si el solo pensamiento no te pusiera enfermo, Jacob*. Sin embargo, le sentaba bien hablar de ella, como si pudiera responder, fruncir la frente como solía hacer cuando se enfadaba con él.

Si despertaba. Tenía que despertar.

—¡Parecéis hechos el uno para el otro! Incluso Sylvain lo dice. —Cuando a Albert Chanute le daba por hablar no había forma de pararlo, resultaba más fácil prohibirle a un cuervo de oro el graznido.

—¡Olvídalo! Es imposible. —No quería hablar sobre el precio de Jugador ni de la pelea que Zorro y él habían tenido por ese motivo.

—Ah, ya veo. ¡Jacob Reckless juega otra vez a las adivinanzas! —Chanute enmudeció, molesto, y se fue con Sylvain, que estaba sentado con la cabeza gacha debajo de los árboles.

Las horas transcurrían y los bordados de la baba yaga cantaban y bailaban sobre la plata del elfo. Flores, árboles, montañas, lunas y estrellas... Jacob se perdió en las imágenes hasta que un suspiro lo hizo alzar la vista. Los labios de Zorro se habían abierto como pétalos de flor en el rocío.

Llamó a Chanute. El viejo casi se enreda en sus propios pies de la rapidez con la que llegó dando tumbos junto a Zorro. Sylvain le seguía con cara de incredulidad.

Chanute le administró a Zorro el brebaje de Alma con una delicadeza inesperada.

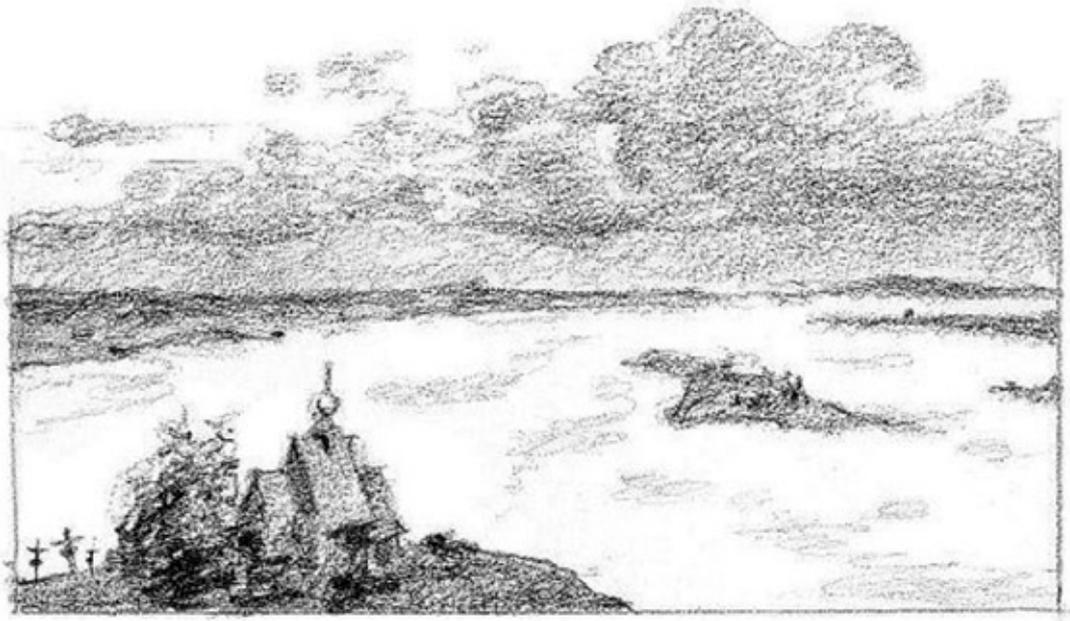
Jacob se levantó. Sus miembros seguían rígidos y pesados, como si fueran los de otro. Alzó la vista hacia las copas de los árboles. Estaba oscureciendo, la mejor hora para visitar a una bruja, y aquello valía tanto para el este como para el oeste. Raras veces se quedaban en casa cuando se veía la luna en el cielo.

—Decidle alguna mentira si despierta —dijo a Chanute—. ¡Contadle que estoy buscando el rastro de Will, lo que sea, pero no dejéis que me siga!

Chanute se puso en pie con dificultad.

—¡No puedes ir a buscar el pelaje! —Lo conocía demasiado bien—. ¡Eso sería un suicidio! ¡Zorro saldrá de esta!

No, no lo haría. Él se había deshecho de su alma. ¿Cómo iba a vivir sin ella?



29

## *La mariposa olvidada*

El río era tan ancho que Nerron sintió ganas de vomitar nada más verlo. Las ruedas del coche de caballos habían abierto surcos profundos en el húmedo fango de la orilla antes de que el rastro de ella se perdiera en sus olas. Nada acreditaba con más evidencia la audacia de Kami'en que la elección de su amante. Había metido en su cama lo que más temían los goyl: una mujer a la que había alumbrado el agua.

El hada no solo había dejado las huellas de las ruedas y los restos de la red de sus polillas en unos jóvenes sauces: los cadáveres bordeaban el río varias millas, hombres con la piel y el rostro perforados, como si una espantosa granizada los hubiera destrozado. Había caído un granizo muy valioso... Nerron se inclinó sobre uno de los muertos y le quitó unos diamantes del cabello mojado.

—¿Sigues queriendo que te lleve hasta el hada?

Will miró a los muertos y asintió con la cabeza. Quizá la escena le recordaba la masacre en la catedral, donde decían que las polillas del hada habían matado a más de trescientos humanos. Nerron miraba alrededor de forma disimulada, pero no había rastro de sus acompañantes. Lo que en absoluto significaba que no estuvieran allí. Nerron estaba convencido de que Will seguía sin sospechar nada de su existencia. Él, por el contrario, tenía el incierto placer de que Diecisiete se le apareciera cada vez que tenía la oportunidad. Todo le resultaba demasiado lento. Para Diecisiete, dormían

y comían demasiado, necesidades que el espejimen evidentemente no tenía. Pero el hada viajaba deprisa. No reducían lo más mínimo su ventaja, y Nerron no necesitaba ningún rostro de espejo que le recordara la tenacidad con que esa caza le llevaba la delantera.

Le habría encantado interrogar al cachorro sobre el creador de Diecisiete. Nerron habría apostado su piel veteada a que Will se había encontrado con él y que viajaba por encargo suyo. Pero a Diecisiete seguramente no le habrían gustado ese tipo de preguntas, y Nerron no tenía ganas de acabar como la mosca de plata, así que interpretaba para los espejimes el rostro de piedra sumiso, seguía rastros de carruaje e imaginaba que fundía a Diecisiete y a Dieciséis y hacía copas con ellos en las que bebía aguardiente de goyl. El día anterior, de hecho, el barbilampiño había interrumpido una de sus fantasías con la pregunta de si creía en el amor verdadero. «¿Qué hace la chica de cristal contigo por las noches?», le habría gustado responderle. «¿Te hace soñar cada noche con una distinta cambiando los rostros que tiene?».

¡Amor verdadero! El cachorro miraba tan consciente de su culpabilidad que parecía que le hubiera robado la flor al menos a tres princesas cuando hablaba de él. ¡Nerron no comprendía absolutamente nada!

Pero cada vez que la tentación de sonsacarle algo más sobre su misión se volvía irresistible, el aire se volvía cálido de manera amenazadora, y Nerron creía sentir los dedos de plata de Diecisiete en el pescuezo.

Decididamente pensaba demasiado en el rostro de caracol. Se acostumbraría a él como a las salamandras domesticadas que tuvo una vez. ¿Acaso la mirada del cachorro le hacía olvidar de quién era hermano Will Reckless?

Maldita sea.

No importaba lo que el barbilampiño le llevara al hada. No importaba por qué los rostros de espejo lo custodiaban. Su hermano le había robado y el bastardo quería vengarse. Jugaba a ser su guía porque al final lo entregaría al carnicero, como ya había hecho con terneros mágicos, palomas encantadas y peces habladores. ¿A quién le interesaba si los compradores les arrancaban el corazón o la lengua habladora? (Y Nerron habría apostado sus garras a que Diecisiete y Dieciséis perseguían intereses malsanos similares). Venganza. Gloria. Riqueza. Eso era lo que le interesaba al bastardo. En ese orden. Y de regalo un mundo completamente nuevo.

Lo único que le preocupaba a Nerron era que se repetía todo eso con demasiada frecuencia. Cuando el cachorro le sacaba de quicio con su amabilidad, le ayudaba imaginarse el precio que conseguiría por él en un mercado de ogros ilegal o cómo lo lanzaba a una de las trampas de lava en las que los ónix calcinaban a sus prisioneros en vida.

—¿Cómo crees que ha cruzado el río?

Era bueno que el cordero inocente no fuera capaz de leer los rostros de los goyl ni la mitad de bien de lo que Nerron podía leer el suyo.

—Sobre el agua, ¿cómo si no? ¿No lo hizo nunca cuando custodiabas a su amante y aún tenías una piel decente?

Cómo lo miraba cada vez que no lo trataba con delicadeza. Como si se hubiera disfrazado de ogro.

*Trampas de lava, Nerron. Mercados de esclavos.*

—¿Sabes dónde está el próximo puente?

—¿Puente? Los goyl no necesitamos ningún puente.

El cachorro no parecía recordar el miedo al agua de los goyl. A Nerron le parecía a veces una oruga que había olvidado que había salido ya de la crisálida y se había convertido en mariposa.

Algo prendía la luz del sol en la orilla. Ah, allí estaban. Mitad fango, mitad río, el cielo en los rostros. Nerron había aprendido a reconocerlos. A veces reflejaban lo que tenían delante, otras lo que tenían detrás, y a veces las imágenes eran tan caprichosas como sus rostros. No solo se mantenían lejos de los sauces, entre los que colgaban aún restos de la red del hada, sino también del río. Nerron sospechaba que el agua les gustaba tan poco como a él.

Les enseñaría para qué necesitaban al goyl.

Encontró el siguiente túnel a una milla escasa al sur del lugar donde el hada había matado a los cosacos. Los mosaicos de la entrada exhibían lagartos y murciélagos. Su estilo revelaba que el túnel tenía mil años de antigüedad. El miedo al agua de los goyl era más antiguo que la mayoría de los puentes humanos, y en esa región la red de túneles era especialmente densa porque más al este estaban las Ciudades Perdidas. La más grande por lo visto estaba toda hecha de malaquita. Su madre le hablaba de ella siempre que él se avergonzaba de las vetas en su piel de ónix. Le describía la ciudad con tanto detalle que al final creyó que la había visto con sus propios ojos. Un día...

La mayoría de los humanos vacilaban antes de entrar en un túnel, en especial cuando descendían con tanta pendiente como ese. Pero no Will Reckless. Desapareció en él sin esperar a Nerron. Quizá la oruga no lo había olvidado todo.

Los espejámenes no necesitaban túneles ni puentes.



## 30

### *Todo perdido*

Estaba hecha de colores. Dibujaban su piel y sus huesos. Rojo. Verde. Amarillo. Azul. Zorro abrió los ojos y sintió la tela sobre la piel casi tan cálida como el pelaje.

Alguien se inclinó sobre ella.

Chanute. ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba?

Sylvain estaba de pie junto a Chanute. «A tu disposición, *ma jolie...*». Sus pensamientos se abrían paso confusos en su cabeza.

—¡Bienvenida de vuelta! —Chanute le acariciaba la cara con tanta ternura que por un momento se sintió como una niña. Tenía lágrimas en los ojos, una escena inusual. ¿Qué había pasado? No conseguía recordar nada. Se sentía como si hubiera dormido cien años, como si convaleciera tras una larga enfermedad.

—¡Trae sus vestidos, Sylvain! —dijo Chanute—. Aún hay algunos en sus alforjas.

*Sus vestidos...* Zorro se percató en ese momento de que estaba desnuda bajo el paño que la envolvía. Se lo ciñó más al cuerpo mientras se sentaba. Sylvain apartó la vista con timidez cuando le tendió su ropa de muda. ¿Qué había pasado con la otra? ¿Y dónde estaba Jacob? Miró alrededor. Había estado con ella, ¿no? Y de repente las imágenes llegaron. Imágenes espantosas: una figura, humana e inhumana, hermosa y espantosa al mismo tiempo, la mano sobre su rostro como metal caliente, el grito de Jacob...

¿Dónde estaba él?

—Albert, ¿dónde está Jacob?

Chanute emitió un gruñido y comenzó a cargar su revólver. Algo nada sencillo con una sola mano.

—*Accouche qu'on baptise!* —Sylvain le quitó el arma y los cartuchos de la mano—. Vamos, díselo. Se va a enterar. ¡Es más lista que nosotros tres juntos!

Zorro contemplaba el paño que la cubría. Veía los pájaros, las flores... magia bordada. Difícil de encontrar, más difícil aún de pagar.

—¿Dónde está, Albert?

Cuando le llamaban por su nombre de pila, Chanute ponía la misma cara que ponía de niño cuando pasaban lista en la escuela.

—¡Albert!

—Sí, sí, está bien —refunfuñó mientras le quitaba a Sylvain la pistola cargada de la mano—. Iré a ver cómo está. Pero tú te quedas aquí.

Sylvain miró hacia el caballo de Zorro. Ella supo por qué antes de meter la mano en las alforjas. El pelaje y Jacob... las únicas dos cosas que no quería perder en la vida. Las había perdido. El bosque que la rodeaba le parecía el lugar más tenebroso en el que había estado nunca.

—¿Ha regresado donde ella? —Allí volvía a estar, el miedo familiar, el peor precio del amor—. ¿Cómo pudiste dejarlo marchar? —le espetó a Chanute.

—¿Y cómo crees que hubiéramos podido retenerle? —respondió él con voz bronca.

Sylvain tenía cara de perro reprendido. Y de alguien que sabía lo que era perder lo más valioso que se poseía.

• • •

Jacob había borrado sus huellas para que no pudieran seguirle. Pero Zorro sabía cómo camuflaba su rastro. No sentía ya nada de la plata, al contrario, se sentía como recién nacida, y sin duda tenía que agradecerse al paño. La pendiente que subían las huellas de Jacob se volvió tan empinada que los caballos se negaron a continuar. Finalmente los dejaron sueltos porque no estaban seguros de si regresarían por el mismo camino. La alfombra de pinochas cedía el paso a un follaje amontonado y a tierra oscura. Zorro seguía el rastro de Jacob a tal velocidad que pronto oyó a Chanute toser detrás de ella. Sylvain, por el contrario, guardaba el paso tan bien que parecía que de niño se hubiera deslizado a través de esos bosques.

—¡Ah, *magnifique!* —susurraba Sylvain una y otra vez.

Ella misma había visto muy pocas veces un bosque tan antiguo. Algunos árboles junto a los que pasaban habrían podido soportar un pueblo entero en sus ramas, y la oscuridad debajo del denso techo de hojas se hizo tan grande que Chanute y Sylvain tenían que seguirla más con el oído que con la vista.

Un grito.

Zorro se detuvo. No estaba segura de si la voz pertenecía a un pájaro o a una mujer.

—¡Ah, está furiosa! —dijo en voz baja Chanute detrás de ella—. Eso es bueno. O muy malo.

A la pregunta de Zorro de si se había encontrado alguna vez a una baba yaga, se limitó a escupir con desdén.

—Las brujas son brujas —gruñó—. Sé cómo acabar con ellas. —Zorro había oído otra cosa. Según contaba Jacob, Chanute lo había mandado siempre por delante cuando tenían que vérselas con brujas.

Detrás de los árboles emergió una verja repleta de cráneos. Brillaban como farolillos de papel amarillentos.

—*Tabarnak!* ¡Como calabazas en Halloween! —Sylvain miraba embelesado, como si jamás hubiera visto nada más hermoso.

No, el cráneo de Jacob no estaba entre ellos. Esos cráneos estaban tan apergaminados que no había duda de que tenían muchos años. «Cientos de años», susurraba la zorra. Era tranquilizador seguir sintiéndola en su interior. ¿Cuándo desaparecería, en el caso de que el pelaje se hubiera perdido? ¿Quién sería ella sin su voz, sin su astucia, sin su audacia? Celeste. Tan solo Celeste...

La choza detrás de la verja era lúgubre y hermosa al mismo tiempo. Al parecer, los pájaros que cometían la imprudencia de picotear insectos debajo del tejado se convertían en madera de golpe. A juzgar por los rostros que miraban desde las paredes, a los humanos que se habían acercado demasiado a la choza tampoco les había ido mejor. Zorro no podía encontrar el rostro de Jacob, pero ¿qué importancia tenía? A fin de cuentas, solo estaba mirando la parte delantera. Que la choza les brindara la puerta significaba que la baba yaga se había percatado de su presencia.

Chanute le hizo una seña a Sylvain. Zorro negó con la cabeza a modo de advertencia, pero naturalmente Chanute hizo caso omiso. Los cráneos lanzaron llamas por las cuencas de los ojos y la boca tan pronto los dos se acercaron a la verja. Todas las brujas eran hermanas del fuego. Chanute retrocedió dando tumbos con una maldición y disparó al cráneo que había junto a la puerta. Sylvain destrozó otro con una rama. La calavera prendió su camisa antes de saltar en pedazos, pero Chanute apagó las llamas con su chaqueta mientras arrastraba a Sylvain debajo de los árboles.

¡Idiotas! Zorro maldijo a los dos, aunque sabía que la imprudencia de Chanute se debía a su preocupación por Jacob.

—¡Bien hecho! —susurró—. En caso de que Jacob siga con vida, la baba yaga tiene ya motivos más que suficientes para cambiar eso. ¡Iré sola, y no os atreváis a seguirme!

Ignoró la mirada estupefacta de Chanute cuando ella le dio su cuchillo y su cinturón de armas. Contra una baba yaga nada de aquello servía. Lo único que llevó consigo fue el paño bordado que la había salvado.

Los cráneos vetearon su ropa con su luz centelleante cuando se acercó a la verja

pero no la atacaron, y cuando tendió la mano hacia el portón, este se abrió por sí solo.

¿Aquello era bueno o malo? «No te dejes atrapar por tus propios pensamientos, Zorro». Cegaban y ensordecían.

Los rostros de madera la miraban desde lo alto, y no, el de Jacob no estaba entre ellos, pero ¿qué importancia tenía eso? Podía haberse convertido en el humo que subía de la chimenea, en la tierra oscura que había debajo de sus botas. A cada paso que daba, brotaban flores del suelo. Zorro las rodeó con cautela. Saltó por encima de los caracoles que arrastraban sus casas jaspeadas a través del jardín, sobre orugas y milpiés que se cruzaban en su camino.

—Quien siembra muerte en casa de las baba yagas, en ella muerte recogerá —cantaban los pájaros detrás de ella en los árboles. La zorra los entendía, los oídos humanos habrían pasado por alto la advertencia. No quería volver a ser sorda. Quería su pelaje. Y a Jacob.

Las flores talladas que cubrían la puerta se cerraron en cuanto ella llamó. Estaba tentada de agarrar el picaporte, pero aguardó y finalmente la puerta se abrió.

Delante de ella había una niña. Su ropa era tan colorida como el paño que Zorro llevaba en el brazo. Quizá tenía ocho, nueve años (si se podía calcular su edad en años humanos). Las brujas podían adoptar casi cualquier forma.

—Si buscas a mi abuela, no está aquí —dijo, como si supiera lo que estaba pensando—. Oh, estaba tan furiosa. ¡Él la engañó, eso no suele pasar a menudo!

La sonora risa infantil no encajaba demasiado con la lúgubre choza.

La niña extendió la mano en el aire y entre sus dedos apareció una hebra de hilo de oro, no delicado como el de una araña sino firme como lana hilada. Lo siguió con los dedos hasta que este la condujo al corazón de Zorro.

—Lo sabía. —El hilo desapareció tan pronto dejó caer la mano—. Te pertenece.

Le quitó a Zorro el paño y lo dejó en el umbral. La habitación que había detrás estaba a oscuras y la niña dio unas palmadas.

—¿A qué estáis esperando? —gritó—. ¡Tenemos visita, encended la luz!

De inmediato una docena de velas centellearon a su alrededor, como encendidas por manos invisibles.

—¡Traedle leche y pan! —gritó la niña.

Los sirvientes invisibles obedecieron y Zorro se sentó en la silla que empujaron hacia ella.

«¿Dónde está Jacob?», quería preguntar su boca. ¿Qué habéis hecho con él? Pero en su lugar se bebió la leche y se comió el pan dulce, mientras la niña la observaba con sus ojos verdes de gato. Aguardó a que Zorro hubiera tomado el último trago y se hubiese comido el último bocado. Después volvió a coger su mano.

El cuarto al que llevó a Zorro era aún más oscuro que el resto de la choza. Las cadenas de madera que ataban a Jacob a la pared trepaban por brazos, cuello y piernas. Su rostro estaba ensangrentado y arañado, y estaba inconsciente. Las heridas de la frente y las mejillas eran profundas.

—No le ha revelado dónde está tu pelaje —dijo la niña—, aunque echó los cuervos sobre él. ¡Simplemente lo hizo desaparecer ante sus ojos!

Las cadenas se ciñeron más cuando Zorro intentó liberar a Jacob de ellas, pero cuando la niña las tocó, se abrieron por sí solas. Zorro estrechó a Jacob en sus brazos. Él volvió en sí pero estaba aturdido. No estaba segura de si la reconocía.

—Rápido. Llévatelo —insistió la niña—. Antes de que regrese mi abuela.

Zorro necesitó toda su fuerza para sostener a Jacob. No le preguntó por el pelaje. En su cara podía ver que apenas sabía dónde estaba y quién era.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó a la niña cuando esta les abrió la puerta.

En respuesta, ella tendió la mano hasta sostener de nuevo el hilo brillante entre los dedos.

—Incluso mi abuela debe respetar el Hilo de Oro. Pero deseaba tanto tu pelaje...

Jacob apoyó la frente en el hombro de Zorro. Apenas podía tenerse en pie.

—Dale tiempo —dijo la niña—. Su alma ha tenido que ocultarse, de lo contrario el cuervo la habría hecho pedazos.

Recogió un cardo que crecía junto a la puerta y llenó la mano de Zorro con las semillas espinosas. Después sacó un pañuelo de su manga.

—Tan pronto oigas al cuervo gritar detrás de ti, tira las semillas de cardo a tu espalda en el camino. ¡Si os sigue, escupe en el pañuelo y tíralo detrás de ti! ¡Y ahora vete! Tienes que lograr llegar al portón tú sola. Si abandono la choza, ella lo nota.

La verja con los cráneos parecía estar tan cerca, pero Zorro apenas podía sostener a Jacob y a cada paso el portón parecía más inalcanzable. Ella le susurraba una y otra vez su nombre por miedo a que lo dejara atrás. Chanute aguardaba con Sylvain entre los árboles. «Quedaos donde estáis», les imploraba Zorro con los ojos —la zorra tenía que manejarse a menudo sin palabras—, y Chanute agarró del brazo a Sylvain y tiró de él cuando este quiso acudir en su ayuda.

Tan solo unos pasos más.

Zorro miró por encima del hombro.

La nieta de la baba yaga estaba en la puerta y observaba los árboles de alrededor, como si estuviera oyendo a su abuela llegar.

«Un paso más. Solo un paso más, Jacob». Pero él estaba tan lejos que Zorro tenía miedo de que no volviera a encontrar la salida de la oscura choza, aunque escaparan de la baba yaga.

Sus dedos tocaron el portón. Lo abrió de una patada mientras rodeaba a Jacob con los brazos tan fuerte que sentía sus latidos.

La niña seguía en la puerta, pero cuando Zorro cerró el portón, se fundió con las tallas de madera como si nunca hubiera sido otra cosa: una delgada figura de madera entre un cuervo tallado y una anciana.

A Chanute le corría el sudor por la frente, pero aguardó a que Zorro llegara hasta los árboles. Sylvain se cargó a Jacob sobre los hombros en silencio.

Se dirigían hacia el nordeste, allí donde el bosque clareaba. Oyeron al cuervo

enseguida. Cuando Zorro tiró detrás de ella las semillas de cardo en el camino, un seto espinoso creció hasta lo alto de los árboles, y oyeron a la baba yaga gritar furiosa mientras seguían cruzando a toda prisa arroyos y terrenos pantanosos, prados en los que había círculos de un intenso color verde que revelaban dónde bailaban las rusalkas. De niña, Zorro había visto una en una feria de Lorena. El dueño de la feria había dejado un cubo de agua en la jaula, pero la piel verde mate de la ondina parecía follaje seco. Su padrastro metió el bastón a través de los barrotes. Zorro se lo arrancó de la mano y salió corriendo lejos de los enjaulados: ondinas, matagoes, hombres de madera y follets medio muertos de hambre...

Avanzaban a través del extraño bosque, seguidos por los gritos de rabia de la bruja.

Jacob seguía inconsciente, y Zorro no podía ahuyentar la espantosa idea de que había dejado su alma en la choza y que Sylvain cargaba una envoltura vacía.

El cuervo los encontró una segunda vez, como la nieta de la baba había vaticinado. Zorro tiró el pañuelo y detrás de ellos se formó un lago. El cuervo se disponía a sobrevolarlo pero su dueña lo llamó de vuelta. La baba yaga estaba en la orilla enfundada en un vestido con bordados de casi tantos colores como el paño con el que Jacob había salvado la vida de Zorro, y los seguía con la vista. Después se volvió de golpe, con el cuervo en el hombro, y desapareció entre los árboles. Quizá había visto en el lago a su nieta y el reproche en su rostro.

Zorro, sin embargo, no se detuvo hasta que dejaron atrás los últimos barrancos del bosque. Solo cuando no había sino campos y prados delante de ellos, se detuvo. Chanute tenía accesos de tos tan violentos que le hicieron caer de espaldas como un escarabajo. Y Jacob dormía. Dormía y dormía, mientras en los campos los campesinos iban y venían, y Zorro estaba sentada junto a él y se preguntaba si en el bosque que tenían detrás había perdido todo por lo que su corazón palpitaba.

Hacía tiempo que los campos se habían vaciado de personas y Sylvain maldecía en sueños a la luz de la luna, cuando los ojos de Jacob se abrieron. Por un momento Zorro no se atrevió a responder a su mirada por miedo a no encontrar en ella más que vacío, pero lo habían traído de vuelta. Quizá en sus ojos había algo más de conocimiento sobre la oscuridad de ese mundo. Quizá la baba yaga le había robado unos años, pero no se había quedado con su alma como, al parecer, solía hacer.

Jacob sacó una pluma del bolsillo de su chaqueta. Zorro la reconoció, aunque el plumón blanco estaba ensangrentado: era la pluma de un cisne humano. Ella misma la había robado meses antes de un nido. Y el precio fue una cicatriz en el hombro.

Jacob le dejó la pluma en el regazo.

El pelaje apareció de pronto, como si su deseo más ardiente tomara forma. Zorro acarició la piel que le era más familiar que su propia piel, mientras se enjugaba las lágrimas del rostro con la otra mano.

Lo había perdido todo. Y lo había ganado todo.

—No debías haber regresado nunca —dijo ella—. No es más que un vestido.

Jacob se pasó la mano por la frente despellejada.

—Sin duda —dijo—. No es más que un vestido.

Zorro lo hubiera besado en la boca solo para saborear la sonrisa en sus labios.  
Estaba prohibido. Casi lo había olvidado.



31

## *Desaparecida*

La Oscura había desaparecido. Sin dejar ni rastro, como si se la hubiera tragado el río que había inundado de cosacos muertos. ¡Habría podido pensarse que no había cruzado la frontera varega! Pero el cochero de la silla de posta, que Nerron detuvo después de buscar su rastro durante dos días enteros, juraba, como el orfebre en el último pueblo y los barqueros de río con los que se habían encontrado por la mañana, que la Oscura iba camino de Moskva para proveer a los zares de ejércitos de hombres oso y lobo. Varangia derrotaría a los goyl, a la ladrona Albión y al encorvado rey de Lorena. ¡Oh, tiempos dichosos! El cochero arqueado por la gota se transformó en un niño que balbuceaba feliz mientras la describía. Los propios barqueros, con los hombros escoriados en la orilla, medio muertos por el esfuerzo de tirar de las barcas sobre el agua demasiado inerte, tenían la misma cara embelesada mientras fantaseaban con los días llenos de gloria que el hada traería a su tierra.

Se decía... contaban... se escuchaba... A Nerron le habría gustado encontrar una prueba más concreta de que el hada iba camino de Moskva, pero Diecisiete estaba cada vez más impaciente y le despertaba cada maldito día antes del amanecer. Nerron tenía ya manchas de plata en los hombros por el contacto de sus dedos.

La silla de posta desapareció entre los árboles y Will se quedó mirando el camino desierto. Esa mañana gris el cachorro estaba muy callado, incluso para sus circunstancias. Habría tenido sueños apasionados, pues Dieciséis seguía sentándose cada noche a su lado. Uno habría podido incluso sentir celos. Volvía a llevar consigo

la bolsa con la ballesta, a veces bajo la camisa, a veces en el bolsillo de la chaqueta. Evidentemente su hermano no le había dicho nada sobre el temperamento pérfido de las armas mágicas. Uno de los lores de ónix un día apuñaló a dos de sus hijos con un puñal mágico. Pero Nerron, fiel a su propósito de no ejercer ninguna tutela sobre el rostro de caracol, no le contaba nada de aquello, ni tampoco sobre la espada mágica que había descuartizado a la esposa de un príncipe de Albión. A cambio se divertía con la idea de hacer saber a Jacob Reckless que su hermano pequeño volvía a tener una piel de jade gracias al bastardo. Esa se convirtió poco a poco en una de sus fantasías predilectas. Muy seguida de otra en la que presentaba el cachorro a sus contratantes como una estatua de plata.

—No creo que quiera ir a Moskva.

Aquello llegó de forma inesperada.

—¿De veras? ¿Te lo ha revelado ella misma o lo has oído en sueños?

Jacob Reckless habría respondido a ese tipo de ironía con ironía, pero su hermano menor seguía tan serio que la ironía dejó de ser divertida.

—La puedo sentir. Del mismo modo que se puede sentir dónde está el sol incluso cuando no se ve. —Se puso la mano en el corazón completamente serio—. Quizá esté más cerca de lo que creemos.

Demasiado bonito para ser verdad. Nerron no quería ver a Diecisiete cuando perdiera realmente la paciencia. Creía verlo entre los árboles, la luz del día dibujaba allí sospechosos claros en el aire.

—Abreva los caballos. Cazaré algo para comer.

Will asintió con la cabeza. Miraba ausente hacia el camino, como si viera al hada al final de él.

—¿Has oído hablar alguna vez del sueño de la Bella Durmiente?

—¿He visto alguna vez un pulgarcito? —respondió Nerron—. Pues claro. Las hadas sienten predilección por él.

Will seguía mirando hacia el camino.

—Y solo se despierta de él por medio del amor verdadero. ¿Has escuchado alguna vez que eso no surta efecto? —dijo.

Pero qué demonios...

Will lo miraba como si no hubiera dicho todo lo que quería decir. Parecía tan perdido que Nerron dudó si darle el aguardiente de los goyl que llevaba consigo para ese tipo de situaciones. ¿Era capaz el barbilampiño de sentir de verdad dónde estaba el hada?

Nerron se dirigió a los árboles y se detuvo en cuanto estuvo seguro de que no se le veía desde el camino.

—¡Diecisiete!

Empezaba a hacer calor... un calor agradable para la piel de goyl, pero los helechos entre los que emergieron se iban marchitando mientras las hojas y las sombras se convertían en rostros y ropa. ¿Cómo demonios funcionaba aquello?

Espejos que elegían la imagen que mostrar. ¿Coleccionaban las imágenes como recuerdos?

El rostro de Diecisiete era más joven que el que le había enseñado a Nerron hasta ese momento, pero lo cambió mientras salía de los helechos. ¿Diecisiete qué? ¿Rostros? Tenía más. El cuchillo, como Nerron denominaba a Dieciséis en secreto, lo examinaba como queriendo convertirlo en plata con la mirada. Quizá no le perdonaba haber visto lo mucho que le gustaba el cachorro. Tenía una costra en la mejilla. La ocultó a toda prisa con los dedos enguantados cuando se percató de que Nerron la miraba. Corteza. Diecisiete tenía una costra parecida en la frente. La maldición... ¡No eran inmunes a ella! No era de extrañar que tuvieran prisa.

—Ni rastro del hada. Dicen que viaja a Moskva, pero el cachorro cree que no.

—Deberías creerlo. —Diecisiete cogió una oruga del árbol junto al que estaba de pie—. El hada lo hechizó. Eso une. —Volvió a cambiar el rostro. El nuevo le resultó tétricamente familiar a Nerron.

—¿De dónde has sacado ese rostro?

Diecisiete contemplaba la oruga plateada en su mano.

—De su hermano, ¿por qué lo preguntas?

—¿Cuándo te lo encontraste?

—Nos siguió. Una imprudencia por su parte.

¿Jacob Reckless los había seguido?

—¿Y? ¿Dónde está ahora?

Diecisiete señaló la rígida oruga.

¡Vaya cóctel de sentimientos! Nerron sentía sorpresa, malicia y también una dolorosa decepción. ¿Qué sería ahora de todas sus escenas de venganza?

—¿Lo has matado?

Diecisiete dejó caer la oruga en el musgo con un suspiro.

—Ese era el plan, pero ha sobrevivido. Alguna magia de bruja. Este mundo es irritante. Demasiada magia. Demasiada suciedad. Caminos miserables. Y árboles por todas partes —dijo mirando con total aversión las encinas junto a las que estaba—. No te preocupes. Ha perdido vuestro rastro.

Había que preocuparse siempre si Jacob Reckless le perseguía a uno. Nerron estaba contento, no obstante, de que su competidor hubiera sobrevivido a los dedos de plata de Diecisiete. Estaba enganchado a sus fantasías de venganza. Probablemente Jacob solo quería recuperar la ballesta. Pero la idea de que también los seguía porque sabía quién era el guía de su hermano le causaba una profunda satisfacción.

Ah, la vida era bella.

Por desgracia, esos entusiasmos volvían imprudente a Nerron.

—¿No te gustan los árboles? —preguntó señalando la frente de Diecisiete. La corteza podía verse incluso en el rostro que había robado a Jacob Reckless—. Parece que pronto te convertirás en uno. Tu hermana espejo también tiene bastantes

manchas.

Los dedos que rodearon su brazo cortaban como cuchillas en su piel pétrea.

—Ten cuidado —susurró Diecisiete—. En cuanto el barbilampiño sepa dónde está el hada, ¿para qué nos harás falta, rostro de piedra?

Sí, temía que acabaran llegando a esa conclusión. Pero el ataque era la mejor defensa.

—¿Para qué os haré falta? ¡Para mantener con vida a vuestro valioso mensajero! ¿O queréis volver de plata todo lo que se le cruce en el camino? Eso podría producir cierto escándalo. —Nerron levantó la oruga que Diecisiete había tocado—. Algo así no debe dejarse tirado por el suelo. Tienes razón. Este mundo está lleno de cosas irritantes y algo tan reluciente atrae a los peores.

Diecisiete le quitó la oruga de la mano. La miró con interés, como si hasta ese momento no se hubiera percatado de lo perfecta que era.

—Tienes razón. Empezaré a coleccionarlas. —En el bolsillo del cinturón en el que metió a la oruga se reflejaba la camisa de lagarto de Nerron.

—¿Por qué os aparecéis a mí y no a él? —preguntó.

—El hada no debe vernos —interrumpió Dieciséis.

Oh, ella no lo podía soportar. *No te preocupes, hermosa mía, el sentimiento es mutuo.* Pero parecía derretirse cada vez que miraba a Will. En la verdadera acepción de la palabra. ¿Quizá reaccionaban así a ciertos sentimientos? Un pensamiento interesante...

• • •

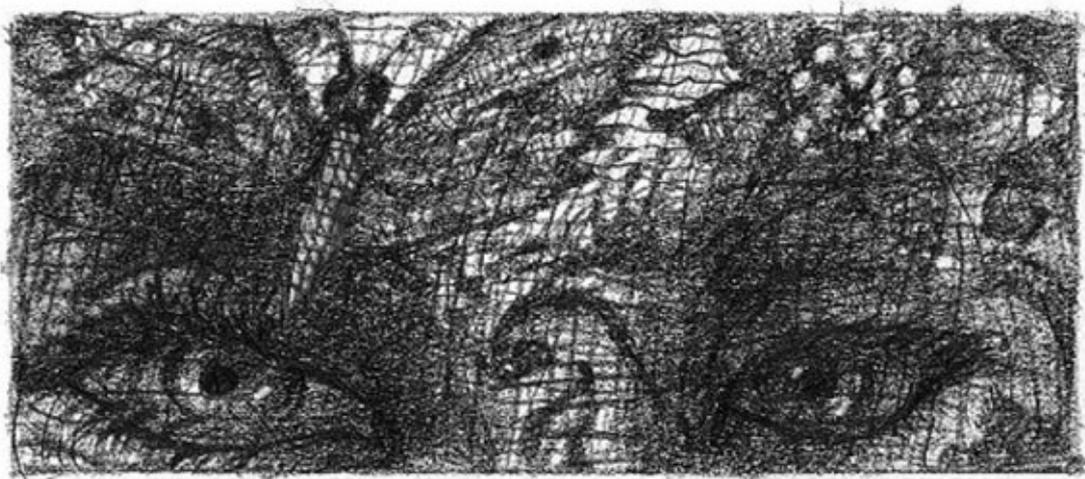
Will abrevaba los caballos cuando Nerron regresó con un conejo muerto. Habrían tenido que hacerse una de esas fotografías de moda antes de su partida: el cachorro y el bastardo. Habría podido dejar en el Ogro una copia para su hermano.

—Bueno... ¿adónde crees que quiere ir el Hada Oscura?

Will vaciló un momento, como si no estuviera realmente seguro de lo que creía. Después señaló hacia el sudeste.

Aquello no era muy preciso.

Pero en ningún caso era la dirección en la que se encontraba Moskva.



32

## *La otra hermana*

Los días de plata, la huida de la baba yaga... Jacob no recordaba haber estado nunca tan cansado. Sentía como si hubiera dejado la mejor parte de sí mismo en la oscura choza. Pero Zorro vivía y él había recuperado el pelaje. ¿Por qué, sin embargo, se sentía derrotado? Naturalmente conocía la respuesta. Habían perdido el rastro de Will y no tenía la menor idea de cómo volverlos a encontrar a él y al bastardo.

—No sé —gruñía Chanute cuando estaban comprando caballos nuevos detrás de la frontera varega con el último dinero que les quedaba—. Quizá el asunto nos quede grande. Arrimarse a inmortales nunca sale bien, y tu hermano es lo bastante mayor para cuidar de sí mismo. ¿Qué te parece si le enseñamos a Sylvain L'Arcadie y Ontario? Manitoba y Saskatchewan tampoco suenan mal. Dicen que la tierra allí está llena de tesoros sensacionales, y prefiero que cualquier salvaje me convierta en un escarabajo antes que morir en Schwanstein en la cama.

Rendirse...

Chanute no había tenido nunca problemas para hacerlo. Si una caza se volvía demasiado peligrosa o conducía a una región que al viejo no le gustaba... había siempre un cruce donde se podía dar media vuelta.

Jacob miró hacia donde estaba Zorro. Sylvain escuchaba su explicación sobre las tallas que adornaban los remates del tejado de los pueblos. Casi todas las criaturas mágicas de Varangia estaban reunidas allí: licanos y pieles de oso, el ave de la alegría y la tristeza, caballos voladores, dragones (también aquí exterminados hace tiempo) y

baba yagas y rusalkas con las que uno podía toparse tanto en Varangia como en Ucrania.

Sylvain le susurró algo a Zorro y ella se rio de manera despreocupada, como Jacob hacía tiempo que no la había oído. Se habían salvado por los pelos, por la punta de los pelos. Sin el paño de la baba yaga la hubiera perdido, y cuántas veces desde lo del barbazul se había jurado no dejar que el asunto volviera a llegar tan lejos.

Había telegrafiado a Dunbar desde una estación fronteriza explicándole lo sucedido. Un teléfono... ¡Mi reino por un teléfono! Su padre había traído aviones y ferrobuses a ese mundo, ¿por qué no el teléfono? Mientras aguardaba delante de la ventanilla de la oficina de telégrafos, de nuevo le habían venido a la mente sucesos que había olvidado hacía años: la noche en que su padre (si había sido su padre) desmontó el motor de un avión, la pelea con su madre cuando ella lo había sorprendido en la habitación abandonada de su padre con la ropa desgarrada. Ella nunca llegó a sospechar lo del espejo, ¿no es cierto?

Jacob estaba seguro de que el espejo del elfo seguía siendo el que traía de vuelta el olvido. ¿Recordaba Diecisiete los mismos sucesos cuando llevaba puesto su rostro? ¿Sabía Dieciséis del agua de alondras cuando tenía el aspecto de Clara? Tantas preguntas... y no conocía ni una respuesta.

Chanute les había conseguido habitación en la única fonda del pueblo a cambio de liberar al dueño de unos duendes de sótano. Pero el suceso con la baba yaga había debilitado a Chanute más de lo que admitía, y cuando Jacob vio lo mucho que Zorro se divertía con Sylvain decidió ocuparse él solo de los duendes. Zorro le perdonaba ahora a Sylvain incluso que le gustara comportarse como su protector. Esa misma mañana se había pegado con un trol que la había arrollado sin querer. Los trols eran temidos por su mal genio y su brutalidad, pero Sylvain había luchado valientemente y, como disculpa, el trol le había regalado a Zorro una flor de madera que él mismo había tallado.

A la izquierda de la calle sin empedrar en la que estaba situada la fonda, un prado lindaba con un pantano. Unos sauces hacían balancear las ramas de un color verde estival sobre el agua y en la otra orilla una bandada de gansos salvajes emprendía el vuelo hacia el cielo de la tarde color azul pálido. Se decía que los zares de Varangia daban trabajo a espías diminutos que cabalgaban sobre águilas y gansos salvajes.

Jacob decidió que los duendes de sótano podían esperar y se sentó en la hierba mojada entre los sauces. Con lo cansado que estaba, rivalizaría incluso con unos duendes. Los había por todas partes en los sótanos de ese mundo, tantos como ratones en el suyo. Y tenían el mismo tamaño. Una vez le regaló a Will uno de los diminutos picos con los que ahuecaban los muros de los sótanos para construir sus habitaciones y despensas.

¿Dónde estaba Will?

De niños habían creído firmemente que podían sentir si el otro estaba bien. Quizá lo seguía creyendo en secreto, pero, por mucho que escuchaba en su interior, en esta

ocasión su corazón no le reveló cómo estaba Will, dónde se encontraba o qué hacía. Algo parecía separarles aunque estaban en el mismo mundo. Una pared de plata y cristal... ¿o era de jade?

Jacob se avergonzó de la rapidez con la que se dio la vuelta al oír un crujido a su espalda, pero entre las ramas de los sauces no apareció ninguna figura. Solo las delgadas hojas se movían en el viento, y a punto estaba de volverse, ya calmado, cuando vio la tarjeta en la hierba.

*Estoy impresionado. Qué lástima que la zorra tuviera que devolver el paño. Debo decir que con la piel de plata es incluso más hermosa, aunque eso me privaría de mi precio. ¿Cómo piensas salvarla la próxima vez? No tendrás siempre a una baba yaga a mano.*

Jacob no sabía qué era peor, si el desamparo o la ira. Era un pez enganchado a un anzuelo de plata. Qué divertido tenía que ser mirar cómo lo mordía y se agitaba. Sí, si hubieran conservado el paño... Pero se dejó atrapar como un estúpido. *Da media vuelta, Jacob. ¡Por ella! Ponla a salvo. Llévala lejos, a algún lugar donde él no pueda encontrarla.*

Zorro seguía junto a Sylvain. Podía verla a través de las ramas. *Hazlo por ella. ¡Ríndete, Jacob! L'Arcadie...* ¿por qué no? Seguro que allí nadie había oído hablar sobre elfos de aliso. O qué tal Aotearoa, Tehuelcha, Oyo... aún no habían estado en tantos lugares.

La tarjeta se llenó de nuevas palabras. ¿Qué? ¿Llegaba ya la felicitación por su decisión? No, era algo más. Era la recompensa. Las letras se iban formando con una línea tan delicada como si una araña las estuviera escribiendo con su hilo.

*En Nihon florece un árbol en cuyas ramas la oruga de una mariposa invisible se transforma en crisálida. Los cambiadores de forma que llevan uno de los capullos vacíos consigo no envejecen más rápido que un humano corriente...*

¿Jugador? Oh, no, era un demonio. «Haz lo que quiero y te daré lo que más codicias». Y él mordió el anzuelo de forma aún más profunda.

*La oruga se transforma en crisálida solo cada diez años.*

Jacob lanzó la tarjeta tan lejos como sus cansados miembros se lo permitieron. Pero el viento la trajo de vuelta.

—Tienes que enterrarla, en tierra húmeda.

La mujer que estaba en la orilla del pantano llevaba un velo que le cubría el

rostro. Era de color rojo como su vestido, que habría encajado bien en un palacio pero no en un pueblo varego.

Jacob se levantó.

Uno buscaba a un hada, pero encontraba otra. Su amante mortífera, tan hermosa e igual que siempre. Instintivamente él fue a agarrar el amuleto que había ocultado delante de ella durante años, pero hacía ya tiempo que no lo llevaba. Una imprudencia. ¿Había venido porque estaba harta de esperar a que su hermana lo matara para ella? Después de todo, ella ya lo había intentado dos veces en vano. Quería sentirse honrado de que ella hubiera ido en persona. A fin de cuentas, el Hada Roja, a diferencia de su hermana la Oscura, no abandonaba nunca su isla. ¡*No la mires, Jacob!* Pero resultaba difícil ante tanta belleza.

«Arrimarse a inmortales nunca sale bien». No.

Se levantó el velo. Ojos que de día eran más oscuros que de noche. En verdad había confiado en que ella lo hubiera olvidado.

—¿Como tú a mí? —Aún podía leer sus pensamientos.

La sonrisa que ella le brindó le había costado a muchos hombres la vida... o la razón. Miranda. Jacob era el único que conocía su nombre. Se lo tomaba mejor que su oscura hermana, pero nunca le perdonaría que la hubiera abandonado.

—Sí, en tu mente solo hay sitio para la zorra —dijo mientras se acercaba a él—. Aunque no es ni la mitad de hermosa que yo.

Detrás de ella, el sol poniente teñía el cielo del color rojo de su vestido.

No se atrevería siquiera a hablar por miedo a que Zorro pudiera oírle.

El campesino que pasó por delante con su carro seguramente pensó que eran una pareja de enamorados. Nunca se enteraría de que había visto a un hada.

Jacob retrocedió. Sentía las ramas del sauce en la espalda. Le dejaron pasar como una cortina, pero el Hada Roja lo seguía. La luz del sol poniente atravesaba las hojas y por un momento Jacob imaginó que volvía a estar en su isla. Con ella.

—Eres blanco como la nieve —dijo ella acariciándole el rostro—. Piensas que te quiero matar. Tienes razón. Lo deseo cada día. No tendría que haberte salvado cuando el goyl te disparó en tu infiel corazón, pero era una muerte demasiado rápida y simple para todo el dolor que me has causado. —Apoyó su mano de seis dedos sobre el corazón de él y Jacob creyó sentir que latía más despacio.

«¡Mírame!», decía su mirada. «¿Cómo puedes preferir a una humana?».

«Hazlo rápido», quiso decir él. «Vamos, deprisa». Con suerte Sylvain mantenía a Zorro lejos de ella. Era todo lo que podía pensar. ¡*Por favor, Sylvain!* Decían que las hadas gustaban de transformar a sus competidoras en flores que luego se ponían en el cabello, hasta que se marchitaban.

—Tienes que encontrar a mi hermana.

La mente de Jacob estaba entumecida de miedo y agotamiento, y no comprendía de qué le estaba hablando.

—Se esconde incluso de nosotras. Nos está poniendo en peligro a todas, aunque

eso nunca le ha importado. Sabe que algunos elfos escaparon ya entonces, cuando se marchó con el goyl. Y que solo existe una forma de romper la maldición. ¿Por qué no dejaste la ballesta donde estaba?

En su rostro había algo que Jacob no había visto nunca. Miedo. La inmortalidad no simpatizaba con ese sentimiento. ¿De qué tenía miedo? Pero el Hada Roja sentía temor. Y no había ido en su busca para matarlo.

—¿Qué quieres de mí?

—Que encuentres a mi hermana antes de que tu hermano la mate.

—¿Will? ¡Mi hermano no mataría ni a una de vuestras polillas!

—Pamplinas. ¡Yo lo he visto! En mis sueños. En el agua del lago. La matará y todas moriremos con ella. Porque les has llevado la ballesta.

Oh, tenía tantas ganas de matarlo.

Pero no lo hizo.

—¿Sabes cuánta desesperación fue necesaria para venir hasta aquí? —Se cubrió el rostro con el velo—. Fue una maldición espantosa, espantosa y estúpida, pero no podemos revocarla. Por favor. Encuéntrala.

Un perro ladraba en la lejanía. La vida cotidiana y la magia. La mezcla de ese mundo.

Will. Jacob no quería dejar que las imágenes llegaran, pero lo hicieron: su hermano con el uniforme ensangrentado delante de Kami'en, una docena de cadáveres a sus pies. Si su hermano realmente tenía la ballesta, la había recibido de Jugador. ¿Qué le había contado el elfo? ¿Por qué iba a querer Will matar al Hada Oscura? ¡Le había dejado marchar!

—¿Jacob?

Zorro. Bajaba por el camino. Podía verla a través de las ramas. El Hada Roja alzó la mano de seis dedos. Jacob agarró su brazo.

—Si te atreves a tocarle un pelo, yo mismo le dispararé a tu hermana y la flecha le atravesará el pecho —le susurró Jacob.

—¡Jacob! —La voz de Zorro sonaba preocupada. Y demasiado cerca.

—¡La olvidarás como a mí! —susurró Miranda—. Y te odiará por eso igual que yo.

Pero ella dejó caer la mano.

—Dicen que mi hermana viaja a Moskva —dijo—. Seguramente quiere ofrecerle su magia a los zares. No aprenderá nunca.

El Hada Roja atravesó las ramas del sauce y se dirigió hacia el pantano.

Jacob la siguió. Ella se volvió una vez más hacia él antes de vadear el agua. Había tanto en su mirada. Pesar, anhelo, ira. Quizá también el ruego de no olvidar.

Zorro se detuvo de golpe al ver al hada.

—¡Quédate donde estás! —le gritó Jacob.

Naturalmente, ella no obedeció.

—Cuida de tu corazón, hermana zorra —le gritó Miranda—. Yo no tengo y aun

así me lo ha roto.

Sylvain había seguido a Zorro.

—¡No la mires! —le advirtió ella, pero era demasiado tarde. Sus ojos se dilataron como los de un niño. Miranda le sonreía mientras acariciaba el agua con las manos. Su vestido rojo la envolvía como una flor. Oscureció mientras el agua se la bebía.

—Tú también les tienes miedo. ¿Por qué? —le gritó a Jacob mientras entraba en la profundidad del pantano—. Tú les has llevado la ballesta. ¿Qué otra cosa pueden querer de ti? ¿El precio habitual? Tendrás que pagar si regresan.

El agua envolvió sus hombros. Se tragó su oscuro cabello. El vestido rojo.

—¿Adónde ha ido? —Sylvain ya tenía el ansia en su cara pero al menos conservaba la voz. Algunos hombres se volvían sordos y mudos al mirar al hada. O perdían la razón.

Zorro los miraba a los dos como queriendo asegurarse de que habían salido bien parados de la inesperada visita. Tenía todos los motivos para dudar. La primera vez que Jacob se había encontrado al Hada Roja, Zorro había tenido que esperar un año entero a su regreso.

—¿Has oído lo que ha dicho sobre su hermana? —preguntó Jacob.

Zorro asintió con la cabeza. Había oído todo.

—Iremos a caballo hacia Moskva, Sylvain —dijo—. L'Arcadie y Ontario tendrán que esperar.



33

## *Ciudad de oro*

Cien cúpulas de oro y un zar que poseía más objetos mágicos que los reyes de Lorena y Albión juntos.

Alcanzaron Moskva una fría tarde de julio. En las calles se veían más abrigos de piel de lobo y marta que en Schwanstein en invierno, pero las torres doradas parecían incluso calentar el viento del norte, y las fachadas pintadas de color amarillo mostaza y verde menta recordaban a los visitantes de occidente que Varangia estaba más cerca de oriente que sus países de origen.

Jacob había visitado Moskva por primera vez siendo aprendiz de Chanute. Habían ido en busca de una muñeca mágica que una vez perteneció a Vasilisa la Bella. Chanute solía beber en el desayuno aguardiente de patatas varego, así que Jacob vagaba casi siempre solo por las calles. No había visto nunca antes una ciudad como Moskva, ni delante ni detrás del espejo. La capital de Varangia era norte, este y oeste al mismo tiempo, y aunque el aire ya olía a nieve en septiembre, uno encontraba incluso el sur en sus calles. Uno de los últimos zares, Vladimir, el amigo del oso, había estado tan enamorado de la arquitectura de Venetia que había hecho arrancar calles completas y reconstruirlas por un arquitecto italiano. El corazón de Moskva latía, sin embargo, en el este. Los dragones en los tejados parecían haber llegado volando de Drukhol, y los caballos de oro, que extendían sus alas sobre los frontispicios de los palacios, recordaban a las estepas de Tangut. ¿Qué hacía que

incluso en primavera se encontrarán malen'kys congelados sobre el adoquinado? (Así se llamaba a los duendes de Varangia). Los burgueses de Moskva olvidaban el clima rudo en los innumerables baños turcos de la ciudad y allí soñaban con Constantinopla y las playas del mar Blanco.

Jacob recordaba cuánto le hubiera gustado entonces quedarse más tiempo, pero Chanute oyó algo en una de las tabernas en las que se emborrachaba sobre un martillo mágico en Suoma y cambió el destino de la caza, como hacía a menudo, de un día para otro. Habían encontrado el martillo y se lo habían vendido por una fortuna a un príncipe holsaciano... Y Jacob no volvió a pisar Moskva hasta años después.

Antes de subir al tren, Chanute había telegrafiado a un viejo conocido respecto a su alojamiento.

—Aleksy Fyodorovich Baryatinskij me debe la vida —explicó a la pregunta de Sylvain de quién era exactamente ese conocido (por supuesto en un tono tan alto que el vagón entero pudo oírlo)—. Ya es hora de cobrar las deudas. Lo salvé de ser desgarrado en pedazos por un licano. En aquel entonces aún era el hijo embustero de un príncipe de provincias en bancarrota, pero ahora suministra armas al Ejército varego. La guerra de Circassia lo ha podrido de dinero, así que el alojamiento será de primera clase.

Jacob ya se había topado antes con algunos de los viejos conocidos de Chanute. Y raras veces esos encuentros habían transcurrido de manera satisfactoria, pero no podían pagar un hotel en tanto no encontraran un modo de ganar dinero. Jacob había intentado hacer remendar el pañuelo que durante años le había llenado de forma fiable los bolsillos de táleros de oro, pero hasta las costureras de Ucrania, famosas por su destreza, habían meneado de un lado a otro la cabeza con pesar. Tendría que procurarse uno nuevo. Aun cuando recordara con espanto el beso que había estampado en los ardientes labios a una bruja para conseguir el que tenía.

Baryatinskij había recibido el mensaje de Chanute. Cuando bajaron del tren en la estación más espléndida y nueva de Moskva, su sirviente de librea los aguardaba en el andén. Cuando Jacob le preguntó si el Hada Oscura había llegado ya, se santiguó y expresó la esperanza de que se hubiera transformado en un enjambre de polillas y de que hubiera volado hacia Constantinopla. Los diarios de Moskva, por el contrario, hacían apuestas sobre cuándo ofrecería sus respetos a los zares. Chanute comprendía algo de varego y podía leer bastante kirílico como para descifrar los avisos en las portadas: «Se espera al Hada Oscura en el baile del zar». «La Oscura solo está a un día de viaje». «Ya ha llegado y se oculta en el palacio del zar»...

Jacob se sorprendió buscando entre el gentío, a través del cual se encaminaban hacia el carruaje de Baryatinskij, también a Will y al bastardo. La misión de proteger a su hermano menor del goyl le seguía pareciendo más realista que salvar al Hada Oscura de Will. Pero el miedo de su hermana la Roja había sido demasiado real. La tarjeta del elfo guardaba silencio desde su visita, y Jacob no había seguido aún el consejo de enterrarla. Debía admitir que tenía miedo de perder la única comunicación

con el elfo. *Pero ¿cómo piensas salvarla la próxima vez?* No tenía la menor idea. Quizá tendría que suplicar misericordia... aun cuando no supiera por qué albergaba la esperanza de que se le concedería.

Le había hablado a Zorro de los capullos. «Si existen, los encontraremos», respondió ella. «Pero primero buscaremos a tu hermano». Había guardado silencio mucho tiempo después de que él repitiera lo que la Roja dijo sobre Will. «¿La crees?», le preguntó él finalmente. «Sí», se limitó a responder ella. Y miró por la ventana del tren intentando imaginar cómo sería su mundo sin hadas.

No habían vuelto a hablar del precio de Jugador, pero cada roce que evitaba se lo recordaba, y cada mirada que Zorro lanzaba a otro. Solo tenía que mirarla para saber que a ella le pasaba lo mismo. El hada no le importaba y, al igual que Chanute, pensaba que Will tenía que cuidar de sí mismo. No abandonaba la caza porque era la única forma de vengarse del elfo por lo que les había robado. Pero Jacob sabía que no había sido capaz de protegerla y hasta los extraños alazanes plateados que iban delante del coche que los esperaba le recordaban a Diecisiete.

El amor crea cobardes. Nunca había comprendido lo que eso significaba.

• • •

Chanute les había prometido un alojamiento principesco. Aleksey Fyodorovich Baryatinskij vivía en el mejor barrio de la ciudad, a tan solo unas manzanas del Kremlin, la fortaleza medieval donde el actual zar había establecido su residencia y sede del Gobierno pese a las protestas de la nobleza. Sus antecesores habían gobernado desde San Vladisburg, la ciudad marítima que había sido construida imitando a ciudades occidentales, pero Nikolaij III quería recordar a Varangia que sus raíces estaban en oriente.

El palacio de Aleksey Fyodorovich Baryatinskij estaba situado detrás de un portón que exhibía más oro que el palacio imperial de Viena, y los perros que había junto a los guardias eran tan extraños como los alazanes que los habían llevado hasta allí: barsoi, galgos de Yakutia, hijos del viento. A pesar de su tamaño eran gráciles, como si el viento los hubiera moldeado, pero ese no era el motivo de su nombre: su pelaje tomaba color cuando el viento lo atravesaba. En los ejemplares más valiosos, este se volvía azul pálido; en otros, plateado, como si la luz de las estrellas quedara atrapada en el pelo corto. Esa cualidad casi los había llevado a la extinción, hasta que la nobleza varega pasó de convertirlos en abrigos a perros guardianes. Un barsoi atacaba sin previa amenaza y mientras lo hacía era tan silencioso y rápido que rayaba en magia.

Alzaron los hocicos puntiagudos olfateando cuando Zorro descendió del carruaje. El palacio que vigilaban era típico de Moskva, cuyos habitantes, ya fueran pobres o ricos, soñaban con la vida rural incluso en la ciudad: en el ancho patio interior, pavos y pavos reales escarbaban entre los bancales de verdura. Había cobertizos para la leña

y un invernadero cuyo cristal protegía del frío de Moskva a los naranjos. El propio palacio tenía un techo decorado con tantos colores como una alfombra, y torres cuyos tejados se erigían como pimpollos dorados en el cielo. Zorro se volvió hacia Jacob con una sonrisa. Sí, la zorra se habría construido un palacio como ese.

El hombre que Chanute había salvado de los colmillos de un licano los hacía esperar. El rostro de Chanute se volvía más sombrío a cada minuto que pasaba, acurrucado en un sofá de cuero que valía más que todo el mobiliario del Ogro junto, al tiempo que observaba cómo Sylvain vaciaba el aguardiente de patata que los criados servían sobre bandejas de plata parsas. Jacob estaba contento de que Chanute se mantuviera alejado del aguardiente, aunque el motivo fuera el biter sepulcral que estaba tomando.

Zorro estaba junto a una de las ventanas cubiertas de pieles (hasta las noches estivales podían ser frías en Moskva) y miraba la silueta de la ciudad que, detrás de los tejados, se perfilaba como capas de papel de colores. Jacob conocía esa silenciosa contemplación. Podía pasarse horas así. Imágenes, sonidos, olores... recordaba cada detalle años después. Jacob amaba mirar su rostro cuando estaba tan absorta, tan ensimismada, solo por un instante. *Está prohibido, Jacob*. Chanute contaba por tercera vez cómo se había ganado la eterna gratitud de Aleksey Fyodorovich Baryatinskij, y Jacob percibía el ansia de aquello que no debía suceder, de un modo más doloroso que la mano de cristal de Diecisiete y el cuervo de la baba.

Sobre el estante de la chimenea hacía tictac un reloj del cual salía a cada hora un oso dorado que giraba un carrillón haciéndolo sonar. Cuando el oso apareció por segunda vez, Chanute se levantó con una blasfemia que había oído a Sylvain. En ese mismo momento los criados abrieron las puertas como si Aleksey Fyodorovich Baryatinskij hubiera aguardado solo un santo y seña procaz. Era el hombre más corpulento que Jacob había visto nunca. Incluso los olche fron, que se protegían con seis capas de grasa del frío de su glacial tierra, hubieran inclinado la cabeza con absoluto respeto. A Chanute le resultaba difícil creer que Baryatinskij hubiera participado como oficial condecorado en dos guerras. La mirada que lanzó a Zorro confirmaba en cualquier caso su debilidad por las mujeres bellas de la que Chanute le había hablado. Su anfitrión también sentía pasión por batirse en duelo. Uno de los criados les contaría a la mañana siguiente en el desayuno que su señor había atravesado de un balazo el brazo izquierdo de uno de los mejores pianistas de Varangia por acusarlo de tener una aventura con su esposa.

Baryatinskij miró de reojo a Jacob, elogió el cuello tatuado de Sylvain con el comentario «No está mal. ¿Yakutsia o Constantinopla?», no aguardó la respuesta y enterró a Chanute en un abrazo que por lo visto debía compensar la larga espera.

—Una invitación inesperada... el mensajero de Louisiana. ¡En ningún otro lugar se puede jugar mejor a las cartas, pero he perdido una fortuna! —La voz de Baryatinskij era sonora como la de un cantante de ópera (no era de extrañar dado el volumen corporal) y suave como la piel de oso que llevaba al cuello—. ¿Dónde has

dejado tu brazo, amigo mío? —gritó hundiendo su dedo anillado en el pecho de Chanute—. ¡Mírate, has envejecido! ¿No estabas buscando una fuente de la juventud?

—No la encontré —respondió Chanute enfurruñado—. ¿Y qué hay de ti? ¿Te has dejado picar por moscardas kirguís porque su veneno hace cagar oro?

Baryatinskij se pasó la mano por la barriga con una sonrisa satisfecha.

—¡Interesante! Pero no, mis nuevos dientes incisivos son los culpables. No te lo vas a creer, me producen hambre. —Los mostró como un perro: cuatro dientes de cornalina de color rojo pálido—. Una apuesta. Me los tuvieron que poner cuando los goyl hundieron la flota de Albión. ¿Y sabes qué? ¡Lo hice con gusto! Aunque la guerra contra ellos me hiciera rico... ya era hora de que alguien disputara por fin con los perros de la isla por los mares. No lo tome usted a mal —añadió mirando a Jacob—. Vos procedéis de Albión, ¿es así? Uno de mis mejores amigos proviene de allí. Espía incluso para Vuestro rey. Él lo niega, pero todos en Moskva lo saben. Una auténtica lástima. Uno puede pillar una fantástica borrachera con él. He intentado convencerle para que trabaje para mí pero no quiere oír hablar de ello. Amor a la patria. ¿Cómo se puede amar a otro país que no sea Varangia?

Chanute lo acompañaba en su risa, pero la mirada que lanzó a Jacob era interesadamente fría.

—¡Pamplinas! ¡Estoy seguro de que tienes mejores espías que él entre tus criados! —dijo, y rodeó con su único brazo los voluminosos hombros de Baryatinskij—. Suéltalo ya. ¿El Hada Oscura está en Moskva?

Baryatinskij se manoseó los gemelos dorados con irritación, como un escolar al que han pillado haciendo una gamberrada.

—¡El hada, el hada! ¡A quién le importa dónde está! —replicó con un gesto de desdén que casi le cuesta la vista a uno de sus criados—. Varangia no necesita ninguna magia para derrotar a sus enemigos. Sin contar con que nuestro zar no sería tan estúpido de atacar a los goyl por la amante depuesta de su rey. Pero dejémoslo. ¡Estás en Moskva, la mejor ciudad del mundo! ¿Qué tal un nuevo brazo? Conozco a un orfebre que fabrica miembros artificiales para todos los oficiales a los que la guerra en Circassia ha dejado mutilados. Sus brazos de acero son más adecuados para el gran Albert Chanute que el ridículo trozo de madera que llevas ahí. ¡Pueden mover los dedos! Si pagas lo suficiente, incluso los recubre con oro.

Chanute miraba a Baryatinskij incrédulo, como si hubiera afirmado que cultivaba brazos en sus bancales de verduras.

—¡Anda...! —gruñó acariciando la madera que le reemplazaba la mano desde hacía años—. El ridículo trozo me ha prestado un gran servicio. Pero ¿qué amigo es ese del que has hablado? El espía... quizá lo conozca. —Albert Chanute no se rendía tan fácilmente.

—Le llaman el barsoi. —Baryatinskij sacó un reloj de bolsillo del chaleco bordado y echó un vistazo a la esfera—. Le ha hecho creer al zar que tiene

antepasados varegos. Es un mentiroso insolente. Sé de fuentes seguras que procede de Caledonia.

—¿El barsoi? Conocía a un hombre al que apodaban «el galgo» —interrumpió Jacob—. Era el mejor espía de Albión en Leonia.

—Probablemente sea el mismo. —Baryatinskij se pasó la mano por el cabello repleto de rizos—. Disculpadme. El zar celebra esta noche un baile. He de cambiarme y comentar con el cocinero los menús para el resto de la semana. En este palacio damos mucha importancia a la comida.

Brindó a Zorro una sonrisa de color rojo cornalina.

—Podría necesitar una acompañante femenina para el baile. Mi mujer se ha ido al campo con mis hijas. Moskva le parece abrumadora.

Zorro miró a Jacob con gesto interrogante.

—Lo siento, Aleksey Fyodorovich —respondió él en su lugar—. Pero *mademoiselle* Auger irá al baile del zar conmigo.

—¿Ah, sí? —Baryatinskij lo observó por primera vez más detenidamente—. ¿Por qué iba el zar a honrar a un forastero con una invitación por la que algunos de los burgueses más influyentes de Moskva se han esforzado en vano? No lo tome usted a mal, pero hasta mis cocheros están mejor vestidos.

—Recibiré la invitación, Aleksey —dijo Chanute—. Quizá hayas oído hablar de él. ¿Jacob Reckless? Se ha labrado una buena reputación como cazador de tesoros. No me extraña, después de todo ha sido mi aprendiz durante años.

—¿Reckless? Oh, sí, sí, naturalmente. —Baryatinskij se llevó a la boca uno de los higos rellenos que un criado le ofrecía—. Habéis encontrado el zapato de cristal de Therese von Austrien. Os tiene en mal concepto. ¿Y no ha ofrecido el príncipe heredero de Lorena una recompensa por vuestra cabeza? —Sonrió a Zorro como si le expresara su pesar por su incalificable acompañante.

Zorro le devolvió la sonrisa... y le recordó a Jacob con un apretón de manos sus bolsillos vacíos antes de que diera una respuesta que les costara la hospitalidad de Baryatinskij.

—He hecho preparar algunas de mis mejores habitaciones —dijo—. Mi palacio es una casa abierta... aun cuando los huéspedes provengan de Albión —añadió mirando a Jacob—. Cada mediodía hago izar una bandera en mi tejado para hacer saber a todo Moskva que mi cocinero ha hecho su trabajo. La ciudad entera está invitada a cerciorarse de que en ninguna parte se come mejor que en mi palacio. A veces no conozco a los huéspedes que tengo en mi mesa, ¡pero la vida es corta y nuestro invierno muy frío! ¿De dónde sois? —preguntó a Sylvain, que en ese momento se metía en la boca uno de los higos rellenos—. ¡Espero que no de Albión!

Sylvain se atragantó con el higo y lanzó a Chanute una mirada en busca de ayuda.

—Oh, no, no, Sylvain es de L'Arcadie —respondió Chanute por él.

Baryatinskij observó a Sylvain con absoluta compasión.

—Muy bárbaras las colonias allí. El Encorvado no está muy contento con ellas. A

Varangia le gustaría liberarlo de ese lastre.

Sonrió satisfecho de su propia broma... y se inclinó ante Zorro cuando uno de los criados le recordó que debía retirarse.

—*Do swidanja, mademoiselle* —dijo, y le besó la mano—. Por el placer de recibiros bajo mi techo perdono al alegre Albert por haber traído un albionés a mi casa. Hay muchos bailes en Moskva y soy un excelente bailarín. No pierdo la esperanza.

Chanute apenas se percató de que su viejo amigo los volvió a dejar solos con el criado. Estaba allí con la mirada clavada en su mano de madera.

—Dedos de metal —murmuraba—. ¿No se oxidarán?

Jacob observó que Zorro examinaba su vestido sucio. Sí, ¿cómo iban a pagar vestidos de baile caros? Deseó tener en los bolsillos la plata con la que Diecisiete había sustituido su carne. Chanute observaba ya el reloj sobre el estante de la chimenea como si estimara su valor de venta en el mercado negro moskovisa, cuando Zorro se quitó un anillo del dedo.

—Toma —dijo dejándolo caer en la mano de Jacob—. Estoy segura de que su antigua dueña aceptará cambiarlo por vestidos de baile.

El ogro, de cuya cueva procedía el anillo, había estado ocupado puliendo las joyas de sus víctimas antes de que ella lo matara.



34

## *El baile del zar*

El vocerío que llenaba el salón de baile sonaba como el zumbido de un nido de abejas salvajes. Incluso el oro que recubría las paredes con abundancia era de un color amarillo pálido que recordaba a la miel. ¡Y la música! De niña Zorro se había imaginado muchas veces bailando en una sala parecida mientras daba vueltas con los ojos cerrados en el bosque, teniendo como orquesta el canto de los pájaros y el murmullo del viento en las hojas de los árboles. Estaba deseando hacer lo mismo en ese palacio, hasta que los pies le dolieran, entre las columnas de malaquita que al parecer una hechicera le había regalado al zar de Varangia.

La gigantesca sala parecía no tener cabida para todas las personas que entraban en masa a través de las enormes puertas. Muchos de los hombres vestían de uniforme... casi no se podían contar tantos colores y países. Zorro miraba los uniformes de color negro de Varangia, azul de Albión, rojo de Lorena, verde pavo real del Imperio Suleimán. Las mujeres llevaban lágrimas de ondina y redes de oro en el cabello, velos de encaje lorenés, vestidos de seda de Zhongguo, azul noche, violeta, verde esmeralda, y terciopelos bordados con cristal de elfo y diamantes. Sin embargo, las miradas siguieron a Zorro cuando se abrió paso a través de la multitud del brazo de Jacob. Su vestido era de color bermellón.

—Salto a la vista como una mancha de sangre en la nieve —susurró a Jacob.

—Más bien como un tulipán silvestre en un ramo de flores de tela —le susurró mientras cogía dos copas de champán de la bandeja de un criado—. ¿Estás segura de

que puedes cuidar de ti misma mientras ofrezco mis servicios al zar? Baryatinskij te perseguirá en cuanto vea que le dejo el camino libre.

—Mientras sea un buen bailarín... De lo contrario le pisaré los pies —susurró Zorro—. Nuestro anfitrión seguro que aprecia mucho sus zapatos.

Había bailado con Jacob una sola vez en un baile de pueblo en Albión. Apenas habían dado los primeros pasos cuando unos soldados que estaban borrachos le pegaron fuego a la cola de rata del amigo historiador de Jacob, Dunbar, y naturalmente Jacob fue en su ayuda.

Le habría gustado tanto bailar con él, en esa sala, con ese vestido, pero el elfo de aliso le había robado lo que casi era suyo. Habría sido menos cruel si no hubiera comenzado a albergar esperanzas. La cercanía de los últimos meses, los gestos de ternura que se habían permitido cada vez más a menudo... ahora temían incluso darse un apretón de manos. Zorro conocía a Jacob demasiado bien para esperar que la situación volviera cambiar. No mientras creyera que así la estaba protegiendo.

El zar se había alegrado mucho cuando se enteró de que el cazador de tesoros más célebre de occidente había llegado a Moskva. No solo invitó a Jacob al baile, sino también a hacer una visita a la Colección Mágica que, al contrario de las salas de los tesoros imperiales de Vena, no estaba abierta a visitantes. Zorro había apostado con Sylvain a que el zar les encargaría capturarle un pájaro de fuego, mientras que Chanute creía que codiciaba el vestido de plumas de Vasilisa la Lista, la legendaria hija de un rey del mar a la que ya muchos zares habían intentado atraer a su corte. Sea lo que fuere el encargo, el pago les llenaría los bolsillos y, en caso de que Will y el hada no fueran a Moskva, con la protección del zar podrían viajar con toda tranquilidad por Varangia... algo que, por lo demás, solo se le permitía a los extraños de forma restringida.

Un oficial varego casi tira la copa que Zorro sostenía en la mano cuando pasó a su lado. La sonrisa que le brindó era mitad disculpa, mitad piropo. El ujier de Baryatinskij, que pasaba la mayor parte del tiempo jugando a las cartas con los mensajeros de su señor, había contado a Zorro que los oficiales de Varangia se sentían tan orgullosos de sus artes de baile como de su buena puntería en los duelos, y que para la mayoría no era inusual asistir cada noche al menos a un baile. A su pregunta de si también se batían en duelo cada noche, el ujier se había limitado a responder asintiendo orgulloso con la cabeza.

Había tantos hombres.

*Échales un vistazo, Zorro. Él no es el único.*

Pero sus ojos buscaron a Jacob. Parecía estar viendo algo que no le gustaba. Zorro siguió su mirada. Cinco uniformes de color gris. Baryatinskij le había contado a Chanute que Kami' en estaba en Moskva... no porque a su anterior amante también se la esperara en la ciudad, como los goyl no se cansaban de hacer constar, sino para sellar una alianza con el zar.

Zorro no había visto nunca a tres de los goyl, pero dos eran viejos conocidos. La

presencia de Hentzau era previsible. Kami'en apenas se dejaba ver en las visitas estatales sin su perro de jaspe. Y Zorro se había topado con la soldado que estaba junto a Hentzau en una mazmorra goyl. No era un recuerdo agradable.

Hentzau también había reparado en Jacob. Lo miraba incrédulo, como si no creyera lo que sus ojos veían. El izquierdo era ahora blanco como la nieve... ciego por la luz del sol. Hentzau dijo algo al otro goyl. Después se encaminó hacia Jacob. La soldado lo seguía como una segunda sombra.

Zorro vio cómo los hombros de Jacob se tensaban. Pocos hombres tenían la oportunidad de encontrarse con su asesino. Hentzau sonreía mientras se acercaba a Jacob como recordando el acertado tiro con el que le había atravesado el corazón. Jacob casi había matado de un disparo a la sombra uniformada de Hentzau en el valle de las hadas y en desquite ella le había puesto escorpiones sobre el pecho. El rostro de Nesser no revelaba nada de aquello, pero Zorro sentía el esfuerzo que eso le costaba.

Recuerdos. Jacob interpretaba la serenidad de forma tan convincente como los goyl, pero no podía engañar a Zorro. Hentzau había entregado a Will al Hada Oscura, y a él lo había humillado y a punto estuvo de machacarlo. La respuesta de Jacob a esas heridas era agresividad, arrogancia... y la frialdad que Zorro había temido tanto cuando aún no lo conocía lo suficiente para ver la vulnerabilidad que intentaba proteger.

—Ah, el ladrón de aviones. ¿O debería decir el hombre que simplemente no quiere morir? —Hentzau saludó a Jacob según la costumbre de los goyl, presionando el puño sobre el corazón. Quizá también quería recordarle la bala que le había disparado y le atravesó el pecho—. Ya había celebrado que te habíamos ahogado junto con la Marina albionesa en el Gran Canal. Después se dijo que habías muerto quemado en la Ciudad Muerta. El bastardo jura que lo vio con sus propios ojos, pero siempre lo he tenido por un mentiroso.

—Ah, sí. El bastardo. ¿Qué tal está? —La voz de Jacob no delataba sino tedio cortés.

—¿Y yo qué sé? Viene y va. No me fío de él... demasiada sangre ónix en las venas.

Sonaba como si Hentzau no supiera con quién viajaba el bastardo. Los goyl buscaban al goyl de jade desde la Boda Sangrienta, y que Nerron no hubiera entregado aún a Will podía significar muchas cosas. ¿No lo había reconocido el bastardo? ¿Tenía sus propios planes de venganza? Zorro no tenía claro qué explicación era más tranquilizadora. Solo sabía que incluso a ella le resultaba difícil leer los rostros de los goyl.

La fugaz mirada que Hentzau le lanzó confirmaba su sospecha de que no la reconocía. Tenía un aspecto muy distinto la última vez que habían estado frente a frente: más joven, sucia y llorosa, convencida de que el goyl había matado a Jacob de un disparo. Nunca le perdonaría a Hentzau el dolor que sintió.

—¿Y? —preguntó observando a los invitados que había alrededor—. ¿Qué trae a Jacob Reckless a Moskva?

—No he cambiado de oficio —respondió Jacob—. Tampoco Vos. Pero veo que tenéis una escolta. Tanto tiempo sobre la tierra tiene un precio, imagino. Y ya no sois joven.

Oh, a los dos les habría encantado tirarse al pescuezo, como dos perros que quisieran demostrar cuál era el más fuerte. Nesser miraba a Jacob con tanto odio que Zorro estuvo tentada de colocarse delante de él para protegerlo.

—¿Gobodin Reckless? —El oficial que se detuvo detrás de Jacob pronunciaba su apellido casi sin acento—. A Su Majestad, Nikolaij III, zar de Varangia, le gustaría charlar con vos sobre la inagotable magia de nuestro país.

Hentzau siguió a Jacob con la mirada cuando se fue detrás del oficial. El goyl se había olvidado de Zorro. Los recuerdos que Jacob traía a Hentzau eran casi tan humillantes como los que le había regalado a Jacob: prisioneros evadidos, un avión robado, la Boda Sangrienta a la que casi no había sobrevivido...

La orquesta comenzó a tocar un vals. Hentzau se dio la vuelta de golpe sin reparar en Zorro y desapareció con su sombra entre la multitud. Zorro se alegró de no verle más.

Jacob se encontraba ya junto al zar. Nikolaij III recibía en una tribuna adornada de flores al otro extremo de la sala y estaba acompañado de su favorita en ese momento. Circulaba el rumor de que corría sangre de rusalka por sus venas. El ligero tono verdoso de su cabello lo hacía más creíble. Al hombre que sonreía era la primera vez que Zorro lo veía sin uniforme. Kami'en, primer rey de los goyl. Probablemente llevaba el frac para subrayar sus intenciones pacíficas. Su piel de cornalina relucía como el cobre a la luz de las velas. A Zorro le habría encantado oír lo que le decía a Jacob. Sus escoltas parecían algo nerviosos ante la muchedumbre que se agolpaba al pie de la tribuna. Los ónix habían cometido hacía poco otro atentado contra Kami'en en el que tres de sus escoltas habían perdido la vida. ¿Había viajado tan lejos solo para sellar la alianza con los zares en persona o por temor a que su amante les hiciera una oferta que no pudieran rechazar? «Kami'en no conoce la palabra temor». Hasta sus enemigos decían eso sobre el rey de los goyl. Pero ¿qué pasaba con el amor? ¿Celos? ¿Ira hacia la asesina de su hijo? Si acaso era la asesina. Jacob lo dudaba y no era el único, aunque en las últimas semanas muchos hombres habían pagado con su vida solo por haberse cruzado en su camino.

Moskva parecía aguardar a la Oscura conteniendo la respiración, incluso esa misma noche, incluso en esa misma sala. ¿Y qué ocasión habría sido más apropiada para su entrada en escena que un baile del zar? Cada vez que el maestro de ceremonias anunciaba un nuevo invitado, todos los ojos se dirigían hacia la puerta, los de Kami'en incluidos.

—¿Me permite el próximo baile?

El oficial que se inclinó delante de Zorro era muy apuesto y llevaba el uniforme

de Varangia. *Él no es el único, Zorro*. Ella posó la mano sobre el brazo que le ofrecía. Quizá en la pista de baile se entarase de algo más sobre el hada de lo que Jacob podría averiguar de un zar que deseaba hablar de tesoros mágicos. No sería la primera vez que la verdad dejaba su rastro en lugares inesperados.

La orquesta comenzó a tocar y la sala se llenó de música como una fragancia perturbadora a la que Celeste, al igual que Zorro, no se podía resistir. El guapo oficial no hablaba su lengua materna ni tampoco la de Austrien o la de Albión. No recibía respuestas de él, solo una sonrisa y un silencio que le recordaban a Zorro que estaba en un país lejano y extraño. Por desgracia, no bailaba ni la mitad de bien que Ludovic Rensman, que en una fiesta que organizó su padre le había enseñado los pasos de baile de Vena. Zorro se esforzaba por poner a salvo sus pies y el dobladillo de su vestido de las relucientes botas del soldado. Y Jacob continuaba entre Kami'en y el zar...

El ministro, que fue el siguiente en sacar a bailar a Zorro, era mejor bailarín que el apuesto oficial y hablaba lorenés con fluidez, pero de él solo obtuvo el chismorreo de la corte: la nueva amante del zar (por lo visto no era la mujer que estaba a su lado), el mejor sastre de Moskva, el sombrerero más renombrado... estaba absolutamente convencido de que los temas que interesaban al sexo femenino eran muy limitados. Zorro deseó que la orquesta pudiera tocar más alto para dejar de oír las futilidades de las que hablaba. Su voz se mezclaba y desafinaba entre los instrumentos de cuerda y los clarinetes.

Su tercer admirador era un almirante cuyas sudorosas manos dejaban manchas en la seda roja de su vestido. Cuando le estampó un beso húmedo en la mano y le preguntó por su dirección, Zorro se arrepintió de no haberle cedido a Jacob el baile y en su lugar hablar con el zar sobre tesoros. Alguien carraspeaba a su lado.

—No estoy seguro de bailar lo bastante bien para hacer justicia al vestido o a la bailarina, pero prometo esforzarme al máximo.

El galgo apenas había cambiado. Seguía sin parecer un espía. El barsoi... a Zorro le gustaba más su apodo en ruso. Lo había dicho en su lengua materna, el lorenés le salía de forma natural (si Zorro recordaba bien, dominaba más de una docena de idiomas), pero él teñía cada palabra de colores caledonios: gris y verde, montañas pedregosas, casas enlucidas de color rojo sangre de buey, valles con cicatrices de huellas de gigantes y mares salinos en los que se reflejaban castillos derruidos y monstruos con escamas de hierro que acechaban a los pescadores. En ninguna otra parte había playas que fueran tan blancas por las lágrimas de ondina o valles en los que la niebla alumbraba guerreros de lluvia. Zorro amaba Caledonia. Y le gustaba el galgo. Se alegró de volver a verlo.

Era guapo y feo al mismo tiempo, delgado como un cálamo (lo que hacía pensar que su apodo se debía a su figura), con el cabello rubio ceniza, tan rebelde que se lo apartaba de la frente una y otra vez mientras hablaba. Sus ojos eran castaños, algo inusual en Caledonia, astutos de un modo casi inquietante, y tan audaces como los de

Jacob. Quizá la osadía del galgo fuera algo más desconsiderada... frente a sí mismo y frente a los demás.

—¿Cuál es el nombre de la dueña del maravilloso vestido y el hermoso rostro?

A Zorro no le sorprendió que no la reconociera.

—Celeste Auger. ¿Y el vuestro?

Su sonrisa desvelaba lo satisfecho que estaba de sí mismo. Había formulado la pregunta en la lengua correcta.

Amagó una reverencia que desvelaba que no le gustaba inclinarse.

—Tennant. Orlando.

Ahora Zorro sí se sorprendió. Esperaba que le diera un nombre falso. Por otro lado... quizá fuera uno falso.

—*Mademoiselle* Auger —dijo ofreciéndole el brazo.

—Con una condición.

Él sonrió. Le gustaba jugar. Zorro tenía la sospecha de que al barsoi todo le parecía un juego, quizá incluso más que a Jacob.

—¿Y cuál sería?

Zorro lanzó una mirada discreta en dirección a Jacob. Conversaba con el zar. Y su favorita solo tenía ojos para Kami'en.

—Yo decido el tema de conversación —dijo—. No soporto otro baile en el que tenga que hablar sobre la última moda de los sombreros.

El barsoi rio.

—Qué lástima. Mi tema favorito. Pero me esforzaré por encontrar otro.

Esta vez Zorro aceptó su brazo.

—¿Resulta más divertido servir a Wilfredo de Albión en Moskva o en Metragirta?

«Ah, sabes más de mí que yo de ti. Eso debe cambiar», decía la mirada del barsoi.

—Servir nunca resulta divertido.

La respuesta le gustó. La zorra olfateaba astucia pero no socarronería. Y tampoco malicia. Por otro lado... la zorra tampoco la había prevenido contra el barbazul. El recuerdo hizo que Zorro retirara por un instante la mano cuando Orlando Tennant fue a cogérsela, pero pronto cayó en la trampa. A veces tenía miedo de no volver a confiar por completo en el roce o la sonrisa de un hombre. Incluso el rostro de Jacob estaba unido para siempre a la Habitación Roja del barbazul.

La pista de baile resplandecía a la luz de las arañas de cristal como un mar helado. La orquesta tocaba una polca. Zorro sentía la música como un segundo latido en el corazón.

—¿Es cierto que el zar ha convertido a la hija de un campesino esclavo en su amante?

—Oh, sí. Incluso ha ordenado construir un palacio en el que la mantiene oculta. Ella tiene una voz maravillosa, pero solo puede cantar para él. A las otras amantes las tiene solo para que sus príncipes no piensen que prefiere a la hija de un sirviente

antes que a sus hijas.

Oh, era un buen bailarín, muy bueno, y Zorro nunca había disfrutado tanto de su figura humana.

—¿Os gustaría una vida así? La amante del zar, un palacio propio, pero prisionera del amor...

—Siempre se es prisionero del amor. —Las palabras brotaron de los labios de Zorro como si las hubiera dicho innumerables veces, pero ni siquiera sabía que pensara eso.

—Interesante. ¿Por qué decís eso? ¿Malas experiencias?

—Yo decido el tema de conversación.

—*Touché*. Los señores a los que servimos, las mujeres a las que amamos... ¿Qué será lo próximo de lo que hablemos?

—¿Traerá el Hada Oscura su magia a Moskva?

Incluso para un espía resultaba difícil ocultar un momento inesperado mientras se bailaba, pero el barsoi perdió el compás solo por un instante.

—Lo siento. A esa pregunta no podemos contestar ni yo ni el servicio secreto del zar. —Se inclinó sobre ella hasta que sus labios casi rozaron su oreja—. He prometido a Wilfredo, la Morsa, telegrafiarle la respuesta en una semana a más tardar, pero prometo que vos la conoceréis antes que él.

Esta vez fue ella la que sonrió. Se sentía cómoda en su cercanía. *Estás mareada de tanto bailar, Zorro. Eso es todo.*

Ella siguió preguntando para que el galgo no se percatara de que solo le interesaba esa respuesta: «¿Cuál es la magia más valiosa en la Sala de los Tesoros del zar?», «¿De verdad tiene un caballo volador?», «¿Es cierto que ha desterrado a dos de sus hermanastros a Yakutsia por atentar contra su trono?».

Bailaron. Y bailaron. Y el barsoi le habló a Zorro del lobo de hierro y de las alfombras voladoras que había en la Colección Mágica del zar. Le describió los palacios de hielo en Yakutsia que los hermanos del zar desterrados habían hecho construir, y le contó que hacía una semana las calles de Moskva habían temblado tanto que el zar había ordenado buscar a un dragón sobreviviente debajo de la ciudad. Zorro adoraba la decepción en su voz cuando añadió que no habían encontrado más que ratas y la bomba de un anarquista.

Cuando la orquesta dejó caer los instrumentos, el mundo se volvió de pronto muy silencioso. Y muy frío sin el brazo del barsoi rodeándole la cintura.

—Tres días —murmuró Orlando Tennant mientras la sacaba de la pista de baile—. Dadme tres días para la respuesta. Aun cuando no sepa por qué la queréis conocer.

Zorro sintió la sombra del barbazul cuando el barsoi la besó en la mejilla, pero ella envió el recuerdo a su casa ensangrentada y se obligó a olvidar que por su culpa el deseo iba unido al miedo.

—Pero a quién tenemos aquí. Orlando Tennant. —Jacob apareció tan de repente a

su lado que Zorro se estremeció como si un extraño la hubiera agarrado del brazo—. ¿Te hartaste de los calurosos veranos de Metragirta?

—Jacob. —El barsoi lo recordaba. Frunció el ceño y observó a Zorro incrédulo de arriba abajo—. No. No puede ser.

—Lo sé. Sigue poniéndose el pelaje demasiado a menudo. ¡Díselo! No me escucha.

Zorro no terminaba de comprender la mirada que Orlando le lanzaba. Quizá lo que veía en ella tenía que ver con el oficio del barsoi: con qué frecuencia usaba él un nuevo nombre, comenzaba una nueva vida en un nuevo lugar, cambiaba de forma.

—No es fácil dejarlo —dijo él—. Disculpa que la haya secuestrado tanto rato. No sabía que tenía delante a la parte inseparable de Jacob Reckless.

—Oh, no. Zorro solo es dueña de sí misma. —No solo había orgullo y ternura en la respuesta de Jacob. Había algo más. Dolor. Arrepentimiento. Miedo. «¡Largo! Eres libre. Te protejo para no causarte dolor»...

Los músicos cogieron precipitadamente sus instrumentos. El zar se disponía a abandonar la sala. La multitud se dispersó como una bandada de pájaros frente al azor, mientras la orquesta tocaba el himno de Varangia. El zar le hizo señas a Jacob para que se acercara cuando pasó junto a ellos. Nikolaij III era más grande que la mayoría de sus oficiales, con el cabello crespo y oscuro, y un perfil que hubiera honrado al animal heráldico de Varangia, el águila de doble cabeza. Las mujeres lo miraban con tanta admiración como los hombres. «Él volverá a hacer grande Varangia». «Él recordará a la nobleza que nuestras raíces están en oriente». «Él reconciliará a ricos y pobres, y liberará a los campesinos esclavizados». Zorro no había oído esa noche una sola palabra mala sobre el zar, pero se trataba de su baile y su palacio.

Además de su amante, seguían al zar una docena de oficiales. Y Kami'en. Poco antes de llegar a la puerta, Hentzau se unió a él con los otros goyl.

—¿La alianza entre los goyl y Varangia es oficial? —preguntó Jacob—. Eso será del agrado de tu señor.

—No —respondió Tennant—. Deben haberle hecho al zar un regalo mucho más útil que las espadas cubiertas de joyas que le suelen ofrecer, pero de qué se trata es el secreto mejor guardado de Moskva. ¿Qué estás buscando aquí? ¿Un pájaro de fuego, manzanas de oro, cráneos de baba yaga? ¿O el motivo de tu visita está relacionado con las preguntas de tu acompañante?

No aguardó la respuesta de Jacob.

—Confío en que el Hada Oscura se haga esperar largo tiempo —le susurró a Zorro—. Si eso conlleva que Jacob se quede en Moskva con vos.

Después se mezcló con la multitud.



## 35

### *Unidos*

Por donde la Oscura pisaba se abrían flores en el césped afilado. La lluvia le besaba la piel, los árboles susurraban su nombre, pero todo lo que veía era el lazo. Desde que Kami'en estaba en Moskva era un lazo de hilo de oro.

Tan cerca.

¿Por qué había venido? La tentación de decirle a Chithira que cambiara de rumbo el carruaje, verificar sus propias mentiras y viajar a Moskva era tan grande que la vergüenza trajo de vuelta la ira.

«¡Sigue viajando!», se ordenó mientras la lluvia le mojaba el vestido y el cabello. Caía con tanta tenacidad que parecía querer transformar el mundo entero en el lago del que el hada procedía. «¡Aléjate de él!». Pero, en su lugar, allí estaba bajo el cielo ancho y extraño, preguntándose lo que Kami'en sentía, si la extrañaba... si de verdad creía que había matado a su hijo.

Estaba tan cerca.

—Tenemos que seguir. —Donnersmarck se secó la lluvia de la cara—. Tengo la desagradable sensación de que alguien nos sigue.

Alguien. Como si ella no lo supiera. Sus sueños eran de cristal y jade. Pero ¿qué más daba? Era Kami'en de quien huía. Sus hermanas no lo entenderían nunca, como tampoco habían comprendido que se hubiera marchado por él.

Ser libre. Libre de ellos, libre de él, libre de sí misma. Por eso había subido al carruaje. El chico que la seguía aparecía en sus sueños desde que era capaz de pensar.

Quizá debía alcanzarla si realmente quería ser libre. Siempre había pensado que un día lo haría. En cuanto a los que lo custodiaban... la Oscura apenas los distinguía en sus sueños, dos siluetas de cristal y plata, apenas visibles al lado de la oscura figura del goyl... como si pudieran ocultarse de ella. Sabía quién los enviaba, aunque ni ella ni su hermana la Roja se hubieran encontrado nunca con el elfo perdido. Hacía años, cerca de un castillo en el que había pasado la noche con Kami'en, se topó por casualidad con uno de los alisos de plata. A pesar de la nieve que rodeaba el árbol, debajo de él hacía un calor sofocante, como en una noche de verano, y en el crujir de las hojas escuchó una voz. Le había gustado... como muchas de las cosas que les inspiraba miedo a sus hermanas.

¿Por qué Kami'en había viajado hacia el este?

No por ella.

No.

Y si así fuera, él nunca lo admitiría.

El Hada Oscura se quedó allí largo rato, aunque Donnersmarck no podía ocultar su impaciencia, para buscar, con el corazón que no tenía, a aquel del que huía. Kami'en le había dado un corazón. Ella lo había sentido cuando estaba con él.

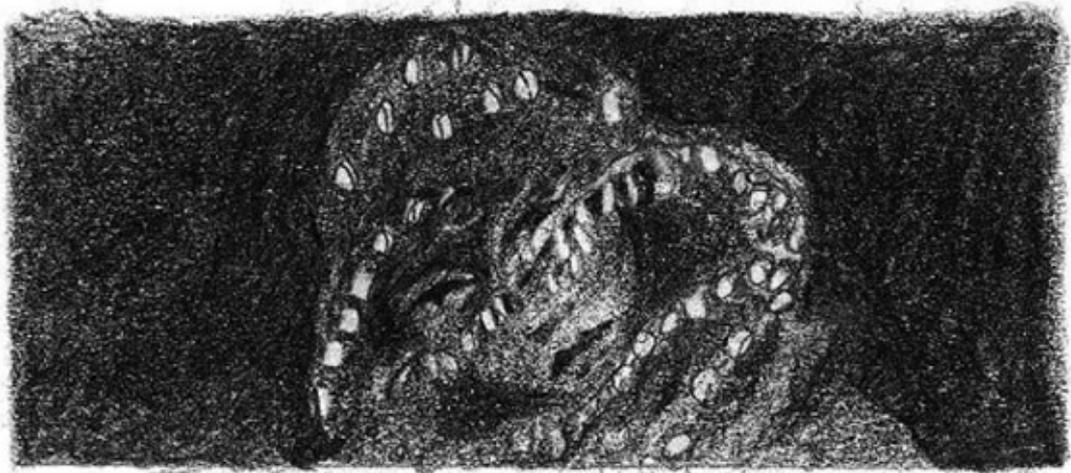
Amanecía cuando por fin subió al carruaje. El hilo de oro estaba tenso como una cuerda cuando Chithira arreó a los caballos. Suspiraba y cantaba.

La Oscura ordenó a su cochero muerto conducir más deprisa.

No por la plata.

No por el jade.

Solo por él.



36

*Ella solo es dueña de sí misma*

Era poco después de la medianoche cuando regresaron del baile del zar. Su anfitrión pasaría el resto de la noche jugando a las cartas en casa del embajador francés. Jacob estaba tumbado en la cama de Madera Cantarina que Baryatinskij había traído seguramente de Suoma y, a pesar del sonido melodioso que producían las patas de la cama, no podía dormir. El hada no había aparecido en el baile. No había rastro de ella, por no hablar de Will. Dunbar tampoco había mandado noticias y el zar no pensaba comunicarle para qué necesitaba los servicios de un cazador de tesoros hasta pasados dos días. Esperar. Eso nunca se le había dado bien. Tendría que haber hecho como Zorro y haber bailado hasta caer rendido. Con ella...

Ya amanecía (las noches de verano en Moskva eran cortas) cuando finalmente se dio por vencido y se puso su vieja ropa. Los sirvientes de Baryatinskij la habían lavado y remendado, pero aquello no la había vuelto más distinguida, y eso que el chaleco era un regalo de una antigua emperatriz. A Zorro le gustaba bromear sobre su debilidad por los buenos sastres... y Jacob siempre se defendía diciendo que el único culpable de esa debilidad era el mundo de ella porque seguía transmitiéndole la sensación de jugar a disfrazarse (aun cuando supiera que eso no era del todo cierto).

Esta vez la tarjeta cayó del chaleco.

*Veo que tienes competencia, era de esperar, ¿no es cierto?*

Celos, naturalmente. ¿Con qué podía el elfo nublar su juicio de una forma más segura? Tendría que haber seguido el consejo de la Roja y haber enterrado la tarjeta.

*probablemente esté cansada de tu viaje interminable. Pero prefieres obedecer a tu antigua amada en vez de pensar en ella solo por una vez. Tu hermano, el hada, Clara... Los otros siempre son más importantes. Si ahora no puede apartar los ojos del galgo es solo por tu culpa...*

Cada palabra actuaba como veneno. De nada servía recordar quién era su autor.

En el palacio de Baryatinskij aún reinaba el silencio matinal cuando Jacob salió de su habitación. En los pasillos solo se oían los pasos ahogados de los sirvientes que dejaban cuencos con miel para las kikimoras delante de las ventanas y que espantaban con escobas a los malakij que se habían resguardado en la casa de la fría noche. Tras la puerta de Zorro también reinaba el silencio y Jacob no la despertó, aunque le habría gustado hablar con ella. La noche en vela había alumbrado una idea, pero su juicio cansado no estaba seguro de si serviría de algo.

En realidad, Jacob no creía en adivinos ni profetas —no quería saber nada sobre el futuro, ni sobre el suyo ni sobre el de los demás—, pero se decía que las mujeres que leían el cristal en Moskva veían también acontecimientos del presente, no importaba en qué parte del mundo sucedieran. Quizá valía la pena preguntar por su hermano, en vez de aguardar al hada o el mensaje del zar. Las pitonisas de Moskva procedían de todas partes: Mongol, Kasakh, Zhongghua. La mayoría pertenecía a los sintisa o al pueblo viajero, como se hacían llamar detrás del espejo. «En ninguna parte se sienten en su tierra, así que a la sazón tampoco se sienten en casa», había dicho Alma al hablar de su don. «Y eso inspira miedo a los sedentarios al tiempo que provoca envidia por su libertad». Por lo que, de cuando en cuando, pegaban fuego a los coloridos carros.

Jacob encontró el camino a la cocina de Baryatinskij siguiendo el aroma del pan recién hecho. La cocinera era casi tan corpulenta como su señor, y después de recuperarse del susto por que uno de los huéspedes nobles se extraviara en las entrañas de la casa, le sirvió a Jacob una taza de té del samovar y le ofreció un cuenco con gachas espolvoreadas de canela.

—Detrás de los patios del matadero, por lo que se cuenta —respondió a su pregunta de dónde podía encontrar a las pitonisas del cristal—. Pero te contarán mentiras. Solo dicen la verdad a sus iguales.

Sin embargo, el zar acudía a ellas, y no solo él.

Seguía siendo temprano cuando Jacob se puso en camino. En el bordillo del portón de Baryatinskij dormían los mendigos, y en las calles solo se topó con unos oficiales que regresaban de una noche de borrachera y con los hombres que recogían con palas por la mañana las bostas de caballo del adoquinado que dejaban los carruajes y los jinetes. Jacob reparó en el goyl porque por un instante lo vio reflejado

en un escaparate a su espalda. Cuando se volvió, había desaparecido pero en la siguiente esquina Jacob lo miró de reojo. Era un goyl de piedra de luna, como la mayoría de los espías de los goyl. La pálida piedra era la que más se parecía a la piel humana.

Jacob se detuvo delante del escaparate de un peletero, aunque los abrigos de zorro que estaban expuestos le dieran náuseas. Por un momento quiso ignorar al goyl. ¿Qué revelaría a Hentzau el hecho de que Jacob Reckless visitara a una pitonisa del cristal? Por otro lado... si su perseguidor descubría allí por quién había preguntado... no.

Decidió cambiar de dirección y durante un rato hizo como si recorriera las calles sin rumbo. El goyl era bueno, pero Jacob había escapado ya de muchos perseguidores.

La plaza de los mendigos estaba muy concurrida a esa hora temprana. La iglesia que había en el centro era una de las más bellas de Moskva. En sus escalones y en la plaza que había delante había hombres, mujeres y niños sentados, de pie y arrastrándose, que intentaban sobrevivir apelando a la compasión y a la mala conciencia de sus prójimos. Algunos ablandaban los corazones con instrumentos; otros exhibían cicatrices y heridas, o el estigma de la desgracia en el rostro. Mutilados y leprosos, veteranos de las guerras de Varangia... todos llenaban la plaza con la misma miseria. La jerarquía entre los mendigos de Moskva era estricta como en la corte del zar. Había príncipes y siervos entre ellos, rebeldes y cortesanos. Los cuerpos envueltos en andrajos sobre los que Jacob saltaba procedían de todas las regiones de Varangia. Monos domesticados y niños pequeños intentaban agarrar sus piernas, y cuando miró alrededor con disimulo vio con satisfacción cómo el goyl se detenía porque un leproso le había tendido la mano mutilada. Jacob tenía intención de ponérselo aún más difícil.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas que le habían sobrado de la venta del anillo de Zorro. No esperó a que los príncipes mendigo que residían entre las columnas de la iglesia se fijaran en él. Necesitaba a los súbditos, que llenaban la plaza como una alfombra de cuerpos humanos. Jacob lanzó las monedas en el apretado gentío y la alfombra se convirtió en un mar ondulante. El goyl se hundió en él desesperado. Jacob sentía casi compasión por él. Sin duda no iba a ser divertido informar a Hentzau que lo había perdido en un enjambre de mendigos.

• • •

Entre una abadía abandonada y los establos de dos mataderos... las sintisa no habían acampado en un lugar alegre. Sin embargo, era un espectáculo de todo menos triste. Los carros y las tiendas entre los que unos caballos lanudos pastaban eran tan coloridos que hacían competencia al paño de la baba yaga. Una viola y un acordeón sembraban nostalgia en el aire fresco de la mañana... la música era una fuente de ingresos segura para el pueblo viajero. Los ricos de Moskva pagaban por escuchar

melodías en salones y salas de baile que los hicieran soñar con la libertad y la aventura. El propio zar no desayunaba si no sonaba la música de viola de un sintisa.

Un oso manso (cuyo anillo en la nariz demostraba que no lo era de forma voluntaria) estaba repanchigado delante de un carro, las gallinas picoteaban entre los palos de las tiendas, un gato tuerto observaba la pelea de dos perros con mirada ámbar... Parecía que un pasado ya olvidado se hubiera colado en los tiempos modernos, que no pasaban inadvertidos ni siquiera en Moskva.

El hombre al que Jacob preguntó por las pitonisas del cristal tenía un duende en la barba haciendo gimnasia. Las tiendas que señaló estaban algo apartadas de los muros de la abadía abandonada. Los monjes habían venerado al parecer al diablo. Jacob se prohibió suponer que también hubiera elfos de aliso detrás. No había vuelto a tocar la tarjeta de Jugador desde que el elfo hubiera encendido la lumbre de sus celos.

«¡Por favor! Encontrarás a otro». Él mismo lo había dicho, por tanto ¿por qué no el galgo? Porque no era lo suficientemente bueno para ella. *¿Ah, sí, Jacob? ¿Y quién es suficientemente bueno para ella?*

La mujer de la primera tienda en la que entró era tan anciana que parecía su propia momia. Escupió tres veces nada más verlo y gritó con voz estridente y boca desdentada: «*Cepedko!*», la palabra varega para plata.

La mujer de la segunda tienda le devolvió precipitadamente su dinero cuando su bola de cristal se llenó de polillas negras. ¿Significaba eso que Will había encontrado ya al Hada Oscura?... Jacob no llegó a saber la respuesta.

La siguiente tienda parecía vacía. Estaba a punto de abandonarla cuando una mujer salió de detrás de una cortina. Vestía una mezcla de trajes mongoles y anámicos, y los velos sobre el cabello negro azulado, coloridos como alas de mariposa, procedían sin duda de Prambanan.

—No solemos tener clientela tan temprano —dijo con una sonrisa tímida mientras descorría la cortina delante de la entrada—. El cristal de las demás ve mejor en la oscuridad.

Ella no necesitaba cristal. El tercer ojo que tenía donde le arrancaba la nariz también lo tenían algunos tipos de ninfas. Incluso era frecuente en los ogros, pero los párpados casi invisibles y los elevados huesos de las mejillas delataban que era la hija de una mujer bambú.

—¿Qué imágenes estás buscando? —Se colocó el velo sobre la frente hasta tapar el ojo complementario. Seguro que estaba acostumbrada a hacer ese gesto desde la infancia. Un tercer ojo era considerado un mal augurio.

—Estoy buscando a mi hermano. Ha desaparecido y me gustaría saber dónde está.

Jacob había enseñado la foto de Will en tantos lugares que estaba gastada y doblada. Por suerte, había perdido el color. Las fotografías de ese mundo seguían siendo en blanco y negro.

La chica bambú observó la foto y se la devolvió. Después cerró los ojos. Pero el

ojo de la frente se ensanchó. Jacob podía verlo incluso a través del velo.

Afuera un caballo relinchaba.

Un niño lloraba.

Y la chica bambú respiró de pronto con dificultad.

—Él lo ha engañado... Oh, es astuto. Le ha prometido que podrá reparar todo.

—¿Reparar? ¿El qué? —Jacob agarró sus manos. Eran suaves como las de un niño—. ¿Puedes ver dónde está mi hermano? ¿Está solo?

Ella negaba aterrada con la cabeza.

—¿Está el goyl con él?

Ella no lo escuchaba.

—Son de plata y cristal —susurraba—, y están tan vacíos... A pesar de todos los rostros. —Apoyó la mano en la frente y miró alrededor como si las imágenes que estaba viendo llenaran la oscura tienda—. Tiene una piel de piedra —susurró—. Y él la matará. Ella siempre lo ha sabido.

Después cayó de rodillas y apoyó la frente contra el suelo. Jacob se arrodilló junto a ella, pero no podía comprender lo que balbucía. Era una lengua que no entendía. La chica se balanceó sobre las rodillas como un niño y comenzó a susurrar una canción. Sonaba como si alguien estuviera arrullando a un niño.

Al hombre que entró en la tienda Jacob lo había visto fuera haciendo juegos malabares con pulgarcitos.

—Se quedará así horas —dijo—. Espero que le hayas pagado bien.

—Claro —mintió Jacob.

Salió de la tienda. Dos hombres, probablemente contratantes de uno de los teatros de la ciudad de Moskva, presenciaban un acto sumamente peligroso en el que seis niños formaban un dragón que parecía real.

«Le ha prometido que podrá reparar todo». ¿El qué? Ni siquiera podía estar seguro de que hubiera hablado de Will. Había sido una idea estúpida ir allí.

Jacob se quedó de pie mirando cómo se deshacía la escultura de dragón y los niños se inclinaban y aguardaban nerviosos a la reacción de sus visitantes. Aún no habían aprendido que esos visitantes nunca mostraban entusiasmo porque así negociarían un precio bajo.

«Son de plata y cristal». Bien. Y mal. Si Diecisiete y su hermana jugaban a ser los guardianes de Will eso explicaba por qué no había vuelto a verlos desde el ataque. «Tiene una piel de piedra». Esa frase era la peor. ¿Era el presente o el futuro lo que había visto la pitonisa?

No. Todo no podía haber sido en vano. Todo el dolor, el miedo..., que hubiera estado a punto de morir. *Estás muerto, Jacob.*

El malabarista de pulgarcitos aún seguía delante de la tienda de la mujer bambú. Su rostro relevaba que por el momento no tenía intención de dejar entrar a nadie.

*Pero prefieres obedecer a tu antigua amada.*

Jugador tenía razón. A quién le importaba si Will mataba al Hada Oscura. Se lo tenía más que merecido. En el caso de que hubiera vuelto a convertir a Will en un goyl, deseaba verla muerta, a ella y a todas sus hermanas.

«Tiene una piel de piedra».

Jacob ansiaba hablar con Zorro. Nadie sabía ordenar sus pensamientos mejor que ella. Nadie podía darle un consejo mejor. El camino de vuelta al palacio de Baryatinskij no parecía tener fin. Sintió alivio al ver el portón de oro. Pero Zorro no estaba en su cuarto, y la doncella que estaba haciendo su cama solo chapurreó en varego que *mademoiselle* Auger había salido.

Jacob no le preguntó a la chica si *mademoiselle* había salido sola.

*Probablemente esté cansada de tu viaje interminable.*

Veneno.

Jacob fue a su habitación. Desde la ventana se quedó mirando el animado patio de Baryatinskij y deseó ser uno de los mozos que almohazaban a los caballos delante de los establos o el mensajero que venía corriendo calle abajo como si no hubiera nada más importante en el mundo que el mensaje que traía. Nunca había querido una vida normal. Con la misma rutina cada día, las mismas personas, los mismos lugares, las mismas tareas. Pero tras los últimos días —¿Días, Jacob? Semanas, meses—, todo eso no sonaba tan mal. Sin peligros salvo un caballo atravesado en la calle, sin decisiones que pudieran decidir la vida o la muerte, sin dos mundos... le habría gustado conservar solo uno. Ella.

Intentaba escribir lo que la chica bambú había dicho antes de que se le olvidaran las palabras exactas cuando uno de los criados le trajo un telegrama. Su estado de ánimo se despejó al ver el nombre de Dunbar, pero lo que leyó era decepcionante.

*La situación de la biblioteca en las colonias de presidiarios de Albión es tan desesperante como cabía esperar stop ¿más encuentros de plata? stop ¿algún rastro de la Oscura? stop los diarios de aquí anuncian que la Morsa está enferma stop no estoy seguro de si son noticias buenas o malas. Saludos, Dunbar.*

Robert Dunbar no olvidaba la política aunque estuviera en la otra punta del mundo. Noticias buenas o malas... Probablemente, lo primero que habría preguntado Jugador es si Arturo de Albión era en efecto el hijo de un elfo de aliso y un hada.

Jacob dejó a un lado la hoja en la que había retenido las palabras de la chica bambú y escribió su respuesta a Dunbar:

*Por favor, sigue buscando. Me temo que volveremos a ver a los*

*espejímenes si logramos encontrar a Will. Si así fuera, me gustaría saber si tienen alguna debilidad. ¿La sosa cáustica y el ácido nítrico también tienen efecto sobre el cristal que respira? Sigo pensando que debemos atacar la magia en vez del material. Ni rastro de la Oscura, pero su hermana ha intentado reclutarme. Al diablo con todos los inmortales. Jacob.*

Dunbar no necesitaría leer entre líneas para saber con qué estado de ánimo le escribía.

Jacob pidió a uno de los mensajeros de Baryatinskij que enviara el telegrama, y luego decidió ahogar en el vino de su anfitrión la pregunta de dónde se había metido Zorro todo ese tiempo. Durante un rato logró convencerse de que le preocupaba Diecisiete, pero finalmente los celos revelaron su rostro color verde, que se reflejó en la copa que ya había llenado demasiadas veces.

Resultó una distracción agradable que Chanute y Sylvain se reunieran con él, y Sylvain le contó, entremezclando maldiciones impresionantes, que habían estado en casa del fabricante de miembros cuyas prótesis había alabado Baryatinskij. Al parecer la visita había sido idea de Sylvain. Chanute se mofaba de su entusiasmo, pero Jacob leía en su rostro lo impresionado que se había quedado con los miembros de acero. Cuando Sylvain comentó lo que costaban, Chanute recobró el aspecto de hombre viejo y enfermo que se había escondido en su cuarto de Schwanstein, y Jacob se metió instintivamente las manos en los bolsillos, aunque sabía que su contenido no daría ni siquiera para un solo dedo artificial. Para animar a Chanute le habló de su audiencia con el zar al día siguiente y del anticipo que esperaba. ¿Un anticipo de qué? Jacob no tenía la menor idea, pero Chanute se animó y una hora después Sylvain y él ya estaban planeando salir juntos a cazar tesoros.

Zorro se hizo esperar dos horas más. Jacob solo tuvo que mirarla para saber con quién había estado. El barsoi le había enseñado la iglesia de oro, el portón del dragón, los caballos con los que los correos del zar cabalgaban hasta Yakutsia y Zhonggua, y las pastelerías que horneaban pan cantarín delante de los muros del Kremlin. Jacob no la había visto tan despreocupada desde lo del barbazul.

*Veo que tienes competencia, era de esperar, ¿no es cierto?*

Se sentía enfermo de celos. *Exactamente como el elfo quiere, Jacob.* Pero ni tan siquiera eso ayudaba. Le dijo a Zorro que al día siguiente se reuniría con el zar y que vería la Colección Mágica.

Ella tenía la mirada ausente, como si aún no hubiera regresado.

—Orlando se reúne mañana con algunos de sus contactos para saber si tienen novedades sobre el hada. Me ha ofrecido acompañarle.

«Orlando». Nunca había pronunciado el nombre de otro de aquella manera. ¿De

*qué manera, Jacob?* Cielos, se moría de celos. Tenía las palabras ya en la punta de la lengua: «Vente conmigo. No quiero ver la Colección Mágica yo solo. ¿Qué voy a hacer yo solo con el zar?».

Parecía tan feliz. ¿Y por qué no? El barsoi no tenía deudas de elfo de aliso.

Él le enseñó el telegrama de Dunbar... y le contó su encuentro con la chica bambú, pero le restó importancia a lo preocupado que estaba por lo que ella había dicho. Todo lo que quería haberle preguntado a Zorro... simplemente no logró que saliera de sus labios.

*Tu hermano, el hada, Clara... Los otros siempre son más importantes.*

Eso era lo peor... que el elfo de aliso tenía razón con su veneno.

Parecía feliz.

—Pensaba que no creías en la adivinación. —Ella examinaba su rostro como siempre que notaba que no estaba diciendo todo lo que sentía o pensaba.

¿Qué esperaba él después de lo que le había dicho en Schwanstein? Al menos que no sucediera tan deprisa. Maldita sea. No podía siquiera imaginar dejar de verla unas semanas. *Pues empieza a imaginártelo, Jacob.*

—Aunque tenga razón... Will está vivo, Jacob —dijo.

—Sí. Pero ¿y si vuelve...? —No era capaz siquiera de verbalizarlo. No tenía por qué. Ella sabía a lo que se refería.

Zorro le cogió la mano. Jacob no la retiró, como había hecho tan a menudo en los últimos días. Le sentaba tan bien.

—¿Recuerdas lo que dice Alma sobre las profecías? Que siempre se comprenden mal porque el futuro no habla nuestra lengua. Esperemos a ver de qué se entera Orlando mañana.

«Orlando. Mañana». Él se imaginaba cómo... *¡Basta!*

—¿Vio la pitonisa al goyl junto a Will?

—No dijo nada. —Y si así fuese..., el bastardo no podía devolverle a Will la piel de piedra. No habría sido una mala venganza, pero eso no era posible desde que el hada se había marchado. «Tiene una piel de piedra». No, solo la Oscura podía hacer regresar el jade.

Durante muchos meses creyó que Will había olvidado la piedra.

*¿Muchos meses? ¿Con qué frecuencia lo has visto, Jacob?* Las cosas de las que protegemos a los demás... ¿Y qué si Will no quería que lo encontrara? Como antaño.

—Pareces cansado —dijo Zorro—. ¿Por qué no te acuestas?

Se sentía segura, Jacob lo notaba en su tono. Estaba a gusto en Moskva. Quizá el otro solo ocupara sus pensamientos.



37

## *Las cosas que codiciamos*

Un puñal humano con mango de nácar. Su hermano Skala había encontrado el arma en una de las cuevas en las que habían construido sus ciudades. Sí. Ese puñal era lo primero que Kami'en había codiciado. Su deseo era tan fuerte que le robó el puñal a su hermano, y Skala le rompió dos dedos por ello. Cuatro años después Kami'en lo mató en un combate... y lo enterró junto con el puñal. Los dos dedos le dolían cuando el tiempo era frío.

Las cosas que codiciamos...

El palacio en el que el zar lo había alojado estaba repleto de cosas que despertaban el deseo. A los ojos de cualquier goyl esos espacios resultarían demasiado recargados, todos los sarmientos y flores de oro, los murales poblados de dioses humanos y héroes. Kami'en, sin embargo, no podía por menos que admirar el arte. Su debilidad por las cosas de los humanos... ¿de dónde provenía?

Que las patas de su cama tuvieran forma de garras de león no hizo, en cambio, que durmiera mejor. Los lores de ónix tenían leones negros en sus palacios. Kami'en había hecho que un león matara al último asesino que habían enviado.

Naturalmente también había un espejo. Los humanos estaban obsesionados con su imagen. No se podía huir del propio rostro en sus palacios. Kami'en se observó un momento en el pálido cristal. Un rostro de goyl no revelaba nada: ni la ira que sentían con tanta facilidad, ni el amor que llegaba tan deprisa como se marchaba, ni el

orgullo que los dominaba o la firme decisión de vengarse de todas las humillaciones, que para ellos era tan natural como el calor bajo tierra.

Le dio la espalda al espejo.

¿Vendría ella a Moskva?

Se sirvió un vaso de agua y se sorprendió buscando ver su rostro en ella.

No había amado nunca de esa manera y, sin embargo, la había traicionado porque codiciaba más otras cosas: poder, un hijo con piel humana, el trono de una enemiga... Siempre había ambicionado todo eso, más que el amor. El amor le inspiraba miedo. Le hacía sentir demasiado blando y vulnerable.

Uno de sus guardias anunció a Hentzau. Para tranquilizarlo, Kami'en había apostado soldados goyl delante de la puerta. Su perro de jaspe sospechaba que incluso entre la escolta del zar había espías de los ónix. Como de costumbre, el rostro de Hentzau no revelaba si traía noticias buenas o malas. En los últimos días habían sido casi todas buenas. Los rebeldes en el norte estaban dispuestos a transigir, los goyl humanos regresaban a sus tropas, Wilfredo de Albión estaba gravemente enfermo, lo que hacía peligrar su reciente alianza con Lorena, y los ónix estaban divididos porque tres de sus lores se habían hecho coronar al mismo tiempo como auténtico rey de los goyl. Pero Hentzau no traía noticias sobre enemigos políticos.

—Tenemos pruebas de que el padrino de Amalie ha entregado Vuestro hijo a los enviados de su madre.

El trono de su enemiga... Tenían prisionera a Therese von Austrien a dos millas bajo tierra, pero Hentzau sospechaba desde hacía meses que mantenía contacto con el mundo exterior.

—¿Y? ¿Dónde está?

—No encontramos ni rastro de él.

Hentzau transmitía las malas noticias con agradable imparcialidad. Kami'en sabía apreciarlo.

El príncipe de piel de luna era el quinto hijo de Kami'en. Ninguno le había conmovido tanto como este. Creía saber por qué. Para él, también era el hijo de ella. Había hecho oficial que ella no era su asesina, pero eso no trajo de vuelta al niño. Quería que regresara.

—Ni rastro. ¿Has perdido tu talento para hacer hablar a los prisioneros?

Hentzau irguió la espalda aunque se le notaba que le dolía. Prácticamente no había ya ninguna parte del cuerpo que no le doliera a su perro de jaspe... y todo por su rey. No, seguía más bien por el viejo amigo. Kami'en era consciente de que debía la lealtad de Hentzau no a la corona, sino a su pasado común. En gratitud le hubiera devuelto a Hentzau su juventud, se lo había pedido incluso a Niomee, pero ella aseguraba que no disponía de esa magia. Kami'en estaba seguro de que era mentira.

—No he podido hacerles hablar porque no saben dónde está el niño. —La voz de Hentzau sonaba áspera, y Kami'en se maldijo por haberlo humillado—. Tres de los enanos de la antigua corte de Therese se han llevado a Vuestro hijo. Hemos

encontrado a dos, pero el tercero ha desaparecido. Suponemos que ha sido Auberón, el antiguo confidente de Therese. Al parecer los otros solo tenían que despistarnos. Ni ellos ni el padrino de Amelie tienen idea de adónde se ha llevado Auberón al niño.

Ira. Su vieja enemiga. Kami'en la sentía como un escozor que aniquilaba el sentido común y todo cálculo político. Se asomó a la ventana para que Hentzau no viera lo furioso que estaba... por la traición de Therese pero también por su propia imprudencia. Tendría que haber previsto que Amalie lo intentaría todo para echar al hada. Ella la odiaba casi tanto como la temía. Pero debía admitir que no se esperaba que utilizara a su propio hijo. No la conocía. Se había casado con una extraña y seguía siendo una extraña.

En el patio, debajo de la ventana, las tropas del zar hacían maniobras. Sus aliados. Kami'en había firmado los acuerdos por la mañana. Varangia era un aliado poderoso en el este, y se alegraba de que Albión pagara por esa alianza, aun cuando para ello tuviera que renunciar nuevamente al ingeniero que le había construido aviones y trenes subterráneos. Por suerte los goyl habían aprendido mucho de él antes de que se escapara de ellos y se convirtiera en Isambard Brunel.

—¿Se le ha preguntado a Therese von Austrien por el paradero de mi hijo?

—Sí. Dice que no tiene nada que ver con la desaparición del príncipe. Creo que fue lo bastante astuta para dar órdenes de que no le dijeran dónde estaba el niño por si la interrogábamos con más severidad.

—¿Se le ha comunicado que he ordenado ejecutar a su hija si no me devuelven a mi hijo?

—Sí. Me pide que os comunique que sois un monstruo.

Viniendo de la boca de Therese sonaba casi a un cumplido. De monstruo a monstruo. «Haz fusilar a las dos», le susurraba su ira. «Haz exhibir sus cadáveres disecados como hicieron con tus antepasados». Pero Kami'en sabía que lo que había logrado no se lo debía a su ira sino a su capacidad de dominarla.

—Haz correr la voz de que seguimos el rastro del enano. Y ocúpate de que Amalie se entere del juego que juega su madre.

Hentzau presionó el puño contra su pecho. Habría preferido recibir la orden de ejecutar a ambas mujeres, pero era lo bastante listo para saber que eso significaría la muerte del príncipe. Por desgracia, Therese von Austrien también lo sabía.

—Debéis regresar a Vena, Vuestra Majestad. Es posible que Albión tenga pronto un nuevo rey. Otros dos jefes de goyl humanos están dispuestos a negociar para que se retiren nuestras tropas, y los anarquistas en Lorena quieren hablar de colaboración. El viento sopla a nuestro favor. —«No importa lo que Vuestra amante haga», Kami'en estaba seguro de que Hentzau añadía eso en sus pensamientos.

Miró los tejados de Moskva.

¿Por qué el hada no venía? ¿Porque sabía que él estaba allí?

Por un momento sintió un dolor agudo... como si hubiera perdido algo que deseaba más que los soldados del patio o el hijo que le debía a ella. Pero tenía

demasiado miedo de ponerle nombre.



## 38

### *Ridículo*

Continuaban. Iban detrás de una huella que el cachorro leía con el corazón. Nerron había seguido ya muchos rastros, pero era la primera vez que confiaba en los ojos de otro. ¿Ojos, Nerron? No. Will Reckless seguía al Hada Oscura sin mirar al suelo. Quizá ella borraba su rastro con esa lluvia que desde hacía días caía sin cesar del cielo infinitamente extenso y gris. Comoquiera que fuese, no dejaba rastro, ni en la tierra ni en la hierba que en ese país crecía como greñas, pero del chico que había experimentado su magia en sus propias carnes no parecía que pudiera ocultarse.

Si de cuando en cuando no hubiera emergido en el horizonte un campanario solitario o la silueta de un pueblo, Nerron hubiera creído que ella los atraía a un país que pertenecía a los animales. Estaban por todas partes: ciervos, jabalíes, castores y martas, liebres, serpientes, sapos... Tal vez fueran ellos los que borraban la huella de la Oscura. Su propio rastro por desgracia no era invisible y era patente que olía de forma succulenta. Una manada de lobos, un oso negro y finalmente un inquietante ogro grande... todos cometieron el error de considerar a Will Reckless un botín fácil. Sus guardianes recibían a sus atacantes de forma tan silenciosa que el cachorro ni siquiera se daba la vuelta. A Nerron le rompía el corazón de cazador de tesoros abandonar todo aquel metal reluciente en la taiga varega, pero al menos Diecisiete seguía su consejo de ocultar las víctimas de mayor tamaño. Nerron marcaba los lugares en el mapa que llevaba consigo. Sus existencias personales de plata... no estaba mal. El oso y el ogro valdrían una fortuna. Aún seguían vivos. Nerron había

agarrado a uno de los lobos por las rígidas fauces y había sentido el aliento cálido. ¿Cuánto tiempo? Quién podía decirlo.

Una vez Will estuvo a punto de ver a sus guardianes de cristal. Dieciséis se volvía imprudente. La corteza le crecía ahora por todo el cuerpo, y olvidaba camuflarse cuando se le pelaban los brazos. Nerron distrajo al cachorro justo a tiempo asustando con una piedra a su caballo. La ignorancia de Will le confería a Nerron la agradable sensación de que todo seguía funcionando según su plan. Pero ¡le inquietaba cada vez más el hecho de que disfrutaba de la compañía del cachorro!

El bastardo era un solitario. El último acompañante que había aceptado fue un señor de las aguas, y Nerron no veía el momento de librarse de él. ¡Aunque sin duda no echaba de menos tener a alguien a su lado que refrenara al caballo por un ruseñor y que considerara inmoral disparar a un ciervo si lo estaba mirando! Sin embargo, sentía que se estaba acostumbrando al barbilampiño. Era ridículo. Quizá se ponía sentimental cuando el cachorro le preguntaba por la historia de los goyl. Nerron tenía que reconocer que podía pasarse horas hablando sobre las Ciudades Perdidas o las Guerras Olvidadas, sobre la colonización de las Cuevas Mortales o las expediciones en el Lago sin Orilla... (y no es que antes no hubiera habido quien le escuchara durante horas). Una vez se sorprendió deseando enseñarle al barbilampiño todo eso. ¿Qué le estaba pasando? ¿Estaba comiendo poco? ¿Era el frío, la lluvia, algún virus humano que atacaba corazones de piedra?

Will volvió la cabeza como si lo hubiera escuchado maldecir interiormente.

*Sí, el bastardo te maldice, barbilampiño. Y te venderá. Te robará. Te traicionará. ¡Es su naturaleza! ¡No esperes de un lobo que se haga vegetariano por un cachorro!*

Nerron le brindó su sonrisa más socarrona.

¡Y el cachorro le devolvió una sonrisa con su rostro de príncipe! No, en los cuentos de hadas, el pastor pobre y de corazón noble tenía ese aspecto, y a pesar de su estupidez siempre se llevaba a la princesa. Ah, el glaseado de la inocencia seguía provocándole náuseas a Nerron. Pero algo en su corazón, una mancha apenas del tamaño de una moneda, se ablandaba como la piel de caracol cuando Will, durante toda esa cabalgata interminable, le preguntaba cuándo había visto al primer ser humano o con qué edad subía un goyl a la superficie. El barbilampiño parecía acordarse cada día con más claridad... de la Fortaleza Real, la Avenida de los Muertos, los Puentes Vigilantes. Cuando recordaba, se llevaba a Nerron consigo... de regreso a casa, bajo tierra, y Nerron le hablaba de cosas que el barbilampiño aún no había visto: la estalactita viviente, las cuevas de espejos, los Prados Azules... él lo escuchaba como un niño.

Ridículo.

Peligroso.

«¡Habláis demasiado! ¿Tengo que recordarte la prisa que tenemos?», le había espetado Diecisiete precisamente la noche anterior, con su cara más colérica.

No. Nerron no lo había olvidado. Y sí, era preferible que el viaje terminara

pronto. No solo por la corteza que devoraba a sus espejeantes guardianes.

El bastardo apreciaba su corazón de piedra. Había utilizado cada dolor que la vida le había causado para fortalecerlo, cada humillación, cada derrota, cada traición, y de todo había habido en abundancia. Incluso una mancha blanda del tamaño de una moneda era demasiado.

Una razón más para recordar con cada sonrisa del cachorro a su hermano y su venganza.



## 39

### *Una parte de ella*

La polilla revoloteaba en el carruaje como un jirón de la noche. Era absurdo que su hermana la vistiera de rojo. El negro era un color mucho más apropiado para las almas de los hombres que elegían esa vida de apariencia en nombre del amor. La Oscura se preguntaba quién había sido esa vez. Eran tantos. Se habían ahogado por ella y sus hermanas en pantanos de pueblo y estanques de castillos. Parecía justo que ellas pagaran en algún momento sufriendo el mismo dolor que habían causado tan a menudo. «Justo»... La Oscura no estaba segura de si había pensado alguna vez en esa palabra.

El dolor alumbraba frutos interesantes.

Lo mismo que el amor.

¿Por qué seguía queriendo saber lo que había sido del niño? Por un instante quiso espantar a la polilla porque quizá le traía imágenes de él. Lo había visitado varias veces en secreto, de noche, cuando el ama de cría dormía junto a la cuna. Había deslizado su dedo por los diminutos puños, había rozado su frente para brindarle la protección de su magia cuando se pusiera en camino, y se había asustado de lo que despertaba en ella. Desaparecería cuando rompiera el vínculo que la unía con su padre. ¿No?

La Oscura atrapó a la polilla y las imágenes llegaron.

Un río rodeado de pendientes escarpadas y densamente arboladas. Un edificio grande, viejo, con muros enlucidos de blanco. El hada oía el repique de una campana.

Y el llanto de un niño. Lo escuchaba de forma tan clara como si la estuviera llamando. Una mujer vestida de negro salía del portón. Llevaba puestos los ornamentos sagrados de una monja. ¿Era un convento? Amalie detestaba las iglesias, al contrario que su madre. Therese von Austrien se postraba de rodillas, incluso en la celda subterránea en la que los goyl la mantenían prisionera, cada mañana. Trataba a su Dios, al que acataba, como a uno de sus sirvientes: «Mira aquí, te enciendo velas. Protégeme. Cumple todos mis deseos. Aniquila a mis enemigos». ¿Por qué un convento? Quizá por la creencia supersticiosa de que las hadas se disolvían en agua cuando cruzaban el umbral de una iglesia. ¿Había olvidado Amalie que había asistido a su boda en la catedral?

El edificio tenía muchas ventanas pero la polilla hizo que mirara en aquella de la que provenía el llanto. Y allí estaba el niño. Apenas se le veía en los brazos de la joven monja que lo sostenía, envuelto en una capa de paño azul celeste y encaje blanco. Pero la diminuta mano que se agarraba al hábito tenía el color de una piedra de luna rojo mate.

La Oscura ordenó a Chithira que detuviera el carruaje aunque faltaban horas para el alba. No quería sentir lo que estaba sintiendo. Alivio, como si hubiese encontrado un pedazo de sí misma.

Descendió del carruaje. La tierra que la rodeaba era, incluso de noche, muy distinta a la orilla arbolada del río que había visto hacía nada. ¿Lorena? No. Los conventos de allí tenían otro aspecto.

Seguía teniendo a la polilla entre las manos. ¿Qué debía hacer? Había mantenido al niño con vida. Le debía protección, aunque tuviera miedo de lo que le hacía sentir.

Finalmente dejó que la polilla echara a volar.

Le encargó encontrar a Kami'en y mostrarle las imágenes que había visto ella. Él amaba al niño. Lo amaba mucho. Él lo encontraría.

La noche era clara gracias a la luz de las lunas. Ambas estaban suspendidas en el cielo, muy grandes, como si estuvieran a punto de descender a la tierra. Donnersmarck las miraba. «Cada vez es más fuerte», imploraba su mirada cuando se cruzaba con la de ella. «¡Por favor! ¡Protégeme!». Pero ella también tendría que haber protegido al niño que vivía gracias a ella y, en su lugar, se había quedado en su jaula de cristal suspirando por el amor perdido.

¿Debía decirle a Donnersmarck que nada de lo que había aprendido como soldado le ayudaría en esa batalla, nada de lo que sabía de sí mismo o sobre el mundo? Probablemente lo supiera ahora. El temor en su rostro resultaba tan extraño como lo que se agitaba en él.

Ella se acercó a su caballo, cogió las riendas y alzó la vista hacia él.

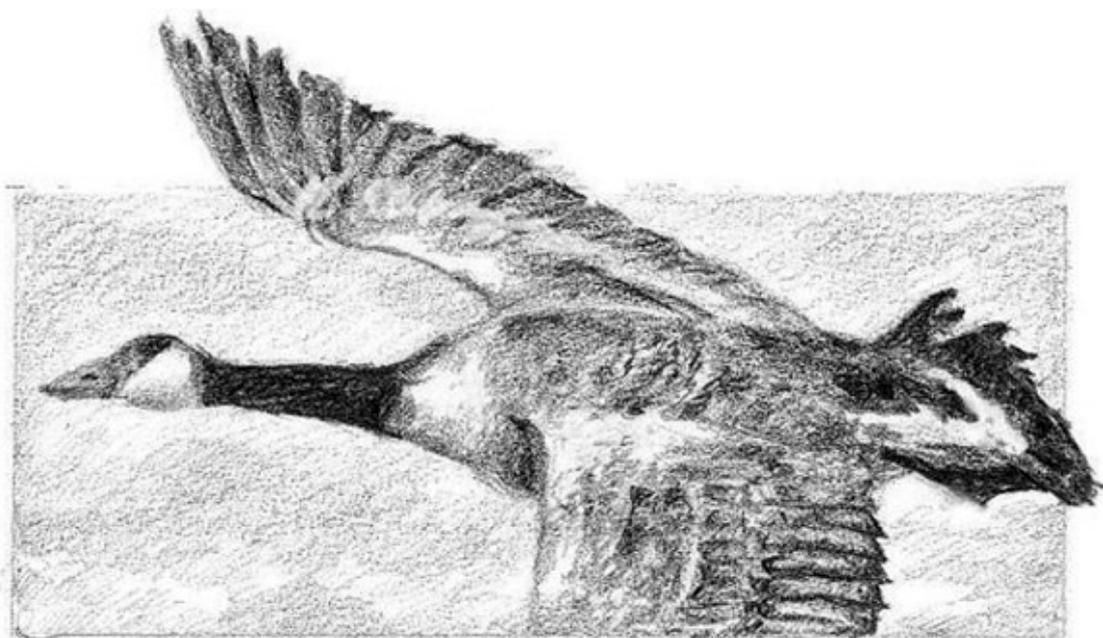
—¿De qué tienes miedo exactamente? —preguntó—. ¿De que te haga olvidar quién eres? ¿Y? Examina tus recuerdos. La mayoría de ellos son dolor, esfuerzo, temor. Él no te robará la alegría, el amor, la fuerza. Él no hará que olvides que tienes que comer, dormir y respirar. Es más, no sabe nada del ayer o del mañana, pero ¿no

es posible que también sea algo bueno? Ya verás, él sabe mucho más del ahora.

Donnersmarck no entendía de qué hablaba, pero pronto lo haría.

—Quédate con él —le dijo a Chithira. Los muertos, según su experiencia, sabían más del mundo que los vivos.

Donnersmarck la siguió con la mirada cuando ella salió hacia la noche, pero tenía que estar sola si quería volver a encontrar la fuerza que todos esperaban de ella. La extensa tierra que la rodeaba no parecía saber nada del tiempo. Incluso a ella le producía la sensación de ser joven, y el Hada Oscura creció hasta que las nubes rozaron su cabello. Se había hecho pequeña durante demasiado tiempo para encajar en un mundo que no era el suyo.



40

## *También hay otros*

El goyl se ocultaba detrás de las columnas de anuncios al otro lado de la calle. Jacob había contado que Hentzau los hacía vigilar, pero estaba claro que el perseguidor había cambiado. Este tenía una piel de citrina color amarillo pálido.

Zorro no le había preguntado a Jacob cómo se había deshecho de su sombra —lo hacían de formas muy diversas—, pero mientras esperaba a que los guardias le abrieran el portón, Sylvain apareció de pronto detrás de ella.

—Te acompaño —le susurró—, por ese de ahí.

Señalaba descaradamente hacia el goyl. Sylvain no hacía nada con disimulo ni aunque se lo propusiera. A Zorro le conmovía que se le hubiera metido en la cabeza protegerla, pero no sabía qué hacer con esa protección. No estaba acostumbrada a que se preocuparan por ella. El propio Jacob lo hacía muy pocas veces, porque sabía lo bien que sabía cuidar de sí misma... y cómo se enfadaba si eso se ponía en duda.

—Sylvain, soy adulta —dijo—. No necesito un padre. —«Y el padre que hubiera necesitado murió hace tiempo», añadió mentalmente.

Sylvain, desconcertado, se pasó la mano por la barbilla. Era como si nunca se afeitara: su oscura barba crecía una hora después de haber rasurado la piel de forma impecable. Siempre tenía el cabello crespo, y sus cejas estaban tan pobladas como las

de un fauno. En realidad, si lo pensaba bien parecía un fauno, con sus labios suaves y los ojos castaños. Incluso sus orejas mostraban un atisbo de punta de fauno, por no hablar de su insaciable apetito por la buena comida y todo tipo de alcohol. Sylvain era una mezcla extraña de fuerza y vulnerabilidad, de hombre adulto y joven impertinente. A veces Zorro pensaba que los hombres tenían los sueños y deseos de un niño de nueve años... al menos los hombres que apreciaba.

—Lo siento, la culpa es del cabello rojo. —La mirada sombría que lanzaba al otro lado de la calle era más bien una advertencia para el goyl—. Me recuerda a mi hija. Una de ellas, tengo tres. *Tabarnak*, ¿no te lo he contado ya? —Después sus ojos siguieron a un carruaje como si quisiera escapar en él de sus pensamientos. Sylvain tenía algo en el corazón, Zorro podía verlo con claridad.

El guardián la miró irritado cuando se detuvo en el portón abierto.

—¿Hay algo más, Sylvain?

Él miraba los huesos de su mano derecha.

—No sé cómo decirlo. Tú y Jacob..., vosotros sois expertos en todos esos tesoros mágicos. ¿Sabes por casualidad si existe algún objeto mágico que haga regresar el amor?

Se esforzaba por sonar tan despreocupado como de costumbre, pero detrás de esas palabras Zorro percibía añoranza, esperanza, días tristes. Le habría gustado responder que sí, pero no conocía una magia que consiguiera eso.

—Pregúntale a Chanute —contestó—. ¡Conoce más tesoros que Jacob y yo juntos!

Pero Sylvain negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No! —murmuró—. ¡Sería demasiado penoso! ¡Albert se reiría de mí!

—¡Pamplinas! En lo referente al amor, Albert Chanute es más sentimental de lo que crees. Es probable que vaya en su busca de inmediato. ¡Pregúntale a él!

Sylvain, receloso, alzó la vista hacia la ventana tras la que Chanute se alojaba. Seguía allí inmóvil cuando el guardián cerró el portón detrás de Zorro. «Algún objeto mágico que haga regresar el amor»... Zorro se preguntaba, mientras cruzaba la calle, qué amor había perdido Sylvain. Y cómo sería dejar de sentirlo. Ella sentía el mismo amor desde hacía ya tanto tiempo...

Zorro escapó del goyl transformándose detrás del puesto de una florista. Mucho antes de que advirtiera que la mujer a la que seguía había cambiado de forma, la zorra había escapado.

• • •

Orlando la esperaba delante de una iglesia muy sencilla en comparación con las iglesias cubiertas de oro que rodeaban el palacio del zar. Con el traje gris que llevaba esa mañana, incluso él parecía más modesto e inofensivo que con el frac negro, pero la mirada con la que la observaba lo delataba. Zorro creía oír cómo sus ojos daban

cuenta de todo: el vestido procede de un sastre lorenés, no es barato pero está bastante usado..., el color rojo de su cabello es natural..., lleva dos anillos, uno probablemente mágico..., lleva un cuchillo oculto en la manga de la chaqueta...

El barsoi le seguía gustando. Quizá de gris le gustaba incluso algo más.

La iglesia era de madera, como muchas de las que habían visto de camino a Moskva. La vista que ofrecía desde su torre compensaba todos los peldaños que habían tenido que subir. Los tejados de Moskva formaban un paisaje de ripia, torres y seres fabulosos de piedra, pero Orlando no la había hecho subir para disfrutar de las vistas.

El águila que estaba en la balaustrada de la torre tenía dos cabezas como el animal heráldico de Varangia y llevaba a un bolysoj en su lomo. Salvo por el sombrero y la diminuta levita de cuero de ciervo, solo se distinguía de un pulgarcito de Austrien por el color del cabello. Llevaba un diente de oro colgado alrededor del cuello y se hizo pagar con un tálero de Albión. La cara de Orlando revelaba, antes incluso de traducirle a Zorro las palabras del pequeño espía, que no había obtenido mucho por su dinero. Eran los rumores habituales: la Oscura va camino de Moskva con la silueta de un caballo negro... ya está aquí y ha llegado revoloteando en forma de polilla al Kremlin, está en el palacio del zar y hace brujerías con un ejército entero de osos...

Que Orlando no se creyó nada de aquello podía leerlo Zorro en su rostro lo mismo que el bolysoj, que escapó velozmente en su águila antes de que le exigiera la devolución de su dinero.

—Espero que mi próxima fuente sea más productiva —dijo mientras hacía señas a un coche de plaza para que se acercara a ellos delante de la iglesia—. Ludmila Akhmatova es una de las mejores espías de Moskva. Nos reunimos en mi casa por otra cosa que debe averiguar para mí, pero tengo pensado preguntarle también por el Hada Oscura. ¿Quieres estar presente o le pido al cochero que te deje en casa de Baryatinskij?

Zorro vaciló. Aún era temprano y lo único que haría sería sentarse en el salón de Baryatinskij, esperar a Jacob y escuchar a Sylvain y a Chanute mientras discutían qué producía una borrachera mejor, si el aguardiente de vino o el de patata.

—Me gustaría estar presente —respondió ella.

Orlando no intentó ocultar que la respuesta lo alegraba. A Zorro le agradaba su compañía, y mucho, pero cuando él le abrió la puerta del coche aquello le trajo el recuerdo de un rostro tan hermoso que las tinieblas del mundo habían conseguido ocultarse detrás de esa hermosura. Se avergonzó de su corazón, que palpitaba angustiado, cuando dio un paso atrás delante del carruaje, pero los recuerdos eran mucho más fuertes que lo que su razón era capaz de afrontar. El último hombre al que había acompañado a casa había llenado una garrafa entera con su temor.

Orlando le hizo señas al cochero para que se fuera sin ellos.

—¿Por qué no vamos caminando? —preguntó él—. Hace un día precioso y aquí son mucho menos frecuentes que en Metragirta.

Zorro le agradecía que actuara como si nada hubiera pasado. Los dos guardaron silencio un largo rato mientras pasaban junto a casas y palacios, iglesias y tiendas. Era fácil guardar silencio con Orlando.

—¿Con qué frecuencia te transformas?

La pregunta llegó tan de repente que por un momento Zorro no estaba segura de querer responder de forma sincera. Con Jacob no hablaba de lo mucho que añoraba el pelaje. Le parecía traición hacerlo con otro, pero algo en ella quería responder, expresar en palabras el ansia de ser ambas.

—No lo suficiente. —Esperaba curiosidad por la respuesta, las preguntas habituales que conocía todo cambiador de forma, la falta de comprensión, el temor, a menudo mezclado con asco o desprecio.

En el rostro de Orlando no había nada de eso.

—Nunca es suficiente, ¿no? —dijo mientras sacaba un peine de su bolsillo. A primera vista parecía de marfil, por el que los elefantes y los tigres dientes de sable perdían su vida, pero los ornamentos en la empuñadura revelaban que una bruja lo había tallado con el hueso de un humano.

Orlando pasó el pulgar por las delicadas púas.

—Lo he encontrado en un mercado prohibido en Din Eidyn. Me ha costado el jornal de un año y ha demostrado ser muy útil en el oficio. Pero reconozco que eso solo era un pretexto para comprarlo.

Zorro no se había topado con muchos cambiadores de forma que, al igual que ella, hubieran nacido como humanos corrientes. Evitaba a los que se exhibían, y los demás casi siempre guardaban silencio sobre su doble vida, como ella misma hacía.

—¿El peine te hace envejecer más rápidamente?

—No lo sé. ¿Envejecen los pájaros más deprisa que las personas? ¿O que las zorras? —Su sonrisa era insolente. Parecía un chaval... aunque era mayor que Jacob.

Jacob también había tenido una vez un peine de bruja. Lo había robado siendo muy joven de una casa de galleta pero nunca lo había usado. Jacob no quería ser algo o alguien distinto, le daba miedo. Había cambiado el peine por un caballo.

Orlando echó un vistazo por el siguiente arco que se abría entre las casas y tiró de Zorro. El patio trasero en el que entraron hacía olvidar, como el patio de Baryatinskij, que estaban en una gran ciudad. Entre los bancales de verdura y los establos crecía una vieja haya cuyas ramas los ocultaban de las ventanas que daban al patio. No obstante, Orlando miró alrededor antes de pasar el peine por su cabello rubio ceniza.

Después se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa. De los brazos le crecían plumas como hierba fresca.

Zorro tocó una de las plumas cortantes.

—¿Duele?

—Sí.

Las plumas eran grises como la luz invernal.

—Una oca —susurró Zorro.

—¡Te lo ruego! Un ganso. —Orlando chasqueó los dedos y las plumas se desprendieron de su piel cubriendo el empedrado bajo sus pies, como si un gato hubiera descuartizado allí su botín. O un zorro.

Orlando se bajó las mangas sobre la piel enrojecida.

—Espero que pienses en mí la próxima vez que caces un ganso.

—¿Por qué no un cuervo? —Zorro recogió una de las plumas rucias del suelo.

—Me preocupaba sentir apetito por los ojos de los ahorcados. El hombre al que le compré el peine me reveló que se puede desear en qué ave convertirse, y de niño mi libro favorito era uno en el que un mago convertía a un chico en un ganso salvaje.

A Zorro le gustaba su elección. La zorra tacharía en el futuro los gansos salvajes del menú.

Orlando se puso la chaqueta y guardó el peine en el bolsillo.

—¿Puedes llamar al pelaje con la misma facilidad?

Zorro vaciló de nuevo al responder. Estaba tan acostumbrada a considerar el pelaje como su secreto. *Pero él lo entiende, Zorro.*

—Cada vez es más difícil. —Antes llegaba a menudo por sí solo. Pero hacía tiempo que eso ya no pasaba.

La casa de alquiler en la que Orlando vivía tenía la misma pintura color verde mar que se veía en muchas fachadas de Moskva. Era una bonita casa con ventanas altas, frisos de piedra y balcones de hierro forjado que le recordaban a Zorro a Lutis, pero el revoque estaba manchado por la lluvia.

—Como puedes ver, el rey de Albión no me paga lo suficiente para vivir en un palacio —dijo Orlando—. Pero no hay una sola kikimora en la casa, algo muy infrecuente en Moskva. Lo sé, son útiles, pero no puedo soportarlas. Las de la casa vecina dejan gatos muertos delante de la puerta a los inquilinos que no les dan leche por las mañanas. Y llevan muertos mucho tiempo.

Una anciana que pasaba de largo los observaba como si les recordara a los días en los que ella había sido joven. ¿Qué imaginaba? ¿*Qué imaginas tú, Zorro?*

En un nicho junto a la puerta de la casa había una figura de yeso pintada. Alguien había dejado flores a sus pies.

—Esa es Vasilisa la Lista —susurró Orlando—. ¿Ves el cuenco que hay junto a las flores? El agua que contiene es salada. Es la hija de un rey del mar y protege muchas casas en Moskva.

Él dejó una pluma a los pies de piedra de Vasilisa antes de abrir la puerta de la casa. Su mano estaba caliente cuando agarró el brazo de Zorro. Quizá pudiera borrarle de la piel las caricias del barbazul. Quizá Orlando podía hacerle olvidar que había deseado a otro todos esos años. Las olvidatedetís del barbazul lo habían conseguido durante un corto periodo...

Varias malen'ky escaparon cuando ella subió la escalera detrás de él. En el palacio de Baryatinskij robaban azúcar de la mesa del desayuno por las mañanas.

El piso de Orlando estaba situado en la segunda planta. Estaba tan vacío como si

a su morador le preocupara que los objetos de los que se rodeaba revelaran quién era en realidad. Las paredes eran del mismo gris que las plumas que había hecho crecer el peine de bruja. Un escritorio delante de una ventana alta, tres sillas, un sofá, una cómoda con un samovar: a Zorro esa sencillez le sentaba bien después de estar en los espacios recargados de Alekseij Baryatinskij. Dos de las ventanas estaban abiertas y dejaban entrar los olores de un verano fresco y extraño. Por un momento, la zorra que había en ella se agitó, quería marcharse a los bosques que olfateaba detrás de los olores de la ciudad. Pero Celeste quería quedarse.

Antes del barbazul había habido otros hombres: el hijo de un maderero y, cuando Jacob se volvió a marchar durante semanas, un joven soldado que casi la sorprende en el bosque cambiando de forma. Los dos solo habían conseguido que extrañara aún más a Jacob.

La criada que le quitó a Zorro el abrigo solo hablaba varego. Orlando le respondió como si hubiera nacido con su lengua. Cambiadores de forma. La chica sirvió té del samovar mientras Orlando se acercaba a la ventana.

—Debería estar a punto de llegar —dijo—. Cuando Ludmila se retrasa hay que inquietarse.

Una casa extraña, espacios extraños... allí estaban otra vez, los recuerdos de otra casa extraña, vacía salvo por unos pocos muertos. Zorro negó bruscamente con la cabeza cuando la chica le tendió la taza de té. ¿Por qué se engañaba? Nunca se liberaría de esos recuerdos. Permanecerían como cicatrices en sus muñecas. El aire olía de pronto a flores blancas, discreta y enloquecedoramente dulce.

—He de irme. —Creía oír delante de la puerta al criado con la cornamenta ensangrentada. Alguien rozó su brazo, ella apartó la mano, se dio la vuelta. Orlando la agarró del brazo y le acarició la piel cicatrizada que las cadenas del barbazul habían dejado.

—A veces creemos conocer a las personas a simple vista —dijo él—. Como si nos hubiésemos encontrado con ellas cien veces, en otra vida, en otro mundo. Y entonces nos damos cuenta de que no sabemos nada. ¿Qué aspecto tenían de niños? ¿Qué pesadillas les hacen despertarse de un sobresalto? —Él soltó su brazo como si se lo devolviera con aquello que su piel guardaba de recuerdo.

La criada seguía allí de pie con la taza. El té casi se le cae sobre el delantal blanco cuando llamaron a la puerta. La chica le tendió la taza a Zorro y se apresuró hacia el pasillo.

—Aquí está —dijo Orlando—. La mejor espía de todo Varangia.

La enana que la chica guio hasta la habitación iba vestida a la última moda, lo que era inusual para su pueblo. Los enanos se vestían por lo general de manera anticuada para demostrar que sus tradiciones se remontaban a una época anterior a la de los humanos. También envejecían más despacio. La invitada de Orlando podía tener fácilmente setenta años, aunque el rostro de Ludmila Akhmatova era el de una mujer joven y hermosa. A unos ojos inexpertos se le habría pasado por alto que llevaba una

pistola debajo del abrigo, pero Zorro estaba acostumbrada a buscar ese tipo de secretos con la vista.

—¿Me permiten hacer las presentaciones? —dijo Orlando—. Ludmila Akhmatova... Celeste Auger.

Los ojos que observaban a Zorro eran tan grandes y expresivos que apenas cabían en el hermoso rostro. Eran casi del mismo color negro que el cabello de Ludmila Akhmatova.

—Ah, la zorra —dijo con una voz sorprendentemente grave, característica en todos los enanos. Le tendió la delicada mano a Zorro—. Qué honor. Sigo vuestra carrera con gran interés. Entre las cazadoras de tesoros, las mujeres son aún más escasas que en nuestro negocio.

—Zorro ha aprendido de un hombre —objetó Orlando.

—Que, según todo lo que he oído, sin *mademoiselle* Auger habría muerto hace tiempo. —Ludmila Akhmatova sonrió a Zorro y tomó asiento en el sofá—. ¿Puede escuchar lo que tengo que contar?

La criada trajo un plato con pan de especias y miel.

Orlando esbozó una sonrisa de disculpa a Zorro.

—No, lamentablemente es algo confidencial, pero ¿sabes algo de los planes del Hada Oscura? *Mademoiselle* Auger la está buscando.

Ludmila Akhmatova cogió un trozo de pan y dio sorbos al té que la criada le había alcanzado.

—¿Sabes lo que los espías del zar le han contado sobre ella? Es de lo más divertido... pero parece que él les creyó.

Orlando le ofreció una silla a Zorro.

—Me gustaría oírlo, Ludmila Akhmatova —dijo ella.

La enana se limpió unas migas del cuello.

—Le han informado de que el Hada Oscura va camino de Kamchatka para ofrecer al príncipe de los campesinos su magia. Probablemente uno de los príncipes lobo o el jan le hayan pagado confiando en que Nikolaij ordenará matar al príncipe antes de que los castillos sean derribados por campesinos rebeldes. Vivimos en una época muy interesante.

Tomó otro sorbo de té.

—Pero tú no te crees esa historia... —Orlando puso buena cara como si no estuviera seguro de qué pensar.

—Por supuesto que no. Ninguna mujer la creería —respondió Ludmila guiñándole un ojo a Zorro.

—¿Qué insinúas? ¿Que el Hada Oscura está harta de todos los hombres monarca? Salvo su rival en Austria, en este momento solo hay una mujer en el trono y esa es la emperatriz de Nihon. Un largo viaje.

Zorro intercambió una mirada con Ludmila Akhmatova. Orlando comprendía lo que significaba cambiar de forma, pero quizá la diferencia entre mujer y hombre era

aún más profunda que entre persona y animal.

—Creo que Ludmila se refiere a otra cosa —dijo—. El Hada Oscura no ha ayudado a Kami' en porque llevara una corona. ¿Por qué iba ahora a regalar su favor?

—En efecto. —Ludmila mojaba su trozo de pan en el té. Era oscuro y fuerte, como se estilaba en Varangia—. El Hada Oscura amaba al goyl, Orlando. Dicen que fue un gran amor. Incluso para un hada debe resultar doloroso el que se traicione un amor así. No va de camino al este para encontrar allí un aliado contra su amante. Busca a los que puedan cortar el lazo inseparable.

Zorro miró a Orlando con gesto interrogante.

Él la cogió de la mano.

—Disculpa, Ludmila —dijo él—. Voy a pedirle a Olga que te traiga un poco del pastel albionés que tanto te gusta. Volveré antes de que tu siguiente taza de té se enfríe y entonces podremos tratar el otro asunto.

La habitación a la que llevó a Zorro era demasiado pequeña para todos los libros y papeles que debían encontrar sitio en ella. Se apilaban sobre la cama que había debajo de la ventana. Detrás de la puerta había un armario de boticario. Orlando abrió uno de los cajones y sacó un guante cubierto de escamas.

—Un regalo de mi tierra —dijo mientras se lo ponía en la mano—. Tenía que averiguar para la Morsa si su ministro de Exteriores se había comprometido en su juventud con una ondina. La hija del ministro era la prueba viviente, pero no la traicioné ni a ella ni a su padre. En agradecimiento me obsequió con este guante, con el aserto de que puede volver visible el amor verdadero. ¿Me permites?

Orlando intentó agarrar algo en el vacío, delante de Zorro, y en la mano enguantada apareció el hilo de oro que la nieta de la baba yaga le había mostrado.

—Amor verdadero, desinteresado y más profundo que los océanos en sus puntos más insondables. —Orlando seguía con el dedo el hilo, que relucía en el aire como un rayo de sol extraviado—. En cualquier caso, me temo que no me vale. Estas hebras no se hilan en unos días.

Dejó caer la mano y el oro desapareció como si en efecto solo hubiera sido un rayo de sol que se hubiera extraviado en la estrecha habitación.

—El Hilo de Oro... o el lazo inseparable, como también se le denominaba, tan inquebrantable como todos los hilos del destino. Y solo hay alguien que puede hilarlo y cortarlo.

—*La Tisseuse de la mort et l'amour*. —Zorro susurró el nombre como lo había hecho de niña. En Austria la llaman *die Weberin*.

Zorro nunca hubiera creído que un día pudiera sentir compasión por el Hada Oscura, pero las palabras de Orlando le recordaban el dolor que había visto en la Boda Sangrienta en el rostro de la otra... y los días en los que ella misma se había sentido tan herida con todo el amor frustrado que casi hubiera ido en busca de *La Tisseuse*.

Orlando le acarició con suavidad la mejilla. El roce le gustaba, a la zorra y a

Celeste.

—Sí. *La Tisseuse. Die Weberin. The Weaver.* La hilandera. Tiene muchos nombres, algunas historias afirman incluso que son tres hermanas. Solo en una cosa coinciden las tres: que es muy peligroso pedirles ayuda, porque no solo pueden cortar el vínculo del amor sino también el de la vida. —Orlando se quitó el guante—. Pero la Oscura no necesita preocuparse por eso. Después de todo, es inmortal.

Y más poderosa que los reyes y emperadores de ese mundo.

—No puedo creer que ella misma no pueda cortar el hilo.

—Sí, ni siquiera ella. Todos lo hemos intentado, ¿no es cierto? Que incluso las hadas inmortales estén desamparadas contra el Hilo de Oro tiene algo de confortante, ¿no te parece?

Quizá.

—Pero ¿qué pasa si lo hace cortar? —Hablaban del hada, solo del hada.

—Imagino que el amor desaparece. Como el dolor de una herida a la que solo recuerda la cicatriz.

Sí. Una cicatriz. Nada más.

Orlando volvió a dejar el guante en el cajón. Zorro amaba su rostro. Era una promesa... que los deseos se cumplieran, que el deseo podía recoger más frutos que el ansia.

Ella lo besó en la boca antes de saber lo que estaba haciendo. El Hilo de Oro. Tenía que haber otros colores.

Rojo. El cuarto del barbazul se transformó en flores cuando los labios de Orlando correspondieron el beso, y las sombras que le ennegrecían el corazón tenían plumas de color gris. Cada beso aligeraba su respiración, y sus dedos buscaban la piel de Orlando como si buscaran la suya propia. Celeste. Por primera vez se sentía bien siendo Celeste. Y no necesitaba ocultar a la zorra, porque él conocía el placer por la otra forma, se encontraba con ella con piel y plumas, la seguía al bosque que crecía en ella y en el que no se había encontrado con nadie más que con Jacob. Se perdieron en él hasta que él encontró su corazón. Latía tan deprisa en sus manos, pero él lo sujetaba con firmeza, entrelazaba el hilo de oro con los colores rojo y gris.

Minutos. Horas. El tiempo transformado en tacto. No más palabras en sus labios, ni siquiera el nombre de Jacob. Solo los besos que ella le daba al otro.

Zorro, él la llamaba Zorro. Lo susurraba una y otra vez como queriéndole recordar mientras besaba la piel humana que también amaba a la zorra. Se olvidaron de la enana y de lo que había tenido que averiguar para Orlando, se olvidaron de la criada que servía a Ludmila pastel albionés.

Zorro no sabía qué hora era cuando se acordó. Orlando dormía tan profundamente que pudo desprenderse de su abrazo sin despertarlo. Fue más difícil dejar de mirar su rostro dormido... como si algo en ella tuviera miedo de volver a olvidarlo. Sentía su sudor y el de él, se pasó la mano sobre los brazos desnudos. Tan suaves. Tan calientes. ¿Estaba feliz? Sí. Y no. Pues las palabras habían regresado y con ellas el

nombre que hilaba oro alrededor de su corazón desde hacía tanto tiempo que no recordaba cómo se había sentido antes de él.

Volvió a mirar la figura durmiente de Orlando.

Oro y gris.

Quería ambas. Y paz entre ambas.

Su ropa estaba sobre las flores que había en la alfombra delante de la cama. No había dejado nunca el pelaje de forma tan descuidada y estaba aliviada de encontrarlo entre la ropa humana.

Ludmila Akhmatova se había marchado. Había dejado una carta para Orlando. Secretos. Zorro no la leyó.

Había un largo camino hasta el palacio de Baryatinskij, pero a pesar de todo se fue a pie. Se tomó tiempo, se miró en los escaparates como una extraña, no estaba segura de si debía reír o llorar y no hizo ninguna de las dos cosas. Dejaba atrás a alguien en las calles de Moskva: a Celeste, que aún seguía sentada a la mesa del barbazul, pero también a la chica que había ido detrás de Jacob tantos años. No estaba segura aún de por quién la había cambiado. Cuando pasó de largo junto al portón de un parque llamó a su pelaje. Llegó de forma natural, como hacía tiempo que no venía. La zorra se raspó la espalda al pasar por debajo del portón, pero le sentó bien apartarse de todos los recuerdos humanos. Si el sol no hubiera enhebrado hilos de oro en los árboles...

El guardia detrás del portón de Baryatinskij le abrió la puerta sin decir palabra. Bajó la mirada cuando pasó de largo, pero ella había visto el deseo en sus ojos. Como un eco de lo que había sucedido.

Jacob aún no había regresado.

Zorro se alegraba de que así fuera.



41

## *El oso en el este*

Vladimir Molotov no era solo el archivero de la Colección Mágica del zar. También daba clases de historia varega en la Universidad de Moskva, como le contó orgulloso a Jacob antes de comenzar con la visita. Solo diez minutos después, Jacob compadecía al estudiante que fuera a parar a las clases de Molotov. La colección era única, como se afirmaba en occidente, y el austrieno de Molotov era casi impecable, pero hablaba tan despacio cuando sus piernas arqueadas por la gota lo llevaban por las salas que hasta los famosos huevos mágicos del zar perdían su encanto mientras uno escuchaba sus áridas explicaciones.

Armaduras que te hacían invulnerable, estufas que le daban la fuerza de un toro a cualquiera que durmiera sobre sus cálidos azulejos, dos salas repletas de setas que te volvían invisible, nueces mágicas, escaramujos mágicos, barcas de baba yagas, otras tres talladas con figuras de todo el mundo que evocaban los antiguos dioses: un Júpiter de Fron, una diosa de las serpientes de Bengal, el bailarín de fuego Savai'is... Cielos, no acababa nunca, y la aburrida conferencia de Molotov brindaba a Jacob demasiadas oportunidades de reflexionar sobre lo que Zorro estaba haciendo con Orlando en ese momento. Era ridículo con qué perseverancia sus pensamientos iban a parar a ella. No importaba cuántas veces se obligara a escuchar con atención a su guía... la seguía teniendo presente, aunque fuera en espíritu, y era consciente de la naturalidad con la que ella lo había seguido todos esos años.

La séptima sala que Molotov cruzó estaba repleta de libros mágicos. Jacob solo

había visto una colección tan impresionante en la biblioteca universitaria de Pendragón y en un convento ligur. Uno de los libros estaba encuadernado en plata. Por supuesto le hizo pensar de inmediato en elfos de aliso. Molotov explicaba que, si uno cometía la imprudencia de abrirlo, el libro atribuía el don de escoger objetos y figuras de cualquier libro del mundo. Jacob no había oído nunca hablar de una magia parecida, y estaba a punto de preguntarle a Molotov por el orfebre que lo había encuadernado cuando vio lo que les aguardaba en la siguiente sala.

Colgaban de las paredes como agua anudada y evocaban con sus dibujos mil y un lugares lejanos. Alfombras voladoras.

A pesar de la voz lánguida de Molotov, el corazón de Jacob se aceleró. Ahí estaba la magia con la que podría encontrar a Will. ¿Cómo había podido olvidar que la Colección Mágica del zar era famosa por sus alfombras voladoras? *¡Porque tus celos te impiden pensar, Jacob!* La mayoría de las alfombras voladoras te llevaban a cualquier lugar que desearas, pero había unas pocas a las también se les podía dar una persona como destino. El dibujo que incluía esa escasa magia era tan complicado que hasta los anudadores más talentosos rara vez lo terminaban sin equivocarse.

Las primeras alfombras junto a las que Molotov pasó cojeando podían servir a lo sumo para viajes cortos. Después seguían alfombras cuyos dibujos anudados de forma sencilla revelaban que no podían volar ni demasiado alto ni demasiado deprisa, por no hablar de hechicerías añadidas. Molotov, no obstante, tenía un comentario para cada una y Jacob tuvo que dominarse para no dejarlo plantado y buscar él mismo la alfombra apropiada. Los dibujos eran cada vez más complejos: la espesura anudada de flores y animales, dibujos abstractos, imágenes de estrellas.

—Esta alfombra enamora cuando, en luna llena, se vuela sobre ella con la elegida.

Sí, sí, es suficiente. Continuemos.

—Este ejemplar tira su carga tan pronto alguien le grita las palabras ocultas en su dibujo. La alfombra se usaba antaño para eliminar a los enemigos.

Magnífico. Continuemos... Vamos, anda...

Alfombras que servían almuerzos opíparos en las alturas. Alfombras que flotaban como baldaquines sobre testas coronadas o que actuaban como escolta. Alfombras que robaban, secuestraban... Quizá se había alegrado antes de tiempo. Eran muy pocas las que podían hacer lo que estaba buscando, y era probable que no hubieran abandonado nunca sus cálidos países de origen y que solo se pudieran encontrar en las salas de los tesoros de sultanes y suleimanes.

Molotov se detuvo delante de una alfombra que colgaba de una vara cuyos extremos eran unas cabezas de dragón de oro.

—Esta alfombra es la más valiosa de la colección, y no solo por su tamaño. — Mascullaba las palabras, como si estuviera hablando del felpudo en el que se habían limpiado las botas delante de la puerta.

La alfombra era de color verde azulado. Cubría la pared entera,

considerablemente alta, y se doblaba en el suelo en tantos pliegues que Jacob estimó su longitud en más de quince metros. Pero el tamaño no era lo determinante. La magia se ocultaba en el dibujo. Este estaba tan entrelazado que las palabras que escondía eran difíciles de encontrar incluso para ojos ejercitados. Estaban escritas en lajmí, el lenguaje secreto de los anudadores de alfombras. Todo cazador de tesoros que se preciase conocía al menos las palabras más importantes y sabía cómo pronunciar de forma medianamente correcta las que no comprendía. Jacob encontró las palabras en el corazón de la alfombra, ingeniosamente ocultas entre flores y pájaros fabulosos:

*Encuentro a aquel que me digas.*

Resultaba tan difícil continuar siguiendo a Molotov con cara de indiferencia, pero Jacob recordó que no volvería a tener la oportunidad de ver esa colección... y que en la audiencia con el zar quedaría como un imbécil si le ofrecía a Nikolaij III encontrar un tesoro que ya poseía.

Encontraría a Will.

¿Debía hacerlo? ¿Por qué? ¿Porque el elfo de aliso quería evitarlo? ¿Era esa razón suficiente?

¿Qué quería su hermano?

Jacob desconocía la respuesta.

—Y ahora... eh... vamos a la última sala de la colección. —Otra escalera más, otra planta más. Molotov respiraba con tanta dificultad que Jacob temía por su vida en cada escalón, pero por fin se divisaba un final.

*Encuentro a aquel que me digas.*

Molotov se secó el sudor de la frente apergaminada y se detuvo delante de la puerta que les aguardaba al final de la escalera. Las cerraduras estaban aseguradas con alambre de fuego y cobre de Pastún. Prometía tesoros inusuales.

«Tiene una piel de piedra».

¿Qué deseaba su hermano? ¿Cuándo lo había sabido con certeza por última vez? Hacía mucho tiempo.

Molotov le ordenó que se volviera mientras abría la puerta. Jacob tenía para estos casos un espejo de bolsillo, pero no se tomó la molestia de sacarlo. Rodeado de tantos tesoros, no podía sino recordar los regalos de ese mundo que en otro tiempo le había llevado a Will, el asombro en su cara, su entusiasmo. Will había estado una vez tan encantado con ese mundo como él. *Más, Jacob. Ella le ha dado otra piel. ¿Y si le ha gustado?*

Sí, ¿y si era así?

¿Comprendía Jugador mejor a su hermano que él? «Oh, por favor. ¡Estás hablando con un elfo! Conozco tus deseos más ocultos. Mi trabajo es cumplirlos».

El olor que les salió al encuentro cuando Molotov empujó las pesadas hojas de la puerta anticipó lo que les aguardaba. La desdicha de las criaturas mágicas olía de forma tan intensa como la de cualquier animal. A Therese von Austrien nunca le había interesado coleccionar criaturas fabulosas vivas, de ahí que en las salas de las maravillas de Vena solo hubiera ejemplares disecados. Los animales vivos, al parecer, los había hecho transformar en tintura de belleza o elaborar en la cocina imperial. Las criaturas, junto a cuyas jaulas Molotov guiaba a Jacob, habrían preferido probablemente una muerte similar al cautiverio, que gracias a su longevidad seguro que solía durar siglos.

Un ganso que ponía huevos de oro, un basilisco tuerto... ¿De qué servía que sus jaulas tuvieran barrotes de oro y que los paisajes de sus lugares de origen estuvieran pintados en las paredes del fondo? Una rusalka compartía el agua turbia de su acuario con varios gnomos de agua, y junto a ella dos cuervos mágicos picoteaban el cristal embrujado que mantenía alejadas sus maldiciones de los oídos humanos. Jacob estaba contento de que Zorro no lo hubiera acompañado.

Un carnero con pezuñas de plata (*No, Jacob, no tiene nada que ver con el elfo*), tres abejas de Vasilisa la Lista y el Lobo Gris, que salvó a tres zares. En agradecimiento, el tercero lo había hecho encerrar y por lo visto la pobre bestia era inmortal. Los ojos amarillo oro perdieron parte de su indiferencia cuando Jacob se acercó más a la reja. El lobo era casi del tamaño de un poni, con un pelaje que, incluso después de todos esos años de cautiverio, resplandecía como la luz de la luna en la oscuridad. Su jaula era la última. Detrás de ella había otra puerta, pero Molotov se inclinó delante de Jacob como un actor antes de hacer mutis y le brindó una sonrisa árida.

—Espero que hayáis disfrutado de mi exposición, señor Reckless. El chófer del zar os llevará a vuestra audiencia con Su Majestad. Por favor, transmitidle mis respetos. Serví bajo el reinado de su padre cuando era un joven soldado.

Solo había una cosa que caracterizaba a Jacob que era casi igual de indomable que su impaciencia. Su curiosidad. Señaló la puerta que Molotov ignoraba de forma tan evidente.

—¿Qué hay detrás? Por lo que sé, el zar quería que viera todos sus tesoros.

*Déjalo, Jacob.* Pero no había puerta cerrada que él no quisiera abrir.

—Es el ala secreta de la colección. —La voz de Molotov ahogaba un halo de reprobación—. Alberga tesoros cuya existencia, por motivos de seguridad, solo conocen las personas de confianza del zar.

*Por favor, Jacob. Deja las estúpidas preguntas.* Todos los buscadores de tesoros habían oído hablar del ala secreta de la Colección Mágica. El cazador de tesoros más célebre de Varangia, Arkadj Vitrouk (del que decían que era hijo bastardo del último zar), había intentado entrar con motivo de una apuesta y desde entonces pasaba sus

días en un campamento de prisioneros en Sajá.

Por lo que Jacob podía apreciar, la puerta tenía un candado de combinación de cifras mágico, aunque Molotov intentaba obstaculizarle la vista. Había conseguido abrir una cerradura parecida en Pombal. *Ya está bien, Jacob.*

Pagó por sus estúpidas preguntas. Molotov ya no le quitó ojo, de modo que no tuvo ocasión de examinar con más precisión los dispositivos de seguridad de las puertas de la sala de alfombras.

En el patio, el chófer del zar aguardaba con su impoluto automóvil. Ni siquiera un enemigo de los tiempos modernos tan ferviente como Nikolaij III podía resistirse al coche sin caballos. El águila de doble cabeza de Varangia extendía las alas sobre el capó. Jacob había visto ya demasiados caballos apaleados como para encontrar románticos los carruajes, pero el ruido de cascos sonaba mucho mejor que un motor que escupía. Zorro se habría burlado de él por esa idea y le habría recordado que los caballos no disfrutaban llevando hierros clavados en los cascos. ¿Dónde estaba? Se prohibió pensar en la pregunta.

• • •

Salas de audiencia y tiendas militares, establos de caballos, carruajes y trenes... Jacob ya había sido recibido por príncipes en los lugares más diversos detrás del espejo, pero ninguno le había pedido hasta ese momento que se quitara la ropa y compartiera con él vapores y un baño de hielo.

El vapor olía a hojas frescas de abedul, hierba de Pushkin y carbón vegetal. Vio a su anfitrión a través de los vahos blancos cuando dos criados voluminosos los disiparon con ramas frescas.

La piscina de la que Nikolaij III salió como su madre lo trajo al mundo estaba azulejada con mosaicos que celebraban la diversidad de las criaturas fabulosas varegas: rusalkas, pulpos, espíritus del río... El movimiento del agua les confería vida ilusoria. El zar agarró la toalla que uno de los criados le tendía y se la enrolló en las caderas. Su piel, por lo demás pálida, tenía el color del ámbar. El recubrimiento con el que los zares se protegían cuando cedían a la pasión varega de los baños de vapor era preparado siguiendo una receta goyl. Corría la voz de que resistía incluso las balas de revólver. Al ver los sables que portaban los criados, Jacob pensó en lo vulnerable que era la piel desnuda. Quizá un baño de vapor fuera en efecto la sala de recepciones más segura para un príncipe.

—¿Y ahora, Gospodin Reckless? —Nicolaij III se hizo alcanzar un cuenco con carne cruda—. Confío en que mi colección impresionara al cazador de tesoros con más éxito de occidente.

El oso que emergió de los vapores olisqueando llevaba un chaleco bordado sobre el oscuro pelaje. El zar casi no se dejaba ver sin él. En los actos oficiales, su oso llevaba el uniforme de la caballería rusa, un espectáculo que Jacob había esperado ver

en el baile, pero Ivanuska-Dyracok se encontraba indispuerto porque se había atragantado con una raspa de pescado. Los osos mansos de los zares siempre eran bautizados con el nombre del héroe que rescataba al mundo en los cuentos de hadas rusos, aunque este se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo sobre una estufa. Ivanuska cazaba al vuelo con sus garras la carne que su dueño le lanzaba. Cuando se terminó, Nikolaij III tendió al criado el cuenco vacío mientras su mirada se clavaba en el pecho sudoroso de Jacob.

—Los goyl aseguran que uno de ellos ha disparado a Jacob Reckless, pero no veo ninguna cicatriz. ¿Es entonces mentira?

—No. El goyl apuntó bien y acertó, aunque no haya cicatriz.

—¿Y cómo se puede sobrevivir a eso?

—No sobreviví.

Jacob Reckless y su corazón atravesado por una bala... El zar no se mostró sorprendido. Seguramente sus espías le habían contado todas las versiones de la historia. Circulaban varias. La favorita de Jacob era aquella en la que el Hada Roja le había sembrado en el pecho el corazón de una polilla.

—¿Cómo es la muerte?

—No estuve suficiente tiempo muerto como para poder responder a esa pregunta.

Los cojines bordados que trajeron los criados tenían los colores de los paños de las baba yagas. Varangia y Ucrania tenían las mismas brujas. Es más, los dos países tenían tanto en común que el vecino más grande solía tragarse al pequeño.

Su anfitrión se dejó caer sobre uno de los cojines y con una inclinación de cabeza invitó a Jacob a hacer lo mismo.

—La Colección Mágica es más extensa de lo que habéis visto hoy —dijo—. Ocupa otros dos palacios cuyo emplazamiento se mantiene en secreto desde hace siglos. Mi padre se interesó durante décadas por dos huevos esmaltados que contenían el agua de la vida y la muerte. Uno de nuestros antepasados al parecer vivió ciento noventa y ocho años gracias a ella. Pero los huevos son imposibles de encontrar.

Hablaba albionés con acento lorenés. Era tradición en la nobleza varega educar a los hijos con maestros de Lorena, pero Nikolaij había puesto fin a esa tradición después de mantener dos guerras con el Encorvado. Oriente trataba de recordar a oriente. ¿Qué significaría para Albión y Lorena que Varangia firmara una alianza con los goyl? A Jacob le habría gustado hacerle esa pregunta a Orlando Tennant, pero... *Acuérdate, Jacob. Zorro está con él.* Tendría que haber robado a espaldas de Molotov una de las nueces que hacían que uno se enamorara de la primera mujer con la que se encontraba. Aunque... por lo que recordaba, había sido una vieja mendiga que le había tendido su plato. Sentir la propia piel desnuda traía los pensamientos equivocados. *Maldita sea, Jacob, recuerda dónde estás.*

—Vuestra colección es muy interesante, Vuestra Majestad —dijo—. Pero aún hay algunas cosas que podría encontraros.

El oso apoyaba el hocico en el hombro desnudo del zar. Sus ojos tenían casi el mismo color que la piel preparada de su dueño. Se contaba que uno de los antepasados de Nikolaij, durante un invierno especialmente duro que le costó la vida a miles de sus súbditos, quiso salvar a su oso de morir de hambre ofreciéndose él mismo para que lo devorara. Pero el oso solo aceptó la mano izquierda del zar. Quizá ese fuera el motivo de que en Moskva se hicieran excelentes miembros artificiales.

—Los objetos mágicos raras veces cumplen deseos políticos, ¿tengo razón? —preguntó Nikolaij acariciando la cabeza del oso—. ¿Alguna vez se ha conquistado un país con botas de siete leguas o el brebaje de una bruja?

«Mi hermano atraviesa en este momento Vuestro país con un arma que ha aniquilado a tres ejércitos mediante magia». Jacob tenía las palabras en la punta de la lengua pero naturalmente no las dijo. Nikolaij tenía razón. La mayoría de los objetos mágicos cumplían deseos privados: belleza, juventud eterna, amor sempiterno...

Conocía en Caledonia a una mujer que había tenido un largo romance con Orlando. Había seguido al galgo incluso a Leonia. *Déjalo ya, Jacob.*

El zar apartó el hocico del oso de su hombro. Aunque lo vistieran con ropas... su aliento olía como el de un animal salvaje.

—Quiero que me encontréis una campana.

El criado le dio de comer al oso un puñado de hojas. A Jacob le olió a menta.

—Dicen que su sonido hace regresar a los muertos. Supongo que habréis oído hablar de ella. ¿Quién podría ser más idóneo para encontrarla que un buscador de tesoros que estuvo en el reino de las sombras?

No, Jacob nunca había oído hablar de una campana así, pero se guardaría de decirlo.

—Claro —mintió—. Está en una iglesia en el monte Yamantau. Pero su magia solo actúa cuando se rocía el badajo con agua salada. La campana perteneció una vez a un rey del mar.

*No está mal, Jacob.* Casi se hubiese creído a sí mismo. El oso no le quitaba ojo, confiaba en que lo que se decía de que podía oler cualquier mentira no fuese más que un rumor.

De todos modos, su dueño parecía visiblemente impresionado.

—No sabía nada de esa condición. Está bien. ¿Cuándo podréis partir? Os daré mi caballo más veloz.

Había sido más fácil de lo que esperaba. Confiaba en que el siguiente paso resultara igual de sencillo.

—El monte Yamantau es un terreno muy dificultoso para un caballo, Vuestra Majestad. Una de vuestras alfombras voladoras sería un medio de transporte infinitamente más útil. —Oh, era un mentiroso fabuloso. Después de todo, había tenido que mentir para salir de la estufa de una bruja lorenesa y del ataúd de un vampiro catalán.

Nikolaij frunció el ceño. El sudor formaba perlas de cristal sobre su piel de

ámbar.

—No sé. La magia de esas alfombras es extraña. ¿Estáis seguro? Tengo caballos muy buenos.

Magia extraña. El zar expresaba un temor que estaba bastante extendido detrás del espejo. Pero aun cuando sus alfombras procedieran de Fars, Pashtun y Almohada, eso no las hacía más maliciosas que los objetos mágicos de su país de origen.

—No os preocupéis —dijo Jacob—. Estoy acostumbrado a tratar con objetos mágicos de todos los países. Son gajes del oficio. Solo hay que tomarse tiempo para comprender su magia.

Nikolaij cogió la copa que uno de sus criados le tendía.

—Está bien. Como queráis. Prefiero separarme de una alfombra voladora que de uno de mis caballos.

El criado también le alcanzó una copa a Jacob. Vino especiado. Habría preferido agua para respirar mejor el aire caliente.

—Disculpad la pregunta, Vuestra Majestad. ¿A quién queréis traer con la campana de los muertos?

Nikolaij lanzó su copa vacía contra la pared azulejada. Los criados se dispusieron a recoger en silencio las astillas de las piedras esmaltadas de azul. En Varangia se creía que el cristal roto ahuyentaba las sombras que dejaba el mal del pasado.

—A mi hijo Maksim.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Trescientos días, cinco horas y varios minutos. Traedme la campana y seréis un hombre rico.

El zar se levantó de su cojín, la señal de que se le permitía a Jacob hacer lo mismo.

—Os traeré la campana. —Mentir le resultaba duro a Jacob. Era el mejor camino para convertirse en el enemigo del zar de Varangia, y le daba pena. Con la emperatriz de Austrien y el príncipe heredero de Lorena no había tenido esos escrúpulos.

Los criados rociaron agua de rosas sobre la estufa. Los vapores que perfumaron el baño se volvieron tan densos y de un color tan blanco que parecía que todos ellos estuvieran en las nubes.

—Haré que os envíen la alfombra. ¿Os ha enseñado Molotov alguna que preferáis a cualquier otra?

—Sí, pero es la alfombra más valiosa de cuantas poseéis.

El anudador tuvo que medir el dibujo durante diez días y diez noches con los pies. Solo así llegaba la magia a la alfombra... «Y a través de la maestría del anudador», habría añadido Robert Dunbar. «Te lo digo siempre, Jacob. Cualquiera puede convertirse en mago si logra convertir cualquier actividad en auténtica maestría». El abrigo que el zar se puso sobre los hombros lo había concebido sin duda un maestro. Los pájaros de fuego extendían las alas de un rojo flameante sobre la seda oro mate. ¿Qué magia había alumbrado tanta destreza? ¿Hacía feliz a su portador?

Nikolaij hizo señas a su oso para que se colocara junto a él.

—Haré que mañana os envíen la alfombra. ¿Seguís alojado en casa de Baryatinskij?

Jacob asintió con la cabeza. Tan fácil.

—*Do Svidanija, Gospodin Reckless.* —El zar le tendió la mano—. Y *Blagodaryu*, como solemos decir.

Después se marchó con su oso.

Los criados secaron a Jacob el sudor de la piel antes de conducirlo de vuelta a la cámara donde había dejado su ropa.

—¿Cuántos años tenía el hijo del zar cuando murió? —preguntó a uno de los criados.

—Seis años, señor. Fiebre tifoidea.

Sí, tenía mala conciencia. Y se prometió encontrar la campana algún día... y reparar las mentiras que le había contado al zar. Algún día, junto a Zorro, como en los viejos tiempos. Sin hadas ni elfos, solo ella y él en busca de los objetos perdidos de ese mundo.

Él cogió su camisa.

La tarjeta cayó al suelo.

*Ella ha estado mucho tiempo en su casa. ¿Quién hubiera pensado que la zorra y el galgo formarían tan buena pareja?*

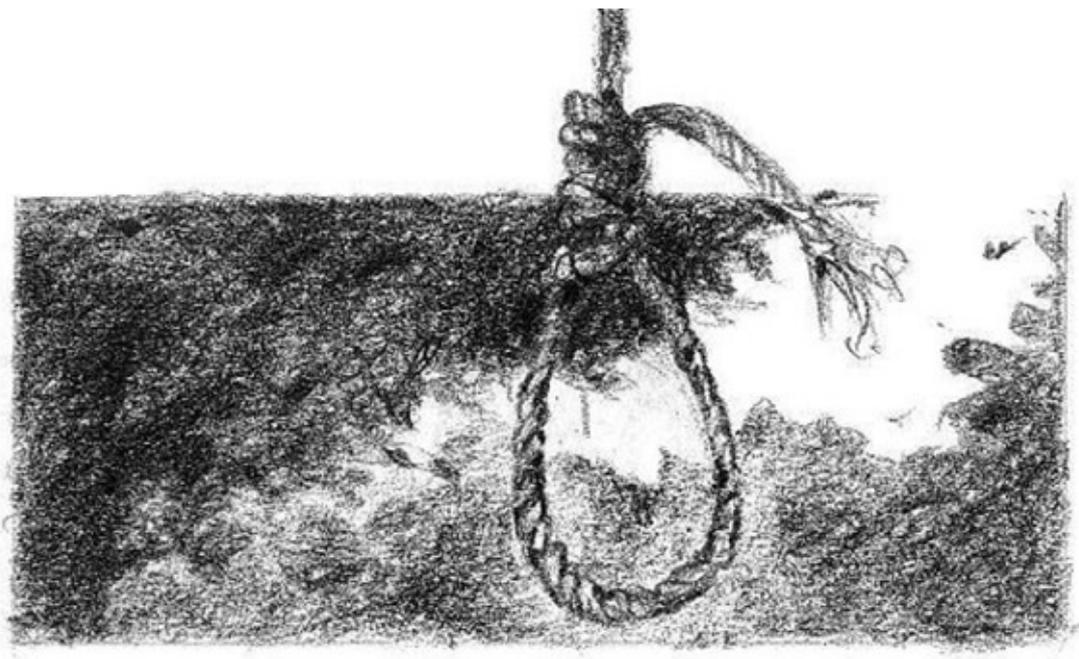
Directo al corazón.

• • •

El zar, como era de esperar, ordenó pagarle un anticipo. Tras recibir el dinero, Jacob le pidió al chófer que esperara y dejó uno de los relucientes rublos de plata en la mano sucia del chico que pedía limosna delante del portón del palacio.

—Entiérrala por mí en el río —dijo deslizando la tarjeta de Jugador debajo de la moneda—. Pero te lo advierto. Si no te deshaces de ella o la conservas, te traerá mil días de desdicha.

Aquello no espantaba los celos, pero Jacob se sintió mejor cuando subió al automóvil del zar.



42

## *Ladrones en los árboles*

¿Habría tenido que ser más precavido? *Sí, Nerron.* Con el agua de lluvia, Dieciséis apenas podía moverse y tenía que rayarse la corteza de los miembros, y a su hermano le crecían raíces de los pies que se recortaba él mismo con los dedos. Y la cosa empeoraba con cada mañana de niebla, con la luz de la luna, con las sombras húmedas bajo los árboles. Era innegable que la magia del hada ganaba la batalla contra el cristal y la plata, pero él —*Maldito seas, Nerron, con tu piel de bastardo veteadada*— se había confiado a la vigilancia de los espejámenes y había estado soñando con los tesoros de las Ciudades Perdidas, con el nuevo mundo que le aguardaba en recompensa... ¡como si hubiera olvidado su razón en las alforjas!

Cuando algo se movió en la encina bajo la cual estaba, pensó que el viento ondeaba más lluvia de la que seguía al hada como un velo húmedo. Pero entonces llegó el silbido agudo y varios hombres cayeron de los árboles como pájaros sin alas.

Viejas historias... ¡ese país estaba infestado de ellas! Solovej, el bandido que se convertía en un pájaro para huir de sus cazadores. Nerron había desenmascarado hacía años a otro cazador de tesoros que se había pavoneado de poseer la flauta con cuyas melodías esa leyenda del bandido había devastado regiones enteras. Pero los hombres que los cercaban no parecían bandidos sobre los que se escribieran historias.

¡Estaban tan sucios que, en realidad, habrían tenido que olerlos a millas! A uno le faltaba un ojo y a otro, una oreja, y las plumas de sus ropas no les habían crecido de sus cuerpos. ¡Ni siquiera procedían del pájaro correcto! A Solovei le llamaban el Ruiseñor, pero esos idiotas se habían forrado los andrajos con plumas de corneja y pinzón.

Eran doce. Para reducir al goyl de jade habían sido necesarios muchos más en la Boda Sangrienta, pero Will tenía su piel humana cuando sacó el sable. Mataron a tres antes de que los derribaran al suelo. Nerron gritó a Dieciséis y Diecisiete mientras ellos les lanzaban los lazos a la cabeza. Los habían atado de forma que la cuerda no les rompiera el pescuezo. ¡Encantador! Querían verlos agitarse en el aire. Nerron le destrozó a uno el hueso nasal antes de que lo subieran. Will le pisoteó a otro la mano pero pronto colgaba del árbol junto a él. La piel de goyl de Nerron resistía mejor la presión de la cuerda, pero el cachorro se movía como un pez en la caña y su cuerpo enseguida se fatigó. Pronto se ahogaría.

Debajo de ellos los ladrones escaparon con sus caballos... y con la ballesta. Con lo estúpidos que eran, no la encontrarían en la bolsa engañosa. Los dedos de Nerron rodeaban la cuchilla que tenía en su manga antes de que hubieran desaparecido entre los árboles. *Apresúrate, Nerron. El cachorro tiene un cuello blando.* Ya casi parecía muerto.

Sus manos pronto se liberaron, pero le costó cortar la cuerda que tenía alrededor del cuello y, cuando por fin lo consiguió, Nerron casi se rompe el pescuezo al chocar contra el suelo húmedo del bosque. El rostro de Will era de un azul lapislázuli, y cayó como una pieza de caza cuando Nerron cortó su cuerda, pero al aflojar el lazo que rodeaba su cuello vio que seguía respirando. Nerron agarró la piedra más próxima al oír pasos a su espalda creyendo que los ladrones habían regresado, pero era Diecisiete. No se esforzaba por tener aspecto humano, quizá ya no le resultaba tan sencillo. Su rostro reflejaba el bosque y su brazo izquierdo estaba tan tieso como una rama. Dieciséis no parecía estar mejor. Estaba hecha de sombras y hojas, apenas se podía distinguir lo que era reflejo y lo que le había nacido. Se arrodilló junto a Will y extendió la mano para acariciarle el rostro, pero la retiró al ver que no llevaba puestos los guantes.

—¿Está muerto? —Diecisiete se rayaba con el dedo la corteza del brazo tieso.

—No. Pero el mérito no es vuestro. —La voz de Nerron sonaba ronca como la de un sapo. Estaba sorprendido de poder arrancar siquiera una palabra a su dolorida garganta—. Te lo recordaré la próxima vez que me preguntes para qué me necesitáis.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es que seguimos sin alcanzar al hada? —La voz de Diecisiete sonaba metálica cuando se enfadaba—. ¡Eres un guía lamentable! Mira a mi hermana.

¡Hermana! ¿Desde cuándo los espejos tenían hermanas? Nerron se inclinó sobre Will... y se olvidó de su dolorido cuello. Allí donde el cáñamo había cortado la piel humana esta era de color verde pálido.

Jade. Más perfecto que el amuleto más caro que se podía comprar en la fortaleza real.

Nerron retrocedió cuando el cachorro empezó a toser. Los dedos con los que se palpaba el cuello desollado eran de piedra verde mate. También le veteaba la frente y le estriaba el pescuezo. Dieciséis miraba a Nerron atónita, pero Diecisiete le hizo señas impaciente para que fuera con él.

Nerron apenas notó cómo desaparecían entre los árboles.

No creía en el dios que escupía lava, al que los ónix construían oscuras grutas, ni tampoco en la diosa malaquita de su madre. No sentía nada cuando entraba en una iglesia, no importaba qué dios habitara en ella. Ni siquiera los lugares de sacrificio que se encontraban debajo de los alisos de plata o en la orilla de los estanques de los señores de las aguas impresionaban al bastardo. Pero al ver el jade en la piel de Will Reckless, Nerron sintió por primera vez los respetuosos escalofríos que otros le habían descrito. Piel de jade. Era una sensación agradable cuando un cuento de hadas se hacía realidad. Por eso buscaba tesoros. Para tener esa sensación. ¿No era así?

El cachorro buscaba su mirada. Con ojos manchados de oro. Se movía de otra manera cuando se puso de pie. Flexible como un goyl. Uno de ellos.

¿Y ahora qué, Nerron? Pero no quería pensar. Solo quería mirarlo.

—Tienen la ballesta —dijo, aunque ya no estaba seguro de que eso fuera importante.

—¿Sabes dónde han ido?

Nerron asintió. El jade seguía extendiéndose. Will se palpó la piedra que le alisaba la mejilla.

—La he llamado yo —dijo—. Y ha venido.

—Está bien —dijo Nerron con voz ronca.

Todo estaba bien.



*Robert Dunbar,  
retratado por  
Travis Louie*

43

## *Historias perdidas*

Para ser alguien al que no le gustaba viajar, Robert Dunbar había hecho la maleta en los últimos meses con demasiada frecuencia. Conferencias en Bengal, Nihon y ahora Tasmania. Dudaba de si tenía sentido dar conferencias sobre historia albionesa en un país en el que la mitad de los habitantes eran deportados forzosos, pero... Dunbar había aceptado la invitación con la esperanza de encontrar en esa parte del mundo un lugar donde su padre, un FirDarrig de pura raza, pudiera pasar el resto de su vida sin ser insultado o apaleado por su cola de ratón.

A los pocos días Dunbar ya no estaba seguro de que Tasmania fuese ese lugar. Después de todo, allí no se trataba con respeto ni a los autóctonos humanos. Apreciaba el tiempo (el pelaje que había heredado de su padre se encrespaba en el clima húmedo de Albión hasta resultar de lo más desagradable), y le sentaba bien estar lejos de todo aquello que en Londra y Pendragón se consideraba importante. Pero echaba de menos sus libros, la biblioteca de Pendragón, esas innumerables fuentes de saber que los siglos habían dejado allí para los espíritus sedientos como él. El telegrama de Jacob le había recordado con mucha pena esa carencia.

¡Elfos de aliso! Dunbar no hubiera sabido dónde buscar su rastro, largamente olvidado, ni siquiera en Pendragón. La mayoría de sus colegas historiadores se habrían burlado de él por el simple hecho de intentarlo. Era como buscar dioses

olvidados: Zeus, Apolo, Odín y Freya..., ¿habían existido alguna vez? Dunbar no tenía la menor duda de que sí, pero había dejado de manifestar sus opiniones en voz alta. Las oportunidades de encontrar algo sobre los seres de espejo eran sin duda mayores. La descripción de Jacob sonaba como si a Isambard Brunel se le hubiera metido en la cabeza crear personas... y hermanarse para ello con elfos de aliso. Que se llamaran Dieciséis y Diecisiete era muy estimulante, a fin de cuentas significaba que otros quince antes que ellos podrían haber dejado huellas.

En Albión, Dunbar primero habría buscado en Tintagel y Camelot indicios de los elfos desaparecidos. Allí estaba la literatura más extensa sobre Arturo de Albión y las leyendas que lo rodeaban. Eran las únicas fuentes que mencionaban a los elfos de aliso que Dunbar conocía. Sin embargo, todo historiador que opinaba que el legendario rey de Albión descendía de un hada y un elfo hacía el ridículo. La mayoría no sabía siquiera que los elfos de aliso habían sido un tipo muy especial de elfo. En lo referente a los seres de espejo, el bibliotecario del seminario de historia en Pendragón, que tenía aspecto de no haber visto la luz del día en décadas, le habría recordado seguramente las notas de viaje del escritor que hacía escasos cien años había visto mujeres de plata en un campo en Austrien. Y Dunbar habría investigado con un colega experto en botánica el aliso que crecía no lejos de la vieja muralla de la ciudad y que tenía en las ramas adornos de plata de varios siglos. Pero... no estaba en Albión sino en Tasmania, y la biblioteca de la recién fundada Universidad de Parramatta causaba una impresión lamentable frente a los tesoros que contenía Pendragón.

Si el último telegrama de Jacob no hubiera sonado tan preocupante... Era muy raro en él. Algo de esa preocupación se mostraba en el rostro de Dunbar cuando se encontraba entre las estanterías escasamente dotadas de la biblioteca de la universidad.

—¿Puedo preguntar qué buscáis? Parece que no lo encontráis.

La bibliotecaria que tenía delante sujetaba con la barbilla la pila de libros que llevaba en los brazos. Su pelo era cano (y parecía que se lo hubiera cardado a toda prisa), pero la sonrisa que esbozaba a pesar de los libros habría encajado en el rostro de una doceañera.

—No, pero admito que las informaciones que estoy buscando tampoco habrían sido fáciles de encontrar en las bibliotecas de nuestro viejo país de origen. Deduzco por vuestro acento que vos también provenís de Albión. Robert Dunbar.

Dejó los libros en una mesa para estrechar la mano que le había tendido aunque estuviera cubierta de pelo de color gris.

—Jocelyn Bagenal. Y sí, nací en Albión, pero un barco me trajo hace años a esta parte del mundo. ¿Puedo preguntarle qué informaciones son las que buscáis?

—Informes sobre seres de espejo, animales y humanos de plata... elfos de aliso.

—Dunbar añadió las últimas palabras vacilando. La mayoría de las personas asociaban «elfo» con los elfos de hierba y arena que apenas eran del tamaño de un

dedo, y la lista sonaba ya lo suficientemente ridícula.

—Ajá. Historias perdidas.

Jocelyn Bagenal comenzó a clasificar los tomos de su pila de libros: Política colonial albionesa, La historia de los Koori y de los Anangu, Minas en Neu-Cymru. Una bibliotecaria. O una sacerdotisa de los libros, como a Dunbar le gustaba llamar a su oficio. *Miss Bagenal* —Dunbar no veía ninguna alianza en los dedos hábiles con los libros— colocó el último libro en la estantería.

—¿FirDarrig? —preguntó la bibliotecaria.

Lo pronunciaba incluso de forma correcta.

—Así es.

—Un pariente lejano mío tiene algunas gotas de sangre Fir Darrig, pero solo las suficientes para que su barba sea algo más pronunciada. —Se pasó un mechón gris detrás de la oreja. La perla de su zarcillo era, si Dunbar no se engañaba, una lágrima de ondina caledona—. Quizá pueda ayudarle. Colecciono historias perdidas. Perdidas, extraviadas, de Albión o Immrama, de Nam Viet, Aotearoa o Albérica. Cualquiera persona en Parramatta sabe de los libros raros de Jocelyn Bagenal. Y a menudo alguien me trae otro. Dentro de poco solo podré aceptar libros de enanos. Casi no tengo hueco para una cama.

Escribió una dirección en un trozo de papel y se lo tendió a Dunbar.

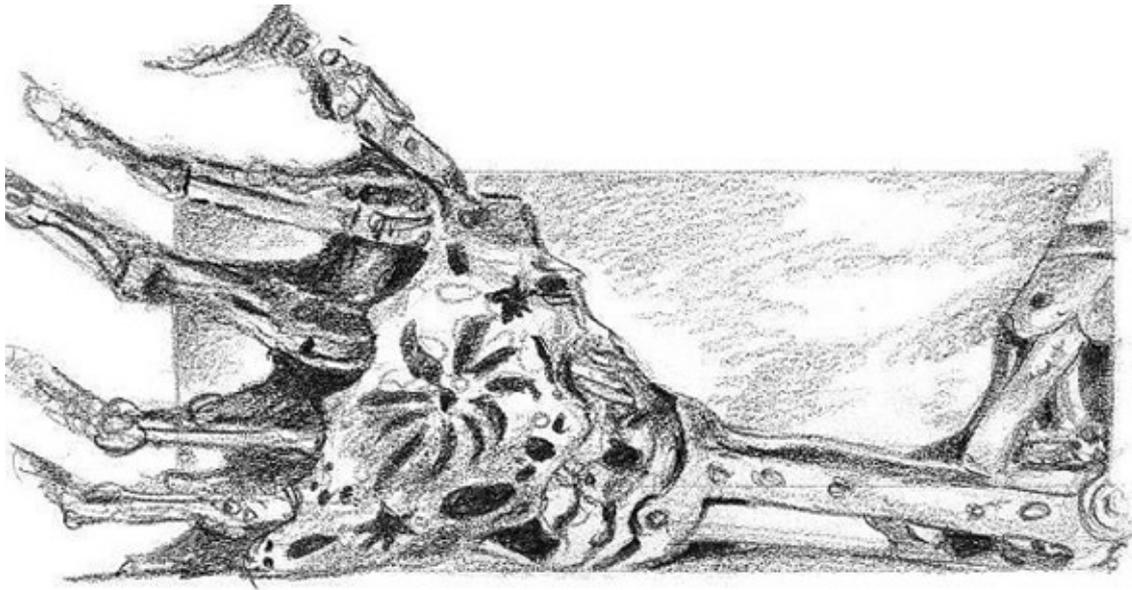
—Después de las cinco y antes de las diez.

Luego desapareció entre las estanterías como si hubiera salido de uno de los libros solo para ayudarle.

Se movía también como una chica de doce años. Quizá incluso algo más joven.

Dunbar leyó el papel: «Jocelyn Topanga Bagenal».

¿Sería Parramatta después de todo el lugar correcto?



44

## *Una nueva mano*

Chanute estaba en el cielo. La edad, la muerte, todo olvidado. Estaba sentado en el sofá de piel de Alekseij Baryatinskij y se ejercitaba en la carga de una pistola... con un brazo que tenía tendones y articulaciones de acero.

Cuando Zorro le preguntó a Sylvain con qué había pagado el brazo de Chanute, él sonrió como un niño que ha hecho una travesura.

—He vendido mi reloj de pulsera. Tendrías que haber visto la cara del relojero. ¡*Tabarnak*, creía que se iba a caer muerto! ¡Y no era más que una copia de Rolex, pero aquí nadie se entera!

Jacob lo mataría a palos. ¡Lo descuartizaría cuando se enterara! Y cuando Zorro le preguntó si había ahogado definitivamente su sentido común en el aguardiente de Baryatinskij, Sylvain solo frunció el ceño, dolido. Después le dijo al oído que Albert Chanute, *tabarnak calisse*, necesitaba un brazo nuevo, y para él, Sylvain Caleb Fowler, un amigo era más importante que todo ese palabreo sobre los dos mundos y eso de que había que mantenerlos separados.

Quizá tenía razón.

Chanute rio como un niño al ver que sus nuevos dedos conseguían que la pistola regresara al cinturón. Hacía ocho años que el ogro se había llevado el brazo.

—Fíjate, *ma puce*. —Sylvain sacó un medallón dorado del bolsillo—. El dueño de la tienda me ha jurado que solo he de meter en él un mechón de mi exmujer.

¿Para qué? Zorro cogió el medallón y se lo llevó a la nariz. Siempre la zorra. Y esta no olía ni rastro de magia. Sylvain la observaba tan preocupado como un perro que ha dejado la presa junto a las botas de su dueño. Después le quitó el medallón de la mano sin decir palabra, abrió una de las ventanas y lo lanzó a los bancales de verdura de Baryatinskij. Las maldiciones que siguieron eran lo bastante profusas como para llenar el palacio entero de procacidades canadienses. Después Sylvain se sirvió un vaso de gorzalka con canela del que había por todas partes en la casa de su anfitrión y se enfrascó con gesto furioso en la edición de hacía tres días del *Londra Illustrated News* que Chanute había encontrado. Los caracteres adornados con arabescos no se lo pusieron fácil a Sylvain, pero se afanaba de tal forma con cada pequeña noticia impresa que parecía que en ese mundo se pudieran encontrar tesoros en el periódico. Zorro no tenía el coraje de quitarle también la esperanza.

Afuera, las luces de Moskva bañaban el cielo nocturno de una claridad sucia e incluso las lunas portaban velos de vahos humanos. No obstante, no tenía ganas de marcharse. El sentimiento que le llenaba el corazón sustituía el bosque y las estrellas. Por cuánto tiempo, no deseaba saberlo. Ni siquiera deseaba darle un nombre a ese sentimiento.

—«La inauguración del túnel de Londra se celebró sin su constructor» —leyó Sylvain en voz alta—. «La enfermedad de Isambard Brunel parece más grave de lo que la casa real admite». ¿Londra? Suena casi como Londres. ¿Aquí se llama así?

Zorro le lanzó una mirada de advertencia pero no dijo nada. Se llenó la copa con el oporto dulce de Baryatinskij, aunque ya había bebido bastante, y cogió el libro que leía desde hacía horas sin retener una palabra. Le parecía que el roce de Orlando se hubiera quedado tan adherido a su piel como el polen de las flores en el pelaje de la zorra. Se sentía tan feliz. Y tan infeliz al mismo tiempo. De nada servía recordar cuántas veces había limpiado los polvos de otra en la ropa de Jacob o había percibido un perfume extraño cuando había regresado de estar con alguna amante.

¿Dónde permanecía tanto tiempo?

Cuando Chanute la invitó por tercera vez a admirar la grandiosidad de su brazo de acero, reaccionó tan enojada que Sylvain bajó el periódico y le lanzó una mirada llena de reproches. Al zancudo con ambos. Al zancudo con ella misma. Deseaba regresar a la cama de Orlando. Y no haberse ido nunca con él.

Sylvain le preguntó a Chanute qué era un goyl humano y en ese momento se oyó llegar un carruaje. Zorro escuchó cómo los guardias abrían el portón. Cómo le latía el corazón cuando se asomó a la ventana, pero el que se bajó del coche no era Jacob sino Baryatinskij. El perfume que había ordenado colocar en su habitación se lo había regalado Zorro a la doncella.

Sylvain se levantó para servirse otra vez, pero la nueva mano de Chanute rodeó el cuello de la botella. Le lanzó una sonrisa triunfante a Sylvain... y balbució una maldición de decepción cuando la botella reventó entre sus dedos de acero. Sylvain soltó un «oupelaï» que sobresaltó a los sirvientes casi tanto como las carcajadas de

Chanute. El más joven, del susto, se cortó con un trozo de vidrio. Sylvain murmuró una disculpa y quiso ayudarle a recoger... cosa que desconcertó todavía más al criado. Y naturalmente eludió por completo a Sylvain.

—*Ayoye tabarnak!* —exclamó cuando se dejó caer en el sofá junto a Zorro, con tal suspiro de satisfacción que uno hubiera podido pensar que había salvado al mundo —. Acabar con Jacob en una celda es lo mejor que me ha podido pasar. ¡Solo de imaginar que habría vivido toda mi vida en un solo mundo!

Se tapó la boca con la mano cuando Zorro le lanzó una mirada de advertencia, pero aquello no enturbió su estado de ánimo. Al menos era muy bueno aparentándolo.

—¿Te revelo un secreto? —murmuró a Zorro.

Ella no estaba segura, pero Sylvain no aguardó la respuesta.

—¡Chanute y yo vamos a ir a L'Arcadie! Ya ha comprado mapas y me ha explicado la ruta. Será un largo viaje. Primero en uno de los barcos fluviales que llevan a los cazadores de pieles hacia Kamchatka, y de allí en barco hasta Alaska. ¡No, espera! Aquí se llama Alyeska. Aún estamos discutiendo cómo continuaremos desde allí. Chanute dice que hay que atravesar la región de los indios y que allí los nuestros se transforman en marmotas.

Zorro miró a Chanute. Por lo que ella sabía, aún no le había hablado a Jacob de ese plan.

—¿Y cuándo será eso?

Sylvain le brindó una sonrisa conspiradora.

—En cuanto Jacob se marche de Moskva. Chanute dice que no lo necesitáis y que él solo sería una tercera rueda. Bueno, probablemente se refiera a la quinta. No es muy bueno contando. Y ya que me lo preguntas, él desearía que pusiérais fin a todo el negocio. Dice que los espejámenes solo os dejan en paz porque habéis perdido al hermano de Jacob, y que Jacob no quiere admitir que este asunto es demasiado peligroso. Que cada uno tiene que tomar su propio camino y que eso también vale para los hermanos. Bueno, tú conoces a Chanute mejor que yo, no oculta sus opiniones.

Y quizá con sus planes de viaje incluso confiara en hacer cambiar de opinión a Jacob. No, él conocía bien a su antiguo alumno, pero Zorro ya podía ver la cara de Jacob cuando Chanute le contara sus intenciones.

—¿Cuándo queréis decírselo a Jacob?

Sylvain se encogió de hombros.

—Cuando surja.

Chanute le había pedido al criado que trajera otra botella. Lanzó una mirada triunfante a Sylvain cuando sus nuevos dedos rodearon el cuello de la botella y la alzaron sin que reventara.



## 45

### *De ella*

La polilla se posó en el pecho de Kami'en cuando pasaba revista junto al zar. Estaban rodeados de generales varegos y el oso llevaba el mismo uniforme que los soldados que iban desfilando. Naturalmente supo de inmediato quién enviaba la polilla, pero solo comprendió las imágenes que traía cuando oyó llorar al niño. ¿Por qué le había mandado a Niomee? ¿Para vengarse de Amalie? ¿Para demostrarle que la había acusado y traicionado injustamente? A lo mejor no la había perdido, eso era todo lo que podía pensar. Y que su hijo seguía con vida.

Nada más acabar el desfile hizo que un dibujante retuviera lo que la polilla le había mostrado: el río, el convento, la monja que sostenía al niño en los brazos. Uno de sus oficiales creía haber visto el edificio en Lorena, otro en Lombardía, pero Hentzau echó un vistazo al dibujo y negó con la cabeza.

—Bavaria.

Aquello tenía sentido. El país era aliado de Lorena y su joven rey estaba emparentado con el Encorvado. (Todos estaban emparentados entre sí). No era un mal escondite, aunque Therese von Austrien no se caracterizaba por ser estúpida.

No resultaría difícil averiguar dónde se encontraba el convento, pero ¿a quién podía enviar en busca del niño? Bavaria era un país enemigo, un unicornio llamaba menos la atención allí que un goyl, y los espías humanos de Hentzau veían al niño como un monstruo, un engendro que mejor que no hubiera visto la luz del mundo.

Hasta sus propios oficiales pensaban así.

¿A quién podía enviar?

Solo había una respuesta.

Hentzau intentó hacerle cambiar de opinión. Le recordó que Bavaria toleraba organizaciones que llamaban abiertamente a exterminar a todos los goyl y los goyl humanos. Pero Kami'en se mantuvo firme en su decisión. Solo había un hombre que podía traer de vuelta sano y salvo al niño. El rey de los goyl en persona debía llevar a su hijo de vuelta a casa.

—¿Y qué pasa si es una trampa? —preguntó Hentzau—. ¡La polilla la ha enviado ella! ¿Qué interés podría tener en el niño si no es para buscar la ocasión de vengarse?

Sí, ¿qué interés tenía? Kami'en no tenía una respuesta. Ninguna que Hentzau hubiera aceptado.

Dio órdenes de preparar su viaje.



46

## *Las preguntas equivocadas*

El palacio de Baryatinskij era aún más fantástico de noche que de día. Habría quedado bien en una de esas bolas de cristal en las que nevaba cuando se las agitaba. De la sombra goyl que seguía a Jacob no había ni rastro cuando el chófer del zar lo dejó delante del portón. Wladimir Molotov le había tenido tres horas exactas firmando papeles y le había hecho repetir las instrucciones para cuidar de la alfombra voladora... y no había dejado de decir lo mucho que desaprobaba la decisión del zar de dejarle a un extraño con acento albionés un objeto tan valioso. Robar la alfombra habría resultado mucho más divertido.

Las farolas de gas proyectaban sombras de dragones y caballos voladores en el patio de Baryatinskij, y por primera vez desde su llegada a Moskva había una esperanza de encontrar a Will. Pero Jacob estaba cansado y de mal humor. Se ganaría la enemistad del zar, y luego estaba la promesa que había hecho en Schwanstein. Qué estúpido había sido, qué maldito estúpido. ¿Qué se había creído? ¿Que podría renunciar a ella de forma tan fácil, desinteresada y generosa...? No se lo creía ni él.

—¿Jacob? —Una figura se desprendió de la sombra que había junto a la escalera. Baryatinskij había ordenado imitar las escaleras que subían al cielo de los iconos varegos.

Orlando Tennant.

Lo que faltaba.

«Oh, no. Zorro solo es dueña de sí misma». ¡Eso era una invitación para que se la robase! Como decir: «Toma, llévate mi corazón, no lo necesito».

—¿Puedo hablar contigo un momento?

¿De qué? ¿Quería saber el galgo si a él le importaba que Zorro pareciera tan feliz? ¿Que no desaprovechaba ocasión de saborear su nombre en su boca?

¿Había dormido ya con ella? *Basta ya, Jacob.* Pero no podía pensar en otra cosa mientras miraba a Tennant a la cara. Todos los pensamientos que no se había permitido... ahora ahogaban cada chispa de sentido común.

—Imagino que has oído hablar del regalo que los goyl le han hecho al zar.

Eso sí que era una sorpresa. El galgo no había venido para hablar de Zorro.

*Tira de tu sentido común y sácalo del pantano del amor, Jacob.*

—Algo he oído, pero si piensas que te voy a decir de qué se trata...

—Sé de qué se trata —le interrumpió Tennant—. Debo robarlo. Pero para ello necesito entrar en el ala secreta de la Colección Mágica. Hoy estuviste allí, ¿no es cierto?

El galgo. Era evidente que Orlando Tennant se había ganado a pulso la fama de estar más loco que él.

—Solo he visto las puertas. Olvídalo. Esmalte venenoso. Dientes de cristal. Alambre de cuchillos.

En la ventana de Zorro había luz, y lo único de lo que Jacob quería hablar con Tennant era de si ella había pasado la última noche en su cama. Por un momento quiso preguntárselo.

—Tengo mucha práctica con alambres de cuchillos y dientes de cristal. Pero ¿cómo logro pasar sano y salvo el esmalte venenoso?

—Los enanos fabrican un explosivo que lo vuelve inofensivo. Ellos lo niegan, pero si les haces una buena oferta te lo venden.

Y el galgo no sería el primero en matarse con él. La sustancia era más peligrosa que la nitroglicerina. Jacob se sorprendió al pensar que Orlando Tennant llevaba camino de morir joven.

—¡Olvídale! —repitió como si eso pudiera reparar la satisfacción que le provocaba la idea.

—No puedo olvidarlo. Es una orden real. ¿Y tú?

—Pronto partiremos. He recibido un encargo del zar.

Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Pretendía fanfarronear delante de su competidor? En cualquier caso, no mentía.

Tennant alzó la mirada hacia la ventana de Zorro.

—Supongo que se irá contigo. La fiel compañera de Jacob Reckless.

Su tono respondía a la pregunta que él no se había atrevido a formularse. Detrás de ellos los guardias del portón se peleaban con un cochero de vinos que, en lugar de la entrada de servicio, quería pasar por el portón principal para entregar la mercancía.

—No la habría tocado si tú mismo no me hubieras dicho que es libre.

El cochero de vinos alzaba la voz.

—Lo dije porque es cierto. Es libre.

Tennant lo observaba como si dudara de lo que acababa de oír.

—Soy muy bueno haciendo creer cosas a los demás —dijo—, pero cuando se trata de mí mismo no funciona tan bien. Es evidente que tú no tienes ese problema. No tengo claro si te envidio por ello.

Miró por encima del hombro de Jacob.

Zorro estaba en lo alto de la escalera. Sonrió al ver al galgo. Jacob tenía que admitir que había considerado esa sonrisa de su propiedad.

—Chanute iba a salir en tu busca —gritó a Jacob.

—Tenía un buen motivo para estar fuera tanto tiempo —respondió Orlando—. Acabo de enterarme de que salís a cazar tesoros para el zar. ¿Desayunarás mañana conmigo de todos modos? En la plaza Wolski hay una cafetería donde recubren las crepes de oro comestible.

—Claro. —Zorro evitaba mirar a Jacob.

Se la había regalado. No servía de nada que lo hubiera hecho para protegerla. Ni lo más mínimo. Ella le pertenecía a él. ¿Por qué ese tipo de verdades solo se admitían cuando se habían convertido en mentira?

Los guardias del portón llamaron a un coche de plaza para Orlando. Los galgos le lamieron las manos mientras aguardaba. El barsoi. Zorro seguía al coche con la mirada y, a cada peldaño que subía hacia ella, Jacob recordaba algo que había hecho o dicho para evitar que ella lo siguiera con la mirada de ese modo. Oh, sí, era un estúpido. Siempre le había dado miedo lo mucho que la necesitaba. Y ahora era demasiado tarde.

«¿Lo amas más que a mí?». Jacob se habría mordido la lengua antes que formular esa pregunta... y sin embargo habría dado su mano derecha por conocer la respuesta.

—¿Has oído hablar alguna vez del Hilo de Oro? —preguntó Zorro cuando estaba junto a ella.

—¿Qué es eso?

Ella volvió a mirar hacia el portón como si no hubiera escuchado su pregunta.

—El zar nos deja su alfombra voladora más valiosa. Quizá encontremos a Will, después de todo. Partiremos pronto. —*A lo sumo en tres días, Jacob.* Iba a necesitar ese tiempo para hablar con la alfombra. ¿Por qué no lo decía? Porque quería ver cuánto le afectaba abandonar Moskva. Nunca antes la había herido a propósito, era la primera vez. El amor tenía una reputación demasiado buena. Qué injusto.

—Está bien —dijo Zorro. Pero no lo sentía así. Sonaba triste, como si tuviera mala conciencia.

—¿Estás segura de que quieres venir? Es mi hermano.

Por un instante él creyó que aceptaría la oferta sin pensarlo, pero guardó silencio mucho rato.

—¿Y que solo vuelva a verte convertido en estatua de plata en cualquier sala de tesoros? —respondió finalmente. No era lo que había querido decir.

Se dio la vuelta sin mirarlo.

—Vayamos en busca de Will —dijo por encima del hombro—. Después, ya veremos.



47

## *Un mensaje para Celeste Auger*

La alfombra llegó, como le habían prometido, a la mañana siguiente. Jacob tuvo que cambiar algunos muebles de sitio para poder extenderla, al menos en parte, y eso que la habitación de huéspedes de Baryatinskij era casi tan grande como la taberna de Chanute. Antes de encerrarse tres días y tres noches con la alfombra se permitió tomar un copioso desayuno en el comedor de su anfitrión. En los retratos que miraban desde las paredes se veían abrigos de piel de oso y turbantes de seda bordada, rostros pálidos como la pata de un dragón y oscuros como la madera de noche. Los antepasados de Baryatinskij (en el caso de que lo fueran) representaban la diversidad de Varangia. Y su enorme grandeza. Era preferible filosofar sobre ello que clavar la mirada en la silla vacía en la que Zorro solía sentarse a desayunar. Crepes con oro comestible...

Jacob se estaba bebiendo con tristeza su tercera taza de moca cuando Chanute y Sylvain llegaron y se sentaron junto a él, pero no tenía ganas de hablar, y las miradas que los dos le lanzaban, a él y luego a la silla vacía, eran demasiado. Pensar en Will o en el elfo de aliso le resultaba banal cuando se acordaba de la sonrisa con la que Zorro había saludado al galgo. «Después, ya veremos».

Echó el cerrojo a la puerta de su habitación y se sentó sobre la alfombra. Era hora de dejar atrás el presente. Solo el pasado podía indicar a la alfombra cómo llevarlo hasta Will. Por lo general el ayer no era un lugar al que Jacob le agradara volver, pero

esa mañana le brindaba refugio, de los pensamientos que no quería pensar y de los sentimientos que no quería sentir.

*Érase una vez, Jacob...*

Recuerdos. ¿Según qué patrón se almacenaban en la memoria? ¿Por qué recordaba justamente el día que había pasado con Will en el parque a pesar de que había habido muchos otros? ¿Por qué recordaba una pelea, una carcajada como si hubiera sido ayer y era incapaz de encontrar otras imágenes aunque recordaba los sentimientos? Qué poco de todas las semanas, meses, años... quedaba fijado en la memoria. «A mi hermano no le gusta pelearse». Muchas cosas se conservaban en las palabras con las que se expresaban. O en un roce, la mano de Will en la suya cuando aún era tan pequeña, Will llamando a su puerta cuando no podía dormir, los celos, la ira cuando tuvo que llevarlo consigo, la impaciencia con el más joven...

*Acuérdate, Jacob.*

Pero le llegaban las imágenes equivocadas. Los primeros indicios de jade, su pelea en la cueva, su lucha en el palacio imperial de Vena, Will junto a Kami'en en la Boda Sangrienta. Goyl humanos.

«Tiene una piel de piedra».

No. Jacob se obligó a retroceder aún más. Necesitaba las imágenes del otro mundo, del Will que conocía mejor que a sí mismo.

Jacob cerró los ojos, encontró el camino de vuelta a través del espejo, vio a Will en su habitación cuando aún estaba repleta de animales de peluche y juguetes, los dos juntos en el patio del colegio..., en la tienda de aquel comerciante que le había vendido cigarrillos a Jacob con solo doce años y que le enviaba saludos a su madre de su parte... Will siempre le apremiaba para salir de la tienda.

Entonces.

Will se parecía tanto a ella. Eran tan iguales. No, no era cierto. Las imágenes llegaban de repente, y de nuevo eran imágenes que él no había querido llamar. Se anudaban al dibujo de la alfombra, hasta que Jacob estuvo sentado sobre su infancia. Y de pronto llegó una imagen que le aceleró el corazón. No sabía de dónde provenía pero era tan nítida como las demás: Jugador en la sala de estar de su casa con el rostro que Jacob había visto cuando, arrodillado delante de él, había vuelto en sí. Su madre estaba junto al elfo, tan cerca como solo lo están los amigos íntimos. La imagen se presentaba tan de sorpresa que Jacob miró alrededor de forma instintiva. ¿Podía Jugador susurrarle recuerdos falsos? Si era real, ¿por qué el rostro que le mostraba no le había resultado familiar? Porque todos esos años no había significado nada, solo era uno de los muchos amigos de su madre... ¿Qué niño les prestaba atención realmente? ¿Él solo la visitaba cuando Will y él no estaban en casa?

Jacob se levantó y abrió la ventana de un empujón.

Sylvain estaba abajo en los establos. Zorro estaba con él.

Ella había vuelto.

¿Cuánto tiempo llevaba sentado en la alfombra? No importaba, Orlando no estaba

con ella. Era ridículo lo aliviado que se sentía por eso.

De Zorro tenía tantos recuerdos que hubiera podido alimentar con ellos todas las alfombras voladoras del mundo. *¡Tu hermano, Jacob, piensa en Will! ¿O quieres que la alfombra te deje delante de Zorro?*

Cerró la ventana y la habitación volvió a oler a pasado como un ramo de flores mustias.

Se sentó de nuevo sobre la alfombra.

Cerró los ojos. Y recordó la noche en la que los goyl habían consolado a Will. ¡No!

Alguien llamaba a su puerta.

Jacob había dicho a los criados que no quería que lo molestaran. ¿Quería Chanute enseñarle un juego de prestidigitación con su nueva mano? ¿Había vuelto Sylvain a comprar alguna magia falsa? ¿O era Zorro?

Abrió la puerta con la esperanza de ver su rostro.

El pasillo estaba vacío.

—La altura equivocada —dijo una voz de mujer.

La enana que alzaba la vista era tan hermosa como las muñecas de porcelana que Amalie von Austrien coleccionaba. No. Era aún más hermosa.

—¿Jacob Reckless? —preguntó—. Ludmila Akhmatova. ¿Podría hablar con vos un momento en privado? Traigo el ruego de un amigo. Pero preferiría explicar ese ruego tras una puerta cerrada.

Zorro le había hablado de la enana espía, pero la imagen que Jacob se había hecho de ella no le hacía justicia a Ludmila Akhmatova. Por su aspecto, parecía que pudiera alimentar con un mundo de recuerdos a la alfombra voladora, así que, para mayor seguridad, Jacob le hizo señas para que le siguiera hasta el salón en el que los criados de Baryatinskij servían el té por las tardes. Para cada comida había un salón, lo mismo que para las incontables aficiones de Baryatinskij: tres salas de música, dos para su colección de mariposas y armas, y cinco (Sylvain las había contado) que recordaban a las examantes. Aunque su anfitrión disponía también de una biblioteca impresionante.

Ludmila Akhmatova aguardó a que Jacob hubiera cerrado la puerta detrás de ellos.

—Vengo de parte de Orlando Tennant —dijo mientras tiraba de las puntas de sus guantes de cuero—. Os ruega que seáis el portador de un mensaje. Confía en que encontraréis el modo de decirlo sin que suene a fatalidad, como sin duda lo es.

—¿Y para quién es el mensaje?

—Para *mademoiselle* Celeste Auger. Orlando os ruega que le comunicuéis que lamentablemente no puede acompañarla al *ballet* esta noche.

El mensajero del amante de Zorro. Jacob no sabía que el galgo tuviera un humor tan negro.

—Orlando sugiere que le deis como motivo asuntos de Estado urgentes —

continuó Ludmila Akhmatova—. Piensa que es mejor que *mademoiselle* Auger se entere de la verdadera razón cuando ya no le sea posible llevar a cabo una imprudencia.

—¿Imprudencia? Eso no encaja con *mademoiselle* Auger. ¿Puedo saber la verdadera razón?

La enana le brindó una sonrisa triste.

—Orlando ha sido arrestado. Por orden del zar comparecerá en las primeras horas de la madrugada delante de un pelotón de fusilamiento. —La voz contenida la delataba. Se notaba que había llorado, aunque había intentado cubrir las rojas ojeras con polvos.

Jacob no sabía ni lo que él mismo sentía. Quizá no quería saberlo.

—Advertí a Orlando —dijo—. Pero he de admitir que yo mismo no soy bueno escuchando las advertencias de otros.

Ludmila Akhmatova sacó un pañuelo de su bolso de mano, que no era más grande que una tarjeta de visita.

—El hombre al que Orlando debía liberar es irremplazable, y tenía que darse prisa. Según nuestros informantes, el zar no intercederá a favor de sus valiosos prisioneros por el progreso de Varangia, como los goyl habían esperado, sino que los hará ejecutar. Lo que no es del todo incomprensible. Su regalo fue el culpable de que Varangia saliera derrotada contra Albión.

El regalo de los goyl...

Todo eso había sucedido cuando la cabeza de Jacob estaba nublada de elfos de aliso y envidia. Cuántas veces había oído en los últimos días que Isambard Brunel no se mostraba públicamente debido a una enfermedad, y sin embargo no había sumado dos más dos.

—¿Dónde mantienen prisionero a Orlando?

—En el mismo lugar de donde quería liberar a Brunel. En el ala secreta de la Colección Mágica. —Ludmila se limpió la nariz, la única expresión de turbación que se permitía—. Orlando logró abrir la puerta, yo misma le conseguí el explosivo para el esmalte venenoso, pero se cerró a su espalda y se disparó la alarma.

El alambre de cuchillos. Al parecer Orlando no tenía tanta práctica como había asegurado.

—Lo echaré de menos. —Ludmila se secó un rastro de rímel de las mejillas. Las mujeres de ese mundo seguían elaborando sus productos de belleza ellas mismas. Algo de tizne de lámpara, unas gotas de zumo de saúco... Naturalmente también existía la posibilidad de conseguir unas pestañas densas con el encanto de una bruja—. No hubo nunca un espía mejor que Orlando Tennant. Ni un bailarín mejor. Mi único consuelo es que será fusilado junto al mejor ingeniero de este mundo. Pero estoy muy decepcionada de nuestro zar. ¡Creía que sentía más respeto por el talento!

Junto a la puerta del salón colgaba un cuadro que exhibía una batalla naval. Los cuadros de Baryatinskij eran lo bastante buenos para estar en un museo, pero a Jacob

le recordaba a otra batalla naval. Los aviones de los goyl habían hundido el primer ferrobuzo de ese mundo en el Gran Canal hacía solo unos meses, pero en los astilleros de Goldsmouth ya se estaban construyendo otros tres según los planos de Isambard Brunel. Gracias a él había en Londra trenes subterráneos, y sus puentes de hierro se tendían más allá y con más elegancia sobre los ríos que los de cualquier otro ingeniero de ese mundo. Prácticamente nadie defendía con más convencimiento la Nueva Magia como el hombre que se hacía llamar Isambard Christopherus Brunel. Había dado muestras de que su nombre, que portaba como un eco del mundo de Jacob, era más que digno.

Ludmila Akhmatova había recuperado la compostura. Al contrario que la mayoría de enanos, se vestía a la última moda varega. Parecía estar muy orgullosa de su origen y de su país. Jacob se preguntaba por qué espiaba entonces para Albión. Ludmila Akhmatova no causaba la impresión de hacer nada en su vida sin convicción. Ella lanzó una mirada a la puerta cerrada y bajó la voz.

—Naturalmente intentaremos liberar a Orlando y a Brunel. Si lo conseguimos, estamos planeando ocultarlos en el barrio de Volodj hasta que pase el primer revuelo. Allí viven muchos licanos, por lo que ni siquiera la policía secreta se atreve a registrar las casas a fondo. Un cochero de basuras se hará cargo del transporte. Tan pronto oscurece, se dispersan por todas las calles.

¿Por qué le contaba todo eso? «Tan pronto oscurece...».

—¿Lo vais a intentar esta noche?

—¿Cuándo si no? Mañana Orlando estará muerto. Y probablemente Brunel también.

—¿Cuántos ayudantes tenéis?

—Dos.

¿Para penetrar en el ala secreta de la Colección Mágica? ¡Era absurdo!

—Supongo que uno de ellos conoce bien la magia protectora.

Ludmila Akhmatova alzó la vista hacia él con una sonrisa. Sí, claro. Un mensaje para Celeste Auger. Quizá ese fuera el motivo por el que Orlando había enviado a la enana, pero ella no había acudido a él únicamente por eso.

—No. —Jacob alzó las manos con ademán de rechazo—. Orlando y yo solo somos conocidos. —Y en los últimos días le había deseado cosas peores que una celda, pero eso no era asunto de la enana.

—Entonces ayudadnos por Albión. Es vuestra tierra, ¿no?

—Aunque así fuera, ¿tengo aspecto de ser alguien que muera por un rey y una patria?

Pero si ayudaba a Ludmila demostraría a Zorro que no deseaba que Orlando se fuera al diablo. *Quieres que se vaya al diablo, Jacob.*

La enana sonreía.

—*Blagodaryu*, Gospodin Reckless —dijo ella mientras introducía sus elegantes dedos en los guantes—. Estaba segura de que nos ayudaríais, y los dos sabemos por

quién lo hacéis. Una hora después de la medianoche —dijo entregándole a Jacob un sobre diminuto—. Os he escrito la dirección.

Jacob le abrió la puerta. Y se encontró con Sylvain.

—No me mires así. ¡Fue idea de Chanute que os espiara! —se defendió—. ¡Y voilà! Necesitaréis una maniobra de distracción.



48

## *El traje de guerra*

El ritmo de su corazón había cambiado. Will lo notaba con tanta claridad como el dolor en su cuello. Y la luz del día ardía en sus ojos. Como entonces. ¿Por qué esta vez sentía menos miedo? ¿Porque lo había experimentado ya una vez? No. Él había llamado a la piedra. Por miedo, por ira, por lo que fuera. Él mismo.

Los ladrones no se habían esforzado por borrar sus huellas. ¿Para qué? Le daban por muerto a él y al goyl. Siguieron su rastro hacia el interior del bosque hasta que llegaron a una casa. La pintura color azul pálido estaba corroída, y el musgo y la podredumbre manchaban las tallas de madera que decoraban el tejado y las ventanas. El esqueleto de un pabellón de madera se alzaba detrás de los bancales abandonados del jardín recordando los placeres olvidados. Las botellas vacías y los huesos roídos sobre los bancales procedían de habitantes más recientes, lo mismo que la cabeza de oso que colgaba con las fauces abiertas sobre la puerta principal de la casa. Las patas estaban clavadas en la jamba de la puerta.

—Mira, un guardián espiritual. Qué conmovedor —susurró Nerron a Will—. Seguro que han enterrado el corazón debajo del umbral de la puerta. Si el oso aparece, ignóralo, no puede hacerte nada. En Lorena hacen lo mismo con gatos y perros. Nunca he entendido el sentido. ¿Por qué iba yo en calidad de espíritu a vigilar a alguien que me ha matado?

Detrás de una de las ventanas se movió algo. Will oyó gritos. Uno de los cristales lleno de mugre se rompió y una bala le pasó rozando y se clavó en una estaca

podrida. Los ladrones se habían llevado sus armas, pero Nerron tenía su cuchillo y Will encontró una azada oxidada en la hierba.

La puerta trasera, por la que se colaron en el interior de la casa, conducía a una cocina abandonada. Los ladrones no habían visto las armas que había allí almacenadas. Los encontraron en la siguiente habitación, seis cadáveres de plata sobre una alfombra roída por los ratones. Will los miraba fijamente, incrédulo. Los mismos hombres andrajosos que les habían echado el lazo por la cabeza ahora eran esculturas de plata reluciente, cada cabello metalizado. Miraba al goyl perplejo, pero la escena no parecía sorprenderle.

Oyeron el relincho de un caballo. Sonaba agudo a causa del miedo. Will se acercó a una de las ventanas sucias. Junto a cinco caballos asustados había otros tres muertos. En las dos figuras que se inclinaban sobre ellos se reflejaban los bancales abandonados y la pintura corroída de la casa. Will retrocedió cuando uno de ellos miró hacia la ventana tras la que se encontraba. Era una chica con ojos de cristal. Su rostro reflejaba el cielo a su espalda pero, cuando se dirigía hacia la casa, las nubes grises se convirtieron en piel humana.

—Ah, por fin los has visto. —Nerron le cortó la cabellera plateada a uno de los muertos y se la guardó en el bolsillo—. Por si no se presentan, el chico se hace llamar Diecisiete. Dieciséis quizá te resulte familiar.

Sí, así era. La chica que apareció en la puerta parecía tan humana que podría haber vivido en esa casa, y Will la reconocía de sus sueños. Salvo por la erupción en la mejilla izquierda. Dieciséis la ocultó con la mano cuando notó su mirada.

—¿Qué haces? —En la figura del chico que apareció junto a ella seguía reflejándose el mundo. Llevó a Dieciséis a un lado y le susurró algo, pero ella no apartaba los ojos de Will. Sus ojos de cristal.

El chico tenía la ballesta en la mano. Se acercó a Will y la dejó a sus pies. Diecisiete. De sus brazos crecían hojas. Se las arrancó con los dedos.

—Olvida que nos has visto —le dijo a Will—. Ella no debía mostrarse a ti. Estamos aquí para protegerte, nada más. Cuidamos de que lleves a cabo lo que has venido a hacer aquí.

—¿Ah, sí? Debo decir que no lo estáis haciendo muy bien. —Nerron recogió la ballesta y se la tendió a Will—. ¿Quién lo ha bajado del árbol? ¿Vosotros?

El rostro de Diecisiete se volvió de plata. Nerron lanzó un suspiro cuando le golpeó el pecho con los dedos de hojas.

—Has prometido encontrar al hada. ¿Qué pasa con eso? Será mejor que la encuentres pronto, piel pétrea, ¿me oyes? ¡Muy pronto!

La plata volvió a convertirse en cristal, y Will se vio a sí mismo en la figura de espejo, al goyl y la habitación abandonada. Después Diecisiete desapareció.

—Cuidado —susurró Nerron—. Puede volverse completamente invisible. ¿No es así, Diecisiete? —Extendió la mano y buscó a tientas en el aire—. Ni siquiera os podemos sentir, ¿no es cierto? Sois una idea, nada más. Una idea lúgubre.

Dieciséis seguía en la puerta con la mano en la mejilla.

—Se ha marchado, carne pétrea —dijo.

Después se volvió y se convirtió en cristal como su hermano. Si era su hermano.

Nerron le quitó a uno de los muertos un trozo de pan plateado de la mano y lo lanzó con una maldición a través de la puerta. Cuando vio que no pasaba nada, pareció tranquilizarse.

Will pasó por encima de los muertos rígidos y se quedó parado donde Dieciséis había estado. ¿Cómo es que la había visto en sus sueños? Se obligó a pensar en otro rostro. Pero solo la veía en la cama del hospital, tan callada y extraña. Sacó la bolsa engañosa de debajo de uno de los muertos... y miró incrédulo su mano. Piel humana. Se pasó la mano por el cuello desollado. La piedra se había ido. La decepción que sentía era tan fuerte que el goyl la podía ver en su rostro.

—«Pero él solo llevaba el jade como traje de guerra». Con esa frase mi madre acababa siempre la historia del goyl de jade —dijo—. Y yo me preguntaba, por todos los diablos de lava, qué significaba aquello. Estoy seguro de que el traje volverá cuando lo necesite.

Will acariciaba su mano blanda. Quería que la piedra volviera y se odiaba por ese deseo. ¿Volvía a traicionarla? *Clara. Recuerda su nombre, Will. Clara.* ¿Cuándo había pensado en ella por última vez? Ni siquiera soñaba ya con ella. La estaba olvidando. Como entonces.

«Todo volverá a ser como tendría que haber sido».

—¡Demos media vuelta! —dijo el goyl detrás de él—. ¿Quién da crédito al hada? ¡El goyl de jade ha vuelto! Esperaremos a la siguiente lluvia para deshacernos de tus guardianes y desapareceremos. Unos días húmedos y los dos ya no se distinguirán de los árboles. No me siento triste por ello, he de admitirlo.

¿Dar media vuelta? No.

Will negó con la cabeza.

—He de encontrar al hada. Lo he prometido.

—¿Prometido? ¿Debo recordarte otra promesa? Hiciste a Kami'en un juramento y está en Moskva. ¡A escasos tres días de aquí!

—La ballesta no le pertenece a Kami'en.

—¿En serio? ¿A quién entonces?

—Al que la ha hecho.

—¿Ah, sí? Pareces conocerlo bien. ¿Qué aspecto tienen los elfos perdidos?

¿Elfos? ¿Era un elfo el extraño del hospital? Will guardó la ballesta en la bolsa engañosa.

—No lo conozco. Solo lo he visto una vez. ¿Crees que él los ha enviado?

—¿A quiénes? ¿A nuestros amigos plateados? —preguntó el goyl frotándose el pecho—. No quiero hablar de ellos. No se sabe nunca dónde están. Y son rencorosos.

Allí donde Diecisiete le había golpeado el pecho con los dedos, su chaqueta de lagarto tenía algo de plata y dejaba ver unas manchas húmedas. Will recordó que la

sangre de goyl era invisible.

—¡Oye! ¡Sucio engendro de cristal! —gritó Nerron—. ¡Desalmado salido del espejo! —Miró alrededor y escupió—. Parece que no están aquí. Seguro que se están rascando la corteza de los miembros.

Plata. Plata y cristal. *¿A qué te recuerdas eso, Will?*

Nerron se plantó delante de él. Lo agarró de forma brusca por la barbilla cuando Will intentó apartar la cabeza.

—Estate quieto. Quiero ver tus ojos. ¿Qué te han prometido? ¿Por qué eres su mensajero?

Will lo empujó hacia atrás y extendió la mano para coger..., ¿qué? Creía sentir la empuñadura del sable entre los dedos. Su hombro recordaba el golpe.

El bastardo se apartó de él.

Su mirada revelaba a Will que el jade había vuelto antes de que él mismo pudiera verlo en sus manos.

El goyl sonrió.

—La chica... —Will se metió la bolsa engañosa debajo de la camisa—. Dieciséis... parece enferma.

Nerron soltó una carcajada.

—Suenas como si te hubiera mostrado el rostro correcto. ¿La maldición del hada...? ¿Los alisos de plata...? No tienes ni idea de lo que estoy hablando, ¿verdad? Olvídalo. Que ellos mismos te lo expliquen, si no acabaré como estos de aquí —dijo dando un puntapié a uno de los muertos. Después le dio la espalda a Will y empezó a saquear los cadáveres.

«Que ellos mismos te lo expliquen».

Will salió fuera.

El silencio de la muerte llenaba el jardín abandonado. Se tocó la cara y encontró piedra y piel. El jade volvía a desaparecer. Iba y venía como una fiebre. Su traje de guerra. La luz del día, no obstante, seguía causando dolor a sus ojos, y sentía en su interior la profundidad que la hierba húmeda escondía. El seno de la tierra. Había extrañado esa sabiduría.

No.

Tenía que olvidarlo. Tal y como ya lo había hecho antes. Por Clara, por sí mismo. El jade no le pertenecía por mucho que se le notara, ahora más que la última vez. Era una maldición. *¡Una maldición, Will! Una maldición. Estás hechizado.* La palabra le había producido miedo ya de niño. Hechizado.

Sentía una corriente de aire cálido aunque el sol no era sino una moneda pálida entre nubarrones.

Dieciséis apareció al pie de la escalera pútrida, apenas visible, solo el contorno de una figura.

—No encontrarás nunca al hada, ¿no es cierto?

La corteza crecía en su brazo. Will recordó el día que descubrió los primeros

signos de piedra en su piel, el horror, el asco de sí mismo. Pero se acostumbró. Quizá eso fuera lo peor.

—Mira lo fea que me hace. —Dieciséis se arrancó la corteza del brazo con los dedos. La sangre corría por la mano como cristal líquido—. A ti su magia solo te hace más hermoso. ¿Por qué?

—¡Dieciséis!

Ella se dio la vuelta.

Por un momento a Will le pareció que Diecisiete llevara el rostro de Jacob, pero solo fue por un segundo.

—Déjalo en paz. —El pájaro que Diecisiete sostenía en la mano estaba cubierto de plata—. Tenemos que seguir. Lo estás entreteniéndolo.

Dieciséis vaciló. La plata invadía su rostro como una rojez colérica. Pero después dio un paso atrás y se convirtió en la hierba y el cielo, el pabellón desmoronado, los bancales asilvestrados.

• • •

Will volvió a verla en sus sueños la siguiente noche. Y la siguiente. Pero desde ese momento también se le aparecía de día. Siempre que se daba la vuelta, allí estaba ella, como una flor de cristal y plata, pero la corteza le crecía y tenía más sangre incolora sobre su piel.

Y Will cabalgaba más deprisa.

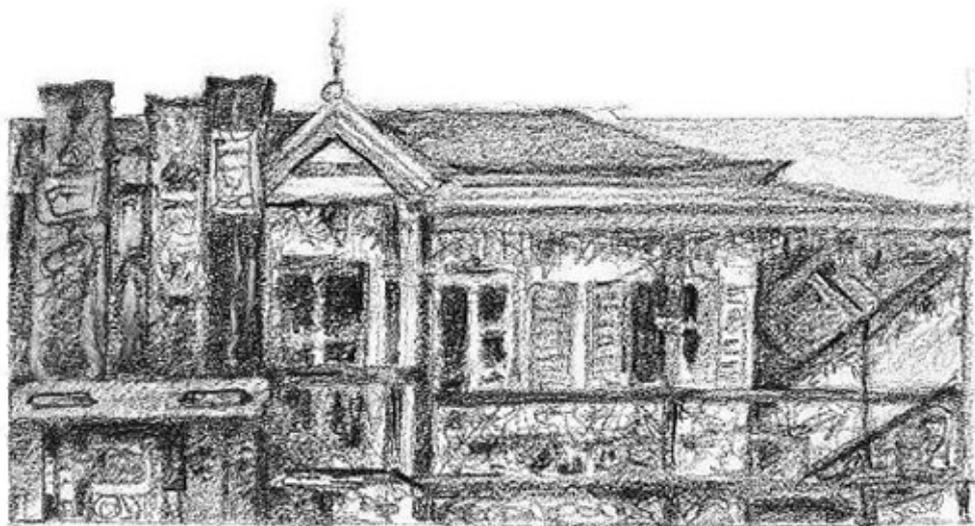
«No encontrarás nunca al hada, ¿no es cierto?».

Tenía que encontrarla.

Era como si por primera vez supiera por qué.

*No, Will.*

Por Clara. Seguía haciéndolo por Clara. Lo repetía una y otra vez. Pero el rostro de Clara era de plata y cristal.



## 49

### *En casa*

«Cuidado, perros». Cuando vio el cartel en la valla del jardín de Jocelyn Bagenal, Robert Dunbar estuvo tentado de volver a llamar al cochero de plaza que le había llevado al punto más alejado del norte de Parramatta. Detrás estaba el tipo de casa que se encontraba con frecuencia en Tasmania, una mezcla atrevida de madera, piedra y hierro forjado. La barandilla blanca de la terraza y los bordes de hierro bajo el tejado recordaban a Dunbar el glaseado de las casas de brujas. No era de extrañar. Las casas eran embarcadas en kits desde Albión y se enviaban a todos los rincones del mundo, para que cualquiera pudiera sentirse como en casa en el país extraño. Pero bajo el vasto cielo azul, y rodeadas de eucaliptos, esas casas ahora formaban parte de esa extrañeza.

Dunbar maldijo sus ojos miopes mientras intentaba distinguir si los perros anunciados se escondían debajo de los arbustos floridos que había delante de la casa. Demasiadas veladas literarias con mísera luz... En algún momento se quedaría ciego como un murciélago (de los que abundaban en Tasmania). Los FirDarrig no se llevaban especialmente bien con los perros, pero Dunbar recordó lo que Jacob había arriesgado para salvarlo del soldado borracho y abrió la verja. Los ladridos que resonaron cuando subía los peldaños que llevaban a la casa estuvieron a punto de hacerle dar media vuelta, pero finalmente levantó la mano y llamó a la puerta. Eran cuatro perros, desde uno pequeño color arena del tamaño de un ratón hasta uno

grande del tamaño de un lobo pardo, y dejaron su afecto en forma de saliva de perro sobre su ropa aunque su dueña los llamaba para que volvieran. Dunbar debía admitir que ninguno de ellos tenía aspecto amenazante.

Jocelyn Bagenal no parecía conceder demasiada importancia al orden, como era habitual entre los bibliotecarios, al menos por experiencia de Dunbar. La habitación en la que estaba se parecía más a las salas del Instituto de Arqueología de Pendragón, donde se almacenaban todos los pedazos de arcilla, objetos de arte y armas extrañas que robaban en países lejanos (Dunbar no tenía una buena opinión de los arqueólogos de Albión). La colección de Jocelyn Bagenal también era muy variada. Dunbar descubrió una olla bran de Eire (que por lo visto utilizaba para cocinar... los arqueólogos habrían matado por ello a la señorita Bagenal), husos de zancudos saltarines de Bavaria, calderos búfana de Lombardía (que servían de maceteros), un samovar de dragón varego y una lanza de Tilafeiga...

—Lo sé. —Jocelyn Bagenal observaba sus tesoros con la frente fruncida—. Los recuerdos de viaje atrapan el polvo de una manera espantosa, pero no tengo coraje para encerrarlos tras el cristal y solo mirarlos. ¿Cómo se puede entender una cosa si no se la toca de vez en cuando?

Una tesis interesante. Dunbar no estaba seguro de si estaba de acuerdo con ella. Se acordó de una caja de muelles de Caledonia que casi le cuesta la mano cuando cedió a la tentación de tocarla. Dunbar sentía curiosidad por saber cómo había dispuesto Jocelyn Bagenal sus libros. El pasillo que le mostraba estaba repleto de aire tasmanio, sofocante y caliente, y la puerta del otro extremo estaba adornada con una máscara que se colgaba en Nihon para asustar a los ladrones.

En casa... Dunbar no llamaba a ningún lugar del mundo de ese modo, pero en cuanto entraba en un espacio repleto de libros la palabra reposaba en la punta de su lengua y acariciaba su corazón. La colección de historias perdidas de Jocelyn Bagenal era uno de los lugares más maravillosos que Robert Dunbar había pisado nunca. En el centro de la habitación había un poste indicador con incontables brazos de madera corroída, que parecía haber sido robado en algún cruce de calles. En todo caso, la leyenda la había escrito ella misma. Dunbar leyó los nombres de países y lugares que existían, pero también de ciudades míticas, de islas hundidas, de océanos olvidados... Muchos de los nombres volvían a encontrarse en las estanterías porque la biblioteca de Jocelyn Bagenal estaba clasificada por países para que el viajero de libros no se perdiera.

¡Oh, qué tentación perderse por unos días en esa sala de tesoros! Dunbar tuvo que recordarse que había ido hasta allí con un encargo. Ignoró con el corazón oprimido la estantería amarilla de Tasmania y las tablas verde azuladas sobre las que Aoteroa susurraba sus historias. Las informaciones que buscaba se ocultaban muy probablemente en historias del Viejo Mundo. Las de Albión las albergaba una estantería color verde intenso, muy apropiado; el verde de Caledonia era algo más oscuro. Helvecia se encontraba en una de color gris pálido, Bolanda en una de color

azul. Dunbar encontró cuentos de hadas de Leonia, leyendas de Sveriga y Norga, leyendas populares de la Hélada, pero también había cuadernos de viaje, periódicos, biografías de descubrimientos y aventuras, diarios, atlas ilustrados y guías de naturaleza... Muchos de los libros estaban desgastados por el uso, algunos solo eran una colección de hojas sueltas, pero la selección era igual de impresionante que la forma en la que estaban ordenados. Dunbar encontraba el sistema considerablemente más estimulante que el de la Biblioteca Histórica de Pendragón.

—Me gusta la expresión de vuestro rostro —dijo Jocelyn Bagenal enderezando algunos libros—. Mucho mejor organizada que el resto de la casa, ¿no es cierto? Recordadme qué estamos buscando.

Uno de los perros cruzó a escondidas la puerta, pero ni siquiera eso empañó el entusiasmo de Dunbar.

—Criaturas de cristal de espejo que convierten en plata las cosas y los cuerpos que tocan. Y cómo protegerse de ellas. Un amigo tuvo un molesto encuentro con ese tipo de seres.

—¿Encuentro? Fascinante. —Por el rastro de compasión en la voz de Jocelyn Bagenal, Dunbar supuso que nunca se había encontrado con algo parecido.

—Espejito, espejito de la pared —murmuró—. No, difícil. Pero creo que sé dónde tenemos que buscar. ¿No habíais mencionado otra expresión clave? ¿Elfos de aliso?

Dunbar asintió con la cabeza. Bibliotecarios... No se había topado nunca con uno que tuviera mala memoria. Tenía la teoría de que las palabras se adherían a sus mentes como papel matamoscas.

—El padre del rey Arturo... ¿Hablamos de ese tipo de elfo?

—Exacto.

Jocelyn Bagenal miró vacilante a lo largo de sus estanterías.

—Esa es la historia más extraviada de todas. Me temo que mis libros no son lo suficientemente viejos. Pero... intentémoslo.



50

## *El regalo de los goyl*

Sin mentiras. Jacob no había olvidado ni la promesa ni la noche en que se la había hecho a Zorro. Pero también recordaba el cuarto del barbazul y el rostro de Zorro cubierto de plata. La Colección Mágica no era la choza de una baba yaga, pero iba a resultar peligrosa, y no soportaba la idea de volver a temer por ella... aunque tuviera que arriesgar a cambio el propio pescuezo por el galgo, su amante.

Por la noche mezcló los polvos para dormir en el plato de Zorro del puré de guisantes que el cocinero de Baryatinskij sirvió con el faisán relleno. El boticario había asegurado que dormiría al menos veinte horas y que no experimentaría efectos secundarios. Si eso era cierto, el galgo volvería a estar libre antes de que ella despertara... o bien todos estarían presos, o muertos. Jacob tenía que admitir que la última posibilidad era la que consideraba más probable.

Chanute y Sylvain se preparaban con tanta pasión para el papel que debían representar en la operación rescate que casi era motivo de preocupación. A tan solo escasas calles de la Colección Mágica había un parque en cuyo pabellón musical se

celebraban conciertos para el círculo más selecto de Moskva. Un objetivo creíble para uno de los atentados con incendio que llevaban a cabo los numerosos grupos anarquistas de la ciudad, y como el pabellón se encontraba en medio del parque, con suerte apagarían el fuego antes de que se extendiera a las casas de alrededor.

Sylvain estaba tan entusiasmado con hacer de anarquista que pidió a los mozos de cuadra de Baryatinskij que le escribieran cada una de las palabras que estaban garabateadas en los muros de Varangia. Cuando Jacob lo pilló pintarrajeando una en el establo de su anfitrión, Sylvain le enumeró lleno de orgullo todos los edificios en los que había dejado sus huellas en Nueva York. Sylvain Caleb Fowler estaba lleno de sorpresas.

Él y Chanute habían acordado que este haría de incendiario, mientras Sylvain escribiría sus palabras en los monumentos del parque y en algunos edificios de alrededor. Jacob tuvo que dejar que Chanute le describiera con todo detalle cómo un cliente borracho le había quemado una vez la prótesis de madera, y lo seguro que iba a ser encender el fuego con una mano de metal. Solo cabía esperar que todos sobrevivieran a esa noche. Mientras aguardaban a que oscureciera, Jacob pensó más de una vez que tendría que haberse subido con Zorro a la alfombra del zar antes de que el galgo se dejara atrapar.

No era la primera vez que Jacob entraba a la fuerza en una Colección Mágica. Un caracol veloz, cuya baba volvía invisible, lo había llevado a las salas de las maravillas de Vena. Le había preguntado a Ludmila cuando ya estaba en el pasillo si había caracoles veloces en Moskva, pero ella se había limitado a sonreír compasivamente y había susurrado: «Traeré algo mejor». La enana había prometido ocuparse también de la sombra goyl que montaba guardia delante del palacio de Baryatinskij.

Zorro se había ido a acostar hacía horas (los polvos actuaban deprisa), pero el cielo de las noches de verano seguía siendo claro cuando un criado le trajo a Jacob con mil disculpas un telegrama que había llegado por la mañana.

Era de Dunbar.

*Mención de animales cubiertos de plata en diario de viaje lorenés, fuente de 130 años de antigüedad stop agresores de cristal con muchos rostros en cuentos de hadas de Cymru y Helvecia stop se convierten en árboles a la luz de la luna stop armas inútiles, son invulnerables stop el héroe del cuento de Cymru se salva sobre tierra húmeda, el héroe de Helvecia huye al agua stop no hay mención de elfos de aliso stop pero sí historias de humanos enviados por inmortales stop no olvides, cito cuentos de hadas y diarios de viaje dudosos stop mejor consejo: mantente alejado de los espejámenes stop no quiero veros a ti y a Zorro convertidos en estatuas de plata stop saludos desde la otra parte del mundo. Dunbar.*

«Mantente alejado». Jacob deseó poder tomar en consideración el consejo de

Dunbar.

Los incontables campanarios de Moskva daban la medianoche cuando Jacob entró en la habitación de Zorro para cerciorarse por última vez de que dormía. El boticario no había prometido demasiado. Bajo su ventana, Chanute y Sylvain salían a hurtadillas por el portón como dos chavales que iban a hacer travesuras nocturnas. Daba gusto ver a Chanute así, después de que en Schwanstein le hubiera pedido a Jacob que comprobara que su epitafio no tenía faltas de ortografía: «Albert Chanute. Cazador de tesoros. Aún a la busca». Esa noche podía acarrearle al viejo una tumba en Moskva, pero de ser así sería una muerte que seguro que Albert Chanute prefería a morir en Schwanstein en su cama.

La pluma que había sobre la mesilla de noche de Zorro no era la que Jacob había utilizado para engañar a la baba yaga. Era la remera de un ganso salvaje. Zorro giró la cabeza mientras dormía y Jacob deseó poder leer en su mente lo que estaba soñando.

*¿Estás seguro, Jacob?*

Le acarició el rostro dormido. ¿Por qué no dejaba que el galgo siguiera donde estaba? Ni siquiera Zorro le habría pedido que arriesgara su vida por Orlando. Pero tampoco le perdonaría que lo dejara morir sin darle a ella la oportunidad de salvarlo. Y él mismo, en caso de que el barsoi muriera, se preguntaría el resto de su vida si ella habría sido feliz con Orlando.

Ludmila Akhmatova había cumplido su promesa. Ninguna sombra de goyl aguardaba delante del portón de Baryatinskij, pero las calles de Moskva continuaban repletas de vida. Mendigos, borrachos, floristas, grupos de nobles y oficiales de camino a bailes y partidas de naipes o a uno de los numerosos burdeles de la ciudad. En cada esquina había vendedores ambulantes, domadores de osos o adivinas, pero la ciudad se volvía más silenciosa cuanto más se acercaba Jacob al barrio en el que se encontraba la Colección Mágica. Se estaba discutiendo si trasladar la colección tras los muros del Kremlin, pero por suerte eso aún no había sucedido. Habría hecho su empresa aún más inútil.

El palacio que albergaba los tesoros mágicos de Varangia estaba rodeado de edificios oficiales y escolares, cuyas ventanas estaban a oscuras cuando Jacob descendió del coche de plaza. Ludmila Akhmatova aguardaba en una de las calles laterales. Apenas se la distinguía con su vestido negro. El nombre que susurró el enano que estaba a su lado le resultaba tan familiar a Jacob como su rostro barbudo. Basil Sokolsky... un artista con el mismo nombre actuaba en el circo más grande de Moskva. Jacob había admirado sus arriesgadas artes para trepar cuando el circo estuvo de gira en Albión. Sokolsky recibía el nombre artístico de la Mosca, y no era difícil adivinar qué papel le había asignado Ludmila esa noche.

—¿Reckless? —repetió el enano cuando ella le presentó en voz baja a Jacob—. ¿Sois el cazador de tesoros por cuya cabeza un comerciante de enanos de Terpevás ha ofrecido un kilo de oro en recompensa?

¿Un kilo? Cualquiera que conociera a Evenaugh Valiant sabía que no pagaría esa

recompensa, pero no obstante Jacob se sentía honrado. Era evidente que su viejo amigo-enemigo se había tomado a mal que se hubiera burlado de él en la Ciudad Muerta.

Ludmila aguzaba los oídos en la noche.

Las campanas de la brigada contra el fuego resonaban a través de las calles vacías.

La enana brindó a Jacob una sonrisa aprobatoria.

—Vuestros amigos son muy puntuales.

—¿Y dónde está vuestro segundo ayudante? —susurró Jacob. Y no es que pensara que un participante más en aquel loco plan fuera a hacerlo más halagüeño...

La respuesta llegaba por la oscura calle. El hombre revelaba lo que era no solo por su tamaño sino también por su modo de andar. Un licano. Había cazadores de tesoros y de cabezas con mucho éxito entre ellos, Jacob ya se había topado con algunos. Podían llamar al pelaje igual que Zorro, pero habían nacido como cambiadores de forma y, al contrario que ella, tenían que transformarse cada día para que el lobo no se volviera indomable. Los licanos que lo olvidaban acababan pronto aullando a la luna como hombres lobo. Ludmila no había mencionado que un licano formara parte del plan, y Jacob se alegraba doblemente de que Zorro no estuviera con ellos. Había matado a uno hacía años. Por lo visto eran capaces de oler eso.

El licano no se presentó. Al igual que las hadas y las brujas, les gustaba mantener su nombre en secreto. Saludó a los enanos con un movimiento de cabeza y observó a Jacob con una mirada color amarillo pálido. En algunos países las madres ahogaban a los hijos que nacían con ojos de lobo, pero en Varangia se los trataba con veneración. Después de todo, los zares afirmaban descender de lobos y osos.

—Lo del fuego funciona. Los guardias del portón no se percatarían ni siquiera de la llegada de un ejército —susurró. Su voz era tan áspera que resultaba fácil imaginar cómo devenía en gruñido de lobo—. Tendríais que verlos. Estiran el cuello como queriendo mirar por encima de los tejados. ¡Ahora solo cabe esperar que nuestros valientes bomberos no se den mucha prisa en apagarlo!

Ludmila Akhmatova metió la mano en el bolsillo de su abrigo y les dio a cada uno algo parecido a un ovillo de lana polvoriento.

Sokolsky observaba el suyo con escéptico asombro.

—Una piel nocturna —susurró con devoción en la voz—. Hilada con tela de araña de la verja de una baba yaga...

—... y más difícil de encontrar que un águila de tres cabezas —susurró el licano—. ¿Cómo has conseguido cuatro de golpe?

—Tuve un pretendiente que comerciaba con ellas —respondió Ludmila y comenzó a deshacer su madeja.

Las prendas los iban volviendo invisibles tan pronto se las ponían. Era un espectáculo extraño ver cómo desaparecían uno a uno en la noche.

—No me tomes a mal la pregunta, pero ¿habías equipado a Orlando con una de

estas? —susurró Sokolsky.

—Sí, y la piel nocturna hizo que pasara de largo junto a los guardias —respondió Ludmila—, pero no a través de la puerta que lleva al ala secreta. Gospodin Reckless está aquí para ahorrarnos problemas similares.

Jacob solo esperaba no defraudar la confianza de Ludmila.

El plan era escalar la fachada de la parte trasera del palacio. El ruido de las brigadas contra el fuego, con suerte, haría que los guardias retrasaran un rato sus rondas, porque las pieles nocturnas no volverían invisible la cuerda con la que debían escalar hasta la segunda planta. No era la primera vez que Jacob agradecía que los dispositivos de alarma detrás del espejo aún no hubieran llegado al futuro. Los muros que rodeaban el palacio solo estaban protegidos con puntas de hierro. Sokolsky las sacaba de la piedra con cuidado, como si fueran tallos. El único metal que repugnaba a los enanos era la plata, y la mayoría de los constructores eran lo bastante imprudentes como para ahorrarse el enorme coste que eso suponía.

Chanute y Sylvain hacían bien su trabajo: los guardias ni siquiera se volvieron cuando la Mosca saltó al patio. En la noche se oían de nuevo los coches de caballos y voces agitadas. Jacob confiaba en que todo aquello no divirtiera tanto a Chanute que acabaran en la cárcel los dos. Con una operación de rescate era más que suficiente.

Sokolsky hizo honor a su nombre de artista. La Mosca escalaba la fachada con tanta facilidad que realmente parecía un insecto. Las ventanas enrejadas no suponían ningún problema para las manos de los enanos, lo mismo que las espinas de los muros. Las pieles nocturnas los ocultaban tan bien que tuvieron que susurrarse entre ellos para no agarrar todos al mismo tiempo la cuerda que lanzó hacia abajo. El licano estaba subiendo cuando uno de los guardias recordó sus obligaciones. Casi se choca con Jacob, que esperaba abajo junto al muro, pero gracias a la piel nocturna no reparó en él ni en la cuerda que ocultaba con su cuerpo. Invisible... A Jacob nunca le había gustado esa sensación, aunque como cazador de tesoros había dependido de ella con demasiada frecuencia.

Los espías de Ludmila le habían contado que el zar había ordenado colocar galgos en la colección después de que Tennant lograra llegar sin esfuerzo hasta la puerta del ala secreta. Aguzaban las orejas entre las vitrinas cuando Jacob se balanceó a través de la ventana, pero tan pronto el licano se deshizo de la piel nocturna y les tendió la mano, se volvieron dóciles como perros falderos.

La sala en la que estaban albergaba los huevos mágicos del zar. Jacob dio las gracias por poder echarles un segundo vistazo sin que la voz árida de Molotov se le colara en la oreja. Algunos apenas eran más grandes que un huevo de gallina, otros hubieran avergonzado a un avestruz. Las cáscaras eran de oro esmaltado y contenían, según el tamaño, jardines, bosques o islas exóticas enteras. El orfebre de cuyo taller procedían los huevos, Hiskias Augustus Jacobs, al parecer había aprendido su oficio de los duendes de las minas, y sus descendientes seguían siendo los orfebres de los zares. Jacob tuvo la tentación de robar una de esas obras maestras para Zorro —le

habría gustado tener siempre un bosque en el bolsillo—, pero los huevos eran tan famosos que enseguida lo habrían identificado como botín robado.

En la siguiente sala había un objeto que podía desactivar el alambre de cuchillos que había sido la perdición de Tennant: un hacha fundible de Nihon, tan artísticamente forjada como las espadas que procedían de allí. Molotov le había descrito a Jacob con todo lujo de detalles cómo llegó el hacha a manos de los zares, pero no dijo mucho sobre sus poderes mágicos.

Jacob solo tuvo en cuenta los dispositivos de seguridad externos cuando abrió la vitrina en la que estaba. Su mente seguía ocupada con lo que no quería pensar sobre Zorro y Orlando. Y eso que él mismo había advertido con frecuencia a archiveros imprudentes de las diminutas moscas cicuta, a las que les encantaba anidar en las cajas de madera de los objetos mágicos. Sintió las picaduras tan pronto metió la mano en la vitrina. El veneno producía desequilibrio y pérdida de conocimiento. *Bien hecho, Jacob*. Su mano ya estaba hinchada antes de sacar el hacha. Solo le quedaba confiar en que su cuerpo pudiera luchar contra el veneno hasta que se encontraran a salvo.

Los otros ya estaban en la sala de los seres fabulosos. El licano miraba atónito la jaula del Lobo Gris.

—Deberíamos liberarlo cuando tengamos a los prisioneros —le susurró Jacob—. Deberíamos soltarlos a todos para que distraigan a los guardias mientras huimos.

A Ludmila no le gustaba la idea. Jacob leyó en sus ojos que tenía miedo de las criaturas salvajes que gruñían y gritaban en sus jaulas, pero la enana era lo bastante lista para saber que el licano no se marcharía sin el Lobo Gris... y Jacob le debía a Zorro la liberación de los demás.

La puerta, delante de la que Molotov había dado por finalizada su visita, mostraba aún huellas del explosivo que Ludmila le había proporcionado a Orlando. Jacob se preguntaba qué había utilizado para el alambre de cuchillos. El hacha lo fundió sin disparar la alarma. El resto resultó sencillo puesto que el explosivo había deteriorado los otros dispositivos de seguridad. Jacob se guardó el hacha en la mochila antes de abrir la puerta. En caso de que les descubrieran, ese hurto sería su menor preocupación.

En Varangia había muchos que afrontaban cada progreso de manera crítica y que reclamaban el regreso de los viejos tiempos. El zar era un representante moderado de esa facción. La sala secreta de su Colección Mágica recordaba que esos viejos tiempos no siempre habían sido buenos. En los muros sin ventanas anidaba el pasado y las jaulas no ocultaban su propósito detrás de adornos cubiertos de oro. Los galgos apretaron el rabo entre las piernas cuando la lámpara de gas de Ludmila rescató de la oscuridad las barras provistas de pinchos. Los azulejos del suelo mostraban los rastros de los presos ilustres... garras, colas espinosas, patas que incluso quemaban la piedra...

La presa de la primera jaula tenía el rostro y el pecho de una mujer humana pero

el cuerpo de un pájaro. Su plumaje azul pálido había perdido su esplendor hacía décadas: Sirin, el Pájaro del Dolor. En Varangia había más historias sobre ella que plumas tenía. Un antepasado del zar la había capturado para erradicar su propio dolor, pero una semana más tarde la hermana de Sirin, Alkonost, a la que también llamaban el Pájaro de la Alegría, fue hallada muerta en el bosque en el que ambas vivían. El huevo que encontraron en el cadáver de Alkonost yacía en la sala contigua. Cada zar había intentado en algún momento hacerlo incubar, pero nadie sabía si lo que quiera que se ocultaba en el huevo estaba tan muerto como el Pájaro de la Alegría o bien seguía aguardando tras la cáscara de color azul.

Sirin batió las alas con fuerza cuando los galgos pasaron junto a su jaula. Sus plumas de oro hicieron resonar los barrotes de hierro como campanas, y el grito que lanzó era tan estridente que incluso el licano se tapó los oídos con las manos.

El canto de un pájaro saliendo de la boca de una mujer. Ludmila apagó la lámpara para que los guardias no vieran la luz si el grito los hacía alzar la vista hacia las ventanas, pero no vino nadie. Todo lo que oían eran las garras de Sirin raspando la vara en la que estaba posada. De acá para allá, de allá para acá, desde hacía más de cien años.

Ludmila volvió a encender la lámpara, y Jacob se olvidó de su mano llena de picaduras y del mareo creciente en su cabeza cuando la luz desprendió al siguiente preso de la oscuridad. La jaula era casi tan grande como un vagón de tren y sin embargo demasiado estrecha para la criatura que estaba acurrucada en ella. Decían que los últimos dragones se habían emparejado con otros animales antes de su extinción. La criatura que tenían delante tenía el cuerpo de un dragón, pero las cabezas sobre los dos cuellos largos y escamados semejaban las de los gigantes machos cabríos que se encontraban en algunas montañas de Varangia. Al margen de quiénes fueran los antepasados de la criatura escamada, el cautiverio le sentaba tan mal como al Pájaro del Dolor, pero su mirada hizo latir más deprisa el corazón de Jacob. Dragones... no había dejado de soñar que un día encontraría uno detrás del espejo. La criatura que lo miraba fijamente con ojos vacíos se parecía tanto a su sueño como un burro a un caballo, pero no obstante le hacía albergar esperanza.

Las siguientes jaulas tenían paredes de hierro, y solo se podía ver su interior a través de una mirilla que había en la puerta. Se encerraba en ellas a brujas y magos. La primera jaula estaba vacía, pero la mirilla de la siguiente permitía ver a dos hombres que dormían sobre una reja herrumbrosa.

Brunel parecía estar sano y salvo, pero a Orlando le habían jugado una mala pasada.

Ludmila hundió la puerta de hierro con el codo cuando la cerradura dio muestras de resistirse. La fuerza de los enanos era superior a la de los hombres. Sokolsky la ayudó a abrir aún más el metal. Orlando casi no podía moverse, pero Brunel salió arrastrándose tan deprisa por la abertura que parecía que no fuese la primera vez que escapaba de una celda. Cuando vio a Jacob, se quedó tan perplejo que se olvidó de

levantarse. Jacob estaba sorprendido. No esperaba que Brunel se acordara de él. El oficial que ella le había presentado en Goldsmouth debió de cantar su himno de alabanza de forma muy persistente.

Orlando se limitó a asentir con la cabeza cuando salió tambaleándose. No parecía tener fuerzas para mucho más. El licano tuvo que ayudarlo. Abrieron solo un resquicio de las otras jaulas para poder regresar a la ventana antes de que los presos se dieran cuenta de que eran libres. Los oían arañar y aletear a sus espaldas cuando se pusieron las pieles nocturnas sobre los hombros. Ludmila tenía otras dos para Orlando y Brunel.

Aseguraron a Orlando con una cuerda porque estaba demasiado débil para trepar. Ludmila seguramente se estaba preguntando si habría mencionado su nombre a los torturadores. Jacob miró hacia donde estaba situado el parque, y el cielo encima de las casas era de un color rojo tan intenso que le preocupó que Chanute hubiera volado por los aires junto con el pabellón de música.

El licano estaba ya abajo cuando uno de los guardias reparó en la cuerda. Estaba tan solo a unos pasos, pero disparó un tiro antes de que el lobo lo enterrara debajo de él. Cuando los otros guardias aparecieron, Jacob ya empuñaba la pistola, pero el Pájaro del Dolor le ahorró el disparo. Los guardias se tiraron al suelo cuando Sirin salió por la ventana elevándose sobre ellos con un grito de rabia. El Lobo Gris iba detrás de ella cuando Jacob saltó del muro a la calle. Los guardias alzaban la vista hacia él como niños hechizados, sin acordarse de dónde estaban o para qué llevaban sus uniformes.

Las historias con las que habían crecido daban vueltas sobre ellos entre las estrellas.

El coche de la basura aguardaba, según lo pactado, detrás del edificio. Las pieles nocturnas ya estaban volviéndose traslúcidas como las telarañas de las que estaban hechas, y se las quitaron antes de subir. Brunel entró, a pesar del hedor, con la misma velocidad con la que había salido arrastrándose de su celda. Jacob lo tenía, a la vista de sus inventos, por un hombre más valiente. Por otro lado, la cobardía proporcionaba una extraordinaria motivación en el desarrollo de armas y paredes de hierro.

Orlando y Sokolsky ya estaban sentados en el coche de caballos cuando un lobo gigantesco y medio invisible saltó con gran agilidad desde los muros del palacio, como si la fuerza de la gravedad no tuviera efecto en él. Cambió a la forma humana más despacio que Zorro. El pelo de su rostro desapareció cuando cruzaba la calle. Cojeaba, pero la sangre en sus manos seguramente no era solo suya. Uno de los guardias olvidó la magia del cielo y apuntó al licano a través de la verja de la puerta. Ludmila lo abatió a tiros y luego se guardó la pistola en el bolsillo, impasible, como alguien que sabía lo que era matar. Molotov había estado conversando por la mañana con uno de los centinelas sobre su hermana enferma. Ninguno de esos guardias era mayor que Will. Jacob también sabía lo que era matar, pero estaba contento de seguir

sintiéndose mal por ello.

Sentía ahora el veneno de la mosca por todo el cuerpo. El licano lo sostuvo cuando las rodillas se le aflojaron. Jacob quería mostrarles las picaduras de la mano como explicación, pero ni siquiera le dio tiempo. Lo levantaron y lo metieron en el coche que apestaba a basura y lo último que vio fue la cara asustada de Brunel.



51

## *Un cuento de hadas*

Diecisiete insultaba a la lluvia como si fuera su única enemiga. Golpeaba con los dedos de plata el tronco de los árboles para hacerles pagar por lo que la maldición de las hadas le causaba. Y se peleaba constantemente con Dieciséis. Le molestaba que ya no se ocultara de Will. ¡Debería estarle agradecido a ella!

El cachorro seguía al hada de manera incansable, y Nerron estaba seguro de que Dieciséis era el motivo. Los ojos de Will la buscaban constantemente. Nerron se imaginaba cómo ella lo cubría de plata con un beso, pero le complacía mucho más la idea de fundir a sus guardianes y convertirlos en orinales de plata.

El jade.

El jade tenía la culpa.

Nerron aún percibía la veneración que había sentido al mirarlo, aunque el goyl de jade con el que soñaba de niño tenía poco parecido con el rostro inocente que cabalgaba delante de él. Su goyl de jade había ahogado a los ónix en el lago subterráneo, tal como hacían con sus bastardos. De niño se había enfrascado de tal manera en esos sueños que incluso buscó vetas de jade en su propio rostro. Qué estúpidos eran los niños. La vida le había arrebatado ese tipo de sueños. Le había hecho despreciar la propia piel y el propio corazón, desconfiar de las historias que acababan bien, y de los héroes que lo salvaban a él o al mundo. Pero lo que se agitaba en él, desde que había visto el jade, eran precisamente esas ilusiones ebrias de veneración. Era una pena que en ese país abandonado por los goyl no hubiera devoraniños. ¡Ellas le hubieran quitado las ilusiones con un vaso de sangre!

Cuando pararon para abreviar los caballos —el único motivo por el cual hacían un descanso—, Nerron vio, y no por primera vez, cómo el cachorro acariciaba la bolsa engañosa que contenía la ballesta. Tensó las cuerdas de cristal con naturalidad, como si tuviera la fuerza de un ogro. Nerron se preguntaba si se debía al jade o a que las armas mágicas tenían voluntad propia. El cachorro apuntó a un árbol... y acertó. Sí, en sus manos la ballesta estaba a sus anchas.

Como si hubiera sido hecha expresamente para él.

Maldita sea.

El caballo de Nerron sacaba el hocico mojado del agua cada vez que él gritaba para sus adentros algún insulto, ya fuese encima o debajo de la tierra.

Un mensaje para el hada...

¿Y calificaba de inocente al cachorro?

Miró alrededor. Pero ¡por todos los diablos! Por qué los espejímenes no debían oír que él acababa de descubrir las intenciones del cachorro. Ya era bastante penoso el tiempo que había necesitado para darse cuenta. Tiró violentamente de su caballo para apartarlo del agua.

El cachorro extrajo la flecha del tronco en que la había enterrado.

—Tienes que matarla, ¿verdad? —Nerron lo cogió por los hombros y lo empujó contra el tronco del árbol—. ¡Es mentira todo eso de que el jade está en juego!

Los ojos de Will se mancharon de oro.

Nerron le agarró la mano con la que sujetaba la flecha.

—Supongo que su inmortalidad no es ningún problema con la ballesta. Pero ¿has olvidado a los cosacos? Y aunque consigas matarla antes de que ella te mate a ti..., ¿qué ocurrirá si se lleva el jade consigo?

El cachorro se soltó.

—Espero que se lo lleve.

—¿Cómo? ¡El jade es lo mejor que te ha pasado nunca! —Nerron quería golpear su blando rostro para que la piedra regresara, pero entonces aparecieron ellos. Sus perros guardianes de cristal. No tenían buen aspecto. La corteza crecía más deprisa de lo que tardaban en arrancársela de la piel.

—Déjalo ya. —Dieciséis. Dieciséis veces diez rostros y todos ávidos del cachorro. ¿Cuánto le gustaba el jade? ¿O sentía más apetito por la carne humana?

El cachorro también la devoraba con los ojos. ¡Buen provecho!

Diecisiete se dirigió a Nerron. Su sangre (si era sangre) se adhería como aceite incoloro a su piel. Él la liberaba de la corteza con demasiada intensidad.

—Fuera de aquí, piel pétrea. Tú mismo lo has dicho. Él encontrará al hada también sin ti. ¡Ya no te necesita!

¿Ah, sí? ¡El cachorro nunca lo había necesitado tanto! Seguía teniendo la flecha en la mano. La ballesta le plateaba el sentido común. La ballesta y Dieciséis.

—¿De veras? ¿Y quién ha evitado que se convirtiera en comida de cuervo? —Se acercó tanto a Diecisiete que se veía a sí mismo en sus ojos—. Déjame pensar. ¡Creo

que fui yo! No me iré a ninguna parte. Tenemos un trato.

Nerron se preguntaba si la crueldad en la sonrisa de Diecisiete era robada, como su propia sonrisa, o si se trataba de un ingrediente de plata.

—Ah, sí, los espejos. Créeme, no los verás. O los que aguardan detrás de ellos. — Diecisiete llevaba ahora puesto su rostro humano como una máscara mal ajustada.

—Aún no te hemos matado, piel pétrea. Eso ya es pago suficiente —dijo Dieciséis acercándose a su hermano para reforzar su amenaza—. ¿Acaso has encontrado al hada? No. ¿Por qué quieres que te recompensemos?

Engendro de espejo sucio.

El bastardo se arrepentía de haberse dejado engañar. Mentir. Engañar. Desvalijar. Si había alguien que hacía todo eso, ese era él.

—¡La encontraré! —dijo—. Y un trato es un trato.

A los dedos de Dieciséis le crecían espinas de cristal.

¡Lárgate, Nerron, antes de que tus piernas se cubran de plata!

Pero no podía. Estaba demasiado furioso. La maldita rabia. Y su orgullo. Demasiadas veces roto. Demasiadas.

Dieciséis deseaba convertirlo en un trozo de metal. Se le veía en la cara. Estaba tan ansiosa como cuando veía al cachorro. Un goyl de plata. *Probablemente el primero, Nerron*. No era precisamente la fama que había esperado.

—Eres tan feo. —Dieciséis lo miraba fijamente, como si quisiera mostrárselo en sus ojos de cristal—. Todo este mundo es feo. Confío en que lo hagan más hermoso cuando regresen.

Puso la mano sobre el corazón de Nerron. Oh, maldita sea, dolía.

Él la apartó, pero ella agarró su brazo y la piel de Nerron se llenó de costras de plata.

—¿Qué haces? Suéltalo. —El cachorro tiró del hombro de ella.

Dieciséis lo miró como una niña a la que le acaba de caer una regañina. Pero Diecisiete tenía la mirada clavada en el brazo de Nerron. Parecía sorprendido de que no se hubiera convertido en metal. ¡*Piel de goyl, engendro de espejo!*

Nerron no les dio la espalda hasta que llegó junto a su caballo.

«Sí, desaparece, piel pétrea», se burlaba la mirada de Diecisiete. «Antes de que te platee con más fuerza que mi hermana. El barbilampiño no podrá protegerte».

No. Pero lo había intentado.

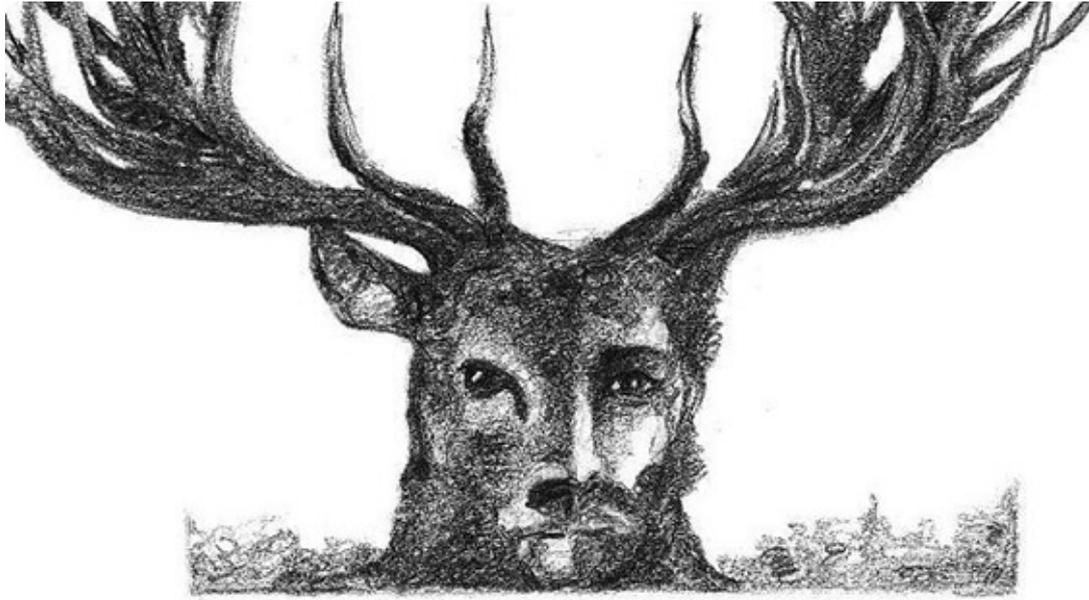
Y la lluvia seguiría cayendo y tarde o temprano el bastardo alimentaría un fuego con ellos.

No les quitó ojo mientras se subía al caballo. El cachorro no hizo ademán de retenerlo, pero cuando en un momento dado Nerron volvió la cabeza, Will seguía mirándolo.

No tardaron en ponerse en marcha de nuevo. Nerron los siguió en cuanto los perdió de vista. El cachorro dejaba un rastro evidente.

Sí, él había intentado protegerlo, pero también había permitido que sus ángeles de

la guarda trataran al bastardo como un perro vagabundo. Lo recordaría la próxima vez que el jade lo volviera sentimental.



52

## *Olvidado*

¿Por qué creía que sucedería de noche? El sol estaba en lo alto cuando el ciervo llegó. El hada dormía bajo su tela, los caballos pastaban bajo los árboles y el pescante estaba vacío. De día, Chithira prefería la figura de la polilla.

Él no dejaría que sucediera. Ese era el mantra de Donnersmarck desde que la devoraniños lo había dejado marchar. Él lo vencería. Después de todo, estaba acostumbrado a pelear y no era la primera vez que el enemigo estaba dentro de él. Todo soldado debía luchar contra sus instintos más bajos. Donnersmarck había acabado de rodillas más de una vez temblando por su culpa. Le había gritado desde las entrañas, le había atropellado, pisoteado y ahogado en la sangre de otros. Y siempre le había vencido. Pero lo que se llevó consigo de la casa del barbazul no le dio tiempo para gritar.

Reventó con la misma violencia con la que fue sembrado. Incluso el dolor era similar. Era como si la cornamenta que le había abierto el pecho intentara salir desde dentro y, antes de que supiera lo que le sucedía, Donnersmarck levantó de golpe la cabeza y emitió un bramido en dirección al bosque, mientras su nombre se hacía tan insignificante como el uniforme que había llevado hasta entonces. Se desolló la piel de la nueva cornamenta y alzó la mirada hacia la oscura red que colgaba entre los árboles como si la noche hubiera perdido su vestido. El ciervo que antes tenía un nombre sabía quién dormía debajo, aunque había olvidado todo lo demás. Ella era el

hilo que lo unía a lo que había sido una vez. Se llevó el recuerdo de ella cuando se perdió entre los árboles.



53

## *El hijo perdido*

¿Por qué el escondite tenía que estar precisamente en un sótano? John solo podía contener el pánico que aún sentía en los espacios subterráneos recordando la celda de hierro en la que había estado encerrado la semana anterior, ¿o habían sido dos? El tiempo transcurría tan deprisa.

A través de una ventana enrejada entraba algo de luz matinal, pero allí olía fuertemente a trementina y pintura al óleo. Su escondite era el taller de un pintor de iconos. ¡Seguramente uno sin éxito, porque su oficio exigía luz y no estar en un sótano!

Sus liberadores discutían posibles formas de huir de la ciudad. John no hablaba varego, pero de vez en cuando cambiaban a albionés porque uno de ellos al parecer era de allí. Lo que John podía deducir de esos retazos de conversación no le calmaba las náuseas que el sótano y la trementina le provocaban. Era evidente que el zar había sembrado la alarma en toda la ciudad, y sin permiso policial no se podía entrar ni salir de Moskva. Había registros de casas, controles en las calles...

¡Lo encontrarían y lo fusilarían!

De nada servía recordar que ya había pensado algo similar en otras ocasiones y que al final había sobrevivido. Los síntomas habituales llegaron. Ahogo, palpitaciones, sudoración. El médico enano que había ido para atender a su compañero de celda no se esforzaba en ocultar lo ridículas que encontraba esas quejas. Por la forma en que lo miraba, John le deseó al cuello corto la peste de los

pulgarcitos. Enanos... Los goyl habían comprado a los enanos muchas de las materias primas que se necesitaban para producir las armas por él diseñadas. Incluso en Albión eran los proveedores más importantes, y John había pasado horas interminables regateando precios y plazos de entrega con ellos. Explotaban más minas que Albión y Lorena juntos, y tenían puestos comerciales en las colonias más lejanas. «Rico como un enano» era un dicho célebre en ese mundo, y a ellos les gustaba subrayar que esa riqueza, al contrario que los humanos, no se la debían al comercio de esclavos. John, no obstante, no sentía aprecio por ellos. Y el hecho de que dos hubieran participado en su rescate tampoco cambiaba nada.

Que la Morsa hubiera puesto en peligro a su mejor espía en el primer intento de rescate le hacía sentir a John muy halagado. Orlando Tennant estuvo inconsciente la mayor parte del tiempo después de que lo arrojaran a la celda con él, pero de todos modos John se enteró de quién era. El acento caledonio de Tennant solo consiguió hacer aún más dolorosa la nostalgia. Quería irse a casa.

*Una palabra problemática, John.*

Miraba de reojo a los colchones de paja que yacían sobre el suelo manchado de colores, entre paneles de madera y caballetes. Sí, allí estaba. El otro paciente por el que habían llamado al médico. *Piénsalo, John. Tu hijo.* Jacob estaba consciente y era tan impaciente con el médico como cuando era niño. Resultaba difícil resistirse a mirarlo, pero a John le preocupaba que el licano notara su interés. No parecía estar especialmente entusiasmado con la misión de salvar a un hombre que había causado la derrota militar de Varangia contra Albión. Incluso los traidores de ese país eran patriotas. Por otro lado, los licanos siempre parecían estar a punto de devorarlo a uno.

Jacob apenas podía tenerse en pie, pero lo intentaba. Rechazaba la mano que tiraba de él para que regresara al colchón. Se peleaba con el licano porque no le dejaba caminar. Tantos años... ¿por qué le seguía pareciendo que lo había llevado en brazos hacía tan solo unos días?

La provisión de semillas de helechos helados que John se había cosido en el dobladillo de la camisa se estaba terminando. Había intentado sin éxito elaborar un sucedáneo químico, pero el falso rostro aún le excusaba de presentarse a su hijo mayor. Aunque ¿para qué? No había nada que decir. Los motivos que le llevaron a abandonar a su madre apenas servían de excusa: ambición, egoísmo, la decepción en los ojos de Rosamund...

—¡Brunel! —El hombre que le tendía el plato con el borscht era el dueño de la casa. Quizá no tenía éxito con su arte porque aún seguía pintando a los viejos dioses. John observaba los cuadros que estaban apoyados en las paredes: Vasilisa la Lista, Kolya el muerto viviente... No, lo que pasaba es que su anfitrión era muy mal pintor.

John cogió la sopa, aunque no tenía hambre.

¿Cómo se le ocurría a un pintor de iconos esconder a espías y presos del zar?

De sus rescatadores, el licano era el único que aparecía de vez en cuando por su escondite. Jacob seguía peleándose con él. *Deja de mirarlo, John.*

La presencia de su hijo perdido apenas le dejaba espacio para sentir alivio por su propio rescate. El hecho de que Jacob se le pareciera aún más de adulto le había asustado y conmovido por igual ya en su último encuentro en Goldsmouth, pero en sus facciones también adivinaba el rostro de Rosamund. Ella no había sido la primera que hizo que John dudara de si realmente estaba capacitado para amar. Pero su hijo, que ahora se peleaba con un licano a escasos pasos de él, era la única persona por la que había albergado sentimientos que merecían esa designación.

¿Seguía sintiendo amor por él? No, la mala conciencia no le dejaba espacio. Además, el Jacob adulto era un extraño. John deseaba que regresara el niño, el chaval que había escuchado con devoción cada una de sus palabras y al que le había parecido maravilloso todo lo que hacía. Estaba seguro de que el hombre en el que se había convertido no le honraría con esos sentimientos. Sin embargo, John deseó haber tenido el valor de revelarle a Jacob a quién había salvado la noche anterior de un pelotón de fusilamiento. Pero el valor era algo que siempre había deseado en vano. El valor había que ganárselo, y para ello había que recorrer caminos incómodos. Y John se había decidido siempre por los cómodos. O por la huida.

Jacob lo miraba. ¿Qué pensaba del hombre que se hacía llamar Isambard Brunel? Incluso el falso nombre se lo había robado a alguien mejor que él. El licano señalaba hacia Tennant y John creyó oír que Jacob decía algo sobre su hermano. Will. Siempre el hijo de su mujer, nunca el suyo. El médico enano le dio a Jacob unas pastillas. En Albión, las falsas brujas vendían una hierba que borraba los recuerdos sin dejar rastro, como las olas hacían con las huellas de la playa. El problema era que también borraba los sentimientos, y el amor por el hijo que estaba allí sin reconocerle era un sentimiento que John seguía considerando valioso. Perder ese amor implicaba que el vacío que a menudo se abría en él se volviera aún más inmenso. Una idea nada tentadora.

Por un instante se sorprendió deseando que Jacob le desenmascarara como lo había hecho Hentzau. Al fin y al cabo, su hijo se había hecho un nombre encontrando objetos ocultos. Pero Jacob se dio la vuelta y se dirigió al colchón donde yacía Tennant.

Tantos años. En cualquier caso, le había seguido hasta ese mundo.



54

## *Palabras ocultas*

Las campanas de mediodía despertaron a Zorro. No recordaba haber dormido nunca tanto tiempo. El palacio de Baryatinskij vibraba de excitación, algo había sucedido, pero Zorro no comprendía absolutamente nada de lo que las doncellas intentaban explicarle en un varego atropellado. Lo único que comprendía era que los tres, Jacob, Sylvain y Chanute, no habían pasado la noche en sus habitaciones.

Se dirigió al cuarto de Jacob en busca de un mensaje suyo, pero allí no encontró más que la alfombra enrollada. Un recuerdo de que abandonarían Moskva pronto. Por unos momentos irreales imaginó cómo sería no marcharse, abandonar la caza de tesoros, mudarse al piso de Orlando, llamar hogar a un sitio... ¿Quería Orlando una vida así? El ganso y la zorra... tampoco había ningún mensaje de él. Lo último que había oído era que tenía que partir de viaje durante unos días con un encargo secreto.

No podía apartar los ojos de la alfombra. Seguir. Seguir y seguir el viaje sin destino que Jacob y ella llevaban haciendo desde hacía tantos años. *Esa es la vida que quieres vivir, Zorro.* ¿De veras? Por primera vez no estaba tan segura, algo en ella se había cansado. Siempre había seguido a Jacob... sin preguntarse nunca adónde conducían los otros caminos y si había algo en algún sitio por lo que valiera la pena quedarse. Hasta ahora.

Cuando los otros tampoco regresaron después del mediodía, decidió visitar una iglesia de la que Orlando le había hablado en lugar de quedarse sentada esperando un mensaje de Jacob. Las iglesias de Moskva eran muy distintas de las pobres iglesias de

piedra de su tierra. El dios que vivía en su interior parecía cálido como el oro del que se hacía rodear, aunque sus santos miraran con ojos serios y oscuros desde las paredes. Un dios que gustaba de rodearse de oro tenía que ser compasivo con la caza de tesoros. Cuando salió del portón para llamar a un coche de punto, vio los coches apelotonados y a toda la gente mirando al cielo. Un grupo de turistas lorenenses se volvió hablador cuando Zorro se dirigió a ellos en su lengua. Un gobernante de Lutis había visto un lobo volando sobre la ciudad, y un viejo actor de Calias les aconsejó taparse los oídos si escuchaban el grito de un pájaro que tenía la cabeza de una mujer.

¿Qué había sucedido mientras estaba durmiendo?

Volvió a entrar para preguntar a los mozos de cuadra y en ese momento el portero salió a su encuentro con una carta para ella. El sobre era tan pequeño como los que utilizaban los enanos, pero la escritura era de Jacob.

Zorro se encerró en su habitación antes de leer la carta. Las nimiedades que recogía confirmaban que el verdadero mensaje era invisible. Había muchas formas de escribir cartas invisibles, Jacob llevaba siempre una pluma de ruiseñor consigo. En cuanto Zorro susurró las palabras que volvían la tinta visible, un segundo hilo entretejió el mensaje recorriendo las letras:

*Entre las ramas balanceantes solo se oye la canción del ruiseñor.*

Las primeras frases que se hicieron visibles contenían la confesión de Jacob. Le había echado polvos para dormir en la comida. Sus mentiras llegaban muy suavizadas, como de costumbre. Había tachado muchas cosas y había vuelto a escribir..., quizá por eso Zorro lo creía cuando decía que en realidad solo había querido protegerla. Vacilaba entre el miedo, la ira y el amor mientras seguía leyendo... Miedo por Jacob, miedo por Orlando, ira porque ambos le habían ocultado secretos. Pero el amor se agitaba a través de lo que el propio Jacob intentaba ocultar tras las palabras que había vuelto invisibles: sus celos y su vergüenza por desear salvar a Orlando para ella, aunque probablemente hubiera preferido matarlo de un disparo, todo su valor a pesar del miedo, siempre a pesar... y amor... tanto amor que algunas lágrimas cayeron sobre la tinta. Por las disculpas y las explicaciones de Jacob sonaba como si fuera demasiado grande para ocultarlo durante más tiempo. Naturalmente necesitaba su ayuda una vez más. Ella debía ayudarle a engañar a Orlando. Como siempre, exigía demasiado.

Zorro retuvo el punto de encuentro que Jacob mencionaba, la hora... e ignoró la instrucción de quemar su carta. Decidió conservarla para los días en los que él mismo, y todo lo que lo hacía especial, se volvieran a ocultar de ella.

• • •

Era conmovedor lo sorprendido que Baryatinskij se mostró cuando ella le manifestó que el encargo del zar exigía su partida inmediata. Dio instrucciones a sus criados de que guardaran los pocos efectos de Chanute y Sylvain en sus mejores maletas de viaje (Zorro se sintió muy aliviada de que no encontraran en ellos nada que perteneciera a su anfitrión) y le ofreció su cochero personal (Baryatinskij, al contrario que el zar, no creía en los automóviles). Se mostró muy decepcionado cuando Zorro le aseguró que Jacob se había ocupado ya de su transporte. Los víveres que hizo subir de la cocina daban para un viaje alrededor del mundo. Kleb, zakuski, kulebeika, blinis... las palabras sabían igual de bien que los manjares. Su sonido le recordaría el resto de su vida una época en la que había sido muy feliz.

Zorro prometió a Baryatinskij volver a alojarse en su palacio cuando regresaran para devolver la alfombra del zar. Confiaba en que no lo acusaran de ser cómplice... y en que realmente regresarían. Si lograban encontrar a Will. Tal vez para entonces ya supiera si marcharse con Jacob o quedarse con Orlando... ¿De verdad se hacía esa pregunta? Ni siquiera eso sabía.

El goyl que se apostaba delante del portón había desaparecido. A Zorro le hubiera gustado conocer el motivo. Era difícil imaginar que Hentzau hubiera perdido interés en ellos.



55

## *Traicionados*

Cuando se le preguntaba a Ashemez Tchiourak por qué era desde hacía años un informante de los goyl, contaba una historia sentimental sobre una chica con piel de amatista que le había revelado en su juventud cómo se extraían de las piedras los colores brillantes por los que sus competidores lo envidiaban... Conmovedor, tan conmovedor que Hentzau no creía una palabra. Tchiourak no era capaz de decir lo que había sucedido con su musa ni por qué era un pintor tan malo a pesar de que ella le revelara ese secreto. No. Hentzau sospechaba que la verdadera motivación de Tchiourak era su origen. Después de todo, procedía de Circassia, una provincia que había sido desvalijada hacía siglos por Varangia. Un motivo muy comprensible para la traición a ojos de Hentzau.

El origen de Tchiourak explicaba también por qué en esa ocasión les vendía información que no perjudicaba a Varangia sino a Albión, el país que su vieja patria había conquistado hacía poco en una campaña sangrienta. Y además estaba el licano. Era evidente que los liberadores de Brunel desconocían que el hermano de Tchiourak había sido mutilado por un licano. ¿Qué sería de los servicios secretos sin ese tipo de historias? Venganzas privadas, celos, ambición... todos los espías aseguraban tener motivos nobles para cometer traición, pero Hentzau aún no se había topado con ninguno al que hubiera creído.

Tchiourak describió con todo lujo de detalles lo mal que olían los presos que ocultaba en su taller y el tremendo monstruo que era el licano, antes de llegar

finalmente a lo que había conseguido averiguar. Al parecer Brunel partiría muy pronto de la ciudad. Hentzau estuvo tentado de enviar enseguida un comando al taller de Tchiourak pero eso desenmascararía a uno de sus espías más valiosos en Moskva, y la policía secreta del zar era reacia a entrar en el barrio del pintor. No, era preferible colocar una trampa a los rescatadores de Brunel cuando intentaran sacarlo de la ciudad.

Tchiourak les había revelado el lugar con la condición de que dejaran marchar a los rescatadores salvo al licano, y que la policía secreta varega no interviniera. Hentzau no tenía previsto cumplir la primera condición, pero la segunda la cumpliría gustosamente. No pensaba dejar que esos estúpidos arrogantes trajeran de vuelta a sus presos huidos, quería demostrar una vez más lo superiores que eran los goyl de cualquier tipo, procedieran de Varangia, Albión o de donde fuera. En cuanto a Tennant, Hentzau jugaba con la idea de guardárselo para sí. Seguramente el barsoi podía suministrarles información valiosa sobre la red de espionaje albionesa.

—Dices que hay también un extranjero de Albión. ¿Qué aspecto tiene?

Tchiourak se encogió de hombros y examinó una mancha de pintura de oro en su pulgar.

—Joven, de unos veinticinco años. Cabello oscuro.

Sí, tenía que ser él. No había muchos hombres fuera de Nihon que supieran cómo se usaba un hacha fundible. Tantos pájaros de un tiro. Hentzau se preguntaba lo que Jacob Reckless pensaba de su padre. En el caso de que lo hubiera reconocido...



56

## *El parque Prividenij*

Habían transcurrido cuatro días desde el asalto a la Colección Mágica cuando el licano, poco antes de la medianoche, le hizo señas a Jacob y a los dos hombres más buscados de Moskva en dirección a una calle poco iluminada. Los dos carruajes funerarios que les aguardaban eran, a juicio de Jacob, un camuflaje considerablemente mejor que los coches de la basura, cuyo olor aún seguía impregnado en su ropa. Brunel se mostraba menos entusiasmado y encontraba absurda la idea de pasar los controles en ataúdes hasta que Ludmila Akhmatova, vestida de luto, descendió del coche que estaba detrás de los carruajes y le aseguró que los entierros nocturnos eran frecuentes en Moskva y que no había otro modo mejor. Era la primera vez desde el asalto que la enana se dejaba ver. Ordenó al licano que un ataúd contuviera realmente un cadáver para hacer más creíble la tapadera, y sonrió de forma sugerente cuando Jacob le preguntó si también había tenido como amante a un empresario de pompas fúnebres.

Gracias al médico enano, Orlando se había recuperado bien de las artes interrogatorias de la policía secreta varega, y subió con visible placer a su ataúd. Durante los días que habían pasado juntos en tan reducido espacio, Jacob se había preguntado más de una vez si el hecho de que le agradara Orlando Tennant empeoraba los celos. Habían hablado de muchos temas —la situación política en Albión y Leonia, el peligro y lo mucho que les gustaba—, y solo evitaban el asunto que seguramente ninguno de los dos podía apartar de su mente.

Ludmila iba delante con el licano de cochero. El velo negro realzaba la belleza de la enana de forma tan deslumbrante que a Jacob le habría gustado viajar con ella solo para observar cómo convencía de su inocencia a los centinelas de las calles con su mirada velada.

Era una despedida inusual de Moskva: tumbado sobre la seda roja del ataúd, sintiendo el adoquinado debajo y preguntándose por qué calle acababan de pasar. Efectivamente se trataba de un viaje inolvidable. Cada vez que se detenían, Jacob aguardaba con calma haciéndose el muerto. El licano les había empolvado los rostros y, además del cadáver que viajaba con ellos en el coche de Brunel, habían escondido tres gatos muertos entre los ataúdes para conseguir el olor apropiado. Pero la tapa del ataúd de Jacob no se abrió ni una sola vez.

Había dejado muy claro que la alfombra del zar solo estaba disponible para la huida de Brunel si Chanute y Sylvain también iban con ellos. Chanute había hecho llegar a Ludmila, a través de un mediador, el mensaje de que Sylvain y él habían salido ilesos del encargo incendiario, pero ambos se ocultaban en una parte de la ciudad que estaba muy alejada del punto de encuentro convenido y eso era peligroso. Por ese motivo Ludmila no había aceptado de buen grado la condición de Jacob. La enana era un misterio para Jacob, pero reprimió el impulso de preguntarle por qué espía para Albión si amaba con tanta evidencia su país de origen. «La Morsa paga bien», se había limitado a decir Orlando, pero Jacob no podía creer que esa fuera toda la verdad. Una cosa era cierta: todos tenían secretos y estaban entrenados para guardarlos. Zorro era la única que sabía que no tenía pensado llevar volando a Brunel y a Orlando de vuelta a Albión. Que todos acabaran esa noche en libertad o en una prisión volvía a depender de ella... y de que ella hubiera recibido su mensaje.

El destino que Ludmila mencionó al centinela que los detuvo era un cementerio al este de la ciudad, pero tan pronto los controles disminuyeron, los cocheros cambiaron de rumbo. Las calles empeoraron, Jacob podía sentirlo claramente desde su ataúd, y pronto no pudo siquiera conjeturar dónde se encontraban.

Cuando el coche por fin se detuvo y el licano abrió su ataúd, Jacob vio árboles viejos, extensas superficies de césped y bancos corroídos junto a caminos que parecían poco frecuentados.

—El parque Prvidenij —susurró Ludmila mientras se levantaba el velo—. El jardín de los espíritus. Desde hace dos siglos, es el lugar favorito para los duelos en Moskva. Muchas celebridades han muerto aquí. Quien encuentra la muerte en el parque Prvidenij, dicen, se queda por siempre jamás. Así que tal vez sigan todos aquí.

Sí, así era. Ninguna lámpara iluminaba los caminos y apenas se distinguía a los paseantes entre los viejos árboles. Tenían el color de la sangre recién coagulada, prueba de una muerte violenta.

Brunel los miraba atónito.

—Deberíais evitar que os atraviesen —le susurró Jacob—, salvo que queráis

compartir los recuerdos de un muerto. Por lo demás, son inofensivos.

Brunel se apartó el cabello con gesto inquieto y contempló irritado el polvo que le blanqueaba los dedos.

—Demasiada confianza con la muerte por esta noche —dijo—. Me resulta difícil asumir mi propia mortalidad. El resto de los presentes no parece tener ese problema.

Un espíritu se detuvo junto a los coches como si le recordaran su propio entierro. La figura de color rojo desapareció tan pronto Ludmila dio una palmada, y Jacob se sorprendió buscando con la vista siluetas de cristal, pero el aire que hinchaba las cortinas de color negro de los coches se mantuvo fresco.

De Chanute y Sylvain seguía sin saberse nada, y Jacob recordó todos los puntos de encuentro en los que había aguardado en vano a su viejo maestro. Chanute recordaba pocas veces el día de la semana, por no hablar de la hora, y para haber sido uno de los cazadores de tesoros de más éxito de ese mundo se perdía de un modo sorprendentemente fácil. Jacob confiaba en que Sylvain fuera más fiable.

—¿Podría decirme alguien a qué estamos esperando? —preguntó Brunel a su espalda.

—A una alfombra —respondió Ludmila Akhmatova.



57

## *¡Vuela, alfombra, vuela!*

El policía que en tono severo le preguntaba por su país de origen y el motivo de su visita a Moskva. El recelo en los rostros de los centinelas al ver la valiosa alfombra en el sencillo carro. El oficial que examinaba en silencio las órdenes de busca y captura que sostenía en la mano antes de dar por fin, de nuevo en silencio, la señal para que el carro continuara... Zorro tenía suficientes motivos para estar aterrada en su trayecto nocturno a través de Moskva. Pero el miedo al arresto o a los fusiles, con los que los centinelas les apuntaban a ella y al joven que conducía el carro, no era nada comparado con volver a ver a Jacob y a Orlando... y el temor a que ambos buscaran en su rostro la respuesta de si amaba a uno más que al otro. Su único consuelo era que ni ella misma sabía la respuesta.

Se alegró, sin embargo, cuando distinguió las puertas de hierro forjado del parque que Jacob había mencionado en su carta. Algunos de los espíritus a los que debía su nombre aguardaban directamente detrás de las puertas como si agradecieran la llegada de la noche. Los caballos solo se atrevieron a pasar junto a ellos cuando Zorro le quitó las riendas al joven cochero. Ya se había encontrado con muchos espíritus, no solo mientras cazaba tesoros. Los ahogados, que había visto a menudo de niña, eran del color gris del mar en el que habían encontrado la muerte, pero los soldados que Jacob y ella se encontraron en un viejo campo de batalla tenían el mismo color rojo sangre que las sombras del parque Prividenij. Solo había un motivo por el que Zorro temía a los muertos que no querían irse: su tristeza.

Los vivos estaban esperando delante de un obelisco que honraba a un poeta al que

el amante de su esposa había matado de un disparo en un duelo. Mientras se bajaba del carro, Zorro se preguntó qué pensaría la esposa del monumento. Jacob estaba junto a Ludmila Akhmatova y un hombre que olía tanto a licano que a la zorra se le erizó el pelo. Orlando estaba apoyado en el obelisco. Zorro no conocía al hombre que estaba a su lado. Probablemente Brunel. Resultaba extraño, su olor no encajaba con su rostro.

Orlando decidió por ella a quién debía abrazar primero. Fue a su encuentro y la estrechó entre sus brazos como si hubiera creído que no volvería a verla. Pero lo primero que salió de su boca fue el nombre de Jacob, y que sin él hubiera acabado en una tumba anónima de Moskva.

Zorro no había abrazado nunca a Jacob con tanta timidez. ¿Era posible amar a dos hombres? Vio la preocupación en los ojos de Jacob porque ella no le había perdonado lo del polvo para dormir, y sintió su alivio cuando ella lo estrechó con más fuerza... por las palabras que había escrito pero que nunca podría pronunciar.

Jacob estaba inquieto porque Chanute y Sylvain aún no habían llegado. Zorro sospechaba el motivo por el que Chanute no tenía prisa por encontrarse frente a frente con él, pero guardó silencio. A Jacob ya le iba a resultar bastante duro cuando se enterara por el propio Chanute.

La alfombra comenzó a iluminarse tan pronto la extendieron, como si la luz de las estrellas refrescara sus colores. Era tan grande que seguramente podía llevar a veinte personas, pero cuando Zorro le preguntó a Ludmila si iría con ellos, la enana negó con la cabeza.

—No me gusta volar. Los enanos somos criaturas de tierra. Pero me marcharé un tiempo de Moskva. Su hermano trabaja para un príncipe lobo en Kamchatka —dijo señalando al licano—. Estoy segura de que puede necesitar una buena espía o, quién sabe, quizá allí espíe para el zar, por variar. Una mujer siempre está del lado del amor, hermana zorro —añadió con una sonrisa que hubiera casado bien con el rostro de una zorra—. Los hombres siempre están del lado del poder. Incluso el Hada Oscura hubo de aprenderlo. Nos traicionan en cualquier momento por el poder, ¿por qué no habríamos de hacer lo mismo nosotras? Si eso no enfriara a la larga tanto el corazón... —Le tendió la mano enguantada a Zorro—. Espero que volvamos a vernos. Cuida de tu corazón. El Hilo de Oro es un lazo doloroso.

La enana lanzó una mirada cómplice a Jacob.

Él salió al encuentro de dos figuras que cruzaban las puertas con tanta vacilación como si en lugar de amigos les aguardaran enemigos, pero Jacob se sentía demasiado aliviado para percatarse de ello. Naturalmente su voz no evidenciaba nada del alivio cuando le gritó a Chanute que se diera prisa.

Chanute lo atrajo hacia él mientras Sylvain se acercaba a Zorro. Cojeaba. Era evidente que no había sobrevivido sin percances a su noche como anarquista, pero tenía aspecto de haberse divertido mucho.

—¿Cómo crees que se lo tomará? —le susurró a Zorro, preocupado.

Mal. ¿Cómo si no? Zorro no podía oír lo que Chanute decía, pero podía leerlo en el rostro de Jacob. Se esforzaba por ocultar su decepción, la sorpresa, el dolor, los celos que tenía de Sylvain... pero sin éxito.

Zorro se acercó por si necesitaba consuelo... o por si tuviera que proteger a Chanute de él.

—¿Y qué pasa con el Ogro? —Oh, sí, estaba furioso. Ofendido como un chaval al que otro le ha robado su mejor amigo.

Chanute actuaba con naturalidad, como si no se diera cuenta de nada.

—He teleografiado a Wenzel. Se queda con él. ¡Ya verás, volveremos con los bolsillos repletos de oro!

Jacob evitaba mirar a Sylvain. Lo apreciaba, pero en ese instante lo hubiera mandado al quinto infierno. O de vuelta a la celda del elfo de aliso.

Ludmila se acercó a ellos.

—¡Tenéis que partir!

Jacob se limitó a asentir. «¿Sabías lo que tramaban?», preguntaba la mirada que le lanzó a Zorro. Seguramente podía leer la verdad en su rostro.

Sylvain estrujó a los dos entre sus brazos. Ni siquiera encontró una maldición que le aliviara el corazón.

—Enviad un telegrama al Ogro cuando lleguéis sanos y salvos —le dijo a Chanute. Dondequiera que fueran a estar.

—¿Un telegrama? ¡Qué disparate, en cualquier periódico leeréis nuestras aventuras! —Chanute siempre elevaba la voz cuando se ponía sentimental. Estrujó a Zorro casi tanto como Sylvain—. ¡Cuida de Jacob! —le susurró—. ¡Ya sabes que él no sabe hacerlo!

Sí. Nadie lo sabía mejor que ella. Pero si seguía cuidando de él, en algún momento se le rompería el corazón.

Orlando ya estaba sobre la alfombra. Observaba el dibujo. Probablemente reconocía las palabras que se ocultaban en ella, pero no sabía nada de los recuerdos con los que Jacob había alimentado la alfombra. ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de que no volaban hacia Albión? Un ganso era igual de capaz que una zorra de identificar los puntos cardinales por las estrellas.

Ludmila y el licano condujeron cuatro de los caballos sobre la alfombra. Brunel la observaba lleno de desconfianza. Habría preferido uno de sus aviones. Zorro no sabía lo que debía pensar de él. Algo que no le sucedía a menudo.

La alfombra era blanda y firme al mismo tiempo, como una cama de guijarros cubierta de musgo. Había que pisarla sin prisa para que se familiarizara con el peso.

«Tienes que arrodillarte como si rezaras», le había explicado a Zorro un anciano de Maghrib, cuyos dedos enlazaban los nudos de colores desde su cuarto cumpleaños. «Todas tienen alma y exigen respeto y una fe inquebrantable en su capacidad para elevarse en el aire a pesar de la gravedad. Sin esa fe no son más que felpudos».

Jacob seguía junto a Chanute. Finalmente abrazó al viejo como si no quisiera

soltarlo. Nadie se había ganado más el tratamiento de «padre» que Albert Chanute. Brunel observaba a ambos con una expresión extraña en el rostro.

Tenían que partir, Ludmila tenía razón.

Orlando se arrodilló junto a Zorro. Era agradable volver a sentirlo cerca. Le parecía irreal lo familiar que le resultaba cuando podía contar con los dedos los días que había pasado con él. Sus manos estaban cubiertas de quemaduras, en el cuello tenía marcas de estrangulamiento y en sus ojos había un cansancio que Zorro no había visto antes. Cuando él agarró su mano, ella correspondió al apretón de sus dedos, pero el gesto sabía a traición y su mirada buscaba a Jacob.

Vaciló un instante cuando vio a Orlando a su lado. Después se arrodilló en la alfombra tan lejos de ella como el dibujo lo permitía. Aquello partió en dos el corazón de Zorro.

Chanute se enjugó algunas lágrimas de las mejillas sin afeitarse mientras retrocedía con Sylvain, y Brunel solo se arrodilló en la alfombra cuando el licano le hizo una seña amenazadora con la cabeza. Ludmila miraba al cielo, pero si los espías alados del zar los buscaban con la vista, no lo hacían sobre el parque Prividenij.

Un escalofrío recorrió la alfombra cuando Jacob leyó las palabras ocultas. Zorro podía leerlas al igual que él y las susurró también:

*Cabalga en el viento  
hasta que mi mano  
roce el cielo.  
¡Vuela, alfombra, vuela!*

La alfombra se elevó tan despacio como le incitaba la voz de Jacob. Ni siquiera los caballos se espantaron cuando abandonó el suelo y subió más y más alto. La noche engulló a Ludmila y al licano, a Chanute y a Sylvain... y a los muertos del parque de los espíritus.

Orlando se tumbó y cerró los ojos. Dormía cuando dejaron atrás las luces de Moskva, y Brunel no miraba las estrellas, por lo que no se percató de que Jacob no conducía la alfombra hacia Albión.



58

### *Los muertos erróneos*

Para Hentzau no había manifestación más evidente de lo absurda que era la especie humana que sus cementerios. Sus cuerpos descompuestos enterrados en cajas de madera que se pudrían como ellos mientras piedras y estatuas lamentaban sobre las tumbas lo efímero de su carne... absurdo. La muerte tenía para los goyl mucha más dignidad. Las avenidas bajo tierra estaban ribeteadas con las cabezas de sus héroes, inmutables, piedra tanto en la vida como en la muerte. Los cuerpos se dejaban allí donde encontraban la muerte para que volvieran a unirse con la roca y la tierra que los había alumbrado... así debía ser el final.

Hentzau vio su propio malestar en los rostros de sus soldados cuando entraron en el cementerio desde donde, si creía al pintor de iconos, los rescatadores de Brunel pretendían sacarlo a escondidas de Moskva. Por qué ese cementerio... Tchiourak no pudo explicarlo pero había jurado que el licano, que estaba al mando de la operación, había mencionado el cementerio varias veces como punto de encuentro.

Hentzau suponía un camino para una huida subterránea —la presunción más evidente para cualquier goyl— o un coche del servicio secreto de Albión. Un automóvil llamaría demasiado la atención. Pero todo lo que encontraron fueron tumbas.

Ya llevaban más de dos horas escondidos detrás de piedras diletantemente talladas y estatuas ridículas que cualquier escultor goyl hubiera destrozado avergonzado, cuando de pronto una paloma blanca se posó sobre una de las losas

sepulcrales. En la pata llevaba una de las cápsulas cubiertas de oro con las que los moskovitas ricos enviaban invitaciones a almuerzos y bailes.

Nesser atrapó la paloma y llevó a Hentzau la cápsula.

El mensaje que contenía estaba escrito en goyl.

*El pintor no ha sabido hacerlo mejor. Es un hombre de buena fe y tan torpe con los útiles de la traición como con el pincel. Dejadle con vida. Espero que la próxima vez tengáis más suerte, Leutnant Hentzau. LA.*

Naturalmente el taller estaba vacío cuando Hentzau ordenó a sus hombres que lo registraran. Salvo por el tembloroso e inútil pintor.

Hentzau lo dejó con vida aunque Ashemez Tchiourak no pudo decirle quién era LA.



59

## *Montañas mentirosas*

Ni siquiera con la piel de ónix resultaba fácil no ser descubierto cuando durante millas no había sino hierba. Nerron deseó más de una vez la piel de espejo de Diecisiete, y solo se atrevía a seguir al cachorro a corta distancia por la noche. Parecía que ahora necesitaba dormir tan poco como un goyl. *Es un goyl, Nerron, aunque parezca un vaso de leche.* Todos los días y las noches que había jugado a ser la niñera... olvidados. Engañado por los dos hermanos... ¿Por qué perdonaba a este con más facilidad? ¿Por qué continuaba siguiendo al cachorro si con solo pensar en su protector sentía escalofríos de metal sobre la piel de piedra?

Al diablo con el porqué.

«Ah, sí, los espejos. Créeme, no los verás. Ni a los que aguardan detrás de ellos». ¿Ah, sí? ¡Quería lo que era suyo! ¡Había perdido demasiadas veces su botín en los últimos meses!

A su alrededor, por fin la hierba volvía a abrir paso a las piedras. Las montañas crecían en el cielo, más y más alto, hasta llevar nieve en las faldas y proyectar sombras que lo volvían invisible. A través de desfiladeros oscuros como el ónix seguía al infeliz que quería matar a un hada inmortal... si llegaba a encontrarla.

¿Y qué si lo hacía? ¿Lloraría Kami'en la muerte de su examante? ¿Alguien la extrañaría a ella y a sus hermanas? Todos los idiotas enfermos de amor que se ahogaban por su culpa, princesas que dormían un sueño mortal, sus enjambres de polillas asesinas... *Deja que la mate, Nerron. Aún puedes vengarte cuando él haya*

*terminado su trabajo para el elfo.* Los espejámenes dejarán de protegerle ¿y qué iba a llevarse con la Oscura?

Sí, qué...

El jade.

Nerron odiaba que esa palabra le hiciera sentir un profundo respeto y nostalgia. ¿Hacia qué?

¿Hacia qué, maldita sea?

A su alrededor, las pendientes eran cada vez más escarpadas y el cachorro avanzaba despacio. Eso no sería del agrado de sus guardianes, ni tampoco las sombras húmedas que proyectaban las montañas. Nerron tenía, sin embargo, la desagradable sensación de que el cachorro se estaba aproximando al hada. Flores de color negro que llenaban de un intenso aroma las hendiduras de las rocas, pájaros que, en bandadas agitadas, volaban en círculo sobre los desfiladeros, y una y otra vez el rastro de un ciervo... Nerron no comprendía nada, pero eso precisamente solía ser una prueba de la presencia de una magia fuerte. ¿Y si le robaba al cachorro la ballesta antes de que encontrara al hada? Por unos segundos su piel lo protegería de los espejámenes. Ellos también se habían dado cuenta y no les gustaba la idea. Nerron imaginaba cómo les partía los dedos arbolados, cómo lanzaba sus ojos de espejo al fuego, cómo se burlaba de ellos cuando se convertían en corteza. Quizá podía tomar un atajo en la región intransitable. Provocar a Will y así traer de vuelta al jade. ¡Era mentira que no lo quisiera, una maldita mentira!

—Bastardo... BastardoBastardoBastardo...

Detuvo el caballo.

Voces.

Las oía a través de caminos subterráneos, a través de palacios de malaquita. En plazas y escaleras. Era de color verde intenso como hojas de oleandro.

Nerron se apeó del caballo.

—BastardoBastardoBastardoBastardo...

¿De dónde venían?

Trepó por las rocas hasta poder ver las montañas que bordeaban el horizonte. ¿Venían las voces de allí?

Se volvieron más potentes, como un coro que el viento le llevaba.

Venían de muy lejos, sí, de la cadena de montañas que se dibujaba como un ribete verde esmeralda delante del cielo infinito.

¡Las Ciudades Perdidas! Imposible. Estaban mucho más al norte.

—BastardoBastardoBastardo...

Nerron creía ver cómo las montañas adquirían el color de su piel. Veía cómo de ellas brotaban columnas, torres, veía al bastardo en un trono, Hentzau arrodillado delante de él, el Encorvado, la Morsa y a su lado cuatro princesas, todas hermosas como el hada. Trepó más alto, resbaló, se raspó la piel, siguió trepando.

—¿Dónde has estado tanto tiempo, bastardo? ¿Dónde estabas dónde estabas

dónde estabas?

Sería un viaje a caballo a lo sumo de cinco días, quizá menos.

*Aguarda.*

*Aguarda, Nerron.*

¡*Detente, maldita sea!*

Se apoyó jadeando contra la roca mellada.

¿Tenía el cerebro de un murciélago?

No eran las montañas las que susurraban. Era el viento.

¡El viento!

Canto de sirenas para el perro vagabundo que osaba seguirles. Y había caído en la trampa de plata.

Sacó el catalejo del cinturón.

Naturalmente. Ni rastro del cachorro.

Oh, quería ahorcarse en el siguiente árbol, entregarse a los buitres que volaban en círculo sobre él.

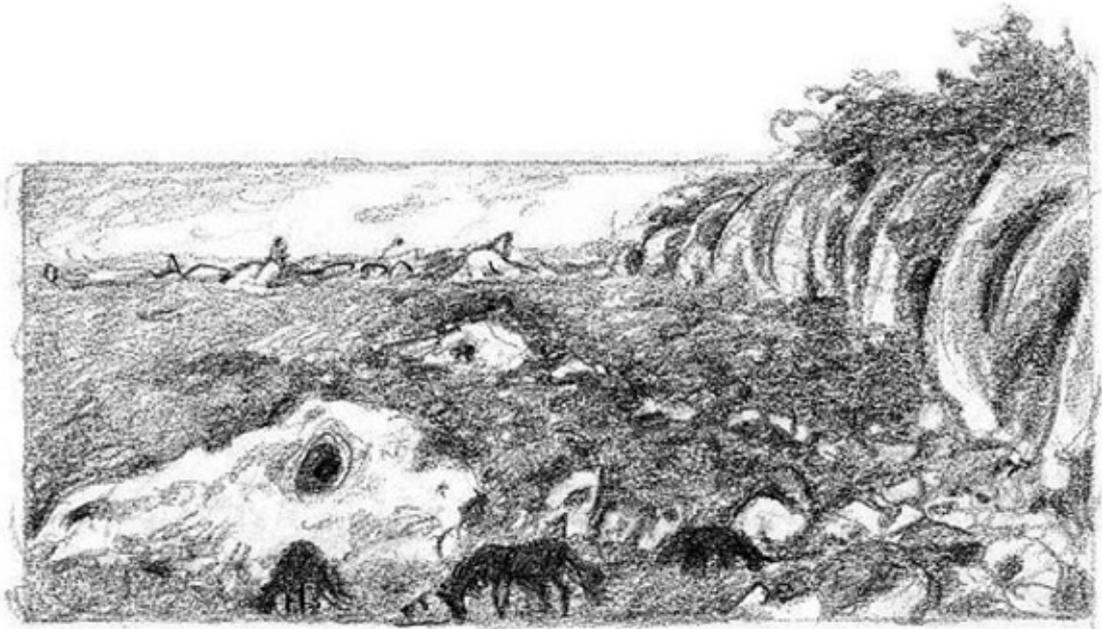
*Haz un esfuerzo, Nerron.*

Se golpeó en la cara. Una vez. Dos veces. Hasta que la piel de piedra le ardía.

Lo volvería a encontrar. Sí.

El cachorro no podía estar muy lejos.

Lo encontraría. Y cuanto más lo enfurecieran, mejor.



60

## *El lugar apropiado*

Una noche clara dio paso a una mañana nublada, y debajo de ellos yacían las anchas estepas que se extendían de Moskva hacia el este. Sobre los viejos conventos de Novgarod los atacó un pájaro de fuego. Quizá la alfombra había proyectado una sombra demasiado amenazante sobre su nido, pero dejó que se marcharan cuando Zorro se transformó e intentó cazarlo al vuelo. Brunel apenas podía apartar la vista de ella mientras la ayudaba a recoger las plumas de la alfombra que el pájaro de fuego había perdido. Quizá no había visto nunca una cambiadora de forma. Las plumas eran más valiosas que el anticipo que el zar le había pagado a Jacob.

Cuando Orlando le preguntó por el rumbo, Jacob se inventó algo de una tormenta que imposibilitaba una ruta occidental. La presencia de Zorro distraía al barsoi de tal manera que aceptó sin más la absurda explicación. La miraba con tal insistencia que despertó en Jacob el deseo de volverla invisible. Zorro se mantenía alejada de los dos. Al contrario que Orlando, Jacob la conocía con ese estado de ánimo... distante y ensimismada, en su propio mundo. No había modo de llegar a ella cuando se encontraba en ese lugar, en el paisaje de su corazón formado con recuerdos que solo ella conocía.

Debajo de ellos, el verde de un verano aún fresco mudó al marrón de los campos arados atravesados por anchos ríos. Sobrevolaron iglesias, conventos, fincas enormes

rodeadas de pueblos pobres. El zar había prohibido la importación de caña de azúcar porque era recolectada por esclavos, pero muchos campesinos de Varangia no eran más libres que los hombres, mujeres y niños que iban en los barcos de esclavos albiones procedentes de Oyo o Dahomey.

Cerca del mediodía el viento cambió y sobre ellos comenzaron a apelotonarse nubes cada vez más oscuras. La alfombra arqueó sus extremos hacia arriba como la borda protectora de un barco, pero pronto subió y bajó con tanta fuerza que los caballos se espantaron y Jacob buscó con la vista un lugar para aterrizar. No podían arriesgarse a pedir refugio en una de las grandes propiedades que habían sobrevolado. Orlando estaba seguro de que seguían sobre territorio varego, y los correos del zar llevaban mensajes como el de la huida de Brunel a los rincones más apartados de su reino casi a la misma velocidad que el viento. Pero las nubes que estaban atravesando amenazaban fuertes chubascos... y la lluvia era algo que las alfombras voladoras soportaban muy mal. No en vano procedían casi sin excepción de países desérticos.

Ya notaban las primeras gotas en la cara cuando Zorro señaló a Jacob unas colinas con una forma extraña. Resultaron ser el esqueleto de un dragón. Los tres cráneos, entre los que Jacob aterrizó la alfombra, eran más grandes que un vagón de tren. Las vértebras estaban recubiertas de una hierba tan tupida que solo podían reconocerse desde cerca, y los huesos ya no revelaban si habían sido separados de los cráneos de forma violenta, pero el grandioso tórax presentaba un agujero sospechoso. Los dragones de Varangia habían sido casi tan célebres como las zhongguas por su afán de libertad. Algunos habían desarrollado un gran apetito por hijas de zares, otros habían acaparado tesoros para construir con ellos sus nidos y así darles a sus escurridizas crías escamas de oro y plata. Los menos de ellos habían muerto en paz.

Las costillas del dragón formaban una cueva espaciosa en la que incluso los caballos encontraron un sitio cómodo. Justo cuando habían arrastrado la alfombra hacia el interior, las nubes descargaron, pero los arbustos y los árboles que habían echado raíces sobre el esqueleto durante décadas eran tan espesos que la cueva de huesos se mantuvo seca.

Brunel estaba fascinado por el esqueleto. Pronto comenzó a inspeccionarlo. Cuando Jacob le explicó que seguramente las partes valiosas habían encontrado dueño hacía mucho tiempo, Brunel le regaló una sonrisa enigmática.

—Si alguna vez he buscado tesoros ha sido con mis hijos —dijo—. Mi único interés es la ciencia.

Zorro lo siguió de todos modos. Un dragón encerraba algunos peligros incluso ochocientos años después de su muerte: púas venenosas, huesos de fuego... Zorro sabía de qué debía advertir al mejor ingeniero de Albión. Sentía fascinación por los dragones y soñaba como Jacob con encontrar un dragón que aún encerrara un destello de vida.

Cuando Orlando la siguió con la mirada, Jacob se preguntó si su propio rostro delataba con igual claridad lo mucho que la deseaba.

—¿Por qué no volamos hacia el oeste?

Vaya. El barsoi no solo tenía a Zorro en la mente.

—Has visto las nubes.

Orlando sonreía pero sus ojos estaban despiertos.

—Déjalo. ¿Adónde volamos?

—Hacia el oeste no.

—Genial. ¿Se trata de un tesoro? ¿Crees que así conseguirás que el zar olvide que has liberado a sus prisioneros? Es muy improbable, si quieres saber mi opinión.

—No tiene que ver con ningún tesoro.

Jacob no quería hablar con él, ni tampoco que el galgo mirara a Zorro o le cogiera la mano. Si Alma hubiese estado allí... Conocía unas recetas fantásticas contra los celos.

—¿Tienes claro que iremos a parar a las cárceles de hielo de Sajá si nos atrapan?

—Nunca propuse estar al mando en la huida. Te has dejado atrapar como un estúpido y te he sacado de la celda solo por Zorro. Te advertí sobre el alambre de cuchillos pero tú dijiste que lo conocías, y después tuve que arriesgar el pellejo por ti.

—¿Te lo pidió ella?

—No.

La lluvia tamborileaba sobre los viejos huesos como si quisiera cantarles la canción de su propia mortalidad, pero no era en la muerte en lo que ambos estaban pensando. Por otro lado... ¿no llamaban al amor la pequeña muerte?

—¡Debemos poner a Brunel a salvo!

Naturalmente. La política era un tema mucho más inofensivo.

—La recompensa que te dará Albión es más que lo que te pueda proporcionar cualquier tesoro.

—Eso lo dudo, no me expliques mi negocio. Y lo repito, no se trata de ningún tesoro.

Era ridículo lo agresivo que se volvía con la simple mirada de Orlando. El amor volvía a uno tan estúpido.

—¿De qué se trata entonces? ¿Acaso es tan importante como para arriesgarte a ponerla en peligro a ella también?

—Está acostumbrada. Desde hace muchos años. —*Cielos, ¿te estás oyendo, Jacob?*

—Supongo que tampoco tiene sentido apelar a tu patriotismo.

—No procedo de Albión. Lo que dicen no es cierto.

Orlando se preparaba para responder pero enmudeció cuando Brunel apareció entre los huesos con el cabello y la ropa mojada por la lluvia.

—Ha cambiado de forma —dijo—. Me ha encargado que os diga que volverá enseguida.

A la zorra no le preocupaba la lluvia. Amaba sentirla sobre su pelaje y olfatear los olores que arrancaba a la tierra.

El peine de bruja que Orlando sacó de su bolsillo era especialmente hermoso. Las púas tenían forma de plumas, lo que significaba que el peine transformaba a su usuario en el pájaro que eligiera. ¿Por qué le sorprendía? ¿Quién más apropiado que un cambiador de forma para ser un espía?

—Yo lo dejaría —dijo—. Quiere estar sola.

Pero Orlando se fue.

Idiota.

Pero ¿qué sabía él? Orlando la había convertido en su novia mientras que él no podía ni cogerle la mano sin preocuparse de las consecuencias. Jacob le envidiaba por haber conocido a Zorro en un baile, no como él, que la encontró atrapada en los colmillos de hierro de una trampa con la pata ensangrentada. Y deseó que Orlando hubiera sido quien le hizo la promesa al elfo para salvarla del barbazul.

*Pero fuiste tú, Jacob.*

Brunel estaba mirando hacia el lugar donde había latido el corazón del dragón. Comerlo proporcionaba por lo visto audacia y una larga vida... Muchos dragones habían sido asesinados únicamente por su corazón.

—No volamos hacia el oeste.

Sí, en ese mundo había que partir de la base de que la mayoría de sus habitantes sabían situar los puntos cardinales.

—¿Cuál es nuestro destino?

—Solo lo sabe la alfombra. Parece que está en algún lugar del sudeste.

—Ah. Habéis alimentado a la alfombra de recuerdos. Una magia interesante. Una vez intenté emplearla en la navegación de aviones pero por lo visto solo funciona con materiales tan antiguos como la lana de oveja.

Jacob no percibía enojo alguno en el tono de Brunel. No parecía tener prisa por regresar a Albión. La Morsa estaba agonizando y su hija era la presunta heredera al trono. ¿Quizá no apoyaba la Nueva Magia con tanta pasión como su padre?

—Un amigo mío tiene la teoría de que este tipo de magia no procede del material sino de la maestría del artesano —dijo Jacob.

—Interesante. Eso significaría que en este mundo un mecánico maestro también podría dotar sus construcciones de magia.

Jacob no sabía qué le desconcertaba más... si el hecho de que Brunel hablara de ese mundo o la forma en que se pasaba la mano por el cabello. Tan familiar...

Brunel seguía mirando al lugar en el que había latido el corazón del dragón. Pero finalmente se dio la vuelta. Lo hizo tan despacio como un hombre que ha decidido mirar al peligro de frente.

—No actuará mucho más tiempo —dijo—. Ya se nota, ¿no? Los goyl me han quitado mi provisión de semillas de helechos helados. Había cosido unas cuantas en el dobladillo de mi camisa por si las necesitaba, pero ya se me han terminado. No había contado con un viaje tan largo.

La nariz de Brunel, la barbilla, la elevación de las cejas... toda su cara se

deformaba... no como en las criaturas de Jugador, donde un rostro se convertía de forma natural en otro, como imágenes reflejadas que se superponían. No, los rasgos de Brunel estaban cambiando como si un alfarero impaciente las estuviera amasando de otra forma.

Magia de Tummetott. Therese von Austrien la había utilizado para moverse sin ser reconocida entre sus ministros y espiar sus intrigas, pero la magia afeaba a la larga y la vanidad de Therese era más fuerte que su ansia de poder.

El hombre en que Isambard Brunel se iba transformando le resultaba muy familiar a Jacob, aun cuando no lo hubiera visto desde hacía más de catorce años. Empezó a sentir calor y frío, tenía cinco años, doce, veinticinco... y había imaginado ese reencuentro tantas veces que ahora le costaba comprender que estaba sucediendo de verdad.

—O sea, que en Goldsmouth sabías quién era yo. —Jacob deseó que desapareciera, tan lejos como lo había estado siempre.

—Por supuesto. Pero tenía que guardar las apariencias. Isambard Brunel garantiza mi supervivencia. Naturalmente, después de nuestro encuentro jugué con la idea de darme a conocer, pero ¡tras el hundimiento de la flota creí que habías muerto ahogado!

Su padre. *Estás charlando con tu padre, Jacob.* ¿Cuántas veces se había imaginado que discutía con él, cuántas veces le había gritado, cuántas se había sentado en silencio frente a él? Todos esos años en que había buscado disculpas a su traición, respuestas sobre el motivo por el cual los había abandonado: a él, a Will, a su madre... Jacob se dio cuenta de que ya no deseaba conocerlas.

Sentía cómo su boca se deformaba en una sonrisa amarga, pero el sarcasmo iba dirigido hacía sí mismo. Toda la nostalgia, la ira, la espera... solo para estar allí de pie como un actor en una obra de teatro para la cual se había aprendido durante años las palabras equivocadas. El esqueleto de un dragón sin corazón. Vaya escenario para ese encuentro. No habría podido imaginar un lugar más apropiado.

—Ahogado por el ataque de los aviones que su propio padre ha fabricado —dijo—. No habría carecido de ironía, ¿no es cierto?

Cómo esquivaba su mirada. Le parecía más pequeño. Naturalmente.

—Imagino que es tarde para explicaciones.

—Sí, evidentemente.

Lo dejaría allí. Orlando podía quedarse con él si quería. Por la patria o por lo que fuera. Quizá ese concepto le había resultado siempre ajeno... porque no había tenido padre. Seguía sin tenerlo. Era tan típico que le hubiera robado el nombre al ingeniero más célebre del siglo XIX para ocultarse detrás de él... «A John Reckless le gusta subirse a las espaldas de los demás». El padre de su madre lo decía a menudo, pero Jacob nunca había querido creerlo.

Se volvió de forma un tanto brusca (cielos, estaba tan furioso) y salió tropezando con los huesos petrificados, aunque seguía lloviendo a cántaros. Brunel le gritó algo.

Jacob no tenía la intención de llamarlo con otro nombre que no fuera ese. Quizá un año antes aún habría tenido preguntas, palabras que decirle, pero habían sucedido demasiadas cosas. Y era más importante encontrar a Will, mucho más importante.

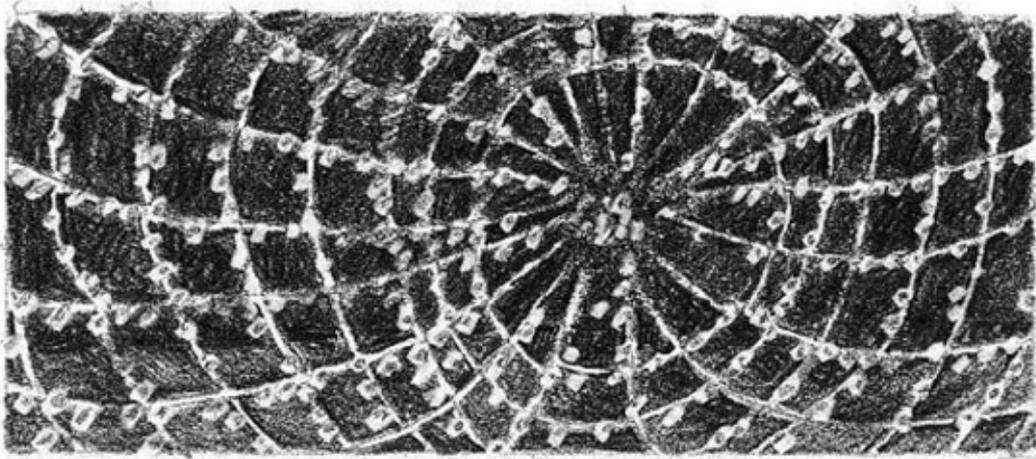
Comenzó a andar más deprisa, atravesando la lluvia que desvanecía el cielo y la tierra detrás de velos vaporosos. Le costaba respirar... como si el extraño de los dos rostros le estuviera robando el mundo que durante mucho tiempo había denominado el suyo.

Sus pies tropezaban. *Despacio, Jacob*. Pero seguía andando cada vez más deprisa. Quizá porque sabía que nunca podría dejar atrás aquello de lo que estaba huyendo.

—¿Jacob? —La zorra, que emergió de la lluvia, se transformó de forma tan brusca que parecía que el cuerpo de mujer le crecía del pelaje mojado—. ¿Qué ha pasado?

Él la estrechó entre sus brazos, como entonces, cuando casi se ahoga de no ser por ella. Buscó sus labios, necesitaba respirar con ella para no ahogarse en toda esa ira. *Nunca, Jacob*. La soltó, balbució una disculpa... Zorro le tapó la boca con la mano. Le besó la lluvia del rostro, las lágrimas, la ira, y Jacob correspondió a sus besos, a pesar del elfo, a pesar de la promesa que se había hecho a sí mismo y le había hecho a ella. No perderse. Ser. Ser por completo. Por primera vez y desde hacía ya tanto tiempo. Siempre debía haber sido ella. ¿Era excusa suficiente?

Detrás de ellos, un ganso salvaje alzó el vuelo desde las ramas chorreantes de un árbol.



## 61

### *Al destino*

El paisaje que desfilaba por la ventana de su coche volvía a ser miserable y extenso. Un mar de hierba amarilla que junto a las escarpadas montañas se rompía en la lejanía azul. Yurtas de nómadas y caballos lanudos entre los que pastaban camellos. Los humanos tenían el cabello de color negro y los ojos oscuros, y todos afirmaban descender de una princesa que había nacido siendo un ganso estepario. Kazakh. Le había otorgado incluso el nombre a su país. *Kaz* de ganso, *akh* de blanco.

La Oscura viajaba ahora también de día, preguntaba a cada río, a cada arroyo y a la lluvia por el camino. La respuesta era siempre un punto cardinal: sur. Este. Siempre el este. Y Chithira seguía conduciendo a los caballos a través de un país cuya magia le resultaba tan extraña al hada que envió a Donnersmarck a los pueblos y yurtas a recolectar historias, porque muchos secretos permanecían encerrados en ellos. Oyó de un hombre que había engañado a la muerte durante mucho tiempo, hasta que esta se convirtió en una serpiente y le mordió; de hombres de oro, de almohadas mágicas de madera negra, de príncipes nobles y hordas de jinetes... pero ni una palabra sobre lo que estaba buscando, aunque se hablaba de ella en otros lugares. El hada sabía lo que aquello significaba: se estaba acercando. Sin embargo, sentía una inquietud creciente: el que la seguía la alcanzaría antes de llegar al destino de su viaje.

Pero después —no sabía decir por qué— supo de repente que había encontrado por fin a la que estaba buscando.

Chithira lo percibió incluso antes que ella. Detuvo el coche antes de que se lo

ordenara.

Una gigantesca telaraña, tejida con más arte que el encaje más valioso, se extendía entre dos manzanos silvestres. Miles de gotas de rocío colgaban de sus hilos pegajosos capturando la imagen del mundo, y la araña que descansaba en el centro de la tela era de un color tan verde como el follaje de los árboles entre los que había tendido su sedosa trampa.

—Apártate de mi camino —dijo el hada.

La araña solo obedeció cuando la Oscura rozó la tela con su mano de seis dedos. Subió de prisa por sus hilos hasta que el follaje de los árboles la ocultó, y la gigantesca tela se tensó delante del hada sin su guardiana.

«¿Estás segura?», susurraba en su interior.

¿Quién era la que preguntaba? No era ella. No era aquella que quería ser.

Notó desgarrarse los hilos cuando atravesó la tela, y el frío rocío se deslizó como perlas por su piel.



## 62

### *Cobarde*

Todos esos experimentos infructuosos con alfombras voladoras a fin de utilizar su magia para sus aviones... ¿quién hubiera dicho que un día serían de utilidad? Había que medir el dibujo en el sentido contrario a las agujas del reloj para borrar el destino. Pero John apenas era capaz de sacar la gigantesca alfombra de la cueva de las costillas él solo, y debía apresurarse: la zorra podía regresar en cualquier momento, con Tennant... o con Jacob. Sería difícil olvidar cómo le había mirado su hijo. En la mirada de Jacob había algo que John no había visto nunca en Rosamund a pesar de todo el desengaño. Ira. Y la determinación de no perdonar.

*Olvídalo, John.* Era bueno olvidando, aunque con la edad le resultaba cada vez más difícil. La mente de John seguía formulando todas las cosas que no le había dicho a Jacob, explicaciones, disculpas... una y otra vez, en variantes infinitas.

El cielo sobre el esqueleto era de un color amarillo amenazante. ¡*Lárgate, John!* Pero ¿adónde? A Albión no podía regresar. Incluso si la Morsa moría, le atribuirían falsamente que había revelado al zar sus secretos mejor guardados. No, sentía nostalgia por Albión y por su amada, pero no lo bastante como para aguantar interrogatorios durante meses en las catacumbas de la policía secreta albionesa. Había demasiados países que acogerían a Isambard Brunel con los brazos abiertos.

En el sentido contrario a las agujas del reloj... parecía como si sus pies estuvieran masajeando el lomo peludo de un animal. Había que medir el dibujo descalzo, a pasos. John lo sabía por los experimentos. Se obligó a caminar más despacio. Las alfombras voladoras eran sorprendentemente caprichosas. Existía la teoría de que

adoptaban la personalidad del anudador. Con suerte, tal vez este no fuese demasiado terco.

Terco como su hijo mayor... John había admirado siempre esa cualidad en Jacob. Rosamund, en cambio, no había sabido apreciarla. Y él se había peleado con su hijo tan a menudo... Desde fuera era fácil darse cuenta de que se querían, pero a los dos les resultaba difícil demostrarlo... como si tuvieran miedo de lo que el otro fuera a hacer con ese amor. No era cierto que su hijo mayor se parecía únicamente a él. ¿Se había percatado de ello Rosamund alguna vez? ¿O le había cegado el hecho de que Will se parecía más a ella? Dios, su recuerdo salía a hurtadillas una y otra vez de la habitación sellada que albergaba su corazón. Daba igual que estuviera encerrado, la habitación seguía allí y dejaba escapar su vida perdida... A John le gustaba denominarla así, tenía un aire de tragedia, de fatalidad. Como si él no hubiera sido el que se deshizo de Rosamund y de sus hijos como un traje con el que ya no le gustaba verse.

¿Adónde quería ir Jacob con la alfombra? Sin duda en busca de algún tesoro... Siempre estaba buscando alguna cosa. ¿Había ido en busca de su padre alguna vez? Una de las preguntas que le habría podido hacer. Aunque dudaba de que Jacob la hubiera respondido. Su orgullo... otra cosa que John había admirado siempre. En él la ambición era más poderosa que el orgullo.

Clavó la mirada sobre la alfombra. *Como siempre, John. La respuesta a todas las dificultades: salir huyendo.*

¿Y si esta vez se quedaba?

¿Y si recuperaba a ese hijo al que una vez amó tanto? Podía hablarle de los artículos de los periódicos que había coleccionado, de los encargos que Jacob Reckless había recibido en Albión por recomendación de Isambard Brunel... Quizá incluso podía explicarle que había abandonado a su madre porque tenía el convencimiento de que Rosamund sería mucho más feliz sin él. No era del todo cierto, pero sí en parte.

Bien, encontraría alguna excusa para explicar que el destino de la alfombra se había borrado. Quizá podía culpar a la lluvia.

El aire que sintió en sus pies descalzos no encajaba con el frío que hacía. John se volvió hacia el esqueleto. ¿Seguía desprendiendo calor después de tantos años? Huesos de dragón como posible fuente de energía... John se puso los zapatos. ¡Sería un invento fantástico! Después de todo, había esqueletos por todas partes.

El aire caliente parecía llegar de los cráneos. El primero mantenía las fauces abiertas de modo amenazante. Algo se movía entre los dientes. John se detuvo de golpe. Una figura de cristal. Veía huesos y dientes en sus miembros, y los nubarrones. Y de repente tenía rostro. Sí, cada vez era más y más humana. Era una chica. John palpó la pistola que la enana le había dado mientras, con una mezcla de terror y fascinación, contemplaba lo que tenía frente a él. No estaba seguro de que las balas pudieran servir de algo.

Retrocedió hasta volver a sentir la alfombra bajo los pies.

La chica saltó de las fauces a la hierba. Sus ojos eran como espejos. Y la piel... parecía humana, pero sus manos eran afiladas como cristal tallado, con uñas de plata. Lo más singular, sin embargo, era su rostro. Parecía contener cien rostros en uno. Era como si una placa de plata fuera iluminada una y otra vez, y cada foto que componía daba paso a la siguiente. Fascinante. John nunca había visto nada parecido. La criatura de cristal y plata recordaba más a su mundo y a su tiempo que a ese. No, parecía una mezcla de ambos, algo con lo que había soñado siempre, pero todos sus intentos por unir tecnología y magia habían fracasado. Aunque lo que tenía delante tampoco parecía haber salido del todo bien. El rostro mostraba huellas de arañazos o de pulimento, y de los hombros lisos como el cristal crecían hojas.

La figura se acercó a él. ¿Él? ¿Ella? Sí, definitivamente era ella. En el intervalo se había decantado por un rostro y era muy hermosa. Naturalmente sintió deseos de huir, y en este caso la reacción estaba más que justificada; además, se encontraba sobre una alfombra voladora. *Pronuncia las palabras, John*. Pero hasta su mente parecía paralizada, lo que no ocurría con frecuencia.

—Hola, John. —La chica se detuvo delante de la alfombra—. ¿O debo llamarte Isambard? Qué nombre tan extraño.

John tuvo la tentación de extender la mano para averiguar si la piel era caliente como la de un humano. El aire con el que se había anunciado había sido cálido.

—Puedes llamarme Dieciséis.

Su rostro cambió de nuevo. Rosamund. Aquello era una broma de mal gusto. Pero ¿quién la hacía?

—Ha sido una buena idea coger la alfombra, John. —Dieciséis no tenía la voz de Rosamund pero era muy agradable—. Los príncipes caballo de esta región no creen en los ingenieros. Tu oficio supone el fin de su estilo de vida. ¡Si te encuentran aquí, harán atravesar tu astuta cabeza con una estaca y alimentarán a sus águilas con tus ojos!

Dieciséis era muy convincente. John oteaba la estepa en busca de jinetes. ¿Dieciséis qué? ¿Había otros quince de su especie o era el modelo decimosexto?

Ella extendió la mano. Cuando le tocó, la sensación no fue en absoluto agradable. Por un momento John creyó tener mercurio en las venas. Dieciséis ya no tenía el rostro de Rosamund. El nuevo le inspiraba miedo a John, pero al menos no traía de vuelta una vieja culpa.

—Arrodíllate. —Sonaba impaciente. Se pasó los dedos sobre la mejilla desollada. Algo como una costra de color gris le crecía en ella.

John se arrodilló.

La alfombra empezó a moverse. Dieciséis susurró las palabras con las que Jacob la había hecho volar. La hierba mojada por la lluvia había humedecido la alfombra y se levantaba con gran esfuerzo.

—¿Adónde, John? —le gritó Dieciséis—. ¿Oeste, este, norte, sur?

La hierba volvía a reflejarse en sus miembros. Apenas podía distinguirse.

John se agarró al borde de la alfombra.

—¡Sudeste! ¡Albérica! —gritó.

Sí. El Nuevo Mundo. Tenía otro aspecto desde ese lado, otras alianzas, tres naciones de indios, una guerra de independencia que solo había tenido éxito en parte, y por lo visto se auguraba otra guerra... ¿Qué más podía desear Isambard Brunel? ¡Se disputarían sus servicios, y la reputación del progreso era mucho mejor allí que en Varangia, donde al zar no se le ocurría nada mejor que hacerlo fusilar!

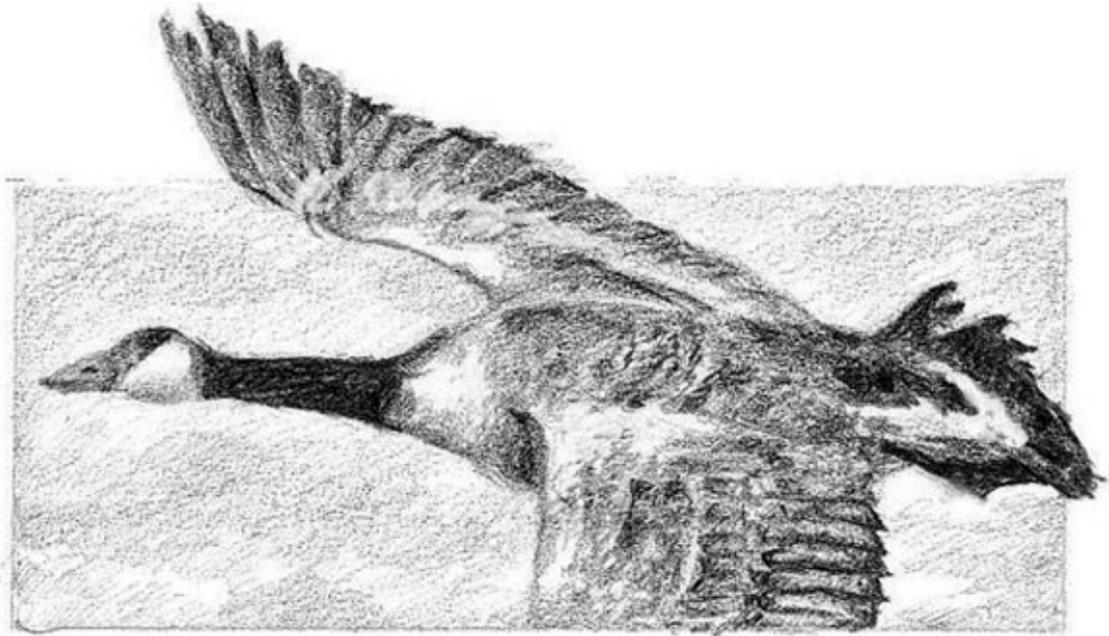
John había tenido siempre más dificultades con los idiomas que con los números, pero la pronunciación de Dieciséis era aún más perfecta que la de Jacob. La alfombra trazó un arco ancho y se situó sobre el viento.

A John le habría gustado preguntarle a Dieciséis quién la había hecho. Alguien la había hecho, ¿no? Había un cierto vacío en sus ojos de cristal... ningún alma, si existía algo así. Fascinante.

El esqueleto del dragón ya no se divisaba.

En algún momento le explicaría todo a Jacob.

Todo.



63

## *Caminos separados*

Orlando estaba apoyado en una de las alas del dragón. Los huesos se abrían detrás de él como abanicos de marfil en la hierba. En su ropa seguían adheridas algunas plumas, pero incluso sin esa prueba Zorro habría leído en los ojos del barsoi que sabía lo que había sucedido.

Había sucedido.

*Sí, Zorro.*

Lo había soñado tantas veces. Lo había deseado tantas veces. Bajo la mirada de Orlando, las caricias de Jacob se volvían pez y oro sobre su piel. Nada hacía su felicidad más real que su dolor. Jacob la dejó sola. Desapareció entre las costillas del dragón como queriendo ahorrarle al otro su presencia.

Orlando se obligó a sonreír cuando Zorro se detuvo delante de él.

—El Hilo de Oro —dijo—. ¿Qué puedo decir? Incluso las hadas son impotentes contra él.

Zorro no lo había amado nunca tanto como en ese momento.

Pero Orlando apartó la mirada. Jacob venía hacia él.

—¿Dónde está? —La ira en su voz no se debía a los celos—. ¿Dónde está la alfombra?

—Imagino que en el aire —respondió Orlando—. Me temo que Isambard Brunel considera que su seguridad es más importante que la nuestra. Primero pensé que también se había llevado a los caballos, pero he encontrado a dos detrás de los cráneos. Estaban asustados. Quizá los haya espantado, aunque no me explico por qué.

Jacob estaba más pálido que cuando Hentzau le disparó en el corazón.

Por supuesto Orlando no tenía ni idea de la magnitud de la traición que estaba contando. Orlando no sabía nada de padres que traicionan a sus hijos. Hablaba del suyo tan alegremente como se habla de padres de cuyo amor no había que dudar nunca.

Zorro podía sentir la ira de Jacob con tanta precisión como si fuera la suya propia. Dolor, rabia e ira hacia sí mismo por no haber previsto lo que su padre haría.

De niña creía que no había nada más doloroso que haber perdido a su padre. Jacob le hizo verlo de otro modo. Zorro deseaba ver a John Reckless en el infierno más profundo que el temor humano podía imaginar.

—¿Lo llegaste a ver? —preguntó Jacob.

—¿Estaría aquí de ser así? —Orlando se sacó una pluma de la manga—. ¡Habría echado a volar detrás de él! Maldito idiota. Si no llega sano a Albión me costará el pescuezo. ¿Cómo cree que va a encontrar el camino hasta allí?

—¿Albión? No creo que quiera regresar allí —dijo Jacob.

—¿Adónde entonces?

—A un país que no lo entregue ni a la Morsa ni al zar o a los goyl... y que sea lo bastante rico para construir sus inventos. —Jacob no dijo nada de diera a entender que estaba hablando de su padre.

Orlando miró hacia el sur, donde se veían en la lejanía las montañas de Kazakh.

—Bien, no llevaré de vuelta a Brunel a Albión. El galgo ha fracasado. Será mejor que empiece a buscar un nuevo cliente. El Imperio Suleimán necesita reclutar espías.

El Imperio Suleimán... eso lo convertiría en un traidor para Albión.

—Os agradecería que me dejarais un caballo —dijo Orlando—. Los habitantes de esta comarca no me lo venderían, pues aman a sus caballos tanto como a sus hijos, y la próxima ciudad está a cien millas de distancia. Podría volar, pero admito que un ganso no es un digno adversario para el águila bicéfala de esta región.

—Claro —dijo Jacob, pero probablemente no había escuchado siquiera lo que pedía Orlando.

Zorro bajó la cabeza cuando Orlando correspondió a su mirada. ¿Volvería a verlo?

Quizá fuese mejor que no, parecía decir la mirada de él.

Orlando sacó un hueso astillado de la hierba. Los dragones tenían huesos huecos como los pájaros. La sustancia resinosa del interior era un explosivo eficaz.

—¿Seguís buscando al hada? —preguntó—. ¿O el asunto está zanjado?

—La alfombra se ha marchado —respondió Jacob—. Podría denominarse «zanjado», ¿no?

—Eso depende. Quizá sepa cómo podéis encontrarla.

Orlando miró a Zorro. «No me tomes a mal que no haya dicho nada», suplicaba su mirada. «Sabes el motivo».

¿A mal? Le estaba agradecida, aunque Jacob quizá no pudiera comprenderlo. Los días en Moskva le habían pertenecido a ella, solo a ella, no a Jacob, ni tampoco a Will. Y le habían devuelto lo que había perdido en la casa del barbazul.

Quizá Jacob lo comprendiera, después de todo. No le preguntó a Orlando por qué había esperado hasta ese momento para decirlo.

—¿Y? —dijo Jacob—. ¿Qué sabes? ¿Se lo has contado ya a Zorro?

—¿Me tomas por estúpido? Lo que ella sabe también lo sabes tú. —Orlando se metió el hueso en el bolsillo—. Te ha contado a quién está buscando la Oscura, ¿no es cierto?

—¿*La Tisseuse*? —Jacob negó incrédulo con la cabeza—. ¿La hiladora? ¿Crees que la Oscura necesita ayuda para cortar el hilo de la vida a Kami'en? ¿Por qué si no habría de buscar a la hiladora?

Zorro no había visto nunca con más claridad de dónde procedía su ira. Toda esa rudeza con la que protegía tan a menudo su corazón. «Se ha marchado, Jacob. Tu padre se ha marchado, olvídale», quiso decirle. Pero sabía por experiencia que olvidar ciertas cosas resultaba imposible.

Orlando naturalmente no comprendía nada de todo aquello. Miraba a Jacob como si dudara de su razón. «¿Eres de verdad tan ignorante como parece?», se burlaba su mirada. «Oh, sí, con mucha frecuencia. Pero a pesar de todo lo amo», quiso responder Zorro. Pero Orlando ya lo sabía... y que ese «a pesar de todo» es el corazón del amor.

—¿Entonces? ¿Quieres oír lo que sé?

Jacob miraba absorto el lugar en el que aún se veía en la hierba la huella de la alfombra.

—No —dijo—. Regreso cabalgando con Zorro a Schwanstein. Si de verdad existe la hilandera, seguro que no es más fácil de encontrar que las hadas, y probablemente sea igual de peligroso.

Miró a Zorro. «Marchémonos. A cualquier parte». Ella no había visto nunca en el rostro de Jacob el deseo de dar la vuelta y abandonar con tanta claridad. Saborear el ansia que habían esperado tanto tiempo, olvidar el resto del mundo, hermanos, elfos de aliso, hadas... tan solo ella y él.

Resultaba tan difícil no seguirle sin más. Pero lo amaba. Sabía lo infeliz que sería en unos días. Y que él no se perdonaría haber dejado en la estacada a su hermano.

—Cuéntamelo a mí —le dijo a Orlando—. Cuéntame lo que sabes.

Jacob les volvió la espalda sin decir palabra y desapareció detrás del esqueleto del dragón.

Orlando le siguió con la vista.

—Creo que me gustaría batirme en duelo con él —dijo—. Lástima que no tuviéramos oportunidad de hacerlo en el parque Prividenij. —Cogió la mano de Zorro

—. Aunque también puedo matarlo de un tiro si te hace infeliz. No, permíteme que me corrija. Lo mataré de un tiro. —Se inclinó y atrapó una araña que se deslizaba junto a ellos sobre los huesos. Esta subió rápidamente por su brazo cuando abrió los dedos—. La hilandera... Jacob tiene razón. No es fácil encontrarla, por decirlo de alguna manera. Es casi imposible para los mortales. Pero en los primeros años aquí en Moskva recibí el encargo de elaborar una lista de todas las criaturas mágicas cuyos servicios pudieran ser útiles al zar en caso de guerra. El Encorvado acababa de perder algunas colonias a causa de una magia extraña, y eso puso muy nerviosos a todos en Albión. Durante mis investigaciones oí hablar de la hilandera. Hay muchas historias sobre ella, pero tan vagas respecto a su lugar de residencia que quería incluirla en la lista como criatura inventada. Pero entonces una noche escuché en una taberna a un campesino borracho que contaba que su pueblo se había desembarazado de un terrateniente cruel porque uno de ellos había ido a la hilandera y le había pedido que cortara el hilo de la vida del explotador. El Hada Oscura seguro que tiene sus propios métodos, pero yo solo había oído hablar de que para los mortales el intento de encontrar a la hilandera tenía un desenlace fatal. El campesino borracho me dio una respuesta interesante cuando le pregunté cómo había sobrevivido su paisano al encargo. —La araña se deslizaba por los dedos de Orlando—. Al parecer, le había preguntado el camino a un chamán. Pero no a uno cualquiera...

Orlando alzó los dedos. La araña se colgó de su hilo en un balanceo.

Zorro la cogió a ella y a su hilo de la mano de Orlando.

—... a uno que habla con las arañas. Después de todo, ellos y la hilandera tienen el mismo oficio —terminó la frase.

—Zorra astuta.

—¿Sabes también dónde encontrar a un chamán así?

Orlando se acercó a los dos caballos que quedaban. Los había atado a una vértebra del dragón. Uno ya estaba ensillado.

—Lo siento —dijo sujetando bien la cincha—. Los chamanes no creen en ningún dios de los que se veneran en iglesias de oro sino en los que habitan en las montañas y en los ríos. El único que me he encontrado conversaba exclusivamente con cornejas. Pero estoy seguro de que los dos hallaréis uno que converse con arañas. Solo tienes que prometerme una cosa: si encontráis a la hilandera me gustaría saber lo que el Hada Oscura quería de ella.

Desató la rienda de los huesos podridos y la pasó por la cabeza del caballo.

—Me llevaré el mejor caballo. Creo que es justo, ¿no?

Zorro no sabía qué decir. «¿Te echaré de menos?». Era la verdad.

Orlando se subió al caballo.

—Aún tienes la pluma, ¿verdad? Acaricia tres veces el cañón si te trata mal. Lo notaré y me pondré en camino de inmediato. Naturalmente, también puedes llamarme si te aburres con él.

—¿Y si yo lo trato mal?

—Nada me gustaría más.

Se inclinó desde el caballo y la besó en la mejilla.

—Vivimos una vida peligrosa, ese es nuestro deseo... aunque deseemos algo diferente para aquellos a los que amamos. ¡Utiliza la pluma si necesitas ayuda!

Dirigió el caballo hacia el sudoeste. Zorro no conocía siquiera el nombre de los países que aguardaban detrás del horizonte, pero seguro que todos ellos necesitaban espías. Siguió largo rato a Orlando con la mirada. Con él se iba una parte de su ser... pero el galgo cuidaría bien de ella.

• • •

Jacob estaba arrodillado junto a la cola petrificada del dragón cuando ella lo encontró. El esqueleto había sido saqueado por completo, pero Alma le había enseñado algunas cosas que pocos cazadores de tesoros sabían. Raspó el musgo de los huesos y con el cuchillo arrancó algunas puntas de las vértebras. Apenas eran más grandes que las espinas de rosa, pero era un remedio muy eficaz en caso de fracturas óseas y tendones desgarrados.

—No iremos muy deprisa con ese caballo —dijo Zorro—. Pero podría transformarme. —Durante un rato la zorra podía seguir el paso de un caballo al trote.

Jacob metió las puntas en la bolsa en la que guardaba medicamentos de los dos mundos.

—No.

—¿No qué?

—Damos la vuelta —dijo incorporándose—. Lo hemos intentado. Chanute tiene razón, Will ya no es un niño y ha tomado la decisión de venir aquí. Quizá quiera realmente que regrese el jade. Quizá quiera vengarse del hada. Qué sé yo.

Evitaba mirarla, como siempre que intentaba engañarla.

Zorro sujetó el rostro de Jacob con las manos para que tuviera que mirarla.

—No huimos de nada ni de nadie. Eso no ha cambiado, ¿no?

Jacob le cogió la mano y la apoyó en su mejilla. La amaba tanto. Quizá incluso más desde que no tenía que ocultarlo. Pero ¿qué pasaría si un día la traicionaba como había hecho Kami'en con la Oscura?

Su corazón palpitaba con fuerza cuando él volvió a besarla. ¿O era el de Jacob? Desde el día en que la había liberado de la trampa era incapaz de diferenciarlos.



64

## *Desprotegido*

La araña remendaba infatigablemente la tela a través de la cual el hada había desaparecido. Cuanto más tiempo la observaba Donnersmarck, más le parecía que él mismo pendía de los hilos. La tela que tensaba la vida a su alrededor... El ciervo venía casi cada día. Leo Donnersmarck contabilizaba las horas perdidas para al menos hacerlas suyas. El ciervo no contaba. Cuando volvía a marcharse, Donnersmarck intentaba recordar, pero todo lo que le llegaba eran olores, imágenes, el sabor a hierba, el latido acelerado del corazón cuando olfateaba un lobo, el recuerdo del viento y de la lluvia. Y ella. Pero se había marchado.

Un escarabajo se había enredado en la tela de la araña. ¿Soñaba acaso que era un ciervo volante? El desvalido zumbido estaba taladrando la razón de Donnersmarck. Cuando finalmente extendió la mano para liberar al escarabajo, Chithira le cerró el paso.

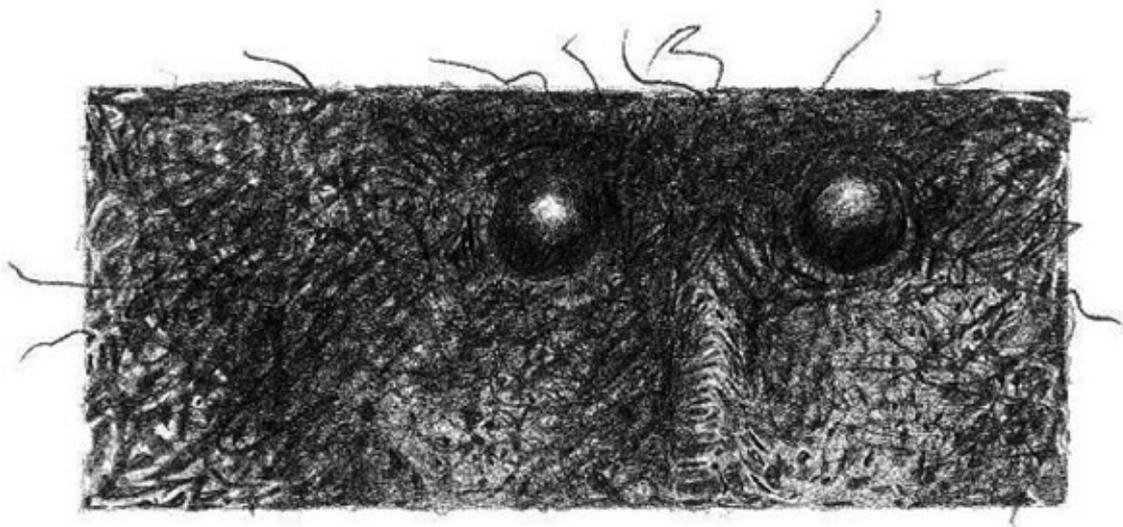
—Quieres vivir un tiempo más, ¿no? La puerta no es para los mortales.

La voz de Chithira sonaba siempre como si proviniera de lejos. Algo que tampoco era de extrañar porque ya no pertenecía a esta vida. ¿Cómo alguien podía elegir ser una polilla por amor, una sombra descarnada de sí mismo? Donnersmarck no había amado nunca de esa forma.

Uno podía acostumbrarse a hablar con un muerto, y había sido un largo viaje. Donnersmarck se había enterado de que Chithira contrajo matrimonio a la edad de ocho años y que su esposa murió joven. Le había contado cómo se encontró con el hada, y había descrito a Donnersmarck su lugar de nacimiento y su lugar de muerte. Pero siempre que le preguntaba por el otro lado, por el país de los muertos, Chithira sonreía... Y le había hablado de los papagayos verdes que anidaban en los templos de su país natal, de sus elefantes mansos y de ríos que lavaban el dolor y la culpa de los corazones humanos.

El escarabajo ya no zumbaba. La araña lo había envuelto con su hilo y parecía el capullo de una mariposa. La vida y la muerte eran inquietantemente similares. Donnersmarck no recordaba haber tenido antes ese pensamiento. ¿Se lo había revelado el ciervo? Odiaba cómo los dos se sobreponían, persona y animal. Ella se habría reído de él por esa desvalida resistencia a la que seguía sin renunciar. ¿Regresaría alguna vez? ¿Y si no lo hacía?

¿Alguna vez su cochero muerto le recordaría su nombre?



65

## *La hilandera*

El lago de la hilandera era mucho más grande que el lago que había alumbrado a la Oscura. Ningún bosque bordeaba la orilla, solo innumerables charcas entre la hierba cubierta de cañas en las que se reflejaba el cielo nocturno. Al hada le recordaron los ojos de la araña cuya tela había atravesado.

Las redes de su dueña se extendían entre las cañas y sobre el agua. En los hilos se prendían todos los colores de la vida: esperanza, temor, felicidad, desgracia... amor y odio. Solo la hilandera conocía el dibujo. Los conocía todos. Takushy, se la denominaba en ese país, pero tenía tantos nombres como telas.

Se tejía a sí misma con el hilo de la noche, el cabello con la luz de la luna, la piel con las estrellas. Tan vieja. Sin comienzo ni final.

—¿Qué haces aquí, hermana? ¿Acaso no temes a la muerte? —Su voz sonaba como si miles de dedos tiraran de las cuerdas del mundo.

—Necesito tu ayuda —respondió el Hada Oscura.

La hilandera se transformó en una bandada de cisnes negros. Se posaron aleteando sobre el lago y el más grande adoptó la figura de una mujer. Su cuerpo estaba compuesto de hilos negros como la noche, blancos como la muerte, transparentes como la tela de araña. Daba pasos ligeros sobre el agua, pero cuando llegó a la orilla el hada tuvo que alzar la vista.

—Has hecho el camino en vano. —Los ojos en el rostro hilado eran redondos y

negros como la guardiana de ocho patas—. No puedo ayudarte. Quieres que corte lo que no debe cortar nadie.

—Lo sé —respondió la Oscura—. Pero a cambio te daré el único hilo que no se puede hilar. Libérame del Hilo de Oro y te daré uno de los tres hilos de mi inmortalidad.

La hilandera se estremeció, pero quizá solo fuera el aire que se colaba por su cuerpo hilado.

—Tu poder se debilitará si le quitas un hilo. Y tú quieres desprenderte de dos.

—¡Dame otros a cambio! Rojo, azul, verde, incluso blanco, pero no el de oro.

—Los sustitutos deberás hilarlos tú misma. Yo no hago el dibujo ni segrego los hilos. Yo solo los tejo.

Llevaba sus tijeras colgadas en una cadena alrededor del cuello: tijeras de oro, de plata, de madera y de marfil. Las que se sacó eran las de oro.

La hilandera las abrió como un pico de pájaro.

—Te debilitará aún más de lo que crees.

—Lo sé —dijo la Oscura—. Corta.



66

## *Tanto que perder*

Un chamán que hable con las arañas... Dos cazadores con los que se toparon conocían a un anciano que conversaba con lagartos. Un sacerdote les contó de un joven que podía hablar con el fuego (al hacerlo miraba a su alrededor con preocupación, como si temiera enfadar a su dios con ese tipo de historias). Y los días transcurrían, en ese país donde el pasado parecía más vivo que el futuro, y Jacob se sorprendía una y otra vez deseando no encontrar nunca al hombre de las arañas y continuar cabalgando con Zorro hasta llegar a un país en el que no se supiera nada de hadas ni de elfos de aliso.

No había sido nunca tan feliz.

Ni siquiera la idea de dejar a Will en la estacada cambiaba lo que sentía. Resultaba tan fácil ceder por fin a ese amor. Zorro refrenaba incluso la ira que su padre le había vuelto a provocar. Si no le hubiera inquietado el hecho de que tuviera tanto que perder de pronto...

Durmieron juntos por primera vez cuando una tormenta les obligó a hacer un alto en la choza abandonada de un pastor. Las horas que la tempestad les brindó, rodeados de mechones de lana y esquiladoras oxidadas, fueron como un mes, un año, todos los años que habían esperado, muertos de miedo por esos besos, por el roce de una piel demasiado familiar. Estaban tan lejos de todo aquello que encerraba recuerdos... El caballo que escarbaba los restos de lana, la tormenta, el sonido de la lluvia, Jacob recopilaba todo como una joya que le pondría a Zorro alrededor del cuello cuando

volvieron a recordar esa primera vez.

Al día siguiente se topó con ellos un joven con un águila que era casi tan grande como el caballo lanudo que montaba. El joven les habló de un hombre sagrado que vivía en un árbol y que dejaba que las arañas anidaran en su ropa.

No.

Seguían compartiendo un caballo, y Jacob sintió cómo Zorro le rodeaba con los brazos con más fuerza. Seguramente desearon lo mismo en ese momento: haberse quedado unas horas más en la choza abandonada y de ese modo no haberse encontrado con el joven.

Les describió un valle remoto y un bosque de manzanos silvestres. Encontraron el valle y el bosque, pero del chamán no había ni rastro. Solo cuando una bandada de cornejas alzó el vuelo de uno de los árboles reconocieron el rostro entre las ramas, tan curtido por el tiempo que apenas se distinguía de los tallos y las hojas. El chamán ignoraba los gritos de Jacob, pero al ver a Zorro descendió de su árbol. Su abrigo estaba tan densamente cubierto de arañas que parecía que una baba yaga hubiera guarnecido la tela con un bordado vivo. Se quitó del cuello una que tenía patas de color verde pálido. La dejó en la mano de Zorro en silencio, le brindó una sonrisa... y volvió a subir al árbol. La araña descendió a la tierra colgando de su hilo y comenzó diligentemente a tejer una tela en la hierba.

Tardaron un buen rato en darse cuenta de que se trataba de un mapa.

El capullo blanco formaba una cadena montañosa, el curso de un río, la orilla de un lago. Pero de pronto la tela comenzó a temblar. El delicado tejido se rompió y Jacob sintió un aire cálido sobre la piel. Tan cálido que sabía a ira. A dolor.

Tenía que haber dado media vuelta. ¡No hacerles caso y dar media vuelta!

Esta vez Dieciséis no tenía el rostro de Clara. No se esforzaba por parecer humana. Su figura reflejaba a Zorro, la telaraña rota, la hierba, los manzanos silvestres, pero su piel de cristal estaba tan mellada en algunos puntos que las imágenes se fragmentaban en miles de facetas. La corteza la rasgaba como la piel de un tigre.

La araña intentó huir, Dieciséis la atrapó y lanzó el cuerpo de plata a la tela rota. Jacob creyó oír un quejido en las ramas, pero el chamán no se dejaba ver. Astuto por su parte.

—¿Qué hacéis aquí? ¿La amenaza de mi hermano no fue suficiente?

Los ojos de Dieciséis eran espejos en los que Jacob veía su propio temor. El dedo con el que señalaba a Zorro era una cuchilla de plata y cristal.

—Él dice que la plata le sentaba bien a la zorra. Y que la hiciste desaparecer con brujerías. —Se dio la vuelta—. Aquí no hay brujas.

Sonreía.

Jacob intentó colocarse delante de Zorro para protegerla. Ella no le dejó. Había sacado su cuchillo. Eso no ayudaría. Nada ayudaría.

Dieciséis examinaba a Jacob como si comparara su rostro con otro.

—Realmente no te pareces a él.

Claro, le comparaba con su hermano.

—Es tan bello —añadió Dieciséis—. Ni siquiera la plata podría hacerlo más bello.

Jacob reprimió la tentación de preguntar si le había robado ya su bello rostro a Will. Pero quizá Dieciséis podía aclararle otra cosa.

—¿Tiene piel humana?

La pregunta no pareció sorprender a Dieciséis.

—Sí. Solo se vuelve de piedra cuando se enfada.

Jacob intentó comprender lo que eso significaba. *Déjalo, Jacob*. ¿Qué había escrito Dunbar? Tierra húmeda. Agua. Se dio la vuelta. Árboles. Nada más que árboles.

Dieciséis se agachó y recogió la araña solidificada de su tela.

—Mi hermano ha empezado a coleccionarlas. Insectos, plantas... un ratón, una serpiente... Desearía que todo este sucio mundo fuera de plata.

Lanzó la araña a la hierba.

—Déjala ir —dijo Jacob—. Por favor. Jugador está furioso conmigo, no con ella.

Zorro cerró los dedos alrededor de su brazo con tanta fuerza que le dolía.

—Quiere engañarte —le dijo ella a Dieciséis—. Me transformaré antes de que puedas tocarle y me tiraré a tu cuello.

Dieciséis extendió los dedos como un gato que está frente a su presa.

—No serás tan rápida, hermana zorro —dijo.

Sus rasgos se volvieron humanos y de nuevo el rostro de Dieciséis le resultó familiar a Jacob. Tenía el aspecto de su madre, pero tan joven que solo la había visto así en fotos. Al verla se quedó tan paralizado como la araña de plata, pero Zorro tiró de él. Le gritó cuando él volvió la cabeza una y otra vez hacia Dieciséis, pensando que Jugador había tenido que robar ese rostro hacía mucho tiempo. Corrieron, bajaron una pendiente, pasaron junto a zarzales y árboles debajo de los cuales la hierba olía a manzanas podridas. *Deja de volver la cabeza, Jacob*. Agua y tierra húmeda...

Dieciséis no tenía prisa por cazar. Los seguía sin prisa. Era evidente que el miedo de sus presas le divertía mucho.

Agua. Pero todo lo que les rodeaba era hierba y hojas amontonadas, y Jacob quería detenerse para besar por última vez a Zorro.

Dieciséis comenzó a seguirles más deprisa. Tropezaron con raíces y ramas secas, se les enredaban en los pies. ¡Quizá Zorro pudiera escapar si se transformaba! *Olvídalo, Jacob*. No huiría sin él. Él apretó con fuerza su mano. Una estatua doble de plata, qué romántico. ¿Qué expresarían sus rígidos rostros? ¿El amor o el miedo? En un primer momento creyó que el enjambre de mosquitos era producto de su desesperación. Una charca. Apenas visible bajo las hojas podridas que se movían sobre la superficie salobre. Jacob cubrió a Zorro cuando resbaló en el lodo de la

orilla. Metió los dedos en la charca mientras ella se arrastraba por el agua, y lanzó a la cara de Dieciséis la tierra húmeda. Seguía siendo la de su madre. Los dedos de cristal limpiaron rápidamente el lodo de los rasgos familiares, pero allí donde la tierra se había quedado pegada había ya corteza.

La charca no era profunda, el agua apenas les llegaba a la cintura, pero Dieciséis se detuvo a un paso de la orilla formando un caleidoscopio de ojos procedentes de cien vidas robadas. Zorro lo abrazó. El agua estaba caliente y el follaje podrido la envolvía como una manta. ¿Acabarían allí? ¿En una charca cenagosa?

De los pies de Dieciséis crecían raíces mientras los miraba. Pero de repente volvió la cabeza.

El agua enlodada se encrespó.

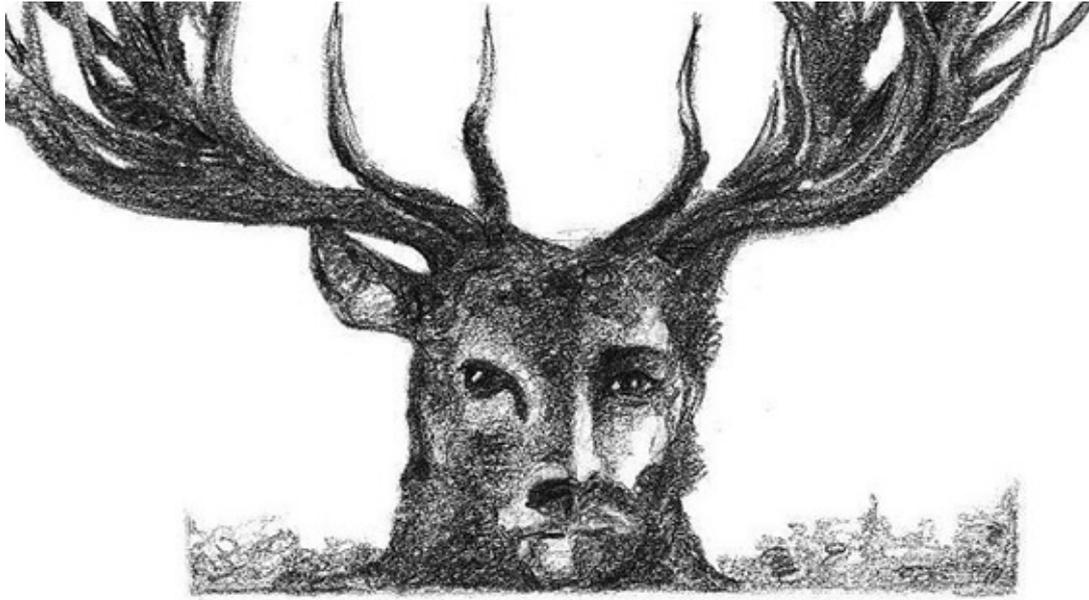
Es el viento, solo el viento, el niño del cielo...

Dieciséis sonrió como si él le susurrara algo.

—Se acabó —dijo ella—. ¡Tu hermano la ha encontrado!

Por un momento su mirada dio a entender que continuaría con la caza de todos modos.

Pero entonces su figura se convirtió en cristal. Y desapareció.



67

*Tan débil*

El ciervo levantó la cabeza de la hierba sin recordar que la cornamenta que llevaba con tanto orgullo no la había llevado siempre. Había regresado como una melodía que hubiera estado ausente de la música del mundo. Pero su canto sonaba más débil que nunca.

El ciervo lo siguió, el sonido que guardaba todo lo que una vez le había importado. Y allí estaba ella, con su vestido cubierto de hilos de araña. Solo el hilo que sujetaba en la mano era de oro.

El ciervo se colocó a su lado y el hada enterró el rostro en su cuello.



68

## *Y todo será como debe ser*

Las flores y las hojas que crecían sobre el carruaje habrían sido un buen camuflaje en cualquier bosque, pero allí, entre montañas azules y hierba amarilla, solo delataban que venían de muy lejos.

Will se bajó del caballo y se ocultó detrás de un árbol seco.

Junto al carruaje había un ciervo. Su cornamenta era más ancha de lo que Will podía abarcar con los brazos abiertos. Dos caballos verdes buscaban tallos de su mismo color en la hierba amarilla. El hombre que colocaba las riendas a uno de ellos vestía ropas que a Will le recordaron a Sherezade y a los cuentos de *Las mil y una noches*. Habían sido las historias favoritas de su madre. ¿Era un cuento lo que recordaba de ella o lo que estaba viendo? Will hacía tiempo que no sabía la respuesta.

El hada estaba arrodillada en la hierba junto al carruaje. El atardecer teñía su vestido verde de un color casi tan negro como la noche que se aproximaba. Will se perdía en las imágenes que le evocaba el mero hecho de contemplarla.

Imágenes olvidadas: el día que Hentzau lo llevó ante ella, el tiempo que pasó a su lado y la noche en que ella lo dejó plantado. Todos estaban tan exhaustos. Exhaustos, traicionados, la mitad de ellos muertos. Ellos. ¿A quién se refería con ellos? A sí mismo y a los goyl supervivientes. Jacob también estaba allí, y Zorro, entre los presos humanos. Por su culpa. Pero él no sabía que tenía un hermano.

Quizá no había querido saberlo.

Hechizado...

El ciervo miraba en su dirección. ¿Qué veía? Will apenas distinguía a Diecisiete

en la penumbra del día que ya agonizaba. Y hacía horas que no veía a Dieciséis.

Se sacó la bolsa engañosa de debajo de la camisa.

El hada se levantó.

«¡No la mires, necio! Nunca». El goyl que le había entrenado se lo había advertido una y otra vez. Hentzau. Sí, ese era su nombre.

Will rozaba el mango de la ballesta, pero sus manos parecían resistirse. «Es su magia», susurraba la plata bajo sus dedos. «¡Defiéndete!». Pero ¿y si el goyl tenía razón? ¿Y si ella se llevaba el jade consigo? Ansiaba tanto la piedra... Reconocerlo era terrible.

El hada miró hacia él. Tan hermosa.

El ciervo quiso interponerse para protegerla, pero ella alzó la mano y unos zarcillos le rodearon las patas y lo sujetaron con firmeza. No importaba cuánto se resistiera y golpeará con la cornamenta, las cadenas siguieron creciendo.

• • •

«¡Dispara!», susurraba el viento. Le llevaba un olor. El pasillo del hospital. La habitación silenciosa. La figura inmóvil de Clara en la cama. Inmóvil como la princesa en la torre. Muerta porque el príncipe no había ido a su encuentro.

¡Dispara!

—Baja la ballesta, cachorro.

Las garras en su cuello le resultaron familiares.

—¡Así que estás decidido a que regrese tu piel de caracol! —susurró el bastardo—. ¡Aunque puedas ser piedra sagrada!

Nerron le dio un puñetazo, le arrancó la ballesta de la mano... y dio un grito. Diecisiete lo agarró por el hombro. Era ira de cristal, muerte de plata. El bastardo se retorció bajo sus dedos como si la piel de piedra se derritiera. Después cayó de rodillas y se acurrucó en el suelo como un animal herido.

El hada seguía inmóvil.

Estaba allí mirando a Will.

—¡Dispara! ¿A qué esperas? —Diecisiete le puso la ballesta en el pecho de forma provocadora. Will oía el miedo en su voz. ¡Y allí estaba Dieciséis! Su rostro estaba lleno de manchas, como el cristal de un viejo espejo. Intentó volverse invisible pero el hada alzó la mano y a Dieciséis le empezaron a crecer hojas. La corteza le tapaba la boca y Will veía el espanto en sus ojos. Le tendía suplicante las manos.

¡Dispara!

Pero oía al hada en su cabeza.

—¿Qué te han prometido?

No sabía que su voz podía sonar tan débil. Tan vulnerable.

Las polillas salieron revoloteando de su cabello y de su vestido. Incluso al cochero con ropas de cuento de hadas le crecían alas, y Diecisiete desapareció bajo

los cuerpos aleteantes, el grito convertido en rígida corteza. La escena plateaba la razón de Will. Pero su corazón era de jade y el hada se lo había dado.

*No la mires, Will.*

Tensó la ballesta.

—¡No! —La voz del bastardo sonaba como si su lengua fuera de plata—. ¡Déjala marchar!

Las polillas abandonaron a Dieciséis y fueron a por Will. Como humo de alas negras.



## 69

### *Como en sus sueños*

Él dudaba. Tal y como ella lo había visto en sus sueños una y otra vez. Pero incluso los sueños de hadas no siempre se cumplen. ¿No era ese el motivo por el que se había alejado de él? No. ¿Por qué se engañaba? Había estado demasiado ocupada con su sufrimiento amoroso.

El sufrimiento había desaparecido lo mismo que el amor.

A las dos criaturas que seguían a su cazador las había alumbrado la estupidez de su hermana. Tanta ira. El pago de viejas deudas. Más viejas que ella.

Y estaba tan cansada.

Era todo lo que sentía. Cansancio.

Su cazador seguía dudando. No, no quería llamarlo así. Estaba destinado a ser un protector. Ese era el único motivo por el que ella había sembrado en él la piedra. Pero la ballesta tenía voluntad propia. Él solo tenía que llevarla hasta allí.

Tanta ira. Tanta ira vieja.

El ciervo quería saltar para cortar el paso de la flecha. Intentaba librarse desesperado de las cadenas que debían protegerlo. Todos tenían prisa por que ella muriera. Pero ¿por qué? La flecha la encontraría. Sus hermanas tenían razón. Ella hubiera vuelto a recorrer el mismo camino. Porque era su camino.

El jade regresó tan pronto sus polillas lo atacaron, y la propia magia de la Oscura protegía a su asesino. Todo por Kami'en. Incluso la idea había dejado ya de doler. Sostenía el hilo de oro en la mano cuando la flecha la alcanzó.

Tanta oscuridad. Tanta luz.

¿Era eso la muerte?

El hilo se le escurrió de los dedos cuando se entregó al agua, el elemento que la había alumbrado. No era más que un arroyuelo pero acogía sus últimos destellos de vida solícitamente.

Sus hermanas desaparecerían y ella sería la culpable. Una vez más. Todo eso pudo pensar aún. Después sus pensamientos se disolvieron, se volvieron húmedos, fluentes y tan nítidos como ningún cuerpo lo permitía, mientras el resto de ella moría.



## 70

### *Se ha ido*

Sí. Ese era el convento que había descrito al dibujante. Era el río que había visto, y la monja que abría el portón llevaba un hábito negro. Su rostro adoptó la actitud típica de espanto en cuanto vio a sus hombres. El odio sin motivo. Cuando el oficial bavario que habían puesto a su disposición como perro guardián preguntó por el niño, el miedo y el odio se mezclaron. Imbécil. ¿Quería darles tiempo a esconder a su hijo? Probablemente.

En caso de que no se lo hubieran llevado a otra parte hacía tiempo.

Kami'en ya no estaba seguro de si había sido inteligente ir en persona. Dos atentados en su tren, campesinos que escupían al verlo, mujeres que se santiguaban, niños que lo seguían con la mirada como si hubieran visto al diablo al que tanto temían. Quién sabía si, después de todo, ese miedo que infundían él y su ejército implicaba protección o peligro para el niño. Hentzau tenía razón: en Bavaria sus habitantes no disimulaban su deseo de que regresara la época en la que habían quemado a los goyl en las plazas del mercado. Ahora solo podía esperar que Hentzau no tuviera razón en lo que a la trampa se refería. Y que el niño continuara aún con vida.

La monja hablaba un dialecto que Kami'en no entendía. Pidió al oficial bavario que tradujera. El hombre dominaba medianamente bien la lengua goyl, pero cuando repitió para Kami'en lo que había dicho la monja, sus blandos labios humanos

parecían moverse en silencio. Todo lo que Kami'en oía era el latido de su propio corazón. Tan alto como si de repente se hubiera quedado solo en un espacio vacío.

Ella se había ido.

Kami'en giró el caballo.

Sus hombres lo miraban estupefactos. El oficial quiso retenerlo. Uno de sus escoltas agarró sus riendas. Kami'en lo empujó y espoleó al caballo. Lo llevó debajo de los árboles que bordeaban la orilla del río e ignoró las voces que le gritaban a sus espaldas. No le dieron alcance. Había sido siempre un buen jinete.

Cuando por fin se detuvo, no sabía dónde estaba.

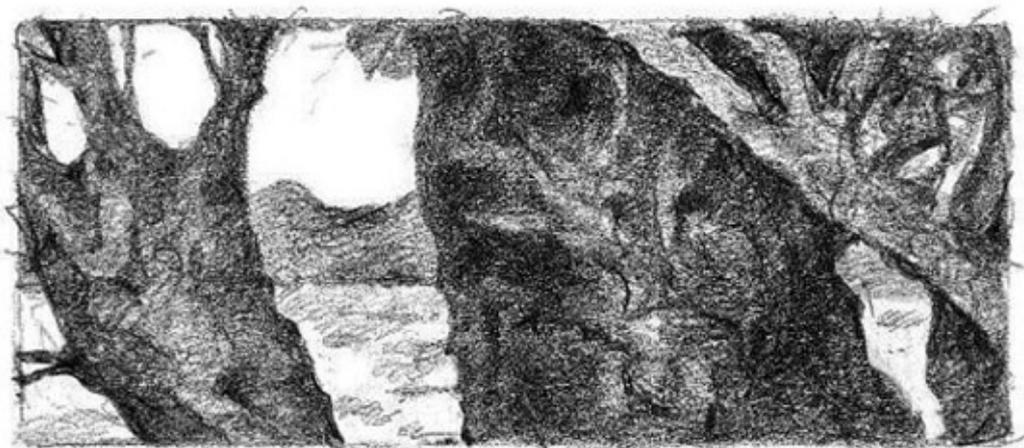
En tierra del enemigo. ¿Y? Todo era tierra del enemigo para un goyl.

Ella se había ido.

Era todo lo que sabía.

Y su corazón latía tan alto y tan rápido...

En el vacío.



## 71

### *El verdugo*

La Oscura cayó como una hoja, sin hacer ruido. Nerron se levantó a duras penas. ¿Qué esperaba? ¿Que ella moriría como un humano? ¡Él estaba hecho un desastre! Jaspeado como un escarabajo, y el cuerpo le dolía como si los malditos espejímenes lo hubieran asado. Pero el bastardo vivía... aunque Diecisiete había intentado transformarlo en un trozo de metal.

«¡Que le sirva de escarmiento a vuestros maestros elfos!», pensaba mientras se rascaba la plata del rostro con las garras. ¡Es mejor que no se arrimen a los goyl cuando vuelvan!

El ciervo seguía intentando liberarse de los zarcillos con los que el hada lo había atado. Casi había dado la impresión de que no quería ser rescatada. ¡Diablos, el ciervo era un monstruo! Nerron nunca había visto uno tan grande, pero el cachorro pasó de largo junto a la bestia jadeante. Solo tenía ojos para el cuerpo que yacía junto al carruaje. Un chico perdido, eso es todo lo que era, nada más. *Oh, sí, Nerron. Con un flamante título: el verdugo del Hada Oscura.*

Las polillas revoloteaban sin rumbo fijo sobre su cuerpo como abejas que habían perdido a su reina. No atacaron al cachorro, salvo una que aleteaba una y otra vez hacia su rostro. Will ni siquiera intentó espantarla. Nerron se acercó a él. La Oscura yacía con los ojos abiertos. ¿Qué ocurría cuando la muerte se llevaba lo que era inmortal?

El cachorro aún tenía en la mano el arma que había acabado con su vida.

En la mano de piel de caracol.

Nerron lo hubiera podido matar a golpes. ¿Por qué no lo hacía? El cachorro ya no tenía guardianes.

Diecisiete estaba completamente rígido. Su rostro de corteza lleno de espanto era un espectáculo reparador. Entre las hojas que crecían en sus brazos algunas eran también de plata y cristal.

Dieciséis aún daba señales de vida. Will se volvió hacia ella cuando susurró su nombre. Sí, no era más que un susurro. El cachorro miraba casi tan espantado como su hermano lignificado. Dejó caer la ballesta como un juguete roto y tropezó con lo que una vez había sido una chica. Dieciséis estaba de rodillas pero, al contrario que Diecisiete, aún conservaba su figura. Podía incluso mover un brazo, el otro era de madera. Will le pasó la mano por el rostro. Ella se esforzaba por que al menos pareciera humano, pero en su piel se reflejaba la noche inminente. El cachorro la besó. Realmente conmovedor. Enamorado de una chica de cristal.

Ni siquiera se percató de que Nerron recogió la ballesta.

¡Lo ves! Ganado. Perdido. Ganado. Perdido. Ganado.

No era exactamente el final que había esperado, pero en ningún caso era malo. Salvo para el hada. El ciervo casi se había liberado. *Cuidado, Nerron*. ¿Atravesado por la cornamenta de un ciervo con la ballesta en la mano? Bueno, ¿por qué no probarla en un animal para variar? ¿Morirían todos los ciervos con él? Qué más daba. El bastardo no los echaría de menos. La flecha se deslizó del pecho del hada como si la sacara del agua. *Apresúrate, bastardo*.

El ciervo se encabritó y rompió los últimos zarcillos.

¡Vaya cornamenta! La bestia bajó la cabeza para atacar, pero ignoraba la ballesta y al goyl que lo estaba apuntando. ¡Había puesto sus miras en el cachorro!

Bien. ¿Y por qué no? ¡Que el ciervo acabara con el cachorro! Nerron prefería dejar que otro se ocupara de la matanza, y seguramente el ciervo no tendría inconveniente en que él enviara la cabeza de su presa a Jacob Reckless.

Will seguía arrodillado junto a lo que había sido una vez una chica de plata y cristal.

¡Ni siquiera se dio la vuelta para mirar!

Nerron levantó la ballesta con una maldición.

Tensó la cuerda de cristal, aunque los dedos le dolían como si hubieran estado metidos en ácido.

Maldita sea maldita sea maldita sea.

¡El bastardo, que estaba tan orgulloso de pensar únicamente en sí mismo, haciendo de protector! ¡Y esta vez ni siquiera tenía una excusa!

El ciervo solo tenía ojos para el cachorro. Quizá se debiera a la ballesta. Muchas armas mágicas volvían a sus víctimas ciegas al peligro.

Nerron le disparó en pleno salto. La flecha se hundió en el costado desprotegido. El ciervo dio aún un paso hacia el cachorro —no renunciaba fácilmente—, después se

desplomó con un gemido que casi parecía humano. Los ónix no habrían dejado la cornamenta en el suelo, pero el bastardo no era amigo de los trofeos de caza. La ballesta era más ligera de lo que recordaba. La última vez había disparado con ella a Jacob Reckless. Infinitamente más satisfactorio. Encontró la bolsa engañosa sobre la tierra y metió en ella la ballesta. *Lo que nos lleva a lo que toca ahora, Nerron.*

El cachorro intentaba raspar la corteza de los miembros de Dieciséis. Lo hacía con cuidado, como si estuviera descubriendo un tesoro. El joven de jade y la chica de cristal. Aquello sonaba a cuento de hadas... Era hora de darle un final miserable.

Sí. ¿Quién dijo que no tenía un buen motivo para protegerlo del ciervo? ¿Por qué dejar que un venado macho hiciera lo que había imaginado tantas veces hacer él mismo? Nerron no estaba seguro de por qué buscaba más venganza: si por la humillación que Jacob Reckless le había infligido, o por la traición del goyl de jade.

Qué diablos, él conocía la respuesta. Solo tenía que mirar al barbilampiño y algo en él vomitaba decepción. Quería hacerse unos guantes con su rosada piel de príncipe azul. ¡El goyl de jade era de nuevo y por siempre una piel de caracol! Todo el maldito mundo le parecía a Nerron tan vacío como los ojos del hada, tan muerto como el ciervo. Tendrían que prohibir que a los niños les contaran cuentos de hadas. ¡Tendrían que cortarle la lengua a todo el que lo hiciera!

Se acercó al cachorro por detrás y sacó la pistola.

—¡Olvídala! —dijo apuntando a su principesca cabeza de chorlito—. Nos marchamos. ¿Por qué crees que te hacía ojitos? Ella sabía lo que pasaría si se acercaban demasiado al hada. ¿Para qué crees que te habrían necesitado si no? Me pregunto qué tienen en común con sus padres elfos. Mucho de insalubre, por lo que parece.

Había algo en la forma en que el cachorro se volvió hacia él.

*Deja de soñar, Nerron.*

—No podemos dejarla aquí. Aún vive.

—¿Vive? No estoy seguro de que se pueda decir eso de ella. ¿Has visto sus ojos? Quizá deberíamos abrirla para que me creas.

Sí. Oh, sí, ahí llegaba. De un color tan verde pálido como el viejo templo de la fortaleza real. No había nada más hermoso bajo tierra. Ni tampoco sobre ella. La felicidad que se apoderó de Nerron era tan impetuosa como la última vez que la sintió siendo un niño.

Érase una vez. *No, será una vez.*

El cachorro era uno de ellos. Lo seguía siendo. Por siempre. ¡Gracias al hada! La ira en sus ojos escribía «goyl» en letras de oro.

—¿Debo adivinar lo que estás pensando?

Nerron apuntó la pistola a su frente verde jade.

—Que has matado a la Oscura en vano, ¿no es eso? Idiota. Como si fuera cosa tuya. Estoy seguro de que le has dado al maestro de tu amiga de cristal exactamente lo que quería. Y ahora el bastardo ya tiene lo que quería. El fin corona la obra. Así

que sube a tu caballo. ¿O necesito demostrarte que la munición de goyl también atraviesa la piel de jade?

Dieciséis se puso de pie con un gemido. Se mordió los labios, que empezaron a sangrar cuando estiró la espalda encorvada.

El cachorro la sujetó del brazo.

—¡Lo encontraré! —balbució él—. Me ha mentido. A mí y a ella.

Oh, sí, aquello sonaba a ira de goyl.

—¿Él? —*Déjalo, Nerron. No quieres saber nada de él.*

—Sí, él. Lo que quiera que sea. Donde quiera que esté. Lo encontraré.

A través del jade aquello sonaba verdaderamente amenazador.

Nerron no obstante cargó la pistola.

—Conmover —dijo—. De veras. Pero al único que debemos encontrar es a Kami'en. Y ahora sube al caballo.

Will no se movía.

El cachorro era un goyl de jade... y el verdugo del Hada Oscura.

—Te mostraré el espejo si me dejas ir. Sigues queriendo verlo, ¿no?

*Oh, no. No, Nerron.* Tenía la ballesta. Tenía al goyl de jade. No era bueno querer demasiadas cosas. Y la amenaza de Diecisiete había sido muy contundente.

Dieciséis estaba allí mirando al cachorro. Nerron no comprendía nada de lo que veía en su rostro herido. Miraba... consciente de su culpabilidad. Sí. Pero la expresión no duró demasiado.

—¿Por qué quieres encontrarlo? ¿Por tu amiga? No puedes despertarla. No mientras Jugador no quiera.

El cachorro retrocedió un paso, como si Dieciséis se hubiera convertido en una víbora ante sus ojos.

—Sigues sin comprenderlo, ¿verdad? —dijo Dieciséis lanzando un suspiro al intentar doblar el brazo rígido—. ¡Las hadas nunca vieron el espejo! ¿Cómo iban a ser ellas las que crearon el sueño de la Bella Durmiente?

Will la miraba fijamente. Parecía que el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. Utilizado. Lo habían movido sobre el tablero de ajedrez sin que supiera para quién o para qué. «¿No sienta bien, verdad?», quiso gritarle Nerron. «El último que me brindó esa sensación fue tu hermano».

Dieciséis gritó de dolor cuando intentó arrancarse la corteza con los dientes.

—Jugador planeó todo esto hace mucho más tiempo del que crees. —Su voz sonaba como si la corteza le creciera también en las cuerdas vocales—. Siempre fue él. Primero me envió donde tu hermano y después donde tu novia. Y después te esperó delante del hospital.

Will estaba allí como si ella le estuviera golpeando el rostro con cada palabra.

—¿Mi hermano?

Dieciséis miró hacia Nerron. «Tú no sabes nada, goyl», advertía su mirada.

—No te preocupes —dijo ella—. La última vez que lo vi estaba vivo.

Nerron se preguntaba si era verdad o si Jacob Reckless adornaba algún bosque convertido en estatua de plata. Guardó la pistola en el cinturón. ¿Por qué se engañaba? El cachorro no se marcharía con él, ¿y a quién le resultaría provechoso que lo matara de un disparo?

—Jugador. —Will repitió el nombre como si estuviera dando un nuevo sentido a toda la ira que se apreciaba en su rostro.

—Bien —dijo Nerron—. Te dejo marchar y tú me enseñas el espejo. Con una condición. No quiero tener nada que ver con ese Jugador o como quiera que se llame. Esa es tu guerra.

Dieciséis logró esbozar una sonrisa. Algo nada fácil cuando apenas si tenía rostro.

—¿Y cómo piensas evitar encontrártelo, piel pétrea? El espejo que te va a enseñar pertenece a Jugador.

Por la mirada que el cachorro lanzó a Dieciséis, tampoco él lo sabía. Pero mordió el anzuelo.

—Mejor así —dijo mientras su mirada buscaba al hada—. De ese modo será fácil de encontrar.

—Y te estará esperando. Una idea estúpida. —Dieciséis dobló los dedos lignificados. Algunos eran aún de cristal—. Hay otros.

—¿Otros qué? —Oh, no, Nerron no confiaba en ella. El cachorro tampoco lo hacía, se le notaba a pesar del jade.

—Elfos. Y todos ellos tienen espejo. Se lo ocultan unos a otros, pero yo estoy hecha del mismo cristal. —Dieciséis intentó esbozar una sonrisa.

Se dirigió cojeando con la pierna rígida hacia el árbol en el que se había convertido Diecisiete y acarició el rostro que había en la corteza.

—Puedo encontrarlos —susurró ella—. Oh, sí.

Después dio media vuelta y cojeó hacia los caballos verdes que estaban junto al carruaje abandonado.

Nerron cerró el paso a Will cuando quiso seguirla.

—No has respetado una sola vez nuestro trato —le susurró—. No vuelvas a intentarlo. Si sobrevives para saldar tu cuenta vendrás conmigo. El goyl de jade le hizo a Kami' en un juramento, y el bastardo se ocupará de que lo cumpla.

Will quiso responder algo pero finalmente asintió con la cabeza. El jade no había desaparecido. El cachorro estaba en la senda de la guerra.

• • •

Los caballos verdes estaban tan perdidos como las polillas sin su dueña. Se dejaron capturar sin oponer resistencia, pero Nerron se los cedió a Dieciséis y al cachorro, y prefirió coger el caballo blanco que encontró detrás del carruaje.

Dieciséis apenas podía subir al caballo. El cachorro no la miró mientras la ayudaba.

*¿Por qué cabalgas con él, Nerron?*

*¿Por qué no podía dejar de preguntar?*

Quizá le enviaría a Hentzau un telegrama de camino. «El bastardo tiene la ballesta. Y al goyl de jade».

Quizá. Quizá no. Ese mundo le pertenecía. Llevaba su arma más poderosa debajo de la camisa.



72

## *Plata y oro*

A Zorro y a Jacob les costó cuatro días encontrar el río y la montaña que la araña había tejido con su hilo, pero no estaban seguros de estar en el lugar correcto hasta que encontraron una serpiente de plata y el rastro de dos jinetes. Hallaron restos de corteza de árbol, pegajosa por algo que parecía cristal líquido, y una hora después vieron el carruaje.

Solo se atrevieron a acercarse después de que Zorro hubiera descubierto un arroyo por donde poder huir. El ataque de Dieciséis era demasiado reciente.

Will había desaparecido, lo mismo que sus guardianes y el bastardo.

«Tu hermano la ha encontrado».

Sí.

Zorro agarró la mano de Jacob cuando vieron el cuerpo inmóvil tendido junto al carruaje. A unos pasos de allí la hierba estaba llena de sangre, pero no procedía de un humano. El rastro que Zorro encontró era de un animal herido que se había arrastrado. No se trataba de un caballo sino de un ciervo, como revelaban las huellas de pezuñas.

En todos esos días que habían seguido a Will, Zorro no pensó ni una sola vez que también se trataba de salvar al hada. Las odiaba a ella y a su hermana la Roja desde que se pasó un año entero en la orilla de su lago esperando a Jacob. Ambas le habían

causado tanto dolor a él y a ella que Zorro había deseado a menudo ver su final, pero cuando vio a la Oscura como una pieza de caza abatida junto a su carruaje le pareció que ella misma estuviera tendida allí.

Habrían podido llegar a tiempo. Seguro que Jacob pensaba lo mismo cuando se detuvo junto al cuerpo inerte. Si su padre no les hubiera robado la alfombra. Si Orlando les hubiera hablado antes del hombre de las arañas. Si...

Jacob intentaba leer la respuesta en las huellas que buscaba desde que estuvo en casa de la chica de bambú, pero ni siquiera revelaban a la zorra si su hermano volvía a llevar una piel de jade. Will tenía dos acompañantes cuando partió a caballo, era lo que podían ver. Zorro habría apostado su pluma de cisne humano a que uno de ellos era el bastardo, pero el segundo rastro era un misterio. Procedía de un cuerpo ligero, quizá una mujer. Podría estar herida, y la hierba estaba llena de trozos de corteza donde comenzaba su rastro. En ellos había la misma sustancia pegajosa que ya habían descubierto en los restos de corteza del camino.

Quizá no se hubieran percatado del aliso si las hojas no hubieran sido de plata y cristal. Zorro se acercó vacilando al árbol. El rostro que formaba la corteza ya lo había visto antes, aunque solo durante un momento fugaz y terrible.

Jacob miró alrededor, preocupado.

Ambos sabían a quién buscaba.

—Creo que se ha marchado con tu hermano —dijo Zorro—. Ella y el bastardo.

Jacob miraba al rostro del árbol como esperando que le dijera si Will se había marchado con ellos voluntariamente y, en ese caso, por qué había elegido acompañantes tan hoscos.

Zorro le rodeó con sus brazos y le dio un beso. Para que no sintiera el miedo que le invadía sino la felicidad. Aún tanta felicidad.

*Tienes todo lo que has deseado, Zorro. Todo.*

A pesar del hada.

A pesar de Will.

A pesar del elfo de aliso que aguardaba su pago.

A pesar de. Qué expresión tan maravillosa. Encerraba libertad plena. Coraje. Esperanza.

—El elfo ya tiene lo que quería —le susurró Jacob—. Quizá nos deje en paz por el momento. Pero no me fío. Prometo que encontraré algo. Alguna magia que te proteja de él.

—No —susurró Zorro—. De nosotros. Encontraremos algo.

Jacob enterró el rostro en su cabello. La besó como si con eso pudiera olvidarse del hada muerta. Y de Will y de su padre y del elfo, que ya tenía lo que quería.

—Démosle una sorpresa a Chanute y a Sylvain —dijo—. Podemos llegar a Kamchatka antes de que cojan el barco allí.

Oh, aquello sonaba de maravilla.

De maravilla, como las horas robadas en el establo de la devoraniños y en la

choza del pastor. O como los minutos en la playa después de que hubieran sobrevivido al hundimiento de la flota albionesa. Eran buenos robando tiempo. En cualquier parte. Juntos. Pero no podía permitir que Jacob huyera de allí. No era bueno para él.

—¿Cuándo crees que darás media vuelta? —preguntó ella—. ¿Mañana? ¿Pasado mañana? Quién sabe, quizá mantengas la incertidumbre incluso tres días. Y después me preguntarás si aún puedo encontrar el rastro de Will a pesar de su ventaja.

Jacob guardaba silencio, su forma de admitir que ella tenía razón. No dejar nunca que el otro olvidara quién era. Eso también formaba parte del amor.

No lejos del hada una de sus polillas revoloteaba separada de las otras sobre un arroyuelo que la última lluvia había dejado en la hierba. Algo brillante se movía en el agua. Zorro se agachó y lo sacó de los tallos húmedos en los que había quedado atrapado.

Era un hilo de oro.

Quizá el hada había encontrado a la hilandera a pesar de todo.

La polilla se posó sobre el hombro de Zorro cuando se anudó el hilo húmedo alrededor de la muñeca. Las oscuras alas brillaban como si estuvieran empolvadas de oro.

Jacob estaba junto al hada. Sabía su nombre y ella había intentado matarlo por ello. Pero también le había devuelto a su hermano y los había salvado a todos en la Boda Sangrienta.

La polilla voló detrás de ellos cuando continuaron tras el rastro de Will. Zorro no tuvo el valor de espantarla.



## 73 *No*

¿Llegó alguna palabra de agradecimiento de los demás? ¿Dijo alguien: «Jugador, tenías razón»? Por supuesto que no. Guerrero, Letterman, Appaulo, el grupo parlamentario Ayudantes-delotro-lado al completo... todos estaban demasiado ocupados escenificando su regreso. ¿Quién había encontrado a Will Reckless? ¿Quién había fundido la magia de ese mundo con el suyo para poder enviar algo de sí mismos a través del espejo? ¿Había sido idea de Guismundo? ¡No! ¡Guerrero había propuesto un caballero! ¡Un caballero! ¡Quién decía que la inmortalidad protegía de la imbecilidad! Appaulo había reclutado a conquistadores, Letterman a un espía papal, por no hablar de todos los zancudos, pulgarcitos y devoraniños que habían sobornado a los partidarios del grupo parlamentario Ayudantes-del-otro-lado a lo largo de los siglos. Retrógrados, eso es lo que eran, desesperadamente retrógrados, en pensamientos y en sueños. Pero él no dejaría que olvidaran quién había puesto fin a ese exilio. Oh, no.

Era absurdo que se excitara de esa manera. ¿Estaban los demás igual de nerviosos? Ni siquiera sabía si alguno había regresado ya. Todos mantenían el emplazamiento de sus espejos tan en secreto como su verdadera figura. Naturalmente todos intentaban encontrar el del otro, pero por lo general con poco éxito. Letterman tenía uno en Fron y Krieger uno en Nihon, de eso estaba casi seguro.

Él mismo había elegido para su regreso el espejo más viejo que poseía, fabricado con la primera agua que le robaron a las hadas. Algo en lo que ellas no repararon

durante mucho tiempo...

Jugador pasó los dedos sobre el marco magistralmente acabado. Los lirios eran una reproducción tan buena que los insectos solían extraviarse en los cálices. No habían vuelto a encontrar un orfebre con el mismo talento. Volund. Había acabado mal. Nunca encajó en ese mundo.

El cristal que rodeaban las perfectas flores de plata mostraba a Jugador su auténtica figura. Los espejos solo dejaban pasar con ella. Una gran desventaja, pero todos los intentos por cambiar eso habían fracasado. Los otros habían insistido en que le diera su rostro a Diecisiete... un intento infantil de castigarlo por haber impuesto su idea. En cualquier caso, Guerrero había puesto el rostro de Dieciséis. Haber perdido a los dos era lamentable, pero Jugador había considerado siempre ínfimas las oportunidades de que sobrevivieran a la misión.

Ocho siglos en el exilio. Ocho siglos en el mundo equivocado.

Alzó la mano.

Ese mundo se había portado bien con él.

Del otro no siempre pudo decir lo mismo. En ese instante, que ansiaba desde hacía tanto tiempo, todo lo molesto y lo desagradable pareció reunirse detrás del cristal del espejo: derrotas olvidadas, viejos enemigos, el atraso que le aguardaba, los sobresaltos de los últimos días...

*No, Jugador.*

Apoyó la mano sobre el cristal.

A casa...

Durante un momento mantuvo los ojos cerrados y escuchó su propia respiración, sintió el cambio de espacio a su alrededor, su extensión y profundidad. El olor no le agradaba. El aire olía a tiempo perdido, a derrota y a un pasado tan olvidado que había perdido todo su sabor. Y olía a los elementos del hada, a agua y tierra.

Jugador abrió los ojos y vio lo familiar convertido en extraño tras demasiados años de ausencia. Lo más cruel del destierro era que el país de origen se convertía en un sueño, clarificado y depurado de cuanto había de malo en él. Pero no se regresaba a la imagen que se había conservado todos esos siglos, sino a una realidad que se evidenciaba miserable frente a las imágenes gloriosas. Las columnas de plata que veía, los balcones, las arañas, el suelo de cristal... qué polvoriento estaba todo, qué anticuado. «Ayer». ¿Había una palabra con menos piedad?

Sus pasos resonaban a través de la sala vacía.

Se había sentido muy orgulloso de ese palacio en otro tiempo. Conmover. Le costaba mucho en comparación con las torres de cristal que rozaban las nubes.

Jugador se detuvo y se tocó la frente.

¿Qué era aquello?

Sobre la ceja izquierda parecía tener una herida. Sus dedos palpaban una costra. No, no era una costra.

Se sacó del bolsillo a toda prisa su ojo de espejo. Sí, allí estaba. El hermoso

cuerpo del hada comenzaba a descomponerse en flores. «¡Vamos, enséñame imágenes de sus hermanas!».

Allí, el lago. Árboles mustios, el agua turbia de lirios moribundos. Ninguna señal de vida. ¿Moría la maldición más despacio que ella? Sí. Debía ser eso.

Jugador se guardó de nuevo el medallón en el bolsillo del chaleco —la ropa del otro mundo, algo más a lo que se había acostumbrado demasiado—, y clavó la mirada en su mano derecha. En el reverso crecían diminutas manchas de costra.

—¡No!

Jugador lo dijo en voz alta, en su palacio vacío, que olía a los elementos de ella, el agua, la tierra, un olor tan enrarecido, tan cargado, solo con su ira y toda esa decepción inmortal.

Un último resto... ¿era posible? ¿Que hubiera quedado un último resto de ellos?

Se pasó la mano por la cara, el cuello... nada. Aún no. *Tranquilo. La maldición se ha roto, Jugador. De no ser así, te habrías convertido hace tiempo en un árbol.*

Pero algo de ellos debía haber sobrevivido. ¿Y si ese último destello hubiera encontrado un guardián? Uno de sus amantes muertos, uno de esos humanos débiles que las hadas encontraban irresistibles.

Volvió a agarrar el medallón pero solo le mostraba sus cuerpos descompuestos y las imágenes que ya había visto.

No.

¡No!

Él no regresaría.

Lo encontraría. Lo que quiera que fuese que había quedado de ellos.

Haría nuevas criaturas, mejores. Inmortales, incansables, más terribles que todo lo que había salido de caza en ese mundo.

Oh, no se gustaba nada cuando perdía la paciencia.

# Guía de personajes

## **Jacob Reckless**

Con doce años encontró otro mundo detrás del espejo de su padre desaparecido. Desde entonces se gana la vida vendiendo allí todos los objetos mágicos de los que nuestros cuentos de hadas hablan.

## **Will Reckless**

Hermano menor de Jacob que un día lo siguió a través del espejo con fatales consecuencias.

## **John Reckless**

Padre de Jacob y Will que se reinventa tras el espejo bajo un nombre robado y que hace pasar los inventos de nuestro mundo por los suyos.

## **Zorro (Celeste Auger)**

Desde que de niña salvara a los cachorros de una zorra, posee un pelaje que le permite convertirse en zorra cuando quiere. Se encuentra por primera vez con Jacob Reckless cuando él la libera de una trampa, y desde entonces no se separa de su lado.

## **Clara**

Novia de Will Reckless y futura médico en Nueva York, ciudad en la que nacieron ambos hermanos. Siguió a Will a través del espejo, y desde entonces no es capaz de olvidar el mundo que hay detrás.

## **El Hada Oscura**

La más poderosa de todas las hadas. Fue expulsada por sus hermanas inmortales cuando abandonó la isla donde vivían para convertirse en la amante de Kami'en, el rey de los goyl.

## **Kami'en**

Primer rey de los goyl, aunque su piel de cornalina revela su no pertenencia a la nobleza ónix de los goyl. Tras siglos de persecución se vengó de los humanos conquistando un reino tras otro y finalmente toma por esposa a uno de ellos. Amante del Hada Oscura.

## **Albert Chanute**

Célebre cazador de tesoros detrás del espejo. Maestro de Jacob. Dueño de una taberna en Schwanstein desde que el ataque de un ogro le costara un brazo.

## **Hentzau**

Goyl con piel de jade, ayudante y confidente de Kami'en. Ha luchado a su lado en

su ascenso al trono. Teme y detesta al Hada Oscura y la influencia que ejerce sobre Kami'en.

### **Nerron**

Cazador de tesoros al que también llaman el bastardo. Su piel ónix vetada de malaquita revela que es uno de los hijos ilegítimos que la nobleza ónix solía ahogar de niños. Pero Nerron ha demostrado su talento como ladrón, espía y cazador de tesoros desde muy temprano. Le gusta trabajar para ambos bandos. Sin embargo, su corazón pertenece a Kami'en. Ve a Jacob Reckless como su competidor más fuerte.

### **Alma Spitzweg**

Bruja blanca que ayudó a Jacob a sobrevivir detrás del espejo cuando era niño. Vive trabajando de curandera cerca de Schwanstein, el lugar en cuyo castillo derruido se oculta el espejo a través del cual Jacob cambia de mundo.

### **Norebo Johann Earlking**

Uno de los seudónimos de Jugador, uno de los elfos de aliso que, entre otras cosas, estuvo enamorado de la madre de Jacob. Pero no debemos desvelar aquí más de sus secretos. Podría tomárselo a mal.

### **Robert Lewis Dunbar**

Uno de los historiadores más reconocidos detrás del espejo. Da clases en la Universidad de Pendragón/Albión y es un viejo amigo de Jacob. Dunbar tiene de padre a un FirrDarrig, un pariente irlandés de las hadas que le ha legado su cola de rata, el pelaje y, entre otras, la facultad de volverse invisible. Le ha salvado la vida a Jacob una vez.

### **Donnersmarck**

Ayudante de la emperatriz de Austrien. Amigo de Jacob desde que cazaran a un barbazul que había secuestrado a la hermana de Donnersmarck.

### **El Hada Roja**

Hermana del Hada Oscura que, al contrario que ella, abandona la isla de las hadas muy pocas veces. Antigua amante de Jacob. Le ha salvado la vida más de una vez, pero sigue guardándole rencor por haberla dejado.

### **Evenaugh Valiant**

Comerciante de enanos que proporcionó a la emperatriz de Austrien el lirio de hadas que convirtió a su hija Amalie en una belleza. La ayuda que Jacob le prestó en este asunto Valiant se la recompensó entregándolo a los letales unicornios de las hadas. Él mismo se hizo muy rico con el lirio y se convirtió en el proveedor de la corte imperial.

### **Wenzel**

Cocinero en la taberna de Albert Chanute que, en la guerra contra los goyl, perdió una pierna y que desde entonces bebe demasiado.

### **Nesser**

Una joven soldado goyl, cuya hermana fue asesinada por los humanos y que detesta a las pieles blandas más que su comandante Hentzau.

### **Amalie von Austrien**

Hija única de la emperatriz Therese von Austrien. Debe su belleza a la magia de un lirio de hada. Accede al matrimonio político con Kami'en para restablecer la paz y porque ama al goyl.

### **Therese von Austrien**

Emperatriz de Austrien que pone fin a la guerra con los goyl después de numerosas derrotas devastadoras entregando a su única hija a Kami'en.

### **Charles de Lorena, el Encorvado**

Rey de Lorena que forma una alianza con los goyl ónix para detener las incursiones de Kami'en y asegurar su poder. Conocido por su falta de escrúpulos. Ha hecho que una bruja devoraniños enderece su espalda encorvada de nacimiento y por ello le proporciona refugio en Lorena cuando Therese y las brujas blancas se vuelven contra ella.

### **Louis Philippe Charles Roland de Lorena**

Príncipe heredero de Lorena, hijo único del Encorvado. Siente inclinación por la crueldad y debilidad por el polvo de elfos. Corteja a todas las doncellas de su madre y ha perdido muchas de sus joyas en el juego.

### **Wilfredo I de Albión, la Morsa**

Rey de Albión. Enemigo mortal y primo del Encorvado, aunque se alía con él para derrotar a los goyl. Se siente orgulloso de su flota... hasta que es destruida por los goyl.

### **Arsene Lelou**

Maestro del príncipe heredero de Lorena, alias el Escarabajo. Subestimado con facilidad a causa de su baja estatura. Un intrigante sumamente talentoso.



CORNELIA CAROLINE FUNKE (Dorsten, Westfalia, 1958) es una escritora e ilustradora alemana de literatura infantil y juvenil, conocida principalmente por su trilogía del *Mundo de Tinta*.

Estudió en la Escuela de Diseño de Hamburgo y desarrolló su actividad profesional en los ámbitos de la pedagogía y la ilustración gráfica. En palabras de la propia autora, el aburrimiento que le provocaban los textos de las historias a las que tenía que dar vida en forma de ilustraciones la animó a escribir sus propios relatos. Fue así como, a los treinta y cinco años, vivió su bautismo como escritora.

La experiencia como ilustradora le resultó de gran utilidad en el inicio de su andadura literaria, ya que las historias que imaginaba se complementaban a la perfección con los dibujos que creaba. Así, después de variadas historias, en el año 2000 publicó *Herr der Diebe* (El señor de los ladrones), una obra juvenil que triunfó a nivel internacional y que sirvió como precedente al éxito que llegaría a obtener con su conocida serie. En el año 2003 se publicó *Tintenherz* (Corazón de tinta), libro que fue convertido a película el 2008, y lo siguieron *Tintenblut* (Sangre de tinta, 2005) y *Tintentod* (Muerte de tinta, 2007) para completar la trilogía.

El 2010 vio la llegada de la primera entrega de su nueva serie del *Mundo del Espejo*, la novela *Reckless. Steinernes Fleisch* (Reckless. Carne de piedra) y un par de años más tarde su continuación *Reckless. Lebendige Schatten* (Reckless. Sombras vivas, 2012). La tercera parte *Reckless. Teuflisches Silber* está programada para ser publicada en alemán en octubre del 2014.

En el ámbito personal, Cornelia se casó con Rolf Funke, en 1981, con quien tuvo dos hijos, pero este falleció de cáncer en el 2006.